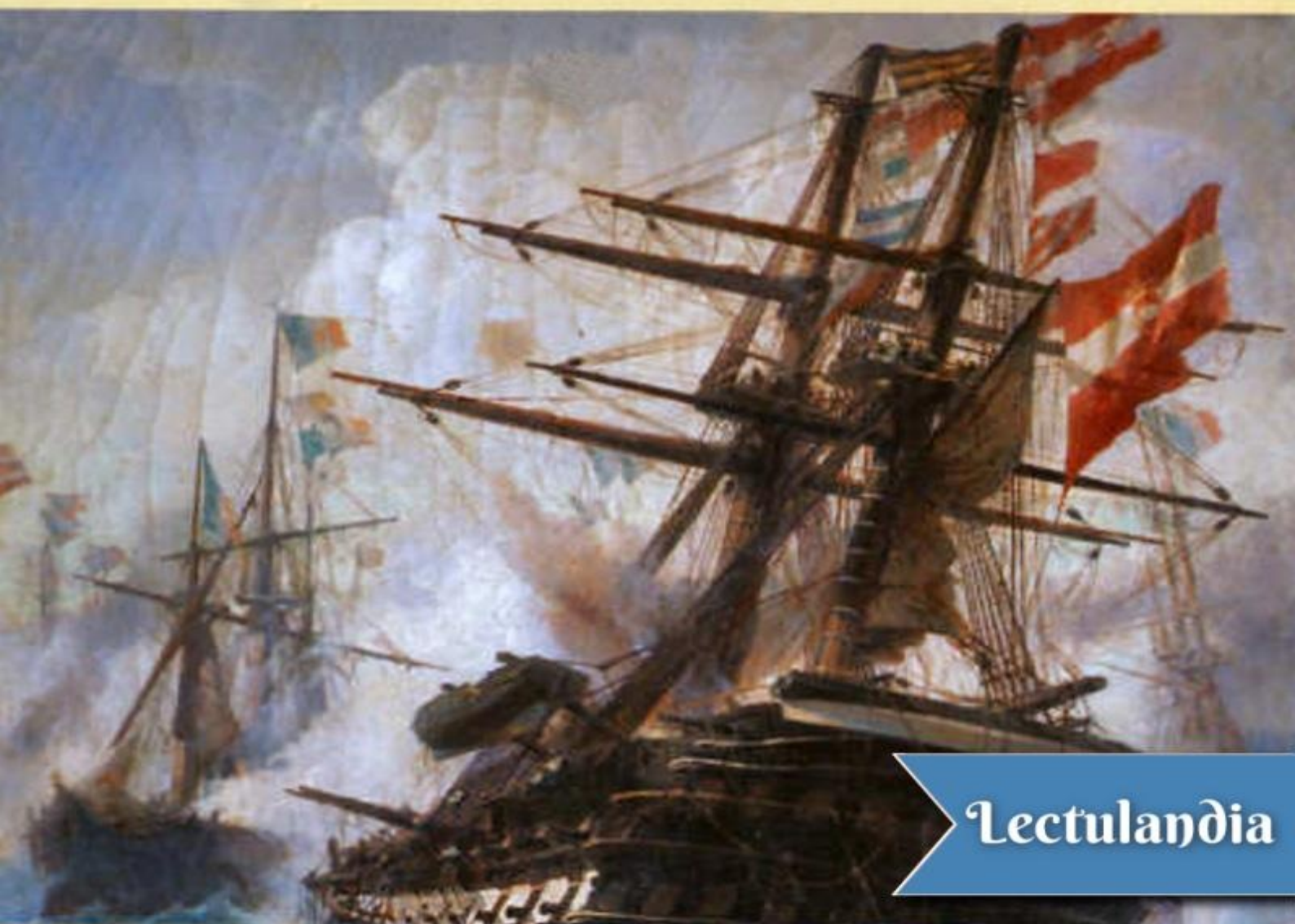


C. S. FORESTER

# EL GUARDIAMARINA HORNBLOWER

UN OFICIAL Y AVENTURERO EN TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

Hornblower, un tímido y solitario guardiamarina de tan sólo diecisiete años, llega a su primer destino: el buque *Justinian*. Su encuentro con las duras condiciones de vida de un barco de la Armada real británica en tiempo de guerra supone todo un reto para el muchacho, que pronto se verá involucrado en las acciones contra la flota francesa y tendrá ocasión de aprender algunas lecciones que nunca olvidará. Así, tras un temerario duelo del que sale afortunadamente ileso, embarca en la fragata *Indefatigable*, un navío en el que pretende encontrar las ocasiones apropiadas para un ascenso en su carrera. Abordajes, combates, naufragios y cuarentenas se suceden en diversas misiones con desigual resultado, hasta que el joven marino termina con sus huesos en la prisión militar de El Ferrol. Un trepidante estreno para un personaje llamado a convertirse en protagonista de una de las más apasionantes series náuticas jamás escritas.

Lectulandia

C. S. Forester

# El Guardiamarina Hornblower

Saga: Hornblower - I

ePUB v1.1

Himali 16.03.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Mr. Midshipman Hornblower*

C. S. Forester, 1950

Traducción: Aleida Lama Montes de Oca

Saga: Hornblower - I

Páginas: 216

Editor original: outis (v1.0)

Segundo editor: Himali (v1.1)

Corrección de erratas: Himali

ePub base v2.0



# CAPÍTULO 1

## A CARA O CRUZ



Era un día del mes de enero. Se había levantado una fuerte tormenta en el canal de la Mancha y soplaban un viento huracanado que arrastraba ráfagas de lluvia de grandes goterones que chocaban estrepitosamente contra las capas de los oficiales y los marineros que permanecían en cubierta. Era tal la intensidad del fuerte ventarrón, y soplaban desde hacía tanto tiempo, que el barco de guerra, a pesar de estar amarrado en el abrigado fondeadero de Spithead, cabeceaba y chocaba contra las tensas cadenas de las anclas como si fuera un cascarón de nuez. Un bote de remos tripulado por dos robustas mujeres se alejaba de la orilla y avanzaba en dirección al barco, a gran velocidad en la mar arbolada y, de vez en cuando, hundía en ella la proa y con ímpetu hacia saltar el agua y la espuma, que lo cubrían como un manto. La mujer que iba en la proa era una buena navegante que, echando rápidas miradas por encima del hombro, mantenía el rumbo y dirigía la proa hacia la parte de donde venían las olas cuando eran más peligrosas para evitar volcar. El bote pasaba por delante del costado de estribor del *Justinian*, cuando estando próximo al pescante central, el guardiamarina de guardia gritó algo a sus ocupantes.

—¡Sí, sí! —fue la respuesta de la mujer que iba a la proa, gritando con toda la fuerza de sus pulmones. Según un curioso pacto establecido en la Armada desde tiempos inmemoriales, esa respuesta indicaba que a bordo del bote había un oficial (probablemente aquella figura acurrucada en la bancada de popa que más parecía un montón de basura cubierto con una lona alquitranada).

Eso fue todo lo que pudo ver el señor Masters, el teniente de guardia, refugiado entre las bitas cercanas al palo de mesana. A partir de ese instante el bote quedó fuera del alcance de su visión porque, cumpliendo la orden del guardiamarina, siguió avanzando hacia el pescante central. Hubo una pequeña demora, aparentemente porque el oficial tuvo dificultades para subir por el costado del barco, pero el bote zarpó por fin y volvió a reaparecer en el campo visual del señor Masters cuando las mujeres estaban desplegando una pequeña vela al tercio, y ahora, sin el pasajero y con la vela desplegada, empezó a recorrer la distancia que lo separaba de Portsmouth esquivando las olas como un caballo saltando obstáculos. En el momento en que el bote se alejó, el señor Masters intuyó que alguien se acercaba y atravesaba el alcázar. Era la persona recién llegada, acompañada del guardiamarina, quien, después de señalar al señor Masters, regresó al pescante central. El señor Masters era un lobo de mar que había echado canas al servicio de la Armada y se consideraba afortunado por

el grado de teniente que había alcanzado, pero desde hacía tiempo estaba convencido de que nunca lo nombrarían capitán; sin embargo, no por ello estaba amargado ni le daba mayor importancia sino que se entretenía en observar a sus compañeros de tripulación.

Por esta razón miró atentamente a la figura que se acercaba. El recién llegado era un joven muy delgado, que acababa de salir de la infancia; de altura un poco superior a la media, pies de adolescente cuyas proporciones chocaban con sus delgadas piernas y sus enormes botas de media caña; de andares desgarbados que se dejaban notar especialmente en los movimientos de brazos y manos. Llevaba el uniforme, que no era de su talla, empapado de agua a causa del oleaje, y tras la alta pechera sobresalía un cuello delgado, sobre el cual podía verse con claridad su cara afilada y pálida. No era corriente ver una cara pálida en la cubierta de un barco de guerra, donde en poco tiempo el sol tostaba la piel de los tripulantes y le daba un tono de color caoba. El recién llegado, además de la cara pálida, tenía las mejillas verdosas, signo inequívoco de que se había mareado en el bote que le había llevado desde la costa. En la palidez de su rostro destacaban unos ojos oscuros, que parecían dos agujeros negros hechos en una hoja de papel. Masters se asombró de que el recién llegado, a pesar de su mareo, mirara con interés todas las cosas que le rodeaban, dando a entender, obviamente, que todo aquello era nuevo para él. El viejo marinero pensó que su curiosidad era más fuerte que el mareo y la timidez y, a partir de ese momento, como era su costumbre, hizo una aventurada conjetura: el joven era precavido y observador, que se preparaba para las nuevas experiencias que le tocarían vivir. Se imaginó que así debió de mirar Daniel cuando fue arrojado al foso de los leones.

Los oscuros ojos del desgarbado joven se encontraron con los de Masters. El oficial se detuvo y, tímidamente, subió la mano y tocó el borde de su sombrero, de cuyas alas caían gruesas gotas de agua. Abrió la boca y trató de decir algo, pero la cerró de nuevo sin haber logrado su objetivo porque su timidez se lo impedía. Enseguida, no obstante, volvió a armarse de valor y se obligó a sí mismo a decir con voz recia las palabras que le habían indicado que dijera.

—Presente a bordo, señor.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Masters tras esperar breves instantes una vez que dejó de hablar.

—Ho... Horatio Hornblower, señor —balbuceó el joven—. Guardiamarina.

—Muy bien, señor Hornblower —replicó Masters, con el mismo tono formal—. ¿Ha traído su equipaje a bordo?

Hornblower no había oído jamás esa palabra, pero todavía tenía suficiente capacidad de razonamiento para deducir su significado.

—He traído un baúl, señor. Está en... Está en la proa, en el portalón.

Hornblower había dicho estas palabras sin vacilar, de sobras sabía que los marineros las usaban para referirse a la parte delantera del barco y al lugar por donde se entraba, pero necesitó mucho coraje para conseguirlo.

—Me ocuparé de que lo lleven abajo —dijo Masters—. Y es mejor que baje usted también. El capitán está en tierra y el primer oficial ha dado órdenes de que no se le llame por ningún motivo antes de las ocho campanadas. Le aconsejo que se quite esa ropa antes de nada, señor Hornblower.

—¡Sí tal, señor! —dijo tímidamente Hornblower.

En el momento de pronunciar estas palabras, su mente y la expresión del señor Masters le hicieron comprender que había empleado una frase poco adecuada, por lo que se corrigió antes de que Masters se lo indicara.

—Sí, señor —se corrigió Hornblower y, tras pensarlo un momento, volvió a llevarse la mano al borde de su sombrero.

Masters respondió a su saludo y se volvió hacia uno de los mensajeros que, temblorosos, estaban agachados pegados al costado para protegerse de los elementos.

—Grumete, lleve al señor Hornblower a la camareta de guardiamarinas.

—Sí, señor.

Hornblower siguió al grumete hasta la escotilla principal. El mareo bastaba para hacerle ir dando tumbos, durante el corto trayecto, pero a esto se le juntó que en dos ocasiones tropezó con un cabo, cuando dos ráfagas de viento hicieron chocar el *Justinian* contra las cadenas del ancla. Llegados a la escotilla, el grumete bajó por la escala como si fuera una anguila deslizándose por una roca; Hornblower, en cambio, tuvo que agarrarse con fuerza a la escala y bajó mucho más despacio y con más cautela a la mal iluminada cubierta inferior y después a la oscura entrecubierta. Los olores que su nariz percibió eran tan extraños y tan variados como los ruidos que percibían sus oídos; al final de cada escala, el grumete le esperaba con fingida paciencia. Después de bajar la última escala, dieron unos cuantos pasos, y Hornblower estaba desorientado sin saber si caminaban hacia proa o hacia popa. Llegaron a una cámara en la que las sombras parecían acentuarse en vez de iluminarse por la llama de una vela de sebo colocada sobre una palmatoria de cobre que se encontraba sobre una mesa, alrededor de la cual se sentaban media docena de hombres en mangas de camisa. El grumete desapareció y dejó a Hornblower allí de pie; pasaron un par de segundos antes de que le echara una mirada el hombre bigotudo que estaba sentado a la cabecera de la mesa.

—¡Oh, espectro, habla! —dijo.

Hornblower sintió verdaderas náuseas, pues los malos olores y la falta de ventilación de la entrecubierta habían agudizado los efectos de la travesía en bote. Le costaba trabajo hablar, y el hecho de no saber bien cómo manifestar lo que quería decir hacía que le costara todavía más trabajo expresarse.



—Mi apellido es Hornblower —contestó con voz trémula.

—¡Qué mala suerte tienes! —dijo otro sin mostrar la más mínima simpatía por él.

En ese mismo momento, en el tormentoso mundo exterior el vendaval cambió bruscamente de dirección, haciendo cabecear al *Justinian* de manera que volvió a chocar con las cadenas de las anclas. A Hornblower le pareció que todo en el mundo se había soltado de lo que lo mantenía firme, y se tambaleó y, a pesar de que temblaba de frío, sintió que el sudor le cubría la frente.

—Supongo que has venido para ser guiado por tus superiores —dijo el hombre bigotudo sentado a la cabecera de la mesa—, que eres otro de esos muchachos tontos e ignorantes que dan la lata a quienes tienen que enseñarles cuáles son sus deberes. ¡Miradle! —exclamó, haciendo un gesto para llamar la atención de los otros hombres que estaban sentados alrededor de la mesa—. ¡Mirarle! ¡Es una de las gangas que el Rey ha conseguido últimamente! ¿Cuántos años tienes?

—Di... diecisiete, señor —balbuceó Hornblower.

—¡Diecisiete! —exclamó el hombre en tono despectivo—. Para llegar a ser un buen marino hay que empezar a los doce años. ¡Diecisiete! ¿Sabes cuál es la diferencia entre un gratil y una driza?

El grupo soltó una carcajada, y por la forma de reír, Hornblower, a pesar de tener la cabeza como un bombo, se dio cuenta de que haría el ridículo tanto si contestaba «sí» como si contestaba «no», así que trató de encontrar una respuesta neutra.

—Eso es lo primero que buscaré en el libro *Seamanship*, de Norie —respondió.

El barco volvió a dar otro bandazo y Hornblower se agarró a la mesa.

—Caballeros... —empezó a decir con patetismo, preguntándose cómo podría expresar lo que quería decir.

—¡Dios mío! —exclamó uno de los hombres que estaban alrededor de la mesa—. ¡Está mareado!

—¡Está mareado en Spithead! —exclamó otro hombre en un tono en el que se mezclaban el asombro y el desprecio.

Pero Hornblower no tomó en consideración lo que decían, y durante algún tiempo no pudo darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor. Probablemente, el nerviosismo que se había apoderado de él los últimos días contribuyó tanto y en la misma medida como la travesía en el bote y el errático comportamiento del *Justinian* en el fondeadero, pero eso tuvo como consecuencia que le etiquetaran como «el guardiamarina que se mareó en Spithead». Naturalmente, la tristeza que le produjo el saberse así etiquetado se sumó a la pena que sentía por estar solo y a la añoranza del hogar. Los sentimientos embargaban su ánimo aquellos días en que los barcos de la escuadra del Canal aún no habían podido completar su dotación, y estaban anclados frente a la isla de Wight. Después de descansar una hora en el coy donde le puso un compañero de tripulación, se recuperó y pudo presentarse ante el primer oficial.

Después de pasar unos cuantos días a bordo, ya podía ir de un lado a otro del barco sin desorientarse bajo cubierta (como al principio), sin dudar si caminaba hacia proa o hacia popa. Durante ese período, cada uno de los oficiales adquirió para él una personalidad propia y sus caras dejaron de ser manchas borrosas. A Hornblower le costó aprenderse los puestos que debía ocupar cuando estaba de guardia, cuando el barco iba a entrar en combate y cuando a los marineros se les daba la orden de desplegar o arriar velas. Llegó a conocer su nueva vida lo suficientemente bien como para comprender que podría haber tenido peor suerte, en caso de que se le hubiera enviado a un barco que zarpara inmediatamente en vez de permanecer anclado como el *Justinian*; pero eso no le servía de consuelo. Estaba realmente solo y no era feliz. Su timidez era causa suficiente para tardar en hacer amigos, y a ello se sumaba el hecho de que los demás hombres que ocupaban la camarata de guardiamarinas del *Justinian* eran mucho mayores que él: ayudantes de oficiales de derrota con bastantes años en la mar reclutados entre los tripulantes de mercantes y guardiamarinas de más de veinte años que, por falta de ayuda de personas influyentes o por no haber aprobado el examen requerido, no habían ascendido a tenientes. Y todos ellos, después de mirarle con curiosidad y divertirse a su costa al principio, dejaron de prestarle atención. Él se alegró de eso, se alegró de poder meterse en su concha y pasar desapercibido.

El *Justinian* no era un barco en el que reinara la felicidad en aquellos deprimentes días de enero. Cuando el capitán Keene subió a bordo, Hornblower observó por primera vez cuánta pompa y cuánta ceremonia rodean al capitán de un navío de línea. El capitán era un hombre melancólico y estaba enfermo. No tenía la fama que permitía a otros capitanes llenar sus barcos con entusiastas voluntarios ni la personalidad necesaria para convertir en entusiastas a los hombres tristes que, reclutados a la fuerza por sus brigadas, llevaban al barco diariamente para tratar de completar su tripulación. Sus oficiales le veían en pocas ocasiones, y nunca lo deseaban. A Hornblower, cuando le llamaron a que se presentara en su cabina para entrevistarse con él por primera vez, no le impresionó verle: sentado tras una mesa cubierta de papeles no era más que un hombre de mediana edad con las mejillas hundidas y amarillentas a causa de una prolongada enfermedad.

—Señor Hornblower, me alegra tener la oportunidad de darle la bienvenida a mi barco —dijo con solemnidad.

—¡Sí tal, señor! —dijo Hornblower, a quien le parecía que esa expresión era más apropiada para la ocasión que el «Sí, señor» y que un guardiamarina debía elegir entre una y otra según la situación.

—Tiene usted... déjeme ver... diecisiete años —dijo el capitán Keene cogiendo el papel donde aparentemente figuraban los datos oficiales de la breve carrera de Hornblower.

—El 4 de julio de 1776 —dijo en voz baja Keene, leyendo la fecha de nacimiento de Hornblower—. Justo cinco años antes de que me nombraran capitán. Cuando usted nació, hacía seis años que yo era teniente.

—Sí, señor —se limitó a decir Hornblower, pues no le parecía que debía hacer más comentarios en esa ocasión.

—Es hijo de un médico. Debe de haberle costado mucho sustraerse a la influencia de su padre y hacer una carrera diferente.

—Sí, señor.

—¿A qué nivel ha llegado en sus estudios?

—Estudié griego y latín, señor.

—Entonces, puede traducir tanto a Jenofonte como a Cicerón, ¿verdad?

—Sí, señor. Pero no muy bien, señor.

—Sería mejor que supiera algo sobre el seno y el coseno. Sería mejor que pudiera prever una tempestad con tiempo suficiente para arriar los juanetes. El ablativo absoluto no sirve para nada en la Armada.

—Sí, señor —dijo Hornblower.

Si bien acababa de aprender qué era un juanete, podría haber dicho a su capitán que tenía amplios conocimientos de matemáticas; sin embargo, se reprimió para no decirlo, pues por instinto y por la experiencia adquirida recientemente sabía que era mejor no dar información que no le hubieran pedido.

—Bueno, obedezca las órdenes y aprenda a hacer su trabajo y no tendrá problemas. Eso es todo.

—Gracias, señor —dijo Hornblower, y se retiró.

Las últimas palabras que el capitán dirigió a Hornblower fueron contradichas de inmediato. A pesar de que Hornblower obedecía las órdenes y se esforzaba por aprender su trabajo, tuvo problemas a partir del día en que John Simpson, el oficial de más antigüedad del barco, regresó a la camareta de guardiamarinas. Hornblower estaba comiendo con sus compañeros cuando le vio por primera vez. Era un hombre de más de treinta años, robusto y apuesto que cuando llegó a la camareta se quedó de pie en la entrada mirándoles, como había hecho Hornblower varios días antes.

—¡Hola! —dijo alguien en tono no muy amable.

—¡Cleveland, mi valiente amigo, levántese de ese asiento! —exclamó el recién llegado—. Volveré a ocupar mi lugar a la cabecera de la mesa.

—Pero...

—Levántese, he dicho —repitió Simpson.

Cleveland se levantó del asiento con desgana y Simpson lo ocupó y miró con desprecio a todos los que estaban sentados a la mesa, como respuesta a sus miradas curiosas.

—Sí, mis queridos compañeros, he vuelto al seno de la familia —dijo—. Y no me

sorprende que nadie esté contento. Y añadiré que todos estarán menos contentos todavía cuando vuelvan a estar bajo mi mando otra vez.

—Pero, ¿su ascenso...? —se atrevió a decir alguien.

—¿Mi ascenso? —repitió Simpson y se inclinó hacia delante y, dando palmaditas en la mesa, miró a todos los que estaban a su alrededor, que tenían una mirada inquisitiva—. Voy a contestar esa pregunta ahora mismo, y si alguien la hace otra vez, lamentará haber nacido. Un tribunal formado por capitanes estúpidos me ha negado el ascenso porque consideró que no tenía los conocimientos de matemáticas suficientes para ser un navegante de confianza. Así que el teniente interino Simpson vuelve a ser el guardiamarina Simpson, para servirles. Para servirles. Y que Dios tenga misericordia de ustedes.

Pero no parecía que Dios tuviera misericordia, porque desde el regreso de Simpson, la vida en la camareta de guardiamarinas dejó de ser una serie constante de penalidades para convertirse en una tortura. Aparentemente, Simpson siempre había sido un ingenioso tirano, y ahora, amargado y humillado por haber suspendido el examen para conseguir el ascenso, era más tirano, más cruel y más ingenioso. No se le daban bien las matemáticas, pero tenía una endemoniada habilidad para convertir las vidas de los demás en una carga para ellos. Como era el oficial de más antigüedad en la camareta de guardiamarinas, tenía mucho poder, porque le había sido concedido oficialmente; pero como era un hombre mordaz y sentía un placer morboso en hacer daño, habría tenido el mismo poder de todas formas, aunque el primer teniente del *Justinian* hubiera sido atento y enérgico, no como el señor Clay, que no era ni lo uno ni lo otro. Dos guardiamarinas se rebelaron en dos ocasiones diferentes contra Simpson, por sus arbitrariedades y por sus abusos de autoridad, y en las dos ocasiones, Simpson, que podría haber sido un excelente boxeador, golpeó al guardiamarina rebelde con sus enormes puños hasta dejarle sin sentido. En las dos ocasiones Simpson salió indemne; y en las dos ocasiones, el irritado primer oficial impuso al guardiamarina el castigo de permanecer un tiempo en el calcés y hacer trabajos extraordinarios por tener los ojos morados y los labios hinchados. Los guardiamarinas montaron en cólera e incluso los pelotilleros (naturalmente, había varios entre ellos) llegaron a odiar al tirano.

Curiosamente, lo que provocaba resentimientos más profundos no eran las exacciones que comúnmente hacía, como por ejemplo, sacar de los baúles de los demás guardiamarinas camisas limpias para usarlas él, apropiarse de sus preciadas botellas de bebidas alcohólicas o coger los mejores pedazos de carne que se servían en la mesa. Todos pensaban que esas cosas eran disculpables y que las harían ellos mismos si tuvieran autoridad. Pero Simpson cometía arbitrariedades que a Hornblower, que conocía bien la antigüedad, le recordaban las de los emperadores romanos. Obligó a Cleveland a afeitarse el bigote, que era su principal motivo de

orgullo y obligó a Hether a despertar a Mackenzie cada media hora, tanto de día como de noche, para que ninguno de los dos pudiera dormir (y había pelotilleros que le decían si en algún momento Hether dejaba de cumplir su encargo). Muy pronto descubrió cuáles eran los puntos vulnerables de Hornblower, del mismo modo que había descubierto los de todos los demás. Se había dado cuenta de que Hornblower era muy tímido y al principio se divirtió haciéndole recitar versos de la *Elegy in a Country Churchyard* de Gray delante de todos los guardiamarinas. Los pelotilleros podían obligar a Hornblower a recitar. Simpson, con una expresiva mirada, ponía la vaina de su sable sobre la mesa frente a Hornblower y los pelotilleros rodeaban al joven, y el joven sabía que vacilar un instante traía como consecuencia que le echaran en la mesa y le pegaran con la vaina. El lado plano de la vaina le producía dolor, y el borde, agonía; sin embargo, el dolor físico no tenía comparación con el de sentirse humillado. Y su tormento aumentó cuando Simpson empezó a emplear procedimientos que llamó «Métodos de la Inquisición». Hornblower era sometido a largos interrogatorios sobre su niñez y su vida de familia y no podía dejar de responder a ninguna pregunta, bajo pena de ser golpeado con la vaina; podía contestar con evasivas o con mentiras, pero tenía que contestar, y en los extensos interrogatorios más pronto o más tarde terminaba por revelar algo que hacía reír a los presentes. Bien sabía Dios que Hornblower no había hecho nada de lo que tuviera que avergonzarse a lo largo de su solitaria niñez, pero los adolescentes son criaturas raras, especialmente los tímidos como Hornblower, y se avergüenzan de cosas a las que cualquier otra persona no daría importancia. Cuando pasaba por esa difícil situación, Hornblower sufría y se sentía muy débil, y aunque otra persona menos seria hubiera pensado solamente en salir del paso y tomarse a broma lo ocurrido o hubiera tratado de aprovecharse de la situación para hacerse popular, Hornblower, a los diecisiete años, era demasiado juicioso para tomarse a broma las cosas. Se veía obligado a soportar el acoso, y sentía una pena tan profunda como la que sólo es capaz de sentir un joven de diecisiete años, y aunque nunca lloraba en público, muchas noches derramaba las amargas lágrimas de los diecisiete años. Tan a menudo pensaba en la muerte como en la deserción, pero se daba cuenta de que la deserción le conduciría a algo peor que la muerte y volvía a pensar en la muerte y disfrutaba pensando en el suicidio. Llegó a desearse la muerte con vehemencia, por el trato brutal que recibía. Le faltaba el afecto de los amigos y sentía soledad, esa soledad que sólo podía experimentar un joven extremadamente reservado entre un grupo de hombres. Pensaba cada vez con más frecuencia en poner fin a aquella situación de la manera más fácil y guardaba el secreto en su solitario corazón.

Si el barco hubiera estado navegando, todos habrían tenido su trabajo y nadie habría molestado a nadie; y aunque estuviera anclado como estaba, si el capitán y el teniente hubieran sido enérgicos y competentes habrían hecho trabajar a los

tripulantes tan duramente que ninguno tendría ganas de abusar de los demás, pero Hornblower tuvo muy mala suerte porque el *Justinian*, bajo el mando de un capitán enfermo y con un primer oficial incompetente, permaneció anclado todo el aciago mes de enero de 1794. Incluso las actividades que a veces se veían obligados a hacer perjudicaban a Hornblower. Una vez, en que el señor Bowles, el oficial de derrota, daba una clase de náutica a sus ayudantes y a los guardiamarinas, el capitán, por desgracia, pasó cerca de la cabina donde estaban y entró a mirar los resultados del problema que habían hecho. El capitán, que se había convertido en un hombre mordaz y que, para colmo, sentía antipatía por Simpson, después de echar un vistazo a la hoja del guardiamarina se echó a reír y exclamó con sarcasmo:

—¡Debemos alegrarnos de que, por fin, haya sido descubierto el nacimiento del Nilo!

—¿Cómo dice, señor? —inquirió Simpson.

—Por lo que veo en estos garabatos, señor Simpson, su barco está en África central. Veamos qué otras *terrae incognitae* han descubierto los intrépidos exploradores de esta clase.

Tal vez el destino quería que ocurriera lo que ocurrió después, pero fue tan impresionante que no parecía un hecho real sino una ficción. Hornblower vio venir lo que iba a pasar antes de que Keene cogiera los papeles con los problemas, incluido el suyo. El resultado que había obtenido era el único correcto, pues unos habían sumado la corrección por refracción en vez de restarla, otros se habían equivocado en la multiplicación, y Simpson había hecho mal todo el problema.

—Le felicito, señor Hornblower —dijo Keene—. Debe estar muy orgulloso, pues ha sido el único que lo ha hecho bien entre tantas lumbreras. Tiene la mitad de la edad de Simpson, ¿verdad? Si duplica sus conocimientos cuando duplique su edad, nos dejará atrás a todos los demás. Señor Bowles, tenga la amabilidad de ocuparse de que el señor Simpson dedique más atención a las matemáticas.

Dichas estas palabras salió decidido a seguir avanzando por la entrecubierta, deteniéndose de vez en cuando debido a la enfermedad mortal que le aquejaba. Hornblower se quedó mirando al suelo para evitar que su mirada se cruzara con la de los demás; de sobras sabía que le estaban observando y lo que expresaban con sus miradas. En ese momento deseó con toda su alma su propia muerte y por la noche rogó por que llegara.

Dos días después, Hornblower fue a cumplir una misión en tierra a las órdenes de Simpson. Los dos guardiamarinas tenían a su cargo una brigada de marineros que, junto con las de los otros barcos de la escuadra, se proponía reclutar hombres por las buenas o por las malas. No tardaría mucho tiempo en llegar un convoy de las Antillas, y si bien es cierto que a la mayo ría de los tripulantes les obligarían a embarcarse en otros barcos tan pronto como el convoy entrara en el Canal, algunos se

quedarían en sus barcos para amarrarlos y después tratarían de escabullirse valiéndose de todas las artimañas y buscarían en tierra un lugar seguro donde esconderse. Los marineros reclutadores tenían la misión de formar un cordón en el muelle para impedirles el paso. Ya todos estaban preparados, pero todavía no se había avistado el convoy.

—Las cosas van bien —aseguró Simpson.

Esa era una frase que Simpson rara vez decía, pero ahora se encontraba en una sala de la parte de atrás del hostel Lamb, sentado cómodamente en una butaca, con los pies encima de otra, y tenía en la mano una jarra de cerveza con ginebra.

—¡A la salud del convoy de las Antillas! —brindó Simpson y se dispuso a echar un trago de cerveza—. ¡Que tarde mucho!

Simpson se encontraba muy a gusto allí. El cometido que llevaba, la cerveza y el fuego de la chimenea le habían puesto de buen humor. Todavía el alcohol no le había vuelto agresivo. Hornblower, que estaba sentado al otro lado de la chimenea, le observaba sin pestañear mientras bebía cerveza sin ginebra. Estaba asombrado de que, por primera vez después de subir a bordo del *Justinian*, sus sufrimientos fueran tan superficiales que podían compararse a los que le produciría la punzada de una muela picada.

—Brinde por algo, muchacho —dijo Simpson.

—¡Por el derrocamiento de Robespierre! —balbuceó Hornblower.

Se abrió la puerta y entraron dos oficiales; el uno era un guardiamarina y el otro un teniente (llevaba una sola charretera), el teniente Chalk, del *Goliath*, que tenía a su cargo las brigadas reclutadoras enviadas a la costa. Simpson hizo un sitio a su superior frente a la chimenea.

—Todavía no se ha avistado el convoy —confesó y luego miró a Hornblower atentamente—. Me parece que no tengo el placer de conocerle.

—El señor Hornblower —presentó Simpson—. El teniente Chalk. El señor Hornblower es un guardiamarina famoso por haberse mareado en Spithead.

Hornblower, que procuraba no enfurecerse cuando Simpson le colgaba el conocido sambenito, al ver que Chalk cambiaba de tema, pensó que lo hacía simplemente por cortesía.

—¡Tabernero! ¿Quieren tomar algo conmigo? Me temo que la espera va a ser larga. Sus hombres están ya apostados en los lugares adecuados, ¿no es así, señor Simpson?

—Sí, señor, así es.

Chalk era un hombre muy activo. Recorrió a grandes zancadas la sala, se acercó a la ventana, desde donde se quedó mirando unos momentos cómo caía la lluvia, y tras presentar el guardiamarina que le acompañaba, Caldwell, a los otros dos, llegaron las bebidas. Era obvio que aquella falta de actividad forzosa le molestaba.

—¿Jugamos a las cartas para pasar el tiempo? —sugirió—. ¡Estupendo! ¡Tabernero! ¡Traiga una mesa y una baraja y otro farol!

Pusieron la mesa delante de la chimenea, colocaron sillas alrededor, y luego trajeron la baraja.

—¿A qué jugamos? —preguntó Chalk, mirando a su alrededor.

Chalk era teniente y sus tres compañeros guardiamarinas, así que cualquier sugerencia suya sería aceptada sin más. Los tres guardiamarinas, naturalmente, esperaron a que dijera lo que deseaba.

—¿A las veintiuna? No, ese juego es para tontos. ¿Al *loo*? No, ese juego es para tontos ricos. ¿Y al *whist*? Eso nos dará la oportunidad de ejercitar la mente. Sé que Caldwell sabe poco de ese juego. ¿Qué le parece, señor Simpson?

No era probable que un hombre como Simpson, a quien se le daban tan mal las matemáticas, jugara bien al *whist*, pero tampoco era probable que él lo supiera.

—Como quiera, señor —replicó Simpson.

Le gustaba jugar, y le daba igual un juego que otro.

—¿Señor Hornblower?

—Con mucho gusto, señor.

Esta respuesta estaba más cerca de la verdad que la mayoría de las respuestas convencionales. Hornblower había aprendido a jugar al *whist* en una buena escuela, solía jugar con su padre, con el pastor y su esposa desde que falleciera su madre. La verdad es que el juego le apasionaba. Disfrutaba calculando las posibles jugadas y eligiendo entre arriesgarse o actuar cautamente de acuerdo con las constantes variaciones del juego. Había aceptado con tanto entusiasmo que este detalle no se le escapó a Chalk (que era un buen jugador). El teniente le miró una y otra vez y rápidamente comprendió que los dos eran almas gemelas.

—¡Estupendo! —exclamó—. Levantemos una carta y decidamos así los puestos que ocuparemos y quiénes serán compañeros de juego. ¿Qué cantidades apostamos, caballeros? ¿Les parece mucho un chelín por baza y una guinea por mano? ¿No? Pues, trato hecho.

Durante algún tiempo el juego se desarrolló sin incidencias. Hornblower fue compañero de Simpson primero y de Caldwell después. Dos manos de *whist* fueron suficientes para hacer patente que Simpson era un pésimo jugador, el tipo de jugador que tiraba un as cuando lo tenía y la última carta que le quedaba de un palo cuando tenía cuatro triunfos. No obstante, Simpson y Hornblower ganaron en la primera mano gracias a las buenas cartas que llevaban, pero Simpson perdió en la mano siguiente, siendo ya compañero de Chalk, y lo mismo le pasó en la siguiente, también jugando de compañero con Chalk. Cuando tenía buenas cartas, se alegraba con sorna, dando por seguro que los otros las tenían peores; en cambio, cuando tenía malas cartas se ponía serio. Obviamente, era una de esas personas ignorantes para quienes



jugar al *whist* era un acto social o un medio de transferir dinero a otros arbitrariamente, como jugar a los dados. No consideraba el juego ni como un rito sagrado ni como un ejercicio mental. Además, a medida que perdía, más alcohol traía el tabernero, y más irritable se volvía. Ya se le había puesto la cara roja y la causa no sólo era el calor del fuego. Era un mal perdedor y un mal bebedor. Incluso Chalk, que tenía muy buenos modales, estaba tan tenso que no pudo disimular su alivio cuando un nuevo corte de la baraja determinó que su compañero sería Hornblower. Ambos ganaron esa mano con facilidad, y una guinea y varios chelines más fueron transferidos a la pequeña bolsa de Hornblower, que era quien más había ganado, mientras que, por el contrario, Simpson era quien más había perdido. Hornblower estaba que no cabía en sí de gozo y quería seguir jugando al *whist*, y las expresiones de disgusto y los reproches que Simpson murmuraba por lo bajo las consideraba como simples frases que le distraían, pero no le molestaban: no señales de peligro. No se daba cuenta de que podría pagar caro con futuros tormentos su éxito presente.

Levantaron de nuevo cartas, las enseñaron y Hornblower y Chalk volvieron a ser compañeros de juego. Tuvieron buenas cartas y ganaron la primera mano. Después, en dos ocasiones, Simpson y Caldwell hicieron algunos tantos, y Simpson no pudo disimular su satisfacción por el nuevo giro de la suerte, pero, en la mano siguiente, Hornblower hizo una excelente jugada que les permitió a Chalk y a él ganar la séptima baza cuando los otros podían haber ganado dos más. Simpson jugó una sota después de que Hornblower hubiera echado un diez, de modo que su sonrisa triunfal del principio se trocó en una sonrisa amarga al descubrir que Caldwell y él sólo habían hecho seis bazas consecutivas, y, malhumorado, las contó por segunda vez. Hornblower volvió a repartir las cartas y puso el triunfo en sus manos, ya que al salir Simpson con un as, como de costumbre, aseguraba así a Hornblower que volvería a salir a continuación. Hornblower tenía varios triunfos y una serie de cartas de tréboles consecutivos en orden numérico que podría tirar en cualquier momento si alguien echaba una carta de ese palo. Simpson miró sus cartas y empezó a gruñir. Era sorprendente que todavía no se hubiera dado cuenta de que salir con un as significaba volver a salir de mano a continuación sin haber comprendido mejor el estado de la situación. Por fin se decidió y echó una carta, Hornblower ganó la baza con el rey y volvió a salir con un triunfo, con la sota, y tuvo la satisfacción de volver a ganar la baza. Salió otra vez, y Chalk echó una reina y ambos se apuntaron un tanto más. Chalk salió con otro triunfo, con el as, y Simpson, maldiciendo, se vio obligado a echar el rey. Entonces Chalk salió con una carta de tréboles, que Hornblower podía seguir porque tenía cinco cartas de ese palo, entre ellas la reina y el rey. El hecho de que saliera con ese palo era muy importante, porque eso impediría que Hornblower se quedara sin cartas de algún palo por conservar los triunfos que le quedaban. Hornblower ganó la baza con la reina, y pensó que era muy probable que Caldwell

tuviera el as, aunque también podría tenerlo Chalk. Salió con una carta de poco valor, y todos siguieron el palo, pero Chalk jugó la sota y Caldwell el as. Ya habían jugado ocho cartas de tréboles, y Hornblower tenía otras tres, entre ellas el rey y el diez. Con toda seguridad ganaría tres bazas con las tres y alguna más también con los triunfos. Caldwell echó la reina de diamantes y Hornblower jugó la última carta de ese palo que tenía obligando a Chalk a jugar el as.

—El resto es mío —dijo Hornblower, poniendo sus cartas sobre la mesa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Simpson, con el rey de diamantes en la mano.

—Cinco bazas —dijo Hornblower—. Gano esta mano.

—Pero ¿no puedo tirar otra?

—Yo gano con un triunfo tanto si sale con diamantes como si sale con corazones y luego tiro otras tres cartas de tréboles —explicó Hornblower, a quien le parecía que la cuestión era tan fácil como sumar dos y dos y que esa forma de terminar una mano era corriente. Le extrañaba que hubiera jugadores como Simpson, que no tenían la mente muy clara y no podían llevar la cuenta de las cartas que ya habían salido de las cincuenta y dos que formaban la baraja.

Entonces Simpson tiró sus cartas sobre la mesa y vociferó:

—Sabe usted demasiado de este juego. Ha marcado usted las cartas. Conoce tan bien el reverso como el anverso.

Hornblower tragó saliva. Se dio cuenta de que aquel momento era crucial y que el que tenía los triunfos en la mano era el señor Simpson. Un segundo antes estaba jugando a las cartas y se divertía, pero ahora tenía que resolver una cuestión de vida o muerte. Un sinfín de ideas cruzaron por su mente. A pesar de las comodidades de que estaba rodeado, recordó la penosa vida que llevaba en el *Justinian*, adonde debía volver. Esta era la oportunidad de poner fin, de alguna forma, a aquella penosa y desdichada vida. También recordó que había pensado en suicidarse, y en un rincón de su mente se formó el embrión del plan que estaba dispuesto a seguir. Entonces tomó una decisión.

—Eso es una ofensa, señor Simpson —dijo, mirándole a los ojos, y le encontró aturdido; luego miró a Chalk y a Caldwell, que, de repente, se pusieron muy serios—. Debo exigirle una satisfacción.

—¿Una satisfacción? —preguntó Chalk inmediatamente—. ¡Vamos, vamos! El señor Simpson perdió los estribos, pero estoy seguro de que le dará explicaciones.

—He sido acusado de hacer trampas en el juego y es difícil encontrar disculpas para eso —insistió Hornblower.

Intentaba comportarse como un adulto, mejor dicho, como un adulto lleno de indignación, aunque, realmente, no estaba indignado por la disputa, ya que sabía muy bien que Simpson había dicho aquellas palabras porque tenía la mente trastornada. Pero se había presentado la oportunidad de cambiar las cosas, y estaba decidido a

aprovecharla. Ahora lo que tenía que hacer era representar de manera convincente el papel de hombre ofendido.

—El señor Simpson bebió mucho alcohol y perdió los estribos —dijo Chalk, decidido a reconciliarles—. Estoy seguro de que el señor Simpson habló en broma. Pidamos otra botella y bebamos como buenos amigos.

—Encantado —dijo Hornblower, buscando las palabras adecuadas para que la reconciliación fuera imposible—, si el señor Simpson se disculpa ahora mismo delante de ustedes dos, caballeros, y si admite que no habló ni como corresponde a un caballero ni con fundamento alguno.

Mientras decía esto se había vuelto hacia Simpson mirándole desafiante, o sea, hablando con metáfora, había agitado un trapo rojo delante del toro. Y Simpson, enfurecido, arremetió contra él.

—¿Pedirle disculpas a usted, mequetrefe? —gritó Simpson, alterado por el alcohol y por haber sido herido en su amor propio—. ¡Nunca en mi vida!

—¿Han oído eso, caballeros? —preguntó Hornblower—. El señor Simpson me ha ofendido, pero se niega a pedirme disculpas y, además, ha vuelto a ofenderme. Ahora podrá darme una satisfacción solamente de una forma.

Durante los dos días que siguieron, hasta la llegada del convoy de las Antillas, Hornblower y Simpson, que estaba bajo el mando de Chalk, mantuvieron una extraña relación, pues eran dos hombres que iban a batirse, pero estaban obligados a mantenerse en contacto el uno con el otro hasta que el duelo tuviera lugar. Hornblower cumplía con prontitud todas las órdenes que recibía (de todas maneras siempre lo hacía así), y Simpson las daba con disgusto y con cierta timidez. A lo largo de esos días Hornblower desarrolló su plan original. Mientras patrullaba los muelles al frente de una brigada, tuvo tiempo suficiente para reflexionar sobre la cuestión. Si se analizaba con objetividad (y un joven de diecisiete años al borde de la desesperación podía ser un blanco fácil) era tan lógico de resolver como calcular las probables jugadas en una partida de *whist*. Nada podía ser peor que la vida que llevaba en el *Justinian*, ni siquiera, como ya había pensado, la muerte. Ahora podía llegar a la muerte por un medio sencillo, que, además, tenía el atractivo de que condujera a la muerte a Simpson en vez de a él. En ese momento se le ocurrió una idea que, estaba convencido, le permitiría desarrollar su plan con más seguridad, una idea que le causó tanto asombro que se paró en seco, y la brigada que le seguía no pudo detenerse a tiempo y chocó contra él.

—Perdone, señor —dijo el suboficial encargado de la brigada.

—No tiene importancia —dijo Hornblower, absorto en sus pensamientos.

En cuanto regresó al *Justinian* expuso su idea por primera vez a Preston y Danvers, los dos ayudantes del oficial de derrota, a quienes les pidió que fueran sus padrinos.

—Aceptamos ser sus padrinos, desde luego —dijo Preston, mirando al escuálido joven cuando les hizo la petición—. ¿Cómo quiere batirse? Como usted es la parte agraviada, le corresponde escoger el arma.

—He estado pensando en eso desde que me ofendió —dijo Hornblower para ganar tiempo, pues no era fácil encontrar las palabras adecuadas para exponer su idea con claridad.

—¿Sabe manejar la espada? —preguntó Danvers.

—No —respondió Hornblower, quien en su vida había empuñado una.

—Entonces será mejor con pistola —aconsejó Preston.

—Probablemente Simpson sea un buen tirador —apostilló Danvers—. No me gustaría tener que ponerme delante de él.

—Basta —cortó Preston de inmediato—. No desanimes al joven.

—No estoy desanimado —dijo Hornblower—. Eso mismo pienso yo.

—Por lo que veo, se toma usted esto con mucha tranquilidad —repuso Danvers con asombro.

Hornblower se encogió de hombros.

—Posiblemente. Casi no me preocupa. Pero pienso que tendríamos que lograr que los dos tuviéramos las mismas probabilidades de ganar.

—¿Cómo?

—Lograríamos que los dos tuviéramos exactamente las mismas probabilidades si cargáramos una pistola y dejáramos la otra sin cargar —se aventuró a sugerir Hornblower—. Simpson y yo escogeríamos una sin saber cuál es la cargada y luego nos colocaríamos a una yarda de distancia el uno del otro y, al oír la orden de hacer fuego, dispararíamos.

—¡Dios mío! —exclamó Danvers.

—No creo que eso sea lícito —comentó Preston—. Eso significaría que uno de ustedes dos moriría forzosamente.

—Matar es la finalidad de un duelo —aseguró Hornblower—. Si las condiciones son justas, creo que no hay motivo para plantear objeciones.

—Pero, ¿piensa realmente llevar a cabo este plan? —inquirió Danvers con asombro.

—Señor Danvers... —empezó a decir Hornblower, pero Preston le interrumpió.

—No queremos que haya otro duelo —dijo Preston—. Lo que Danvers quiere decir es que no le importaría llevarlo a cabo él mismo. Hablaremos de esto con Cleveland y Hether y veremos qué opinan.

Apenas una hora después, todos los tripulantes del barco sabían cuáles eran las condiciones propuestas para el duelo. Tal vez fue desventajoso para Simpson no tener amigos en el barco. Cleveland y Hether, sus padrinos, no se opusieron con demasiada firmeza a las condiciones del duelo, sino que las aceptaron casi sin poner reparos, y el

tirano de la camareta de guardiamarinas pagó así su comportamiento tiránico. Algunos oficiales mostraban con desfachatez su satisfacción, y tanto algunos oficiales como algunos marineros miraban a Hornblower y a Simpson con la curiosidad malsana que despertaba en ellos la inminencia de la muerte, como si los dos contendientes estuvieran condenados a morir en la horca. Al mediodía, el teniente Masters mandó llamar a Hornblower.

—El capitán me ha ordenado que haga algunas preguntas sobre este duelo, señor Hornblower —dijo—. Y también que haga todo lo posible por conseguir la reconciliación.

—Sí, señor.

—¿Por qué insiste en exigir una satisfacción, señor Hornblower? Tengo entendido que le dijeron esas palabras sin reflexionar y cuando estaban ustedes bebiendo y jugando a las cartas.

—El señor Simpson me acusó de que hacía trampas, delante de testigos que no eran oficiales de este barco, señor.

Ése era el punto más importante: los testigos no eran miembros de la tripulación del barco. Si Hornblower hubiera considerado las palabras de Simpson como simples gruñidos de un hombre malhumorado y borracho, las habría dado por no oídas, pero había tomado otra postura, y ahora no era posible echar tierra al asunto, y él lo sabía.

—Aun así, pueden darle una satisfacción sin necesidad de un duelo, señor Hornblower.

—Si el señor Simpson me pide disculpas delante de esos caballeros, me consideraré desagraviado, señor.

Simpson no era un cobarde y prefería morir a someterse a semejante humillación.

—Ya entiendo. Además, me han dicho que usted insiste en establecer unas condiciones para el duelo que son inusuales.

—Hay precedentes de esto, señor. Como soy la parte agraviada, puedo escoger arma y condiciones que no sean injustas.

—Parece usted un picapleitos, señor Hornblower.

El comentario fue suficiente para que Hornblower comprendiera que había hablado más de lo debido, así que decidió que en el futuro se mordería la lengua. Y esperó en silencio a que Masters siguiera la conversación.

—Entonces, ¿está decidido a llevar a cabo este mortal desafío, señor Hornblower?

—Sí, señor.

—El capitán también me ordenó que asistiera al duelo, debido a las extrañas condiciones que usted ha impuesto. Debo informarle que pediré a los padrinos que tomen las medidas necesarias para eso.

—Sí, señor.

—Eso es todo, señor Hornblower.

Cuando Masters insinuó a Hornblower que podía marcharse, le miró con mucho más interés que cuando Hornblower subió a bordo por primera vez. Buscaba signos de debilidad y vacilación (en realidad, buscaba signos de sentimientos humanos), pero no advirtió ninguno. Hornblower había tomado una decisión tras haber examinado los pros y los contras, y la razón le indicaba que después de haber decidido serenamente lo que iba a hacer, cometería un disparate si se dejaba influenciar por emociones traicioneras. Las condiciones que había impuesto para el duelo eran ventajosas para él desde el punto de vista matemático. En el pasado había pensado en escapar al acoso de Simpson matándose voluntariamente, y, sin duda, el hecho de que ambos tuvieran las mismas probabilidades de ganar era una ventaja para él porque podría escapar sin morir. Además, en el caso de que Simpson supiera manejar la espada y la pistola mejor que él (lo que seguramente así sería), el hecho de que ambos tuvieran las mismas probabilidades de ganar, obviamente, también era una ventaja para él desde el punto de vista matemático. No se arrepentía de haberlo pensado.

Hornblower sabía que su tesis era irrefutable desde el punto de vista matemático, pero pronto descubrió con asombro que las matemáticas no lo resolvían todo. Muchas veces durante aquella horrible tarde, Hornblower notó que se sentía angustiado y que esa angustia le hacía un nudo en la garganta cuando pensaba que a la mañana siguiente iba a jugarse la vida a cara o cruz. Pensaba que escogiera el arma que escogiera podría caer muerto, y que entonces ya no tendría conciencia, que su cuerpo se quedaría frío y que, aunque le costaba creerlo, el mundo seguiría existiendo sin él. No podía evitar que esas reflexiones le hicieran temblar, y tuvo mucho tiempo para hacer reflexiones similares, pues la regla que impedía que tuviera contactos con su adversario antes del momento del duelo le hacía aislarse, en la medida en que era posible aislarse en las abarrotadas cubiertas del *Justinian*. Esa noche, lleno de tristeza y con un inexplicable cansancio, colgó su coy y cuando se desvistió en la húmeda y maloliente entrecubierta sintió mucho más frío que otras veces. Se cubrió hasta arriba con las mantas, deseoso de poder relajarse gracias a su calor, pero no lo consiguió. Una y otra vez, apenas se quedaba adormecido, volvía a despertarse angustiado y con la mente ofuscada por las ideas sobre lo que ocurriría al día siguiente. Se volvió a un lado y a otro en su coy una docena de veces y oyó la campana del barco sonar cada media hora en lo que le pareció un tiempo demasiado largo, y sintió desprecio hacia sí mismo por ser cobarde. Al final se dijo que era mejor que su destino dependiera de la suerte, porque si tuviera que depender de la firmeza de su mano y de la agudeza de su vista, moriría por fuerza después de una noche como la que estaba pasando.

Probablemente esa conclusión le ayudó a dormirse una o dos horas y se despertó sobresaltado cuando Danvers le dio varias sacudidas.

—Han sonado cinco campanadas —dijo Danvers—. Amanecerá dentro de una

hora. Levántese y vístase.

Hornblower, vestido sólo con la camisa, salió del coy, se puso de pie en la entrecubierta, que estaba casi completamente oscura, y apenas pudo distinguir a Danvers.

—Número Uno nos ha dado el segundo cúter —dijo Danvers—. Masters y Simpson y su grupo irán primero a tierra en la lancha. Aquí llega Preston.

Otra figura borrosa apareció en la oscuridad.

—Hace un frío de mil demonios —dijo Preston—. ¡Qué tiempo tan espantoso para salir esta mañana! Nelson, ¿dónde está ese té?

El dispensero de la camareta de guardiamarinas trajo el té cuando Hornblower, temblando de frío, se subía los pantalones. La taza empezó a chocar contra el plato cuando al levantarla, la sostenía con la mano y eso le molestó mucho. Pero el té estaba muy bueno y Hornblower se lo bebió con gusto.

—Déme otra taza —dijo y se enorgulleció de que pudiera pensar en el té en ese momento.

Todavía no había clareado cuando bajaron al cúter.

—¡Zarpar! —ordenó el timonel, y el cúter se separó del costado del barco.

Soplaba un viento frío y fuerte que hizo que la empapada vela al tercio se hinchara cuando el cúter puso proa a las dos luces que señalaban el muelle.

—Pedí a un coche de alquiler que estaba en el George que nos esperara —dijo Danvers—. Confío en que nos esté esperando allí.

Allí estaba. El cochero, a pesar de todo lo que había bebido durante la noche, aún se mantenía lo bastante sobrio como para dominar al caballo. Danvers sacó un frasco del bolsillo cuando se sentaron en el coche y metieron los pies entre la paja.

—¿Le apetece un trago, señor Hornblower? —preguntó, al tiempo que le ofrecía el licor—. Hoy no necesita tener la mano firme.

—No, gracias —respondió Hornblower, que, como tenía el estómago vacío, sintió repugnancia al pensar en beber alcohol.

—Los otros ya estarán allí cuando lleguemos —apuntó Preston—. Yo mismo vi la lancha virar para regresar al barco cuando llegamos al muelle.

Las reglas exigían que los dos contendientes llegaran por separado al sitio donde iba a tener lugar el duelo; sin embargo, sólo les hacía falta una embarcación para regresar al barco.

—El matasanos está con ellos —confirmó Danvers—. Sólo Dios sabe para qué piensa que puede ser útil aquí.

Se echó a reír, pero, por cortesía, trató de contener la risa.

—¿Cómo se siente, Hornblower? —inquirió Preston.

—Bastante bien —respondió y tuvo que contenerse para no añadir que sólo se sentía bastante bien si no mantenían conversaciones de esa clase.

El coche llegó a la cima de la colina y después bajó hasta el ejido, y se detuvo no lejos de otro coche parado allí. La luz amarilla de su farol brillaba en la penumbra del amanecer.

—Ahí están —dijo Preston.

La débil luz del alba les permitió distinguir a un grupo de hombres en un terreno cubierto de escarcha y rodeado de aulagas. Iban ya acercándose a ellos cuando Hornblower clavó su mirada en la cara de Simpson, un poco apartado del grupo. Simpson estaba pálido, y Hornblower notó que tragaba saliva, que estaba tan nervioso como él. Masters se aproximó a Hornblower y, como de costumbre, le lanzó una mirada inquisitiva.

—Éste es el momento para la reconciliación —dijo—. Nuestro país está en guerra, señor Hornblower, y espero poder convencerle de que ponga fin a esta situación y salve la vida a un servidor del Rey.

Hornblower miró hacia Simpson y Danvers respondió por él.

—¿El señor Simpson está dispuesto a dar una satisfacción como es debido? —preguntó Danvers.

—El señor Simpson tiene la intención de manifestar que desearía que el incidente nunca hubiera ocurrido.

—Esa forma de dar una satisfacción es inapropiada —reconoció Danvers—. No incluye una disculpa, y convendrá usted conmigo, señor, en que una disculpa es necesaria.

—¿Qué dice la persona agraviada? —insistió Masters.

—Ninguna persona agraviada debe hablar en estas circunstancias —insistió Danvers, mirando a Hornblower, quien asintió con la cabeza.

Todo esto era inevitable, y tan desagradable como el paseo en el carro del verdugo. Ya no era posible volver atrás. Hornblower creía que Simpson no se disculparía nunca, y sin una disculpa, el asunto no podía zanjarse ni resolverse más que con un combate sangriento. Tantas eran las probabilidades de ganar como de que le quedaran apenas cinco minutos de vida.

—Entonces, ¿están decididos a que el duelo tenga lugar, caballeros? —inquirió Masters—. Tendré que hacer constar esto en mi informe.

—Estamos decididos —respondió Preston.

—Entonces no tengo más remedio que permitir que este asunto termine de una forma deplorable. Ya puse las pistolas al cuidado del doctor Hepplewhite.

Se volvió y, seguido de cerca por ellos, se acercó al otro grupo, formado por Simpson, Hether, Cleveland y el doctor Hepplewhite, que tenía sujetas las pistolas por el cañón, una en cada mano. Hepplewhite era un hombre corpulento y de cara enrojecida, como todos los bebedores empedernidos, y, a causa del alcohol, ahora presentaba una amplia sonrisa bobalicona y hacía eses al andar.



—¿Todavía estos jóvenes piensan llevar a cabo esa locura? —preguntó, pero ninguno de ellos le hizo caso, todos opinaban que no debía hacer tal pregunta en un momento como ese.

—Bueno, aquí están las pistolas —dijo Masters—. Las dos tienen puesto el cebo, pero una está cargada y la otra no, de acuerdo con las condiciones convenidas. Aquí tengo una guinea. Yo propongo que la lancemos al aire para determinar cómo se distribuirán las armas. Pero, caballeros, ¿creen que mediante el lanzamiento de la moneda se asignará una determinada pistola a cada contendiente? Por ejemplo, ¿le corresponderá esta pistola al señor Simpson en caso de que pida cara y la cara quede hacia arriba? ¿O creen que quien resulte ganador en el lanzamiento de la moneda debe escoger el arma? Quiero eliminar de antemano todas las posibilidades de que haya colusión, quiero decir, que nadie piense que hay connivencia o complot para engañar a uno de los contendientes.

Hether, Cleveland, Danvers y Preston se miraron unos a otros desconcertados.

—Que el ganador escoja el arma —sentenció Preston por fin.

—Muy bien, caballeros. Por favor, elija, señor Hornblower, ¿cara o cruz?

—Cruz —dijo Hornblower cuando la moneda de oro empezó a dar vueltas en el aire.

Enseguida Masters la cogió y la cubrió con una mano.

—Cruz —dijo Masters, levantando la mano, y enseñando la moneda después a los padrinos—. Por favor, escoja.

Hepplewhite ofreció a Hornblower las dos pistolas, una con la muerte y otra con la vida. Ese momento le pareció horrible. Lo único que le guiaba era la suerte, y tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para alargar la mano.

—Quiero ésta —dijo y cogió el arma no sin dejar de sentir el frío del arma, fría como el hielo.

—He hecho lo que me ordenaron —dijo Masters—. Ahora hagan ustedes lo que quieran, caballeros.

—Coja ésta, señor Simpson —insistió Hepplewhite—. Tenga mucho cuidado con la forma en que agarra la pistola, señor Hornblower. Es usted una amenaza pública.

Hepplewhite sonreía todavía y se regodeaba porque alguien estaba en peligro de muerte, pero ese alguien no era él. Simpson tomó la pistola que le ofreció Hepplewhite, la sujetó con fuerza y su mirada volvió a cruzarse con la de Hornblower, sin que en ella hubiera indicios de arrepentimiento ni de ningún otro sentimiento.

—No hay que alejarse mucho —aconsejó Danvers—. Cualquier lugar es bueno. El terreno no es muy accidentado.

—Muy bien —dijo Hether—. ¿Quiere colocarse aquí, señor Simpson?

Preston hizo una seña a Hornblower y el joven se acercó. A Hornblower no le era

fácil aparentar que tenía energías y no estaba preocupado. Preston le cogió por el brazo y le colocó tan cerca de Simpson que sus pechos casi se rozaban. Estaban tan cerca que percibía el olor a alcohol de su aliento.

—Por última vez, caballeros... —dijo Masters, alzando la voz—. ¿No pueden reconciliarse?

No hubo respuesta sino un profundo silencio, y a Hornblower le pareció que podían oírse los rápidos latidos de su corazón. El silencio se rompió cuando Hether exclamó:

—¡No hemos acordado quién da la señal! ¿Quién está dispuesto a darla?

—Vamos a pedir al señor Masters que él se encargue de darla —dijo Danvers.

Hornblower ni se volvió. Siguió mirando al cielo plomizo por encima de la oreja derecha de Simpson. No podía mirar a Simpson a la cara, aunque ignoraba el motivo, y no sabía hacia dónde mirar. Pensaba que el fin del mundo estaba cerca y que dentro de poco tiempo una bala podría atravesarle el corazón. En ese momento oyó que Masters decía:

—Daré la señal cuando ustedes dispongan, caballeros.

En el cielo plomizo no había nada que llamara la atención, así que ahora, al echar la última mirada al mundo, daba igual que fuera ciego. Masters alzó la voz de nuevo.

—Diré: «Uno, dos, tres, fuego» —anunció—. Y con estos mismos intervalos. Al oír la última palabra, pueden disparar como quieran. ¿Están preparados?

—Sí —respondió Simpson, casi gritando al oído de Hornblower.

—Sí —repitió Hornblower, y notó el temblor de su propia voz.

—¡Uno! —gritó Masters.

Hornblower sintió la presión de la punta de la pistola de Simpson entre las costillas del lado izquierdo de su cuerpo y subió su pistola. Fue entonces cuando comprendió que no era capaz de matar a Simpson aunque tuviera la posibilidad de hacerlo, y siguió subiendo la pistola. Se obligó a sí mismo a seguirla con la vista para comprobar que iba quedar apuntando al hombro. Una herida leve sería más que suficiente.

—¡Dos! —gritó Masters—. ¡Tres! ¡Fuego!

Hornblower apretó el gatillo. Se oyó un chasquido, y un hilillo de humo salió por abajo de la llave de la pistola. El cebo no había hecho más que arder, pero no ocurrió nada más, así que su pistola era la que no estaba cargada. Sabía que iba a morir. Una décima de segundo después, se oyó otro chasquido, y de la pistola de Simpson, que apuntaba a su corazón, salió otro hilillo de humo. Los dos permanecieron inmóviles, petrificados y tardaron en darse cuenta de lo que había pasado.

—¡Un tiro fallido! —gritó Danvers.

Los padrinos rodearon a los contendientes.

—¡Denme esas pistolas! —gritó Masters, arrancándoselas de las manos que las

sujetaban débilmente—. La que está cargada todavía podría dispararse y no quiero que eso ocurra ahora.

—¿Cuál era la que estaba cargada? —preguntó Hether, muerto de curiosidad.

—Es mejor no enterarse de eso —dijo Masters, cambiando varias veces las pistolas de una mano a otra como si deseara confundir a todo el mundo.

—¿Por qué no disparan otra vez? —preguntó Danvers.

Masters le miró muy serio y contestó:

—No dispararán otra vez. El honor ha quedado limpio de manchas. Estos dos caballeros han salido bien parados de una difícil situación. Nadie tendrá en poco al señor Simpson si dice que lamenta lo ocurrido ni nadie tendrá en poco al señor Hornblower si acepta esa afirmación como disculpa.

Hepplewhite empezó a reírse a carcajadas.

—¡Qué caras! —dijo, dándose palmadas en el muslo—. ¡Deberían ver las caras que tienen! ¡Qué caras tan fúnebres!

—Señor Hepplewhite, su comportamiento es indecoroso —dijo Masters—. Caballeros, los coches nos están esperando en el camino y el cúter en el muelle, y me parece que a todos nos vendría bien ir a desayunar, incluido el señor Hepplewhite.

Ese debería haber sido el final del incidente, pero en todos los barcos de la escuadra anclados en el puerto se habló del inusual duelo durante mucho tiempo. Todo el mundo conocía de sobras el nombre de Hornblower ahora, pero al hablar de él ya no hacían mención de que era el guardiamarina que se había mareado en Spithead, sino que era el hombre que se había jugado la vida a cara o cruz con sangre fría. Sin embargo, en el *Justinian* se habló del duelo desde otro punto de vista y circularon extraños rumores sobre él.

—El señor Hornblower ha pedido permiso para hablar con usted, señor —dijo una mañana el señor Clay, el primer oficial, al entregarle un informe al capitán.

—Bueno, cuando usted se vaya, mándele pasar —dijo Keene y luego suspiró.

Diez minutos después oyó que alguien daba con los nudillos unos golpes en la puerta de la cabina. Unos golpes que anunciaban a un hombre muy enfadado.

—Señor... —empezó a decir Hornblower.

—Me parece que sé lo que va a decir —dijo Keene.

—¡Las pistolas con que nos batimos Simpson y yo no estaban cargadas!

—Seguro que Hepplewhite le ha ido con el soplo —insinuó Keene.

—Y, según tengo entendido, fue por orden suya, señor.

—Exactamente. Se lo ordené al señor Masters.

—¡Eso fue una arbitrariedad, una acción injustificable, señor!

Eso era lo que Hornblower quería decir, pero al pronunciar palabras de muchas sílabas, balbuceaba vergonzosamente.

—Tal vez —dijo Keene tranquilamente, sin dejar de ordenar, como siempre, los

papeles que estaban encima de su escritorio.

Hornblower se desconcertó al ver que Keene admitía su falta con absoluta tranquilidad y por unos momentos sólo pudo farfullar.

—He salvado la vida a un servidor del Rey —continuó Keene cuando el joven dejó de farfullar sus invectivas—. He salvado la vida a un hombre joven, y nadie se ha hecho daño. Por otra parte, tanto usted como Simpson han demostrado su valor. Ahora los dos saben que pueden soportar un ataque del enemigo, y los demás también.

—Me ha inferido usted una grave ofensa, señor —dijo Hornblower, decidido a repetir uno de los discursos que había ensayado—, que solamente se puede reparar de una manera.

—Conténgase, señor Hornblower, por favor —dijo Keene, cambiando de postura en la silla y haciendo una mueca de dolor, y luego preparó su alocución—. Debo recordarle una beneficiosa norma que hay en la Armada: ningún oficial puede retar a un superior. Obviamente, la razón es que sería demasiado fácil obtener un ascenso si eso fuera posible. Además, señor Hornblower, si un oficial reta a un superior, comete un delito por el que tendrá que ser juzgado por un consejo de guerra.

—¡Oh! —exclamó Hornblower con voz débil.

—Ahora le daré un consejo —prosiguió Keene—. Usted se ha batido y ha salido del duelo con honor, y eso es bueno, pero es mejor que no vuelva a batirse. Algunos hombres, aunque parezca extraño, cogen gusto a los duelos, como los tigres a la sangre, y nunca llegan a ser buenos oficiales, ni buenos ni populares.

Entonces Hornblower se dio cuenta de que la excitación que tenía al entrar en la cabina del capitán se debía en buena medida a su vehemente deseo de retarle. Era posible que sintiera un placer morboso en correr riesgos y en ser momentáneamente el centro de atención. Keene esperaba que él dijera algo, pero le costaba hablar.

—Entendido, señor —dijo por fin.

Keene volvió a cambiarse de postura en la silla.

—También quería hablarle de otro asunto, señor Hornblower. El capitán Pellew, de la *Indefatigable* puede admitir a un guardiamarina más. Al capitán Pellew le gusta mucho jugar al *whist* y le hace falta tener a bordo otro buen jugador para completar un grupo de cuatro. Los dos estamos de acuerdo en autorizar su traslado si tiene a bien solicitarlo. Está de más decir que cualquier joven oficial ambicioso aprovecharía la oportunidad de prestar servicio en una fragata.

—¡Una fragata! —exclamó Hornblower.

Todo el mundo sabía que Pellew era un capitán excelente y que había conseguido muchas victorias. Un oficial podía ganar prestigio y obtener un buen botín e incluso un ascenso estando al mando de Pellew. Hornblower pensó que era probable que la competencia entre los que querían ser destinados a la *Indefatigable* fuera muy reñida,

y que ésa era la oportunidad de su vida. Estaba a punto de decir que aceptaba gustoso cuando pensó algo que le hizo contenerse.

—Es usted muy amable, señor —dijo—. No sé cómo agradeceréelo. Pero usted me admitió como guardiamarina aquí, así que debo quedarme con usted.

Aquella expresión adusta prueba de su irritación dio paso a una sonrisa complaciente.

—Pocos hombres habrían dicho eso —dijo Keene—. Pero insisto en que acepte la oferta. No viviré mucho tiempo más, no viviré lo suficiente para apreciar su lealtad. Además, este barco no es el lugar más adecuado para usted, porque el capitán es un inútil... No me interrumpa... Y porque el primer oficial es débil y los guardiamarinas son viejos. Usted debe estar donde haya muchas posibilidades de conseguir un ascenso. Pienso en el bien de la Armada cuando le recomiendo que acepte la invitación del capitán Pellew, señor Hornblower, allí tendrá una preocupación menos si la acepta.

—Sí, señor —dijo Hornblower—. Acepto, señor.

## CAPÍTULO 2

# EL CARGAMENTO DE ARROZ



El lobo había entrado en el redil de las ovejas. Las agitadas aguas grisáceas del golfo de Vizcaya estaban jaspeadas de blancas velas hasta donde alcanzaba la vista, y aunque el viento era huracanado, todos los barcos, afrontando peligros sin cuento, habían desplegado gran cantidad de velamen. Todos los barcos excepto uno trataban de escapar: la excepción era la *Indefatigable*, una fragata de la Armada real al mando del capitán sir Edward Pellew. En un lejano lugar en el Atlántico, a cientos de millas de allí, se desarrollaba un combate de gran envergadura en el que un grupo de barcos iba a dilucidar la cuestión de si la potencia que ejercía la hegemonía de los mares era Francia o Inglaterra. Pero aquí, en el golfo de Vizcaya, un convoy que los barcos franceses debían proteger era atacado por una fragata cuya misión era navegar en todas direcciones y sin rumbo fijo en aquellas aguas turbulentas para capturar cuantos más barcos enemigos mejor. Se había acercado al convoy por sotavento, y eso impidió que los torpes mercantes pudieran escapar navegando en aquella dirección y les obligó a virar a barlovento. Todos los barcos iban cargados de alimentos que la Francia revolucionaria (cuya economía era desastrosa debido a las convulsiones que había sufrido últimamente) ansiaba recibir, y sus tripulantes confiaban en hacer llegar a su destino, pero tratando siempre de escapar al confinamiento en una prisión inglesa. La fragata capturaba los barcos uno a uno. Después de disparar uno o dos cañonazos a un barco, la recién creada bandera tricolor de Francia descendía por el asta, momento que aprovechaba el capitán para mandar a un grupo de tripulantes a bordo para llevarlo a un puerto inglés, y la fragata empezaba a perseguir otra presa.

En el alcázar de la *Indefatigable*, Pellew gruñía y se enfurecía cuando se producían los inevitables retrasos. Los barcos del convoy, navegando de bolina y con el mayor número posible de velas desplegadas, seguían ahora en distintas direcciones y se alejaban más y más a medida que pasaban los minutos y, si ellos perdían tiempo, algunos podrían salvarse al encontrarse lejos. Pellew no esperaba ni a su propio cúter. En cuanto un barco se rendía, ordenaba a un oficial y a un grupo de hombres armados subir a bordo, y apenas los tripulantes de la presa empezaban a alejarse, volvía a cambiar la orientación del velacho y comenzaba a perseguir a su nueva víctima. El bergantín que perseguía en ese momento tardó en rendirse, y los cañones de proa de la *Indefatigable* dieron más de un rugido. Se había levantado una marejada tan fuerte que era difícil hacer disparos precisos, por eso el bergantín seguía avanzando con la

esperanza de que ocurriera un milagro y poder salvarse.

—Muy bien —dijo Pellew—. Él se lo ha buscado. Ahora le daremos lo que ha querido.

Los artilleros que manejaban los cañones de proa los dirigieron hacia otro blanco y dispararon al bergantín en vez de disparar de manera que la bala pasara por delante de su proa.

—¡Al casco no, maldita sea! —gritó Pellew, al ver que un cañonazo daba en el casco, cerca de la línea de flotación—. ¡Desarbolarlo!

El siguiente cañonazo, gracias a la suerte o al buen juicio, fue más alto y rompió las hondas que sujetaban la verga velacho. Entonces la verga se inclinó hacia un lado, el velacho, que estaba arrizado, se desplegó, el bergantín orzó, y la *Indefatigable* se acercó más a él con la batería preparada para dispararle. Ante esa amenaza, el bergantín arrió la bandera.

—¿Qué barco es éste? —gritó Pellew por el megáfono.

—Es el *Marie Galante*, de Burdeos, y hace veinticuatro días que zarpó de Nueva Orleans con un cargamento de arroz —tradujo el oficial que estaba a su lado cuando el capitán francés respondió.

—¡Arroz! —exclamó Pellew—. Lo podremos vender a un alto precio cuando lleguemos a Inglaterra. Calculo que llevará unas doscientas toneladas. Seguramente tendrá una docena de tripulantes como mucho, así que sólo habrá que mandar a bordo a uno de nuestros guardiamarinas con cuatro marineros a su mando.

Miró a su alrededor como si buscara inspiración para dar la orden.

—¡Señor Hornblower!

—¡Señor!

—Elija a cuatro marineros de la tripulación del cúter y suba con ellos a bordo de ese bergantín. El señor Soames le dirá cuál es nuestra posición. Llévelo al puerto inglés que pueda y preséntese ante sus superiores para recibir nuevas órdenes.

—Sí, señor.

Hornblower, con un puñal a un lado y una pistola colgada del cinto, se encontraba en el puesto que le correspondía, junto a las carronadas del lado de estribor del alcázar, y tal vez esa había sido la razón por la cual Pellew se había fijado en él. En aquel momento había que actuar con rapidez, pues, como todos habían notado, Pellew estaba impaciente. Dado que en la *Indefatigable* habían hecho zafarrancho de combate, ahora su baúl formaba parte de la mesa de operaciones que improvisó el cirujano, por lo que no podía sacar nada de él. Tendría que irse tal como estaba. En ese momento el cúter iba a ocupar su posición, a cierta distancia de la aleta de la fragata, y Hornblower se acercó al costado del buque y le gritó, tratando de que su voz fuera potente y varonil. Al oírle, el teniente que estaba al mando de la embarcación puso proa a la fragata.

—Éstas son nuestra latitud y nuestra longitud, señor Hornblower —dijo Soames, el oficial de derrota, entregándole un pedazo de papel.

—Gracias —dijo Hornblower, metiéndoselo en el bolsillo.

Subió al pescante de popa con torpeza, se puso a gatas sobre él y miró hacia abajo, hacia donde estaba el cúter. Tanto la fragata como el cúter cabeceaban tan fuertemente que casi hundían por completo la proa en el mar; la diferencia de altura entre ambos parecía muy grande, pues el marinero barbudo que estaba de pie en la proa apenas alcanzaba el pescante con el bichero. Hornblower vaciló por un momento. Sabía que era muy torpe y que lo que se aprendía en los libros no servía de nada cuando había que saltar a una embarcación, pero tenía que saltar, porque Pellew, que estaba detrás de él, había empezado a gruñir y todos los tripulantes del cúter y de la fragata tenían la vista clavada en él. Era preferible saltar y hacerse daño a retrasar la fragata. Si esperaba, cometía forzosamente una equivocación, mientras que si saltaba, tenía la posibilidad de acertar. Tal vez por orden de Pellew, el timonel apartó un poco la proa de la *Indefatigable* de la parte de donde venían las olas. Entonces una ola que se movía oblicuamente a la dirección de la *Indefatigable* hizo subir la popa de la fragata y a continuación avanzó hasta el cúter e hizo subir la proa de éste cuando la popa de la fragata bajaba. Hornblower se irguió y saltó. Cayó de pie en la borda y se tambaleó durante lo que le pareció un interminable segundo. Entonces un marinero le cogió por la solapa de la chaqueta y le hizo inclinarse hacia adelante para evitar que se venciera hacia atrás. Pero ni siquiera la fuerza con que el marinero le sujetaba con el brazo extendido fue suficiente para hacerle mantenerse en pie, y cayó de cabeza, con las piernas levantadas entre los marineros de la segunda bancada. Intentó levantarse pero se golpeó con los brazos y chocó contra sus musculosas espaldas de tal manera que casi perdió el aliento, y, finalmente, logró ponerse en pie.

—Lo siento —dijo jadeante a los hombres entre los cuales había caído.

—No se preocupe —dijo el más próximo, un hombre con el aspecto característico de los marineros, con tatuajes y coleta—. Pesa usted como una pluma.

El teniente que estaba al mando del cúter le observaba desde la bancada de popa.

—¿Va usted al bergantín, señor? —preguntó.

Luego dio una orden y el cúter viró en redondo mientras Hornblower caminaba hacia popa.

El hecho de que esos hombres no le recibieran con risotadas que disimularan bastante bien su deseo de burlarse de él fue una grata sorpresa. Pasar a una pequeña embarcación desde una gran fragata no era fácil ni siquiera estando el mar en calma, y probablemente todos los que se encontraban allí habrían llegado a bordo de cabeza alguna vez. Además, por lo que había visto en la *Indefatigable*, en la Armada no tenían por costumbre reírse de un hombre que no se escaqueaba cuando tenía algo que hacer y lo hacía lo mejor posible.



—¿Va a hacerse cargo del bergantín? —preguntó el teniente.

—Sí, señor. El capitán me dijo que llevara conmigo a cuatro de sus hombres.

—Es mejor que sean gavieros —dijo el teniente, mirando hacia la parte superior de la jarcia del bergantín.

La verga velacho se sostenía precariamente y el foque, con estruendo, ondeaba empujado por el viento porque una de las drizas que lo sujetaba se había soltado.

—¿Conoce a estos hombres? —preguntó—. ¿Prefiere que los escoja yo?

—Le agradecería mucho que los escogiera usted, señor.

El teniente pronunció cuatro nombres, y cuatro hombres respondieron.

—Evite que tomen alcohol y no le darán problemas. Vigile a los tripulantes franceses, porque, si no lo hace, recuperarán el bergantín en un santiamén y terminará usted en una cárcel francesa.

—Sí, señor —dijo Hornblower.

El cúter se abordó con el bergantín y el espacio entre las dos embarcaciones se cubrió de blanca espuma. Rápidamente el marinero tatuado hizo un trato con los que estaban en su bancada (los marineros tenían que dejar atrás sus pertenencias, lo mismo que Hornblower) y se metió un puñado de picadura en el bolsillo y luego saltó al pescante central. Otro marinero le siguió, y ambos permanecieron allí mirando a Hornblower, que atravesaba trabajosamente el vacilante cúter en dirección a la proa. Hornblower se subió a la bancada de proa y empezó a balancearse peligrosamente. El pescante central del bergantín estaba más bajo que el de la *Indefatigable*, pero esta vez tenía que dar un salto hacia arriba. Uno de los marineros le sujetó por un hombro.

—Espere el momento oportuno, señor —dijo—. Prepárese. ¡Ahora!

Hornblower saltó al pescante central con las piernas y los brazos extendidos, igual que una rana. Se agarró de los obenques, pero se le resbaló la rodilla del pescante, y, debido al balanceo del bergantín, las manos le resbalaron por los obenques y se hundió en el agua hasta las caderas. Los marineros que estaban esperándole le agarraron por las muñecas y le subieron al pescante y otros dos marineros le siguieron. Enseguida pasó a la cubierta con el grupo detrás de él.

Lo primero que vio fue a un hombre que estaba sentado en la armazón de tablas que cubría la escotilla. El hombre, con la cabeza gacha, se llevó a la boca una botella y la inclinó de manera que el culo quedó dirigido hacia el cielo. Formaba parte de un numeroso grupo que rodeaba la escotilla, y junto a ellos había más botellas. Hornblower vio que en ese momento se pasaban una botella del uno al otro, y cuando se acercó a ellos, una botella vacía pasó rodando por delante de sus pies y fue a meterse en un imbornal con gran estrépito. Otro hombre del grupo, con su blanca melena flotando al viento, se puso de pie para darle la bienvenida y se quedó un momento con los ojos en blanco, agitando los brazos como si quisiera decir algo importante y estuviera haciendo un esfuerzo por encontrar las palabras adecuadas.

—¡Maldito inglés! —dijo finalmente.

De repente volvió a sentarse en la armazón y luego apoyó la cabeza en los brazos como si quisiera dormir.

—Bien sabe Dios que han aprovechado el tiempo, señor —dijo el marinero que se encontraba junto a Hornblower.

—Quisiera que estuviéramos tan contentos como ellos —dijo otro.

Junto a la escotilla había una caja en la que aún quedaba la cuarta parte de las botellas, y el marinero cogió una y la miró con curiosidad. Hornblower no necesitaba recordar la advertencia del teniente, porque cuando patrullaba el puerto con las brigadas reclutadoras se había dado cuenta de que los marineros británicos tenían propensión a la bebida. Dentro de media hora los miembros de su brigada estarían tan borrachos como los franceses si él lo consentía. En su mente se implantó una imagen que le aterrorizó y le llenó de angustia, se vio a sí mismo en un barco en malas condiciones y con tripulantes borrachos que navegaba a la deriva por el golfo de Vizcaya.

—¡Deje eso! —ordenó.

La situación era tan peligrosa que su voz, una voz de un joven de diecisiete años, se quebró como la de uno de catorce, y el marinero vaciló y se quedó con la botella en la mano.

—¡Deje eso!, ¿me ha oído? —insistió Hornblower, enfurecido y preocupado.

Ésta era la primera vez que estaba al mando de un barco. Se encontraba en circunstancias novedosas, y la excitación le impulsaba a emplear toda la energía de que disponía por su firmeza de carácter. Al mismo tiempo, la razón le decía que si el marinero no le obedecía ahora, no le obedecería nunca. Tenía la pistola en el cinto y se llevó la mano a la culata, y posiblemente la habría sacado y hubiera disparado (si el cebo no hubiera estado mojado, como pensó con amargura más tarde al recordar el incidente), pero el marinero volvió a mirarle fijamente y puso la botella en la caja. Así se zanjó el incidente y Hornblower se preparó para dar el siguiente paso.

—Lleve estos hombres a proa —dijo y después dio una orden más contundente —: llévelos al castillo.

—Sí, señor.

La mayoría de los franceses, más mal que bien, todavía podían caminar y los marineros británicos les hicieron avanzar delante; con todo, a tres de ellos tuvieron que arrastrarlos por el cuello de la camisa.

—Vaaayaaan pooor aaahíí —dijo uno de los marineros, y era evidente que pensaba que si hablaba así los franceses le entenderían mejor.

El francés que les había saludado cuando subieron a bordo, se despertó y, al darse cuenta de que le arrastraban hasta la proa se soltó y se volvió hacia Hornblower.

—¡Soy un oficial! —exclamó señalándose a sí mismo—. ¡No voy a ir con ellos!

—¡Llévenselo! —ordenó Hornblower, pensando que en esas circunstancias no podía pararse a discutir lo que para él no eran más que insignificancias.

Arrastró la caja con todas las botellas dentro hasta el costado del buque y las tiró por la borda de dos en dos. Estaba claro que las botellas contenían un excelente vino que los franceses habían decidido beberse antes de que los ingleses se lo apropiaran, pero eso a él le tenía sin cuidado, porque un marinero británico podía emborracharse con un clarete añejo lo mismo que con el ron que le daban en la Armada. Terminó su tarea cuando el último francés entraba al castillo y fue entonces cuando miró a su alrededor. El ruido del fuerte viento al rozar sus orejas le molestaba, y el ruido ensordecedor e incesante que hacía el foque al ondear le impidió pensar cuando contemplaba la destrozada jarcia. Todas las velas estaban flácidas y el bergantín no hacía más que dar sacudidas. La popa solía hacer movimientos bruscos, y el timón, que estaba desatendido, hacía virar el bergantín de manera que se apagaban las velas y cesaba de moverse, como un caballo encabritado, y luego avanzaba hacia adelante violentamente. Hornblower había adquirido mucha experiencia en hacer cálculos matemáticos en un barco bien gobernado, donde había un perfecto equilibrio entre las velas de proa y las de popa. Allí ya no había equilibrio, y Hornblower se puso a pensar en las fuerzas que actuaban sobre las superficies planas, y en ese momento sus hombres regresaron corriendo adonde él se encontraba. Al menos estaba seguro de una cosa, de que la verga velacho, que se sostenía precariamente, terminaría por desprenderse causando daños impredecibles si seguía dando bandazos durante mucho tiempo. El bergantín debía llevar las velas orientadas de forma apropiada; Hornblower se imaginaba cómo podría conseguirlo, y formó en su mente la frase con que daría la orden apropiada en el preciso momento de evitar que pareciera que vacilaba.

—Giren las vergas a babor —dijo—. Braceen con fuerza.

Los marineros le obedecieron y él se acercó cautelosamente al timón. Había llevado el timón algunas veces, cuando aprendía las tareas propias de su profesión durante el tiempo que estuvo bajo el mando de Pellew, pero no estaba satisfecho con lo que había aprendido. Cuando cogió el timón, las cabillas le parecieron extrañas, entonces, con la intención de experimentar con él, lo giró, si bien con timidez. El bergantín empezó a moverse más suavemente en cuanto las velas de popa cambiaron de orientación y al volverse y transformarse en un objeto sometido a la lógica, las cabillas empezaron a hablar a los sensibles dedos de Hornblower. Su mente encontró la solución al problema del timón al mismo tiempo que sus sentidos la encontraron empíricamente. En las condiciones en que se encontraba el bergantín, el timón se podía amarrar, y Hornblower, en efecto, amarró una cabilla con una vinatera y se apartó del timón. El *Marie Galante* se movía suavemente, y mientras tanto las olas batían contra la amura de estribor.

Los marineros suponían que Hornblower era un oficial competente, pero él no tenía la más remota idea de cómo resolver el siguiente problema, no sabía qué hacer con la maraña que había en el palo trinquete, en la que tenía clavada la vista ahora. Ni siquiera sabía con certeza qué estaba mal. Pero los hombres que estaban bajo su mando eran expertos marineros y seguramente se habían encontrado en casos de emergencia similares montones de veces. Lo primero (verdaderamente, lo único) que tenía que hacer era delegar su responsabilidad.

—¿Quién es el marinero de más antigüedad entre ustedes? —preguntó de repente, convencido de que hablando de ese modo no le temblaría la voz.

—Matthews, señor —dijo uno de ellos, señalando al marinero con tatuajes y coleta sobre el que había caído en el cúter.

—Muy bien. Le nombro suboficial, Matthews. Póngase a trabajar enseguida y quite esa maraña de la proa.

—Sí, señor —dijo con indiferencia.

—Adelante.

El marinero se volvió y se encaminó a proa, momento que aprovechó Hornblower para irse a popa y allí coger el telescopio que estaba amarrado con una vinatera en la toldilla. Se divisaban pocos barcos, y Hornblower observó que los más cercanos eran presas y navegaban rumbo a Inglaterra con la mayor cantidad posible de velamen desplegado. Mucho más lejos, a barlovento, pudo ver las gavias de la *Indefatigable*, que seguía persiguiendo al resto del convoy. La fragata ya había capturado las embarcaciones más lentas, las que no navegaban bien de bolina, así que tardaría más tiempo en capturar las restantes. Pronto se quedaría él solo en ese vasto mar, a trescientas millas de Inglaterra. Trescientas millas... Tardarían dos días de navegación en recorrerlas si el viento les era favorable, pero, ¿cuántos tardarían si les era desfavorable?

Volvió a colocar el telescopio en su sitio, y tras asegurarse de que los hombres trabajaban con ahínco, bajó a echar un vistazo a las cabinas de los oficiales. Había dos individuales, seguramente una para el capitán y otra para su ayudante; además de una doble, para el contramaestre y el cocinero o el carpintero. Encontró una pequeña cámara y supo que era el lazareto<sup>[1]</sup> porque echó de ver que había cosas muy diversas almacenadas allí.

La puerta entreabierta se movía de un lado a otro y un manajo de llaves colgaba de la cerradura. Sin duda, el capitán francés, convencido de que iba a perder todo cuanto poseía, no se había molestado en cerrarla después de sacar la caja de botellas de vino. Hornblower cerró la puerta, se guardó las llaves en el bolsillo y, de pronto, se sintió abrumado por la soledad, como todos los hombres que tienen autoridad en un barco. Regresó a cubierta, y, en cuanto Matthews le vio, fue corriendo hasta la popa y, tocándose la frente con los nudillos, dijo:

—Disculpe, señor, pero tendremos que usar la estrellera para volver a amarrar esa verga.

—Muy bien.

—Necesitamos más marineros, señor. ¿Me permite poner a trabajar a algunos franchutes?

—Si cree que puede lograrlo y si queda alguno sobrio...

—Creo que podré lograrlo, tanto si están borrachos como si no.

Fue en ese momento cuando Hornblower pensó que probablemente el cebo de la pistola estaba mojado. Se hizo duros reproches y se burló de sí mismo porque se había fiado de la pistola sin haberle vuelto a poner cebo después de las evoluciones que había hecho en el cúter. Cuando Matthews se dirigió a la proa, él bajó otra vez. Había visto un estuche con pistolas, un frasco con pólvora y una bolsa con balas en la cabina del capitán. Cargó las dos pistolas y volvió a cebar la suya y regresó a la cubierta con las tres pistolas en el cinto cuando sus hombres salían del castillo con media docena de franceses. Subió a la toldilla y se quedó allí de pie, con las piernas separadas y las manos a la espalda, tratando de que su gesto expresara indiferencia y confianza. Puesto que los marineros utilizaron la estrellera para subir la verga con la vela, apenas una hora de duro trabajo fue suficiente para que consiguieran volver a amarrar la verga y desplegar la vela.

El trabajo estaba llegando a su fin cuando Hornblower volvió a pensar en lo que tenía que hacer. Ahora recordaba que dentro de pocos minutos tendría que tomar un rumbo y bajó corriendo otra vez para determinar uno usando la carta marina de aquella zona, el compás de puntas y las reglas. Acababa de sacar del bolsillo el pedazo de papel donde estaba escrita su posición, que él había guardado descuidadamente hacía poco tiempo, cuando el problema más inmediato no era otro que pasar de la *Indefatigable* al cúter. Había pensado con disgusto que había tenido muy poco cuidado con el papel y que la vida en la Armada no era una sucesión de crisis, sino una crisis constante y que tenía que ser consciente de que mientras se resolvía un problema urgente, era necesario hacer planes ya para resolver el siguiente. Inclinado sobre la carta marina, marcó en ella su posición y determinó el rumbo que debían tomar. Había sentido angustia al pensar que lo que antes había sido un ejercicio de náutica que hacía bajo la supervisión del señor Soames ahora era algo de lo que dependían su vida y su reputación. Había revisado su trabajo y comprobado el rumbo y lo anotó en un pedazo de papel por temor a que se le olvidara.

Por lo tanto, cuando los marineros terminaron de amarrar la verga velacho y los prisioneros fueron conducidos de nuevo al castillo y Matthews preguntó a Hornblower cuáles eran las nuevas órdenes, ya estaba preparado para darlas.

—Cambiamos la orientación de las velas para navegar con el viento en popa —dijo—. Ponga un hombre al timón.

Hornblower decidió ayudar a bracear, y como el viento había amainado un poco, pensó que con el velamen que el bergantín llevaba desplegado ahora, los marineros podrían maniobrar bien.

—¿Qué rumbo, señor? —preguntó el timonel. Hornblower se metió la mano en el bolsillo para sacar el pedazo de papel.

—Noreste cuarta al norte —leyó.

—Noreste cuarta al norte, señor —repitió el timonel, e inmediatamente el *Marie Galante* puso rumbo a Inglaterra.

Estaba oscureciendo, y no se veía ningún barco en el horizonte, pero Hornblower sabía que más allá del horizonte había muchos, aunque eso no evitó que sintiera la soledad cuando las sombras de la noche se hicieron completamente con la inmensidad del mar. Había muchas cosas que hacer, muchas cosas que atender, y Hornblower cargaba sobre sus hombros el peso de la responsabilidad, sin estar acostumbrado a ello. Había que encerrar a los prisioneros en la bodega de proa, organizar la guardia por turnos y hacer algo tan trivial como buscar un trozo de pedernal y un trozo de metal para encender la lámpara de la bitácora. Un marinero debía estar en la proa como vigía y, además, vigilar a los prisioneros; otro marinero sería el timonel; los otros dos podrían dormir, pero tendrían que levantarse cuando se arriara alguna vela, ya que esa era tarea a hacer entre dos. Tenían que comer, aunque la comida sería frugal, pues consistiría en agua de un tonel unas cuantas galletas de las que se guardaban en el lazareto. Tenían que estar siempre atentos a los cambios del tiempo. Hornblower dio un paseo por cubierta en la oscuridad de la noche.

—¿Por qué no duerme un poco, señor? —preguntó el timonel.

—Me echaré a dormir un poco más tarde, Hunter —respondió Hornblower, intentando que su tono no reflejara que eso no se le había pasado por la cabeza.

Sabía que era un buen consejo y trató de seguirlo, así que bajó y se acostó en el coy del capitán, pero, naturalmente, no pudo dormir. Cuando oyó al serviola bajar por la escala de toldilla dando gritos a los dos marineros que debían relevar la guardia (los dos dormían en la cabina contigua a la suya), no pudo reprimir el deseo de subir a cubierta para ver si todo marchaba bien. Matthews era el encargado de la guardia, y Hornblower pensó que no tenía motivos para preocuparse, así que volvió a bajar, pero apenas se había acostado, le vino al pensamiento una idea que le produjo escalofríos y le hizo ponerse en pie otra vez. Sintió una profunda angustia y desprecio por sí mismo, y mientras ambos pugnaban por ocupar el lugar principal entre sus sentimientos, subió a cubierta y fue hasta donde se encontraban las columnas del bauprés, entre las que Matthews estaba agachado.

—No hemos hecho nada para saber si hay alguna vía de agua en el bergantín —dijo.

Mientras caminaba hacia proa iba pensando en cómo diría eso para que a

Matthews no le pareciera que le hacía una crítica y, con el fin de mantener la disciplina, para que nadie le echara la culpa a él.

—Así es, señor —dijo Matthews.

—Recuerde que una de las balas lanzadas por la *Indefatigable* dio en el casco —continuó Hornblower—. ¿Qué daños causó?

—No lo sé, señor —respondió Matthews—. En ese momento yo estaba en el cúter.

—Tenemos que averiguarlo en cuanto el día claree —dijo preocupado Hornblower—. Y ahora deberíamos sondar la sentina, ¿no le parece?

Eran atrevidas esas palabras. No cabe duda de que durante el rápido curso de náutica que había hecho a bordo de la *Indefatigable*, Hornblower había estado bajo el mando de los encargados de las distintas secciones y en cada una había aprendido algo. En cierta ocasión vio cómo el carpintero sondaba la sentina. Pero no estaba seguro de poder encontrar la del bergantín y sondarla.

—Sí, señor —dijo Matthews sin vacilar y se aproximó a la bomba—. Necesita una luz, señor. Voy a traérsela.

Cuando regresó con el farol, lo acercó a la bomba, junto a la cual estaba enrollada la sonda, y Hornblower la reconoció enseguida. La llevó abajo y metió la pesada barra de tres pies por la abertura de la sentina, pero la sacó enseguida porque recordó que debía asegurarse de que estuviera seca. Luego la dejó caer y desenrolló el cordel hasta que oyó chocar la barra contra el fondo del barco. Hornblower volvió a tirar hacia arriba el cordel y sacó la barra por la abertura haciendo bastante ruido mientras Matthews sostenía el farol.

—¡Ni una gota, señor! —exclamó Matthews—. Está más seca que el jarro en que bebí ayer.

Esto sorprendió agradablemente a Hornblower. Le habían dicho que en todos los barcos entraba cierta cantidad de agua, e incluso en la *Indefatigable* era necesario bombear el agua diariamente. No sabía si el hecho de que la sentina estuviera seca era un fenómeno muy frecuente o poco frecuente; sin embargo, quería que su gesto no reflejara ninguna preocupación en particular, sino todo lo contrario, una total tranquilidad.

—¡Mmm! —dijo Hornblower finalmente—. Muy bien, Matthews. Enrolle la sonda de nuevo.

Saber que en el *Marie Galante* no entraba agua podría contribuir a dormir bien si el viento no hubiera rolado ni hubiera aumentado de intensidad poco después de que él se dispusiera a entrar en la cabina. Fue Matthews quien bajó a darle la mala noticia.

—No podremos mantener durante mucho tiempo el rumbo que usted determinó, señor —concluyó Matthews—. Además, el viento es racheado.

—Muy bien —dijo Hornblower—. Subiré enseguida. Llame a todos los

marineros.

Había pronunciado estas palabras con malhumor, que bien podría ser por haberle despertado de pronto, pero, la verdad, es que en ellas reflejaba sus temores.

Con una tripulación tan pequeña como la suya tenía que evitar que los cambios de tiempo le cogieran por sorpresa. No se podía hacer nada con rapidez, como descubrió después. Hornblower tuvo que coger el timón para que los cuatro marineros arrizaran las gavias y prepararan el bergantín para la tormenta. La tarea les llevó la mayor parte de la noche, y cuando finalizó, todos pudieron darse cuenta de que el *Marie Galante* no podría seguir navegando con rumbo noreste cuarta al norte. Hornblower dejó el timón y bajó para consultar de nuevo la carta marina, pero después de consultarla, sacó la misma conclusión a que había llegado haciendo cálculos mentalmente. Aunque el bergantín navegara con las velas amuradas a ese costado de modo que la quilla formara el ángulo más pequeño posible con la dirección del viento, no podrían contornear la isla d'Ouessant. Como tenía tan pocos tripulantes, no se atrevía a seguir navegando con ese rumbo aunque le cabía esperar que el viento cambiara de dirección, pues había aprendido, tanto de sus lecturas como de las lecciones recibidas, que la costa a sotavento era un gran peligro. No tenía más remedio que cambiar de rumbo y con esta disposición, regresó a cubierta muy apenado.

—Todos a virar —ordenó, tratando de hablar como el señor Bolton, el tercero de a bordo de la *Indefatigable*.

El bergantín viró en redondo y tomó el nuevo rumbo y empezó a navegar de bolina con las velas amuradas a estribor. Ahora se alejaba de las peligrosas costas de Francia, pero también se alejaba de las costas de Inglaterra. Hornblower ya no tenía esperanza de llegar a Inglaterra solamente en dos días; dos días de navegación y no tenía ni la más mínima esperanza de dormir un rato aquella noche.

Durante el año anterior a su ingreso en la Armada, Hornblower había asistido a unas clases que daba un emigrado francés arruinado, clases de francés, música y baile. Muy pronto el emigrado francés se percató de que Hornblower no tenía buen oído, por lo que era inútil por no decir imposible enseñarle a bailar, así que para hacerse merecedor de los honorarios que percibía, dedicó todos sus esfuerzos a enseñarle francés. Buena parte del francés que le enseñó se grabó en la excelente memoria del joven para siempre. Nunca creyó que aquello fuera a servirle de algo, pero al alba se dio cuenta de que sí le serviría, cuando el capitán francés insistió en entrevistarse con él. El capitán francés sabía poco inglés, y cuando Hornblower logró vencer su timidez y balbucear las primeras palabras en francés, se sorprendió al ver que ambos podían comunicarse mejor en ese idioma.

El capitán estaba muy sediento y bebió mucha agua de un tonel. No se había afeitado, naturalmente, y estaba ojeroso por haber permanecido doce horas en la abarrotada bodega de proa, adonde le habían llevado casi completamente borracho.



—Mis hombres están hambrientos —dijo el capitán, que no parecía tener hambre.

—Los míos también —repuso Hornblower—. Y yo también.

Es normal gesticular cuando uno habla en francés, por eso señaló a sus hombres haciendo un ligero movimiento con la mano y a sí mismo dándose un golpe en el pecho.

—Tengo un buen cocinero —apuntó el capitán.

Tardaron algún tiempo en llegar a un acuerdo sobre los términos de la tregua. El cocinero prepararía comida para todos los que iban a bordo y los franceses podrían subir a cubierta hasta mediodía a condición de que se comprometieran a no intentar recuperar el bergantín.

—Bien —asintió el capitán tras unos momentos de duda.

Y después que Hornblower dio a sus hombres las instrucciones pertinentes para que soltaran a los tripulantes franceses, llamó al cocinero y acordó con él cuál sería la comida para aquel día. Muy pronto el humo empezó a salir de la chimenea de la cocina.

El capitán levantó los ojos al cielo gris, luego hacia las gaviotas arrizadas y más tarde al compás que estaba en la bitácora.

—Un viento desfavorable para ir a Inglaterra —comentó.

—Sí —se apresuró a corroborar Hornblower, pues no quería que el francés advirtiera su amargura y su miedo.

El capitán parecía prestar más atención al movimiento del bergantín bajo sus pies que a ninguna otra cosa.

—Parece que se mueve trabajosamente, ¿no cree? —preguntó.

—Es posible —respondió Hornblower, que no estaba familiarizado con el *Marie Galante* ni con ningún otro barco y no se había formado una opinión sobre la cuestión, aunque no iba a revelar su ignorancia.

—¿Le entra agua? —inquirió el capitán.

—No hay agua dentro del casco —respondió Hornblower.

—¡Ah! —exclamó el capitán—. No encontrará agua en la sentina. Recuerde que llevamos un cargamento de arroz.

—Es verdad —dijo Hornblower.

Le costó mucho aparentar que no se había turbado al comprender las implicaciones que tenía lo que el capitán acababa de decir. El arroz absorbería hasta la última gota de agua que entrara en el bergantín, así que cuando se sondaba la sentina, no se apreciaba si había entrado agua. Y cada gota de agua que entraba engordaba el arroz y hacía disminuir su capacidad de flotar.

—Una bala lanzada por su maldita fragata atravesó el casco... —aseguró el capitán—. Pero, naturalmente, ya habrá averiguado usted qué daños causó.

—Naturalmente —mintió Hornblower con valentía.

En cuanto pudo, mantuvo una conversación privada con Matthews sobre la cuestión, y Matthews puso una expresión grave.

—¿Dónde dio la bala, señor?

—Creo que en algún punto del costado de babor, cerca de la proa.

Hornblower y Matthews se inclinaron sobre la borda y estiraron el cuello para verlo.

—No veo nada, señor —dijo Matthews—. Bájeme por el costado con una bolina para ver si puedo encontrarlo.

Hornblower iba a acceder, pero cambió de opinión.

—Bajaré yo mismo por el costado —dijo.

No sabía qué razones le habían impulsado a decir eso. Por una parte, deseaba ver las cosas con sus propios ojos; por otra, seguía la doctrina según la cual uno nunca debe dar una orden que él no pueda cumplir; por otra, y quizá era ésta la razón más importante, deseaba imponerse un castigo por su negligencia.

Matthews y Carson le ataron por la cintura con una bolina y le bajaron por el costado del buque. Hornblower estaba suspendido de la bolina, muy próximo al costado, y el mar borboteaba justo debajo de él. En ese momento, debido al cabeceo del bergantín, el mar llegó hasta donde Hornblower se encontraba, y cinco segundos después, el joven estaba empapado hasta la cintura. Entonces el balanceo del bergantín le hizo separarse del costado y después chocar contra él. Los marineros, sosteniendo la bolina, caminaron despacio hasta la popa, y Hornblower pudo examinar todo el casco por encima de la línea de flotación, pero no vio ningún agujero. Eso fue lo que dijo a Matthews cuando él y su compañero le subieron a bordo.

—Entonces, está por debajo de la línea de flotación —dijo Matthews, cuya opinión coincidía con la de Hornblower—. ¿Está seguro de que la bala le dio, señor?

—Sí, estoy seguro —respondió Hornblower.

La falta de sueño, la preocupación y el sentimiento de culpa le tenían preocupado y de mal humor, y por eso, una de dos, o hablaba secamente o se echaba a llorar. Pero ya había decidido lo que iba a hacer a continuación; lo había decidido mientras le subían.

—Tendremos que ponerlo en facha con las velas amuradas al otro lado e intentarlo de nuevo.

Con las velas amuradas al otro lado, el bergantín se escoraría hacia allí, y el agujero de bala, si es que había alguno, quedaría más próximo a la superficie. Hornblower permaneció de pie en la cubierta con la ropa chorreando mientras los marineros hacían virar en redondo al bergantín. El viento era frío y cortante, pero Hornblower temblaba de emoción, no de frío. Los marineros le bajaron pero debido a la inclinación del bergantín se encontraba ahora mucho más próximo al costado, así

que se detuvieron en el momento en que el joven se arañó las piernas con los moluscos adheridos a la parte del casco que oscilaba entre el viento y el agua. Entonces empezaron a moverle a ras del costado en dirección a la popa, y en la parte del casco que quedaba justamente detrás del trinquete, el joven encontró lo que buscaba.

—¡Deténganse! —gritó a los marineros que estaban en la cubierta, esforzándose por ocultar la angustia que sentía.

La bolina dejó de moverse hacia la popa.

—¡Bájenme! —prosiguió—. ¡Dos pies más!

Ahora estaba metido en el agua hasta la cintura, y cuando el bergantín se balanceaba, el agua le cubría la cabeza unos instantes, y a él le parecía que pasaba por una muerte momentánea. Allí estaba el agujero, dos pies por debajo de la línea de flotación, a pesar de que el bergantín tenía las velas amuradas al otro lado. Era un agujero de bordes dentados, casi cuadrado, que medía un pie de punta a punta. El mar se alborotaba alrededor de Hornblower, y al joven le pareció distinguir el murmullo que hacía al entrar en el barco, aunque tal vez eso sólo fuera producto de su imaginación.

Miró a los marineros que estaban en cubierta y les pidió a gritos que volvieran a subirle, y a ellos les acometió el vehemente deseo de saber lo que él tenía que contar.

—¿Está dos pies por debajo de la línea de flotación, señor? —inquirió Matthews—. Desde luego, el bergantín navegaba de bolina y muy escorado cuando le dimos, pero probablemente la proa subió justo cuando disparamos. Además, ahora está más hundido en el agua.

Eso era lo importante. Hicieran lo que hicieran ahora, inclinaran cuanto inclinaran el bergantín, el agujero seguiría estando por debajo de la línea de flotación. Por otra parte, si amuraban las velas al otro lado, estaría mucho más bajo y la presión del agua sería mayor; sin embargo, para navegar con las velas amuradas a ese lado, debían navegar rumbo a Francia. Y mientras más agua tuviera dentro el bergantín, más se hundiría, por tanto, el agua que entrara haría más presión. Había que hacer algo para taponar el agujero, y Hornblower sabía qué era lo que tenía que hacer porque lo había leído en los manuales de náutica.

—Tenemos que forrar una vela y tapar el agujero con ella —dijo—. Llamen a esos franceses.

Forrar una vela es convertirla en algo parecido a un felpudo cosiéndole por todas partes innumerables trozos de cabos medio deshilachados. Eso lo sabían todos. Y sabían hacerlo. Después de hecho esto, se pasaría la vela por debajo del casco y se taponaría el agujero con ella. La presión interior haría que la masa de hilachas se encajara en el agujero, y eso dificultaría la entrada de agua.

Los tripulantes franceses no tenían ganas de ayudar en esa tarea, puesto que el

barco ya no era suyo y, además, les conducía a una prisión inglesa, así que, a pesar de que sus vidas corrían peligro, se mostraban apáticos e indolentes. Transcurrió bastante tiempo antes de que Hornblower lograra que sacaran una gavia nueva (pensaba que cuanto más gruesa fuera la lona de la vela, mejor) y se pusieran a cortar cabos y a deshilarlos. El capitán francés, sentado con las piernas cruzadas sobre la cubierta, les miraba trabajar.

—Pasé cinco años en una prisión de Portsmouth durante la última guerra —dijo—. Cinco años.

—Sí —asintió Hornblower.

Tal vez sintiera compasión por él, pero no dijo nada porque tenía puesta toda su atención en sus problemas y el frío no le dejaba hablar.

Estaba decidido a llevar al capitán francés a Inglaterra, y, por tanto, a la prisión otra vez, si era posible, y también estaba decidido a apropiarse de algunas de sus prendas de ropa.

Bajo la cubierta, a Hornblower le pareció que todos los ruidos, los crujidos y chirridos del barco de madera eran más fuertes de lo normal. El bergantín se movía suavemente, y, sin embargo, por los crujidos de los mamparos allí abajo, parecía que era azotado por una tormenta y que se iba a romper en pedazos. Desechó esa idea y pensó que era producto de su sobreexcitada imaginación. No obstante, después de secarse y entrar en calor y ponerse el mejor traje del capitán, la idea le vino a la cabeza otra vez. Notó que el bergantín crujía como si estuviera soportando una gran presión.

Regresó a cubierta para ver si el trabajo de los marineros había progresado. Apenas llevaba allí dos minutos cuando uno de los franceses se volvió hacia atrás y estiró el brazo para coger un trozo de cabo, pero se detuvo antes de alcanzarlo y se quedó mirando la cubierta unos momentos y luego cogió un pedazo de una junta. Entonces levantó la vista y vio que Hornblower le miraba y dijo algo. Hornblower no hizo ningún esfuerzo por comprender sus palabras porque sus gestos eran elocuentes. La junta se había despegado un poco de la juntura y la brea tenía bultos. Hornblower observó ese fenómeno sin comprender las razones que lo habían ocasionado, pues la junta sólo se había despegado a lo largo de uno o dos pies y las restantes parecían firmemente adheridas. No... Ahora que miraba la cubierta con más atención, se dio cuenta de que un poco más lejos había dos puntos en que la brea se había despegado y tenía ondulaciones. No conocía por experiencia este fenómeno ni lo recordaba descrito en sus numerosas lecturas. Pero el capitán francés estaba junto a él y también miraba la cubierta.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡El arroz! ¡El arroz!

Pero el capitán había hablado en francés, y Hornblower no conocía la palabra «riz». Entonces el capitán dio un golpe con el pie en la cubierta y señaló una junta.

—¡El cargamento! —exclamó y luego explicó—: Cada vez se hace más grande.

Matthews se acercó a ellos y sin saber ni una palabra de francés comprendió lo que ocurría.

—El bergantín está lleno de arroz, ¿verdad, señor? —preguntó.

—Sí.

—Entonces, es eso. El arroz se ha mojado y se está hinchando.

El arroz empapado en agua duplicaría o triplicaría su volumen. El cargamento se estaba hinchando y hacía saltar las juntas del barco. Hornblower recordó los crujidos más fuertes de lo normal que se oían bajo la cubierta. Ese momento fue horrible. Hornblower se volvió hacia el mar hostil como si buscara en él inspiración y apoyo, pero no encontró ninguna de las dos cosas. Pasaron unos angustiosos instantes hasta que pudo hablar y mantener la dignidad ante las dificultades, como correspondía a un oficial de la Marina.

—Cuanto antes tapemos el agujero con la vela, mejor —dijo, tratando de hablar con serenidad, pero pensar que lo lograría era esperar demasiado de sí mismo—. Haga que esos franceses se den prisa.

Se volvió para dar un paseo por la cubierta y así poder calmarse y poner en orden sus ideas otra vez, pero el capitán francés siguió a su lado, y estaba locuaz como los amigos de Job que trataron de consolarle.

—Antes comenté que me parecía que el bergantín se movía trabajosamente —dijo el capitán—. Está muy hundido en el agua.

—¡Váyase al diablo! —replicó Hornblower en inglés, porque no se acordaba cómo se decía esa frase en francés.

Estaban aún quietos e inmóviles, cuando Hornblower sintió un ruido bajo sus pies, como si alguien hubiera golpeado la cubierta desde abajo con una maza. El bergantín iba cubriéndose de grietas poco a poco.

—¡Dense prisa con esa vela! —gritó, volviéndose otra vez hacia el grupo de marineros, y se enfadó consigo mismo porque el tono de su voz seguramente revelaba su ignominioso nerviosismo.

Por fin quedó forrada un área de la vela de cinco pies cuadrados. Entonces los marineros pasaron los cabos por los ojales de la vela, corrieron a proa con ella, la pasaron por debajo del casco y la movieron un poco hacia la popa para que cubriera el agujero. Hornblower empezó a desvestirse, pero no por cuidar la ropa del capitán, sino por mantenerla seca.

—Bajaré por el costado para ver si está en el lugar correcto, Matthews —dijo—. Prepare una bolina para atarme.

Estaba desnudo y empapado junto al costado del bergantín y le parecía que el viento le traspasaba el cuerpo. Rozaba el costado cuando el bergantín se balanceaba, y las olas, despiadadamente, le hacían chocar con fuerza contra él, desollándose, pero

comprobó que la vela forrada cubría el agujero y vio con satisfacción cómo la masa de hilachas taponaban el boquete. Sus hombres le subieron cuando él se lo ordenó y permanecieron a su lado esperando nuevas órdenes mientras él, aturdido por el cansancio, la falta de sueño y el frío, hacía esfuerzos sobrehumanos para decidir qué debían hacer a continuación.

—Virar y amurar las velas a estribor —ordenó por fin.

Si el bergantín se iba a hundir, daba lo mismo que estuviera a cien que a doscientas millas de la costa francesa, pero si se iba a mantener a flote, entonces lucharía para que se alejara lo más posible de esa costa, que estaba por sotavento, para que no hubiera ninguna posibilidad de ser recuperado. El peligro que correría el bergantín sería mayor, pues el boquete hecho por la bala, ahora taponado con la vela forrada, estaría mucho más bajo que la línea de flotación, pero, aparentemente, eso era lo mejor que podía pasar. El capitán francés vio que los marineros hacían preparativos para que el bergantín virara en redondo y se volvió hacia Hornblower jurando y maldiciendo. Dijo a Hornblower que iba a poner en peligro la vida de todos y que con ese viento podrían llegar a Burdeos sin dificultad navegando con las velas amuradas al otro lado. A la aturdida mente de Hornblower vino la traducción que había querido interpretar antes, sin que él hiciera ningún esfuerzo por traerla. Y podía usarla ahora.

—*Allez au diable!* —exclamó cuando metía la cabeza por dentro de la camisa de lana gruesa del francés.

Cuando sacó la cabeza por el cuello de la camisa, el francés todavía protestaba, y lo hacía con tanta energía que a Hornblower le asaltó la duda sobre otra cuestión. Habló con Matthews y enseguida el marinero fue adonde estaban los prisioneros franceses y les registró para ver si tenían armas, pero las únicas que encontró fueron los cuchillos que suelen usar los marineros. No obstante, por precaución, Hornblower se incautó de todas las armas blancas, y cuando terminó de vestirse, sacó cuidadosamente las cargas de sus tres pistolas y volvió a cebarlas y a cargarlas. Con tres pistolas en el cinto, más parecía un pirata o un muchacho que todavía se entrega a juegos en que se imaginaban seres y sucesos, pero presentía que más pronto o más tarde los franceses se rebelarían contra sus captores, y tres pistolas no serían demasiadas para reducir a doce hombres desesperados que tenían a su alcance cosas que podían usar como armas, como, por ejemplo, las cabillas.

Matthews le estaba esperando con una expresión grave.

—Señor, discúlpeme, pero no me gusta el aspecto del bergantín —dijo—. Francamente, no me gusta. Tampoco me gusta lo que le está pasando. Estoy completamente seguro de que se está hundiendo y se está abriendo. Discúlpeme por decir esto, señor.

Estando Hornblower bajo la cubierta había oído cómo la armadura del barco

seguía crujiendo, y ahora en la cubierta notó que el espacio entre los listones era cada vez más grande. La explicación más probable era que el arroz, al hincharse, había hecho separarse las tablas del casco por debajo de la línea de flotación; en cambio, por el boquete que hizo la bala, en el momento en que ya lo habían taponado, solamente pasaba una pequeña cantidad del agua que entraba en el bergantín. Lo más seguro era que una cantidad grande de agua siguiera entrando y el cargamento se hinchara y forzara cada vez más al bergantín a abrirse como el botón de una flor que separa demasiado sus pétalos. Los barcos están hechos para soportar el embate de las tempestades, pero no para soportar una presión de dentro afuera. Cada vez las tablas se separaban más y cada vez llegaba más agua al cargamento.

—¡Mire allí, señor! —exclamó Matthews de repente.

A la luz del día pudo verse una pequeña figura de color gris que corría por el pasamanos de barlovento. La siguió otra, y luego otra más. ¡Eran ratas! Para que salieran a cubierta en pleno día, para que abandonaran sus confortables madrigueras y la enorme cantidad de comida que les proporcionaba el cargamento, seguramente sucedía algo horrible bajo cubierta. La presión debía de ser tremenda. En ese momento Hornblower volvió a sentir un golpe bajo sus pies, como si se rompiera algo debajo mismo de él. Pero aún le quedaba una carta que jugar, aún podía defenderse al menos de una forma.

—Procederemos a la echazón del cargamento —dijo Hornblower, que nunca en su vida había usado esa palabra, aunque la había visto escrita—. Traiga a los prisioneros y empezaremos.

El cuartel de la escotilla tenía forma de cúpula, lo que era raro y a la vez significativo. Cuando los marineros empezaron a sacar las cuñas, uno de los tablones se desprendió de un lado con un crujido y se movió hasta quedar en posición oblicua, y cuando quitaron el cuartel, un bulto de color marrón le siguió en su movimiento ascendente. El bulto era un saco de arroz que había sido empujado desde abajo y había sido forzado a salir por la escotilla, donde se quedó trabado atascado.

—Engánchenlo a esa estrellera y súbanlo —ordenó Hornblower.

Sacaron uno a uno los sacos de arroz de la bodega. A veces los sacos se rompían y se formaba un montón de arroz en la cubierta, pero eso no importaba. Un grupo de marineros barría el arroz hacia el costado de sotavento y llevaba los sacos hasta allí y lo arrojaba todo al insaciable mar. Después de tirar los tres primeros sacos, aumentaron las dificultades, pues el cargamento estaba tan apretado en la bodega que era necesario hacer mucha fuerza para mover los sacos. Dos hombres tuvieron que bajar por la escotilla para separar los sacos de uno en uno con palancas y ajustarle las hondas. Los dos franceses a quienes señaló Hornblower vacilaron un momento, pues estar en la bodega de un barco que se balancea y cabecea fuertemente era peligroso, ya que era posible que algunos sacos no estuvieran fijos y que les sepultaran vivos

cuando el barco cabeceara, pero en ese momento Hornblower no tenía en cuenta los temores de los demás seres humanos, y al notar su vacilación, puso el gesto adusto, y los dos marineros se apresuraron a bajar por la escotilla. El trabajo continuó durante horas y horas. Los marineros que movían la estrellera estaban rendidos de fatiga y les chorreaba el sudor por todo el cuerpo, pero tendrían que ayudar a ratos a los hombres que estaban abajo. El motivo era que los sacos, muy apretados unos contra otros, formaban capas y a la vez estaban comprimidos entre el fondo y los baos que sostenían la cubierta, de modo que cuando los marineros terminaban de subir los que estaban inmediatamente debajo de la escotilla, tenían que mover con palancas los que estaban a su alrededor y repetir esto en cada capa. Ya habían dejado un espacio libre alrededor de la escotilla y llegado a una parte bastante profunda de la bodega, cuando hicieron el inevitable descubrimiento que tanto se temían: los sacos de las últimas capas se habían mojado y el arroz que contenían se había hinchado y los había reventado. La mitad inferior de la bodega estaba llena de una compacta masa de arroz mojado que sólo podría sacarse con palas y una grúa. Los sacos de las capas superiores que estaban lejos de la escotilla todavía estaban apretados unos contra otros, y costaría mucho moverlos y ponerlos debajo de ella para que los subieran.

Hornblower buscaba una solución al problema cuando sintió que le rozaban el codo y vio que Matthews subía para hablar con él.

—Es inútil, señor —dijo Matthews—. Está muy hundido y cada vez se hunde más.

Se acercaron al costado los dos y Hornblower miró la parte de fuera. No había duda. Recordaba muy bien a qué altura estaba la línea de flotación porque había bajado por el costado, y, además, podía guiarse por algo más fiable, por la altura a que llegaba la vela forrada que cubría el casco. El bergantín se había hundido seis pulgadas más, aunque se habían sacado de la bodega y se habían tirado por la borda al menos cincuenta toneladas de arroz. Seguramente el agua entraba en el bergantín con la misma facilidad que en una cesta, por las aberturas cada vez más grandes entre las tablas, y era absorbida inmediatamente por el sediento arroz.

Hornblower sintió dolor en la mano y enseguida se la miró y se dio cuenta de que la mano le dolía porque, inconscientemente, se había agarrado a la borda con mucha fuerza. Soltó la borda y miró a su alrededor y luego hacia el sol de la tarde y a las agitadas aguas. Se resistía a darse por vencido. El capitán francés se aproximó a él.

—Esto es un disparate, una locura, señor —dijo—. Mis hombres están rendidos de fatiga.

Hornblower miró hacia la escotilla y vio que Hunter azotaba furiosamente a los marineros franceses con un cabo para que siguieran trabajando. Los marineros franceses no podrían seguir trabajando por más tiempo. En ese momento el *Marie Galante* subió lentamente con una ola y luego bajó muy inclinado hacia un lado. A



pesar de su falta de experiencia, advirtió la torpeza de los movimientos del bergantín e intuyó que eran un mal presagio. El bergantín no se mantendría a flote mucho más tiempo, y había mucho que hacer.

—Nos prepararemos para abandonar el barco, Matthews —dijo, alzando la cabeza para impedir que sus hombres y los franceses advirtieran su desesperación.

—Sí, señor —dijo Matthews.

El *Marie Galante* llevaba a bordo una lancha colocada sobre un soporte detrás del palo mayor. Matthews dio una serie de órdenes a los marineros y todos dejaron su trabajo y enseguida empezaron a colocar alimentos y agua en la lancha.

—Perdone, señor, pero debería llevar prendas de ropa con que abrigarse —dijo Hunter a Hornblower en un aparte—. Una vez pasé diez días en una lancha, señor.

—Gracias, Hunter —dijo Hornblower.

Había que tener presente muchas cosas, como por ejemplo, las cartas marinas, el compás y los demás instrumentos de navegación. ¿Podría hacer una medición precisa con el sextante en una lancha que se balanceaba y cabeceaba fuertemente? El sentido común le indicaba que debían llevar en la lancha todos los alimentos y el agua que cupieran en ella, pero, al mirar hacia la deteriorada embarcación, tuvo dudas al respecto, pues pensó que con diecisiete hombres se llenaría hasta los topes.

Los marineros engancharon el bote a los aparejos y lo subieron y luego lo bajaron al agua por la aleta de babor. El *Marie Galante* hundió la proa en una ola, pues no pudo elevarse con ella. Entonces el agua verdosa saltó por encima de la amura de estribor y corrió por la cubierta hasta que un brusco movimiento del bergantín la hizo salir por los imbornales. No disponían de mucho tiempo. En ese momento se oyó un estrépito en la bodega, que indicaba que el cargamento seguía hinchándose y presionando los mamparos; los franceses sentían auténtico pánico y empezaron a saltar a la lancha dando gritos. El capitán francés, después de lanzar una mirada a Hornblower, les siguió. Dos de los marineros británicos ya estaban maniobrando la lancha.

—¡Salten! —ordenó Hornblower a Matthews y a Carson, que todavía estaban en el bergantín, pues, como capitán, tenía el deber de ser el último en abandonar el barco.

El bergantín estaba tan hundido en el agua que no le resultó difícil saltar a la lancha desde la borda. Los marineros británicos estaban sentados en la bancada de popa y le hicieron sitio.

—Lleve el timón, Matthews —dijo Hornblower, ya que le parecía que no era lo bastante hábil para gobernar una lancha sobrecargada—. ¡Desamarren la lancha!

La lancha se separó del bergantín. Enseguida el *Marie Galante*, con el timón amarrado, dirigió la proa hacia la parte de donde venía el viento y escoró a estribor de tal manera que los imbornales quedaron casi totalmente sumergidos en el agua. Otra

ola chocó contra el bergantín y el agua cubrió la cubierta y bajó por las escotillas. El *Marie Galante* volvió a ponerse en posición horizontal, y la cubierta quedó situada casi al nivel del mar. Entonces se hundió más, manteniéndose horizontal, y el agua lo cubrió por completo y poco a poco fue cubriendo los mástiles. Durante unos instantes pudieron verse sus velas brillar bajo el agua verdosa.

—Se ha hundido —dijo Matthews.

Hornblower acababa de ver desaparecer el primer barco que había tenido bajo su mando. Le habían encargado que llevara el *Marie Galante* a puerto, pero había fracasado en su intento. Había fracasado en realizar la primera misión que le habían encomendado. Clavó la vista en el sol poniente con la esperanza de que nadie notara que las lágrimas asomaban a sus ojos.

## CAPÍTULO 3

### EL CASTIGO DEL FRACASO



La luz del día besó tímidamente y por encima las agitadas aguas del golfo de Vizcaya y dejó a la vista una lancha que navegaba por ellas. La lancha estaba abarrotada. En la proa se acurrucaban los tripulantes de un velero bergantín francés, de nombre *Marie Galante*, que se había hundido; en el centro se encontraban el capitán del bergantín y su ayudante; en la bancada de popa se sentaban el guardiamarina Horatio Hornblower y los cuatro marineros que tripulaban el bergantín cuando era una presa británica. Hornblower estaba mareado, pues su delicado estómago se había acostumbrado al movimiento de la *Indefatigable*, pero se negaba a tolerar el fuerte cabeceo, las cabriolas y las sacudidas que daba la lancha ahora que estaba anclada con el ancla de capa. Además de estar mareado, tenía frío y estaba muy cansado porque había tenido espasmos y había vomitado durante la noche, la segunda noche que pasaba sin dormir. El abatimiento producido por el mareo le hizo recordar la pérdida del *Marie Galante*. ¡Si se hubiera acordado antes de taponar el boquete de la bala...! Le vinieron a la mente muchas excusas, pero no las admitió. Se dijo que había muchas cosas que hacer y pocos marineros para hacerlas: vigilar a los prisioneros franceses, reparar la jarcia, determinar el rumbo que debían tomar... Por otra parte, el *Marie Galante* tenía un cargamento de arroz, y la capacidad de absorber líquidos del arroz había sido la causa de que se equivocara cuando se acordó de sondar la sentina. Todo eso era cierto, pero también era cierto que había perdido su barco, el primer barco que había tenido bajo su mando. En su opinión, no tenía justificación para su fracaso.

Los marineros franceses se habían despertado al rayar el alba, y ahora hablaban como cotorras. Matthews y Carson estaban junto a él y se movían con cuidado para que no aumentara el dolor que sentían en las articulaciones.

—¿El desayuno, señor? —preguntó Matthews.

Eso le recordó a Hornblower un juego al que jugaba en su solitaria infancia: se sentaba en el comedero de los cerdos vacío y simulaba que era un náufrago en un bote. Partía un pedazo de pan o de cualquier cosa que encontrara en la cocina, según un cálculo exacto, en doce raciones, una para cada día. Pero el voraz apetito propio de los niños hacía que esos días fueran muy cortos, que no duraran más de cinco minutos. Se ponía de pie en el comedero, colocaba la mano por encima de los ojos para protegerlos del sol y miraba a su alrededor con la esperanza de ver en el horizonte el barco que le salvaría del naufragio, pero no lo veía, y entonces volvía a

sentarse, se decía que la vida de un náufrago era dura y decidía que acababa de pasar otra noche y que era hora de comer otra ración de las que constituían sus escasas provisiones. En cambio, aquí, bajo la supervisión de Hornblower, el capitán francés y su ayudante dieron a cada uno de los hombres que iban en la lancha una galleta y luego, a uno cada vez, un jarro lleno de agua de los barriletes que estaban bajo las bancadas. Pero cuando Hornblower estaba sentado en el comedero, a pesar de que tenía mucha imaginación, nunca se imaginó que podría sentir ese horrible mareo, ni frío, ni espasmos, ni que le dolería su delgado trasero por tenerlo apoyado constantemente en las duras tablas de la bancada de popa. Y puesto que tenía confianza en sí mismo cuando era niño, tampoco se imaginó lo difícil que le resultaba a un oficial de la Marina de diecisiete años soportar el peso de la responsabilidad.

Hornblower hizo un esfuerzo para alejar de su mente los recuerdos de su reciente niñez y analizar la situación actual. El cielo plomizo, por lo que podía apreciar como inexperto marino, no presagiaba un empeoramiento del tiempo. Se mojó un dedo y lo mantuvo en alto mientras miraba el compás de la lancha para ver cuál era la dirección del viento.

—Está rolando al oeste, señor —dijo Matthews, que había seguido con la vista sus movimientos.

—Exacto —dijo Hornblower, repasó mentalmente la reciente lección en que había aprendido a cuartear el compás.

Sabía que para contornear la isla d'Ouessant debían navegar con rumbo noreste cuarta al norte y que la quilla de la lancha no podría formar un ángulo menor de ochenta y cinco grados con la dirección del viento, y como el viento había soplado del norte durante la noche y no podían poner rumbo a Inglaterra, había ordenado que la lancha permaneciera anclada con el ancla de capa. Pero el viento había rolado. Ahora una desviación de ochenta grados del rumbo noreste cuarta al norte equivalía al rumbo noroeste cuarta al oeste, y el viento había rolado mucho más al oeste. La lancha podría contornear la isla d'Ouessant navegando de bolina e incluso tendría un margen por si presentaban contingencias, estaría a bastante distancia de la costa a sotavento, que, según decían los libros de náutica y según le indicaba el sentido común, era muy peligrosa.

—Zarparemos ahora, Matthews —dijo, sosteniendo todavía en la mano la galleta, que su rebelde estómago se negaba a aceptar.

—Sí, señor.

Hornblower gritó para atraer la atención de los franceses que estaban aglomerados en la proa, pero en esas circunstancias no necesitaba emplear su elemental francés para ordenarles algo que era obvio que había que hacer: recoger el ancla de capa. Pero esa tarea no era fácil porque la lancha estaba abarrotada y en su interior quedaba un espacio libre no superior a un pie. El mástil ya estaba en posición

vertical y la vela al tercio, preparada para ser izada. Dos franceses, en precario equilibrio, tiraron de la driza, y la vela subió por el mástil.

—Hunter, ocúpese de las escotas —ordenó Hornblower—. Matthews, lleve el timón. Mantenga la lancha navegando de bolina con la vela amurada a babor.

—De bolina con la vela amurada a babor, señor.

El capitán francés había observado con gran interés las maniobras desde su asiento desde el centro de la lancha. No había entendido la última y decisiva orden, pero comprendió cuál era su significado en cuanto la lancha viró en redondo para poner proa a Inglaterra y la vela fue amurada a babor. Se puso de pie y comenzó a protestar.

—El viento es favorable para ir a Burdeos —dijo, moviendo los brazos con los puños cerrados—. Podríamos llegar allí mañana. ¿Por qué nos dirigimos al norte?

—Vamos a Inglaterra —dijo Hornblower.

—Pero... ¡Pero tardaremos una semana en llegar! Una semana, si el viento sopla con fuerza. La lancha está demasiado llena y no podrá soportar una tormenta. Esto es una locura. En el momento en que el capitán se había puesto de pie, Hornblower había adivinado lo que iba a decir, así que no se molestó en traducir sus protestas. Además, estaba demasiado aturdido por el mareo y demasiado cansado para discutir en un idioma extranjero. No hizo caso al capitán. Por nada del mundo pondría proa a Francia. Su carrera naval acababa de empezar, aunque la pérdida del *Marie Galante* podría truncarla, y no quería pasarse años en una prisión francesa.

—¡Señor! —dijo el capitán francés.

Su ayudante, que estaba sentado a su lado, también protestaba, y el capitán y él se volvieron hacia atrás, hacia donde estaban sus hombres, y les contaron lo que pasaba. Entre ellos cundió el descontento.

—Señor, insisto en que ponga proa a Burdeos —dijo el capitán.

Hizo ademán de avanzar hacia Hornblower, y uno de sus hombres trató de desenganchar el bichero, que podía ser un arma peligrosa. Hornblower sacó una de las pistolas que tenía en el cinto y apuntó al capitán, que retrocedió al ver la boca de la pistola a cuatro palmos de su pecho. Sin perderlo de vista, Hornblower cogió otra pistola con la mano izquierda.

—Coja esto, Matthews —ordenó.

—Sí, señor —contestó Matthews y, después de una prudente pausa, añadió—: Discúlpeme, señor, pero, ¿no cree que debería montar la pistola?

—Sí —respondió Hornblower, exasperado por su propio descuido.

Echó hacia atrás el martillo de la pistola y se oyó un chasquido. El amenazador ruido hizo que el capitán francés se diera cuenta de que realmente corría peligro, pues un hombre con una pistola montada y cargada le apuntaba hacia su estómago en una lancha en movimiento. Entonces agitó las manos desesperadamente.

—Por favor, apunte hacia otro lado, señor —dijo y retrocedió hasta unirse al grupo de hombres que estaban detrás de él.

—¡Eh, tú, detente! —gritó Matthews a un marinero francés que trataba de soltar la driza sin que le vieran.

—Dispare a cualquier hombre que le parezca peligroso —dijo Hornblower.

Estaba tan firmemente determinado a obligar a esos hombres a doblegarse a su voluntad y tan deseoso de conservar su libertad que tenía una expresión furibunda. Nadie, al verle, podía dudar de su determinación. Hornblower no permitiría que ninguna persona le impidiera hacer lo que había decidido. Todavía tenía otra pistola en el cinto, y seguramente los franceses, si trataban de atacar a los británicos, al menos la cuarta parte de ellos moriría antes de conseguir vencerles, y el capitán sabía que él sería el primero en caer. El capitán indicó a sus hombres que no ofrecieran resistencia haciendo expresivos gestos con las manos a ambos lados de su cuerpo, pues no podía quitar la vista de la pistola. Los murmullos de los franceses cesaron, y el capitán empezó a rogarle.

—Pasé cinco años en una prisión inglesa durante la última guerra —dijo—. Hagamos un trato. Vayamos a Francia y cuando llegemos a la costa, al lugar que usted elija, señor, nosotros desembarcaremos y ustedes continuarán su viaje. O desembarcamos todos y yo me valdré de mis influencias para mandarles a usted y a sus hombres de regreso a Inglaterra en un barco con bandera blanca, sin necesidad de un canje ni de un rescate, se lo juro.

—No —dijo Hornblower.

Era mucho más fácil llegar a Inglaterra desde allí que desde la costa francesa que bordeaba el golfo de Vizcaya. Y en cuanto a la otra sugerencia, Hornblower sabía lo suficiente sobre el nuevo gobierno instaurado en Francia después de la Revolución como para dudar de que soltara prisioneros a petición de un capitán de barco mercante. Además, en Francia había escasez de marineros expertos, y era su deber impedir que esos doce regresaran.

—No —volvió a decir, como respuesta a las nuevas protestas del capitán.

—¿Quiere que le pegue un puñetazo, señor? —preguntó Hunter, que se encontraba junto a Hornblower.

—No —respondió Hornblower.

Pero el francés vio su gesto y comprendió el significado de sus palabras y, poniendo gesto de enfado, se sentó en silencio.

Volvió a levantarse cuando vio que Hornblower apoyaba la pistola en la pierna y le seguía apuntando a él. Hornblower podría apretar el gatillo si se quedaba dormido.

—Señor, apunte la pistola a otro lado, se lo ruego. Es peligroso tenerla así.

Hornblower le miró con indiferencia.

—Apunte a otro lado, por favor. No haré nada para impedir que usted gobierne la

lancha, se lo prometo.

—¿Lo jura?

—Lo juro.

—¿Y los otros?

El capitán se volvió hacia sus hombres, les dio numerosas explicaciones, y ellos accedieron de mala gana pero lo juraron.

—También lo juran.

—Muy bien.

Cuando Hornblower empezó a colgarse otra vez la pistola en el cinto, se acordó de echar hacia delante el martillo, en el preciso momento de evitar que se le disparase a sí mismo en el estómago. Todos en la lancha se relajaron y se quedaron quietos. Ahora la lancha se movía rítmicamente, y ese movimiento era mucho más agradable que las sacudidas que daba cuando estaba anclada con el ancla de capa; el estómago de Hornblower perdió buena parte de su resentimiento. El inglés llevaba dos noches sin dormir. Involuntariamente dobló la cabeza sobre el pecho y se inclinó hacia un lado y se recostó sobre Hunter. Durmió profundamente mientras la lancha, con el viento casi por el través, navegaba a velocidad constante rumbo a Inglaterra. Se despertó mucho más tarde, cuando Matthews tuvo que dejarle el timón a Carson porque estaba exhausto y tenía calambres. Entonces montaron turnos de guardia: uno de ellos llevaría el timón y otro se ocuparía de las escotas mientras los demás descansaban. Hornblower se ocupó de las escotas cuando le tocó el turno, pero no confiaba en poder llevar el timón como era debido, sobre todo de noche. Sabía que no tenía habilidad para mantener el rumbo guiándose por el viento que le azotaba las mejillas y por la impresión que le causaba el timón que tenía en las manos.

Hasta el otro día mucho después del desayuno, casi al mediodía, en realidad, no avistaron un barco. Fue un francés quien lo vio primero, y su grito de euforia hizo ponerse en pie a todos. Se divisaban sus tres gavias en el horizonte, por la amura de barlovento, y el barco seguía una ruta convergente a la de la lancha y se aproximaba con tanta rapidez que cada vez que ésta subía con una ola, podía verse una parte mucho mayor de sus velas.

—¿Qué barco le parece que es, Matthews? —preguntó Hornblower entre el murmullo de los excitados franceses.

—No lo sé, señor, pero no me gusta su aspecto —respondió Matthews vacilante—. Debería tener desplegados los juanetes con este viento, y las mayores también, y no las tiene desplegadas. No me gusta cómo tiene colocado el foque, señor. Me parece que es un barco franchute, señor.

Cualquier barco que navegara por motivos pacíficos, tendría desplegados el mayor número posible de velas. Ese barco no las tenía, por tanto estaba guiado por motivos bélicos; pero, a pesar de que se encontraba en el golfo, había más

probabilidades de que fuera británico que de que fuera francés. Hornblower estuvo mirándolo largo tiempo. Notó que era un barco más bien pequeño, aunque llevaba aparejo de navío, que tenía cubierta corrida y que navegaba a gran velocidad. Cuando ya podía ver claramente y a intervalos su casco, observó que tenía una sola fila de cañones.

—Me parece que es un barco francés, señor —dijo Hunter—. Un barco corsario.

—Preparados para virar —ordenó Hornblower.

Viraron en redondo la lancha, la colocaron con el viento en popa y empezaron a navegar en dirección opuesta al barco. Pero en la guerra, como en la selva, la huida es una invitación a la persecución y al ataque. El barco desplegó las mayores y los juanetes y se acercó a la lancha navegando a toda vela, la adelantó, pasando por su lado a medio cable<sup>[2]</sup> de distancia, y se puso en facha delante de ella para impedirle escapar. En el pasamano del barco había gran cantidad de tripulantes mirándoles con curiosidad, una cantidad muy grande para un barco tan pequeño. Una pregunta atravesó el aire y llegó hasta la lancha: las palabras eran francesas. Los marineros británicos se sentaron de golpe y empezaron a maldecir, mientras que el capitán francés se puso en pie y respondió alegremente. Los marineros franceses abordaron la lancha con el barco.

—Bienvenido al *Pique*, señor —dijo en francés—. Soy el capitán Neuville, el capitán de este barco corsario. ¿Y usted es...?

—El guardiamarina Hornblower, de la *Indefatigable*, fragata de Su Majestad el rey de Gran Bretaña —respondió Hornblower en voz muy baja y en tono malhumorado.

—Parece que está de mal humor —dijo Neuville—. Por favor, no se aflija tanto cuando sufra un revés en la guerra. Se alojará usted en nuestro barco hasta que regresemos a puerto, y tendrá todas las comodidades que es posible tener en la mar. Quiero que se encuentre en este barco tan cómodo como en su casa. Esas pistolas que lleva en el cinto deben de causarle mucha incomodidad. Permítame quitarle ese peso de encima.

Le quitó con cuidado las pistolas mientras hablaba y luego le lanzó una mirada maliciosa.

—Y ese puñal que tiene ahí... ¿Me haría el favor de prestármelo? Le aseguro que se lo devolveré cuando nos separemos. Si tiene a su alcance un arma como ésta, que cualquier persona sensata calificaría de mortífera, mientras se encuentra a bordo de este barco, temo que el ímpetu de la juventud le impulse a cometer un acto violento. Mil gracias. Y ahora, permítame enseñarle la camareta que le están preparando.

Hizo una cortés inclinación de cabeza y le condujo abajo. Después de bajar dos cubiertas, probablemente a uno o dos pies por debajo de la línea de flotación, llegaron a una amplia entrecubierta vacía hasta la cual apenas llegaban la luz ni el aire que



entraban por las escotillas.

—Ésta es la cubierta para los esclavos —dijo Neuville con indiferencia.

—¿La cubierta para los esclavos? —preguntó Hornblower.

—Sí. Aquí estaban confinados los esclavos cuando atravesábamos el océano.

Hornblower comprendió de repente muchas cosas. Un barco negrero podía convertirse fácilmente en un barco corsario. Era un barco armado con numerosos cañones para defenderse de los posibles ataques que pudiera sufrir cuando navegaba por los ríos africanos para comprar esclavos; era más veloz que un mercante normal porque no tenía bodega, pues no la necesitaba, y porque una de sus cualidades principales debía ser navegar con rapidez, ya que su cargamento era perecedero; y estaba construido de manera que pudiera transportar gran cantidad de hombres y el agua y los víveres necesarios para su subsistencia mientras surcaba los mares en busca de presas.

—Nos han negado el acceso al mercado de Santo Domingo a causa de los recientes acontecimientos, de los que seguramente ha oído hablar —continuó Neuville—. Por tanto, para que el *Pique* siguiera dando beneficios, lo convertí en un barco corsario. Además, decidí tomar yo mismo el mando de mi barco porque las acciones del Comité de Seguridad Pública han conseguido que París sea actualmente más peligroso que la costa occidental africana, y también porque para lograr que un barco corsario sea una inversión rentable, es necesario que su capitán actúe con resolución y audacia.

Neuville puso una expresión malhumorada y furiosa, pero un momento después volvió a poner la falsa expresión amable que tenía antes.

—La puerta que hay en este mamparo da a la camareta que he reservado para los oficiales capturados —prosiguió—. Aquí está su coy, como puede ver. Quiero que se sienta como en su casa. Si entablamos un combate con otro barco, lo que espero que hagamos con frecuencia, taparemos las escotillas, pero salvo en esas ocasiones, podrá andar por el barco a su antojo. Debo añadir que si un prisionero intenta obstaculizar las maniobras del barco o causarle daño, los tripulantes se lo tomarán a mal. Los tripulantes prestan sus servicios a cambio de una parte de las ganancias y arriesgan su vida y su libertad, así que no me sorprendería que arrojaran por la borda a cualquiera que ponga en peligro sus ganancias y su libertad.

Hornblower se obligó a contestarle, porque no quería que notara que la calculada dureza de sus palabras le había dejado perplejo.

—Comprendo —dijo.

—¡Estupendo! Bueno, dígame si necesita algo más, señor.

Hornblower miró atentamente la camareta donde iba a estar encerrado solo, una camareta casi vacía e iluminada por la luz mortecina de una oscilante lámpara de sebo.

—¿Puede darme algo para leer? —preguntó.

Neuville estuvo pensativo unos momentos.

—Me temo que todos los libros que tengo tratan de temas relacionados con la profesión —dijo—. Puedo prestarle *Principles of Navigation*, de Grandjean, y *Handbook on Seamanship*, de Lebrun, y otros libros similares, si cree que puede entender el francés en que están escritos.

—Lo intentaré —dijo Hornblower.

Tal vez a Hornblower le benefició que le prestaran los materiales para realizar un trabajo mental semejante. El esfuerzo de leer en francés y de estudiar materias relacionadas con su profesión al mismo tiempo mantuvo su mente ocupada durante los horribles días en que el *Pique* navegaba en distintas direcciones buscando presas. En general, los franceses no mostraban consideración hacia él. Una vez tuvo que entrar a la fuerza en la cabina de Neuville para protestar porque había puesto a los cuatro marineros británicos a bombear agua, un trabajo indigno de ellos, y perdió en la disputa, si se podía llamar disputa al diálogo que mantuvo con Neuville, pues el capitán se había negado rotundamente a discutir la cuestión. Había regresado a su camareta con la cara y las orejas rojas de rabia, y, como siempre que estaba turbado, volvió a su mente la idea de su fracaso.

¡Si se hubiera acordado antes de taponar aquel agujero de bala...! Se dijo que un oficial más sensato lo hubiera hecho así. Había perdido su barco, la valiosa presa de la *Indefatigable*, y estaba desolado. A veces se empeñaba en analizar la situación tranquilamente. Desde un punto de vista profesional, consideraba, y tal vez así lo consideraría siempre, que no había habido negligencia por su parte. Si se enviaba a un guardiamarina con sólo cuatro marineros a tripular un velero bergantín de doscientas toneladas al que una fragata había disparado numerosos cañonazos, no se le podía culpar de que el bergantín se hundiera cuando estaba bajo su mando. Pero sabía que, al menos en parte, tenía la culpa de lo ocurrido. Tal vez se había equivocado por ignorancia, pero la ignorancia no tiene justificación; tal vez había dejado que sus numerosas preocupaciones desviarán su atención y le hicieran olvidarse de que convenía taponar el agujero inmediatamente, pero eso era incompetencia, y la incompetencia no tiene justificación. Cuando pensaba estas cosas, se sentía desesperado, con un profundo desprecio por sí mismo, sin tener a nadie que le consolara. El día de su cumpleaños, cuando llegó a la avanzada edad de dieciocho años, se sintió peor que nunca. ¡Tenía dieciocho años y era un hombre indigno, prisionero de un corsario francés! Ese día casi llegó a perder su propia estima.

El capitán del *Pique* buscaba sus presas en las aguas más frecuentadas del mundo, las próximas al canal de la Mancha, y una prueba palpable de la inmensidad del mar era el hecho de que el bergantín navegaba por esas aguas en todas direcciones día tras

día y sin que los vigías divisaran ningún barco. Recorría una ruta triangular: navegaba con rumbo al noroeste, luego avanzaba hacia el sur, y después, con pocas velas desplegadas, navegaba en dirección al noreste. Había vigías en los topes de todos los mástiles, pero no divisaban nada más que el mar embravecido. Pero una mañana, en el tope del palo trinquete se oyó por fin un agudo grito que atrajo la atención de todos los que se encontraban en cubierta, incluido Hornblower, que estaba solo en el combés. Neuville, que estaba junto al timón, hizo una pregunta al vigía a voz en cuello, y Hornblower, gracias a sus recientes estudios, pudo traducir la respuesta: se divisaba un barco a barlovento. Un momento después el vigía informó que el barco había cambiado el rumbo y avanzaba en dirección a ellos.

Eso era muy significativo. En tiempo de guerra, el capitán de un barco mercante desconfía de cualquier barco desconocido y se aleja cuanto puede de él, y más de lo que puede, cuando su barco está a barlovento, porque tiene más probabilidades de salvarse. Sólo alguien que esté preparado para luchar o tenga una curiosidad morbosa abandonaría la posición a barlovento. Hornblower, sin fundamento, concibió esperanzas de que fuera su barco. Pensaba que, puesto que Inglaterra tenía la hegemonía en el mar, era más probable que el barco fuera inglés que francés, ya que esa era la zona que patrullaba la *Indefatigable*, su propia fragata, que permanecía allí para desempeñar una función doble: contener los barcos franceses que perjudicaban el comercio británico e interceptar los que violaran el bloqueo. A cien millas del lugar, su capitán les había enviado a él y a algunos tripulantes a bordo del *Marie Galante*. Dedujo que una de cada mil embarcaciones que se divisaran en esas aguas podría ser la *Indefatigable*, y, a pesar de que dudaba si había exagerado o no, se desvanecieron sus sueños. Pero enseguida volvió a abrigar nuevas esperanzas, pues pensó que, por el hecho de que el barco se acercara a uno desconocido para averiguar quién era, esa razón disminuía, era de uno a diez, o menor aún.

Miró a Neuville, tratando de adivinar sus pensamientos. El *Pique* era rápido y fácil de gobernar, con una amplia vía de escape por sotavento. Era para sospechar que el barco hubiera cambiado el rumbo para acercarse al *Pique*, pero todos sabían que los capitanes de los mercantes que hacían el comercio con la India, que eran las presas más valiosas de todas, a veces, aprovechando que sus barcos se parecían a los navíos de línea, aparentaban que tenían una actitud agresiva y asustaban y hasta provocaban la huida de enemigos peligrosos. Por orden de Neuville, sus hombres desplegaron todo el velamen, el *Pique* quedó preparado para huir o perseguir, según lo que se terciara. Luego dirigió la proa hacia el barco y se aproximó a él navegando de bolina. Poco tiempo después, cuando el *Pique* subió con una ola, Hornblower pudo ver a lo lejos, en el horizonte, una mancha blanca tan pequeña como un grano de arroz. Entonces Matthews fue corriendo hasta donde estaba Hornblower con la cara roja de emoción.

—¡Esa es nuestra querida *Indefatigable*, señor, se lo aseguro! —exclamó, luego saltó a la borda, agarrándose a los obenques y miró hacia el barco protegiéndose los ojos del sol con la mano—. ¡Sí, es ella! Está largando los juanetes ahora. Subiremos a bordo de nuestra fragata otra vez a tiempo para tomar el *grog*.

Un suboficial francés estiró los brazos y, tirando de los fondillos del pantalón de Matthews, le obligó a bajar, luego, dándole puñetazos y patadas, le llevó hasta la proa otra vez. En ese momento Neuville dio la orden de virar en redondo a su nave y navegar en dirección contraria a la *Indefatigable*. Poco después hizo una señal a Hornblower para que se acercara.

—Es su antiguo barco, ¿verdad, señor Hornblower?

—Sí.

—¿Cómo navega mejor?

Hornblower miró a Neuville a los ojos.

—No sea tan honesto —dijo Neuville mientras sus finos labios se curvaban en una sonrisa—. Indudablemente, puedo inducirle a que me proporcione esa información. Conozco los medios. Pero tiene usted suerte, porque eso no será necesario. Ninguna embarcación en el mundo puede adelantar al *Pique* navegando viento en popa, y mucho menos las torpes fragatas de Su Majestad el rey de Gran Bretaña. Pronto lo comprobará.

Avanzó a grandes zancadas hasta el coronamiento y durante mucho rato estuvo mirando la fragata por el catalejo con gran atención, con la misma atención con que Hornblower la miraba sin el antejojo.

—¿Lo ve? —preguntó, ofreciéndole el instrumento óptico.

Hornblower lo cogió, pero para ver mejor la fragata, no para comprobar lo que le decía. Sintió tristeza, una profunda tristeza por estar ausente de la *Indefatigable*. Pero no había duda de que el bergantín le llevaba mucha ventaja. Ahora no se veían los juanetes de la fragata, sino sólo los sobrejuanetes.

—Dentro de dos horas no veremos ni los topes de los mástiles —dijo Neuville y cogió el catalejo y, con un chasquido, lo guardó.

Se apartó del coronamiento y fue a reñir al timonel por no haber mantenido el rumbo en todo momento, y Hornblower, lleno de tristeza, se quedó apoyado en el coronamiento. Hornblower no pudo oír bien aquellas duras palabras, porque el viento le azotaba la cara y le revolvía el pelo de modo que lo hacía pasar una y otra vez por encima de sus orejas, y porque el ímpetu del agua se oía mismamente debajo de él, en la estela del barco. Probablemente así miró Adán el Edén el día que lo perdió. Hornblower recordaba la oscura y reducida camareta de guardiamarinas, sus olores y sus crujidos, las frías noches que había pasado en ella, cómo salía del coy cuando llamaban a todos a sus puestos, el pan lleno de gorgojos, la carne correosa, pero él anhelaba tener todo eso otra vez, y eso que había perdido las esperanzas de

conseguirlo. Sin embargo, no fueron sus sentimientos los que le impulsaron a bajar a cubierta para encontrar la manera de obrar acertadamente, aunque tal vez aguzaran su inteligencia; fue el sentido del deber el que le impulsó.

La cubierta para los esclavos estaba vacía como siempre que todos los marineros ocupaban sus puestos. Al otro lado del mamparo estaba su coy con los libros encima, y un poco más arriba, la lámpara de sebo. Nada de eso le dio ninguna idea. En el mamparo del otro extremo había una puerta cerrada con llave, la puerta de un pañol donde el contraamaestre guardaba las provisiones. La había visto abierta dos veces mientras sacaban pintura y otras cosas. ¡Pintura...! Eso le dio una idea, y apartó la vista de la puerta y miró hacia la lámpara y luego volvió a mirar la puerta. Entonces dio unos pasos hacia adelante mientras se sacaba la navaja del bolsillo, pero poco después retrocedió, burlándose de sí mismo. La puerta no estaba formada por dos tableros sino por dos gruesas piezas de madera reforzadas con tablas transversales en el interior, y tardaría horas y horas en cortarla con la navaja, precisamente cuando los minutos eran preciosos.

El corazón le latía vertiginosamente, pero no más deprisa que las ideas que su mente formaba, más de pronto, se volvió y fue a coger la lámpara. La movió y notó que estaba casi llena. Vaciló un momento, que aprovechó para darse ánimos antes de ponerse en acción. Arrancó despiadadamente las páginas del *Principles of Navigation* de Grandjean y, arrugando varias a la vez, formó unas cuantas bolas que colocó junto a la parte inferior de la puerta. Se quitó la chaqueta del uniforme y luego el jersey de lana azul. Rasgó el jersey con sus fuertes dedos y trató de destejerlo, pero después de soltar algunos hilos, decidió no perder más tiempo haciendo eso y lo tiró sobre los papeles y al mismo tiempo que miraba a su alrededor. ¡El colchón del coy...! ¡El colchón estaba relleno de paja! Cortó el forro con la navaja y sacó la paja del interior cogiendo montones con los brazos. Por la constante presión, la paja casi había llegado a formar bloques consistentes, a los que él separó las briznas con las manos en la cubierta y consiguió formar un montón que llegaba casi a la altura de su cintura. Ese montón produciría la gran llamarada que él deseaba. Se quedó quieto y se obligó a pensar detenidamente en lo que iba a hacer, pues el ímpetu y la falta de reflexión eran las que habían ocasionado la pérdida del *Marie Galante*. Hacía un momento, que él había perdido mucho tiempo tratando de romper su jersey. Decidió los pasos que iba a dar a continuación. Formó un rollo con una página del *Manuel de Matelotage* y lo encendió con la llama de la lámpara, luego echó por encima toda la grasa (que estaba completamente líquida porque la lámpara estaba caliente) sobre las bolas de papel, la base de la puerta y la cubierta; un instante después, dio un toquecito a una de las bolas con el rollo que previamente había hecho, y el fuego se propagó rápidamente. Ahora actuaba con resolución. Echó el montón de paja a las llamas y, con una fuerza insólita, arrancó el coy, lo rompió en pedazos, y luego los echó sobre la paja. Las

llamas subían cada vez más altas por entre el montón de paja. Finalmente Hornblower dejó caer la lámpara sobre el montón de paja, cogió la chaqueta y salió de allí. Tuvo la intención de cerrar la puerta, pero luego cambió de idea, pues pensó que cuanto más aire entrara, mejor. Entonces se puso la chaqueta y subió la escala.

Al llegar a cubierta se metió las temblorosas manos en los bolsillos, se obligó a adoptar una expresión indiferente y luego se apoyó en la borda. Pero la excitación, que tanto le había debilitado, no disminuyó mientras esperaba. Cada minuto que pasara antes de que se descubriera el fuego era lo importante. Un oficial francés, señalando a la *Indefatigable* por encima del coronamiento, le dijo algo sonriendo y en tono triunfal, probablemente que habían dejado atrás la fragata. Hornblower esbozó una sonrisa triste porque ese fue el primer gesto que se le ocurrió poner, pero luego pensó que una sonrisa estaba fuera de lugar y puso un gesto de enfado. El viento era muy fuerte, por lo que el *Pique* tenía que navegar sólo con las mayores desplegadas, y Hornblower lo sentía golpear sus mejillas, que estaban ardiendo. En la cubierta todos parecían muy ocupados e inquietos: Neuville vigilaba al timonel y de vez en cuando miraba hacia la jarcia para comprobar si cada vela desempeñaba correctamente su función, dos marineros y un suboficial medían la velocidad con la corredera y los restantes tripulantes estaban junto a los cañones. Hornblower, en su interior, preguntaba a Dios cuánto tiempo más podría seguir fingiendo.

¡Ahí! La brazola de la escotilla de popa parecía estar deformada y hacer un movimiento ondulatorio el aire trémulo, seguramente aire caliente que salía por la escotilla. Vio algo parecido a una voluta de humo, pero no estaba seguro de si lo era o no. ¡Lo era! En ese momento dieron la alarma. Se oyó un grito y luego pasos apresurados. Hubo una momentánea confusión y luego se oyó un toque de tambor y unos agudos gritos: «*Au feu! Au feu!*».

Hornblower, trastornado, pensó que los cuatro elementos de Aristóteles, tierra, aire, agua y fuego, eran los enemigos de los marineros, pero que en un barco de madera ninguno de ellos temía a la costa a sotavento, a la tempestad y a las olas tanto como al fuego. Las tablas viejas y reforzadas de gruesas capas de pintura ardían rápidamente, y las velas y los cabos embreados ardían como teas incendiarias. Por otra parte, los barcos llevaban a bordo toneladas y toneladas de pólvora que esperaban la oportunidad de hacer saltar en pedazos a los marineros. Hornblower observó cómo las brigadas encargadas de apagar el fuego empezaban a trabajar, pues ya habían subido a bordo las bombas y habían instalado las mangas. Alguien fue corriendo hasta la popa para comunicar algo a Neuville, probablemente, en qué parte del barco había fuego. Neuville escuchó al mensajero y, después de lanzar una mirada a Hornblower, que seguía apoyado en la borda, le dio órdenes. Ahora el humo que salía por la escotilla de popa era muy denso. Entonces Neuville dio una orden, y la guardia de popa bajó por la escotilla entre el humo. A cada momento había más

humo. El humo formaba remolinos y se movía hacia delante empujado por el viento de popa y seguramente salía por los costados del barco cerca de la línea de flotación.

Neuville avanzó a toda prisa hasta donde estaba Hornblower, con la cara roja de rabia, pero un grito del timonel le hizo detenerse. El timonel, que no podía quitar las manos del timón, señaló con el pie la claraboya de la cabina, bajo la cual se veía una llama oscilante. En el momento que ellos miraron hacia allí, un cristal de uno de los lados se cayó y una llamarada salió por el agujero. Hornblower, más calmado ahora, tan calmado que se asombró de ello después, al recordarlo, pensó que el pañol donde estaba guardada la pintura debía de estar precisamente debajo de la cabina y que ya estaría ardiendo todo lo que tenía dentro. Neuville miró a su alrededor, al mar y al cielo, y se puso las manos en la cabeza en señal de desesperación. Por primera vez en su vida Hornblower vio a un hombre literalmente tirarse de los pelos. Neuville, no obstante, mantuvo la calma y ordenó traer otra bomba más. Enseguida cuatro hombres se pusieron a mover la palanca, y el clic-clic que producía armonizaba con el crujido de las llamas. Un fino chorro de agua cayó en el agujero de la claraboya, y varios marineros formaron una fila para pasarse unos a otros cubos de agua de mar y echarlos también por allí; sin embargo, el agua de los cubos era menos eficaz que el chorro que salía de la bomba. Bajo la cubierta se oyó el ruido sordo de una explosión, y Hornblower contuvo el aliento porque pensó que el barco iba a saltar en pedazos, pero no hubo ninguna otra explosión. Probablemente, las llamas habían hecho explotar un cañón o el calor había hecho reventar un tonel. De repente, los marineros que se pasaban unos a otros los cubos rompieron la fila, pues bajo los pies de uno de ellos se abrió un agujero como una amplia sonrisa por donde salió una roja llamarada. Un oficial tenía a Neuville agarrado por el brazo y discutía con él acaloradamente. Hornblower vio que Neuville, desesperado, cedió por fin. Algunos marineros subieron a la jarcia para arriar la vela trinquete y el velacho, y otros tiraron de las brazas de la verga mayor. El timón viró y el *Pique* orzó.

El cambio fue más aparente que real al principio, pero impresionante, pues el viento soplaba ahora en dirección opuesta y el rugido del fuego no se oía tan claramente en la crujía y en la proa. De todas maneras, la situación mejoró mucho, ya que el fuego, que había empezado en el extremo de la popa, ya no se propagaba a la parte delantera, pues las llamas se movían hacia atrás, donde la madera ya estaba medio quemada. No obstante, la parte posterior de la cubierta estaba ardiendo. El timonel fue retirado del timón, y enseguida las llamas alcanzaron la cangreja y la destruyeron con tanta rapidez que un minuto antes la vela estaba allí y al minuto siguiente sólo quedaban de ella varios trozos carbonizados colgando del cangrejo. Pero, puesto que el barco tenía el viento en contra, las otras velas no se hinchaban, y los marineros tuvieron que largar rápidamente una vela de capa en el palo mesana para que la proa no se desviara.

Fue entonces cuando Hornblower, volviendo la cabeza hacia la proa, vio la *Indefatigable* otra vez. Se acercaba al *Pique* navegando con todas las velas desplegadas, y Hornblower pudo ver la blanca espuma bajo su bauprés cuando el bergantín subió a la cresta de una ola. No había duda de que el capitán del *Pique* se rendiría, porque bajo la amenaza de una batería semejante, nadie al mando de un barco de esa potencia, aun cuando el barco no hubiera sufrido daños, podría resistirse. Cuando ya estaba a un cable de distancia, a barlovento, la *Indefatigable* viró en redondo y, aun antes de que terminara de virar, los tripulantes empezaron a bajar las lanchas al agua. Pellew había visto el humo, dedujo la razón de que el *Pique* se hubiera detenido e hizo los preparativos mientras se acercaba a él. La chalupa y la lancha tenían una bomba en la proa, en el lugar donde a veces tenían una carronada, y se aproximaron a la popa del *Pique*, que estaba envuelta en llamas, y, sin dilación, empezaron a lanzarle chorros de agua. Después llegaron dos esquifes llenos de marineros para unirse a la lucha contra el fuego, y Bolton, el tercero de a bordo, se detuvo un momento al ver a Hornblower.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué hace usted aquí?

Pero no esperó a oír la respuesta. Vio a Neuville y dedujo que era el capitán del *Pique* y avanzó hacia él con paso decidido para pedir su rendición. Luego miró hacia arriba para ver si todo estaba bien en la jarcia y, finalmente, se dedicó a la tarea de combatir el fuego. Al poco tiempo el fuego fue sofocado, sobre todo porque ya había quemado todo cuanto estaba a su alcance. La parte del *Pique* que se había quemado estaba comprendida entre el coronamiento, un punto a varios pies de distancia de él y la línea de flotación, así que el bergantín tenía un aspecto horrible si se miraba desde la cubierta de la *Indefatigable*. No obstante, el *Pique* no corría peligro, y con un poco de suerte y de trabajo duro, lograrían llevarlo a Inglaterra para que fuera reparado y pudiera navegar otra vez.

Sin embargo, lo importante no era el salvamento del bergantín, sino que ya no estaba en manos francesas y, por tanto, no podría perjudicar el comercio inglés. Eso fue lo que sir Edward Pellew dijo a Hornblower cuando el joven se presentó ante él. Hornblower, obedeciendo la orden de Pellew, empezó por contarle lo que le había ocurrido desde que le confiara el mando del *Marie Galante*. Como Hornblower esperaba, aunque a veces le había asaltado el miedo, Pellew pasó por alto la pérdida del bergantín, pues sabía que los cañonazos le habían dañado antes de la rendición y que nadie podía determinar si los daños eran graves o no. Pellew no dio importancia al asunto. Pensaba que Hornblower había tratado de salvarlo y que no lo había conseguido porque tenía muy pocos hombres, ya que en aquel momento no pudo proporcionarle más hombres de la *Indefatigable*. No consideraba a Hornblower culpable. Además, pensaba que lo más importante no era que Inglaterra se beneficiara del cargamento del *Marie Galante*, sino que Francia no lo recibiera. Creía que el



efecto era similar al del salvamento del *Pique*.

—¡Qué suerte que se haya producido ese fuego! —exclamó Pellew, mirando hacia el *Pique*, que todavía estaba rodeado de lanchas, aunque de su popa sólo salía ya un hilo de humo—. Casi había logrado escapar de nosotros. Lo hubiéramos perdido de vista apenas una hora después. ¿Sabe cómo ocurrió, señor Hornblower?

Hornblower esperaba aquella pregunta y estaba preparado para responder. Ese era el momento de hablar con total franqueza, de recibir los parabienes que merecía, de obtener el privilegio de ser mencionado en la *Gazette* y tal vez incluso el nombramiento de subteniente. Pero Pellew no conocía todos los detalles de la pérdida del bergantín, y si llegaba a conocerlos podría formarse un juicio erróneo.

—No, señor —respondió Hornblower—. Probablemente se produjo una combustión espontánea en el pañol donde estaba la pintura. No se me ocurre otra causa.

Él sólo sabía que por descuido no había taponado el agujero a tiempo, sólo él podía decidir cuál sería su castigo, y eso era lo que había elegido. Sólo eso podía hacerle merecedor de su propio respeto otra vez. Al decir esas palabras había sentido un gran alivio y no había sentido arrepentimiento.

—De todas formas, fue un suceso afortunado —murmuró Pellew.

## CAPÍTULO 4

# EL HOMBRE QUE SINTIÓ NÁUSEAS



Esta vez el lobo rondaba el redil. La fragata *Indefatigable* había perseguido a la corbeta francesa *Papillon* hasta la desembocadura del Garona donde el capitán trataba de encontrar la manera de atacarla en el fondeadero donde estaba anclada y protegida por las baterías de los extremos de la desembocadura. El capitán Pellew dio órdenes a la fragata de avanzar por aguas poco profundas hasta donde se lo permitían las baterías del puerto, que hicieron algunos disparos para indicarle que se mantuviera a distancia. Allí se quedó largo rato mirando atentamente a la corbeta con el catalejo. Después lo guardó, se volvió y ordenó a la *Indefatigable* que se alejara de la peligrosa costa a sotavento, prefiriendo llevarla hasta donde no se divisara la costa. El alejamiento de la fragata podría tranquilizar a los franceses y hacerles pensar que estaban más seguros, pero el capitán esperaba que comprobarían que estaban equivocados, ya que no tenía intención de dejarles tranquilos. La captura de la corbeta o su hundimiento no sólo impediría a la nave perjudicar al comercio británico sino que también obligaría a los franceses a aumentar las tropas que defendían esa parte de la costa y a disminuir la protección en otras. En su opinión, la guerra era una sucesión de duros ataques y contraataques, e incluso una fragata de cuarenta cañones podía lanzar duros ataques si se gobernaba con astucia.

Una tarde en que el guardiamarina Hornblower paseaba de un lado a otro por el alcázar en el costado de sotavento, donde debía estar por ser el insignificante oficial subalterno de guardia, el guardiamarina Kennedy se acercó a él. Kennedy se quitó el sombrero, hizo un molinete y luego una profunda reverencia como le había enseñado su maestro de baile, poniendo delante el pie izquierdo y bajando el sombrero a la altura de la rodilla derecha. Hornblower siguió el juego. Se puso el sombrero en el estómago y dobló el cuerpo por la mitad tres veces seguidas. Debido a la torpeza de sus movimientos podía hacer una parodia de los gestos de una ceremonia sin intentarlo siquiera.

—Excelentísimo señor —dijo Kennedy—, le traigo los saludos del capitán sir Edward Pellew, que humildemente solicita a Su Señoría que acuda a la cena que tendrá lugar cuando suenen las ocho campanadas de la guardia de tarde.

—Presente mis respetos a sir Edward —dijo Hornblower, haciendo una genuflexión al mencionar al capitán—, y dígame que condesciendo en ir unos breves momentos.

Ambos hicieron movimientos más complejos que al principio con el sombrero,

pero en ese momento notaron que Bolton, el oficial de guardia, les miraba desde el costado de barlovento, y se pusieron el sombrero rápidamente y adoptaron una postura más adecuada a la dignidad de oficiales de marina nombrados por el rey Jorge.

—¿Qué está tramando el capitán? —preguntó Hornblower.

Kennedy se apoyó el dedo en la nariz y dijo:

—Si lo supiera, me ganaría un par de charreteras. Pero que algo se está cociendo es indudable, y creo que uno de estos días nos enteraremos de lo que es. Hasta entonces, lo único que podemos hacer nosotros dos, pobres víctimas, es jugar ajenos a lo que nos depare nuestro destino, aparte de evitar que se hunda la fragata.

Durante la cena en la gran cabina de la *Indefatigable*, Hornblower no notó nada que indicara que algo se estaba cociendo. Pellew, a la cabecera de la mesa, se comportó como un anfitrión cortés. Los oficiales de más antigüedad conversaban animadamente, pero separados en diversos grupos: los dos tenientes, Eccles, Chadd y el oficial de derrota, el señor Soames, en uno; Hornblower y Mallory, el otro oficial subalterno, un guardiamarina que tenía dos años más de antigüedad, permanecían silenciosos y, por tanto, podían dedicar toda su atención a la comida, que era mucho mejor que la que servían en la camareta de guardiamarinas.

—¡Bebamos juntos, señor Hornblower! —dijo Pellew, alzando la copa.

Hornblower trató de hacer una reverencia sin levantarse del asiento y alzó la copa. Bebió con cautela, porque hacía tiempo que se había dado cuenta de que el vino se le subía a la cabeza con facilidad y no le gustaba sentir los efectos de la borrachera.

Después levantaron la mesa, y todos se quedaron en silencio, observando a Pellew para ver lo que haría a continuación.

—Señor Soames, traiga esa carta marina —ordenó Pellew.

Era el mapa donde aparecía la desembocadura del Garona y donde estaban indicados los lugares en que el agua era poco profunda; alguien había marcado con lápiz dónde estaban las baterías costeras.

—La *Papillon* está aquí —dijo sir Edward, quien no condescendía a pronunciar el nombre a la manera francesa, indicando una cruz hecha con lápiz al fondo del estuario—. El señor Soames señaló exactamente su posición.

—Caballeros, ustedes entrarán con las lanchas y la sacarán de aquí.

¡Conque era eso, una captura en un fondeadero!

—El señor Eccles tendrá el mando supremo. Ahora quiero pedirle que les explique su plan.

El primer oficial, un hombre canoso, pero de aspecto joven, con profundos ojos azules, miró a los que estaban a su alrededor.

—Yo estaré al mando de la lancha, y el señor Soames, del cúter —dijo—. El

señor Chadd y el señor Mallory estarán al mando, respectivamente, del primer esquife y del segundo, y el señor Hornblower, del chinchorro. En todas las embarcaciones excepto en la de Hornblower irá un oficial subalterno que será el segundo en el mando.

Eso no era necesario en el chinchorro porque su tripulación se componía de siete hombres solamente. La lancha y el cúter tendrían entre treinta y cuarenta tripulantes; los esquifes, veinte. En la misión participaría gran cantidad de hombres, casi la mitad de la tripulación de la fragata.

—Es un barco de guerra, no un mercante —dijo Eccles, leyéndoles el pensamiento—. Tiene diez cañones por banda y está a rebosar de marineros.

Probablemente tenía alrededor de doscientos hombres, que, obviamente, tendrían una fuerza superior a ciento veinte marineros británicos.

—Pero la atacaremos de noche y por sorpresa —dijo Eccles, leyéndoles el pensamiento de nuevo.

—Atacar por sorpresa es como tener ganada más de la mitad de la batalla, como bien saben ustedes, caballeros —dijo Pellew—. Por favor, perdone la interrupción, señor Eccles.

—En cuanto dejemos de divisar tierra, viraremos en redondo para volver a acercarnos a la costa —continuó Eccles—. Puesto que nunca hemos estado rondando esta parte de la costa, los franchutes pensarán que nos hemos ido. Cuando caiga la noche nos acercamos a ella y avanzaremos lo más posible. Mañana habrá marea alta a las cuatro y cincuenta, y amanecerá a las cinco y treinta. El ataque se llevará a cabo a las cuatro y treinta, para que los hombres de una de las dos guardias tengan tiempo de dormir. La lancha atacará por la aleta de estribor; el cúter, por la de babor. El esquife del señor Mallory atacará por la amura de babor; el del señor Chadd, por la de estribor. El señor Chadd será el encargado de cortar la cadena del ancla de la corbeta cuando tenga el control del castillo y los tripulantes de las demás barcas hayan llegado al menos al alcázar.

Eccles miró alternativamente a los capitanes de las tres grandes barcas y ellos hicieron una inclinación de cabeza en señal de que habían entendido. Entonces prosiguió:

—El señor Hornblower esperará en el chinchorro hasta que los hombres que emprendan el ataque ocupen toda la cubierta. Hecho esto, abordará la corbeta por el pescante central bien por el costado de babor, bien por el de estribor, por donde estime conveniente, y, sin prestar atención a la lucha que haya en cubierta en ese momento, subirá a la jarcia del palo mayor, largará la gavia mayor y cazará las escotas cuando se lo ordenen. Yo mismo o el señor Soames, en caso de que yo muera o resulte herido, mandaremos dos marineros a hacerse cargo del timón de la corbeta y daremos las órdenes de realizar las maniobras necesarias en cuanto tenga suficiente

velocidad. La marea nos ayudará a salir, y la *Indefatigable* nos estará esperando en un lugar cercano fuera del alcance de las baterías costeras.

—¿Algún comentario? —preguntó Pellew.

Ése era el momento en que Hornblower debería haber hablado, el único en que podía haber hablado. Las órdenes de Eccles le habían hecho sentir tanto miedo que le daban náuseas. Hornblower no tenía aptitudes para ser un gaviero, y lo sabía. Detestaba subir a gran altura y también detestaba subir a la jarcia. Sabía que no tenía agilidad ni confianza en sí mismo, las principales características de un buen marinero. Se sentía inseguro cuando subía a la jarcia en la oscuridad incluso en la *Indefatigable*, y le horrorizaba la idea de tener que subir a lo alto de un barco desconocido abriéndose paso entre una jarcia todavía más desconocida. Le parecía que no era apto para realizar la tarea que le había sido encomendada y debería haberse negado a ejecutarla alegando que era inepto para ella. Pero dejó pasar la oportunidad porque estaba impresionado al ver que los otros oficiales habían dado total asentimiento al plan. Miró sus rostros impasibles y se dio cuenta de que nadie le prestaba atención y, sin otra intención se movió para hacerse notar. Tragó saliva e incluso se atrevió a abrir la boca, pero nadie le miró y su protesta se malogró.

—Muy bien, caballeros —dijo Pellew—. Creo que ahora debería explicar el plan con todos los detalles, señor Eccles.

Ya era demasiado tarde. Eccles indicó en la carta marina la ruta que seguir entre los bancos de arena y cieno de la desembocadura del Garona, y luego explicó cómo estaban colocadas las baterías de la costa y que la distancia a que la *Indefatigable* podría aproximarse a la costa en pleno día dependía del faro de Cordouan. Hornblower trató de concentrar la atención en lo que decía, a pesar del miedo que le embargaba. Por fin Eccles terminó su explicación y Pellew dio por terminada la reunión.

—Puesto que ya todos conocen cuáles son sus tareas, caballeros, creo que deberían empezar a hacer los preparativos para el ataque. El sol está a punto de ponerse, y tienen ustedes mucho que hacer.

Tenían que poner provisiones en las barcas por si llegaban a encontrarse en una situación de emergencia, escoger a los tripulantes y preparar las armas que iban a necesitar. Tenían que enseñar a cada uno de los tripulantes cómo realizar la tarea que se les había asignado. Y Hornblower tuvo que practicar cómo subir por los obenques del palo mayor que estaban sujetos a los genoles y cómo llegar hasta el penol de la verga de la gavia. Se obligó a repetirlo dos veces. El ascenso por los obenques era difícil, pues, por estar colocados oblicuamente al palo mayor, era más que obligado subir un tramo de varios pies colgando de espaldas hacia abajo y apretando con fuerza los flechastes entre los dedos de las manos y los pies. Subió moviéndose despacio y con cautela, pero torpemente. Apoyó los pies en el marchapié, el cabo que

estaba atado de una punta a otra de la verga y formaba una curva unos cuatro pies por debajo de ella, y se preparó para desplazarse hasta el penol. Una vez apoyado firmemente en el marchapié, puso los brazos alrededor de la verga de manera que le quedara bajo las axilas y se desplazó arrastrando los pies hasta el penol y, al llegar allí, soltó los tomadores y largó la vela. Hizo todo el recorrido dos veces, tratando de sobreponerse a las náuseas y al miedo a caer desde una altura de cien pies. Luego, con los nervios crispados y tragando saliva, se soltó y se agarró a la braza y se obligó a deslizarse por ella para bajar a la cubierta; esa era la mejor ruta que podía seguir para ir a cazar las escotas. El descenso era verdaderamente peligroso, y Hornblower pensó, como la primera vez que había visto a los marineros subir a la jarcia, que si se hacían proezas similares a esa en un circo, serían acogidas con gritos de aprobación como «¡Oh!» y «¡Ah!»». Pero no se sintió satisfecho ni siquiera cuando llegó a la cubierta, y en un rincón de su mente se vio a sí mismo haciendo de nuevo la maniobra en la *Papillon* y luego soltarse del cabo accidentalmente y caerse de cabeza y estar bajando en el aire durante dos terribles minutos hasta chocar contra la cubierta. Y sabía que el éxito del ataque dependía de él, en la misma medida que de cualquier otro, y que si la gavia no se desplegaba con rapidez, la corbeta no alcanzaría velocidad suficiente para hacer maniobras y encallaría ignominiosamente en uno de los innumerables bancos de arena de la desembocadura del río y sería recuperada, y la mitad de los tripulantes de la *Indefatigable* morirían o serían hechos prisioneros.

La tripulación del chinchorro estaba formada en el combés para pasar revista. Hornblower inspeccionó los remos para ver si estaban bien forrados y se aseguró de que cada uno de los tripulantes tuviera una pistola y un alfanje. También se aseguró de que las pistolas estuvieran desmontadas y, por tanto, no había peligro de que se les dispararan, pues un tiro disparado antes de tiempo sería el aviso de que iba a producirse el ataque. Asignó a cada uno una tarea en la maniobra de largar la gavia, recalando que era posible que hubiera cambios en el plan a causa de las bajas.

—Yo subiré a la jarcia primero —dijo Hornblower.

Tenía que ser así. Tenía que guiar a los demás, y eso era lo que los demás esperaban de él. Es más, si hubiera dado cualquier otra orden, habría suscitado comentarios... y desprecio.

—Jackson, usted será el último que abandone el chinchorro y tomará el mando si yo caigo —dijo Hornblower al timonel.

—Sí, señor.

Era corriente expresarse poéticamente y decir la palabra «caigo» en vez de «muero», pero justo en ese momento en que Hornblower acababa de pronunciarla, pensó en el horrible significado que tenía en estas circunstancias.

—¿Lo han comprendido todo? —preguntó Hornblower con voz enronquecida por

la fatiga que le había producido el esfuerzo mental hecho.

Todos los marineros excepto uno asintieron con la cabeza.

—Perdone, señor, pero siento náuseas —dijo Hales, el primer remero del chinchorro.

Hales, un joven moreno y de complexión robusta, se había puesto la mano en la frente mientras hablaba.

—Usted no es el único que siente náuseas —dijo Hornblower secamente.

Los otros marineros se rieron. La idea de abordar una corbeta armada en un puerto enemigo, exponiéndose al fuego de las baterías de la costa, podría hacer que cualquier cobarde sintiera miedo. Seguro que la mayoría de los que habían sido elegidos para la misión habían sentido náuseas en algún momento.

—No me refería a eso, señor —dijo Hales indignado—. ¡Por supuesto que no!

Pero ni Hornblower ni los demás marineros le prestaron atención.

—¡Mantén la boca cerrada! —dijo Jackson, malhumorado.

Nadie podía sentir otra cosa que desprecio hacia un hombre que confesaba que sentía náuseas cuando le acababan de asignar una tarea peligrosa. Hornblower le disculpaba y le despreciaba a la vez. También él se había acobardado, pero no se atrevió a expresar sus temores porque tenía miedo de lo que los otros dijeran de él.

—Rompan filas —dijo Hornblower—. Les mandaré a buscar cuando les necesite.

Todavía había que esperar varias horas mientras la *Indefatigable* se acercaba a la costa gobernada por el propio Pellew, guiado por las constantes mediciones de la sonda. A pesar de su nerviosismo y su miedo, Hornblower pudo apreciar la destreza de Pellew al hacer avanzar la gran fragata por esas peligrosas aguas en una noche oscura. Ponía tanta atención a las maniobras que los temblores que tenía desaparecieron. Era de esa clase de personas que observan y aprenden hasta en su lecho de muerte. Cuando la *Indefatigable* llegó al lugar cercano a la desembocadura más adecuado para bajar las lanchas al agua, Hornblower era ya un guardiamarina que había aprendido cómo aplicar en la práctica los principios de la navegación costera, cómo organizar la captura de un barco en un fondeadero y, a fuerza de reflexionar, había llegado a conocer en buena medida la psicología de los hombres que iban a emprender un ataque.

Ya había logrado dominarse y se mostraba sereno cuando bajó al chinchorro, que cabeceaba en las aguas negras como la tinta. Dio la orden de zarpar en voz baja y con tono decidido. Cogió el timón, y el hecho de tener agarrado ese grueso madero le dio seguridad, pues ya se había acostumbrado incluso a apoyar el brazo en él mientras estaba sentado en la bancada de popa. Los marineros empezaron a remar y el chinchorro avanzó despacio detrás de las cuatro barcas más grandes, que ahora no eran más que oscuras formas. Tenían mucho tiempo, la pleamar les llevaría al interior del estuario. Era mejor así, porque a un lado estaba la batería de Saint Dye y al otro,

dentro del estuario, la fortaleza de Blaye, que tenía cuarenta cañones apuntando hacia el canal de entrada, y ninguna de las cinco barcas (el chinchorro menos que ninguna) soportaría el impacto de un solo cañonazo.

Hornblower mantenía la vista fija en el cúter, que navegaba delante a cierta distancia. Soames tenía la enorme responsabilidad de guiar las barcas por el estuario, mientras que él lo único que tenía que hacer era seguir el cúter, además de largar la gavia. En ese momento volvió a temblar.

Hales, el hombre que había dicho que tenía náuseas, era el primer remero. Hornblower podía ver su oscura figura moviéndose hacia delante y hacia atrás dando rítmicas paletadas. Después de mirarle unos instantes, dejó de prestarle atención y desvió la vista hacia el cúter, pero en ese momento sintió una sacudida y volvió a mirar al chinchorro. Alguien había dado una paletada a destiempo y había provocado que los seis remos perdieran la coordinación. También se oyó un golpe seco.

—¡Maldita sea! ¡Atiende a lo que estás haciendo, Hales! —susurró Jackson, el timonel, en tono apremiante.

Como respuesta, Hales dio un grito, aunque, por fortuna, no demasiado alto. Luego se inclinó hacia delante y cayó sobre las piernas de Hornblower y Jackson y empezó a retorcerse y a dar patadas.

—A este condenado le ha dado un ataque —susurró Jackson.

Hales siguió retorciéndose y dando patadas. Desde un lugar próximo del mar llegó un gruñido a través de la oscuridad.

—Señor Hornblower, ¿no puede mantener callados a sus hombres? —preguntó Eccles *sotto voce* y en tono irritado.

Eccles había virado la lancha y casi había abordado al chinchorro para decir esto, y la necesidad de guardar silencio quedó demostrada por la ausencia de las habituales maldiciones en la amonestación. Hornblower se imaginó cómo sería la reprimenda que le echaría al día siguiente en el alcázar y abrió la boca para dar explicaciones, pero, por suerte, se dio cuenta de que cuando los hombres iban en pequeñas barcas a emprender un ataque y se encontraban al alcance de los cañones de la fortaleza de Blaye no debían dar explicaciones.

—Sí, señor —se limitó a decir.

Entonces la lancha continuó su misión de guiar la flotilla siguiendo la estela del cúter.

—Coja su remo, Jackson —susurró a Jackson en tono exasperado y se echó hacia delante y arrastró al remero, que seguía retorciéndose, con el fin de que no estorbara al timonel.

—Pruebe a reanimarle echándole agua, señor —sugirió Jackson en voz baja—. Ahí está el achicador.

Los marineros creían que el agua de mar era el remedio contra todas las



enfermedades, la panacea universal; por lo tanto, de acuerdo con esta idea, los marineros nunca enfermarían, porque tienen constantemente mojada la ropa; y el coy, la mayor parte del tiempo. Pero Hornblower dejó al remero allí tendido, pues había notado que hacía cada vez menos aspavientos y, además, porque no quería hacer ruido con el achicador, pues la vida de más de cien hombres dependía del silencio. Ahora que se encontraban en la mitad del estuario, estaban al alcance de los cañones de las orillas, y un solo cañonazo bastaría para despertar a los tripulantes de la *Papillon*, que correrían a los cañones y la borda para repeler el ataque, dejando caer balas de cañón en las barcas que se hubieran abordado con la corbeta y destrozarían con una ráfaga de metralla las que estuvieran aproximándose.

Las silenciosas barcas avanzaban por el estuario. El cúter, cuya velocidad servía de pauta, iba muy despacio, y sus hombres sólo daban alguna que otra paletada para mantener la suficiente velocidad para maniobrar. Parecía que Soames sabía muy bien lo que hacía. Había escogido una ruta con innumerables bancos de cieno por la que sólo podían pasar embarcaciones muy pequeñas, pero había ordenado usar una pértiga de veinte pies para medir la profundidad, con la cual podía medirse más rápidamente y con mucho menos ruido que con la sonda. Aunque los minutos pasaban con rapidez, aún era noche cerrada, sin indicios de un pronto amanecer. Hornblower aguzaba la vista, pero no estaba seguro de ver las lisas orillas del estuario, y pensó que sólo alguien que tuviera la vista muy aguda podría ver avanzar las barcas desde tierra.

Hales, aún tendido a sus pies, dio una vuelta sobre sí mismo y luego otra. Movi6 la mano a un lado y a otro en la oscuridad y tropezó con el tobillo de Hornblower y lo palpó, aparentemente con mucha curiosidad. Entonces murmuró una frase que terminó en un gemido.

—¡Cállese! —susurró Hornblower, tratando de expresarse con todo el cuerpo para decir que la situación era grave de una forma que no fuera audible.

Hales, afirmando el codo en la rodilla de Hornblower, levantó el tronco hasta sentarse y luego se puso de pie, pero se le doblaron las rodillas, trastabilló, y tuvo que apoyarse en Hornblower.

—¡Siéntese! —susurró Hornblower lleno de angustia y de rabia.

—¿Dónde está Mary? —dijo en tono coloquial.

—¡Cállese!

—¡Mary! —repitió Hales, inclinándose hacia él—. ¡Mary!

Hales cada vez que repetía la palabra lo hacía en voz más alta que la anterior, y Hornblower intuyó que pronto la diría en voz muy alta e incluso gritaría. Vinieron a su mente las conversaciones que había tenido con su padre y recordó que las personas que acaban de tener un ataque epiléptico no son responsables de sus actos, que además podían ser peligrosas y lo eran en muchos casos.

—¡Mary! —volvió a decir Hales.

La victoria y la vida de más de cien hombres dependía de que Hales guardara silencio, y de inmediato. Hornblower pensó en coger la pistola que llevaba en el cinto y pegarle con la culata, pero tenía un arma más conveniente a mano. Desmontó el timón, una gruesa barra de madera de roble de tres pies, la agarró fuertemente y la impulsó hacia delante con furia. El timón golpeó la cabeza de Hales cuando intentaba hablar otra vez, pero cayó sobre el fondo del chinchorro. Los tripulantes ni abrieron la boca, sólo se oyó el suspiro de Jackson, aunque no sabía ni importaba saberlo si el suspiro era una señal de aprobación o de desaprobación. Estaba convencido de que había cumplido con su deber. Había derribado a un inútil y probablemente le habría matado, pero ya no había peligro de que fuera eliminado el factor sorpresa, del que dependía el éxito de la misión. Volvió a montar el timón y en silencio continuó la tarea de seguir la estela del esquife.

A lo lejos se veía una enorme masa oscura cerca de las negras aguas, aunque en la oscuridad era imposible calcular la distancia a que se encontraba. Posiblemente era la corbeta. Después de doce silenciosas paletadas, Hornblower tuvo la certeza de que lo era. Soames había hecho un magnífico trabajo como piloto, pues había llevado las barcas directamente a su objetivo. El cúter y la lancha se separaron de los dos esquifes. Las cuatro embarcaciones se preparaban para emprender el ataque simultáneamente.

—¡Parar! —susurró Hornblower, y los tripulantes del cúter dejaron de remar.

Hornblower tenía que cumplir determinadas órdenes. Debía esperar a que los hombres que emprendieran el ataque ocuparan toda la cubierta. Tenía agarrado el timón con las manos crispadas. La excitación nerviosa que le había producido acallar a Hales había vuelto a traer a su mente la idea de que tenía que subir a una jarcia desconocida en la oscuridad, y ahora esa idea había vuelto a aparecer, y con mayor carga emotiva. Hornblower tenía miedo.

Aunque podía ver la corbeta, las barcas habían desaparecido de su vista, ya no estaban en su campo de visión. La corbeta estaba anclada muy cerca, pero apenas se veían sus palos dibujarse sobre el oscuro firmamento. ¡Y allí era adonde tenía que subir! La corbeta le parecía enorme. Cerca de la corbeta vio formarse una franja de espuma en las oscuras aguas, probablemente porque las barcas se aproximaban a ella con rapidez y alguien había dado una paletada con poco cuidado. En ese mismo momento se oyó un grito en la cubierta de la corbeta, y después otro, y le siguieron mil gritos más que salían de los botes que ya estaban abordándose con ella. Los gritos eran muy fuertes y constantes a propósito. El ruido despertaría a los enemigos y les desconcertaría, y, por otra parte, la continuidad de los gritos indicaría a los tripulantes de cada barca el progreso de los demás. Los marineros británicos estaban gritando como locos. En la corbeta se vio un fogonazo y luego se oyó una detonación, lo que

indicaba que se había disparado el primer tiro. Muy pronto se oyeron los disparos de las pistolas y los mosquetes desde varios lugares de la cubierta.

—¡Adelante! —dijo Hornblower como si le hubieran sacado la orden atormentándole en el potro.

El chinchorro avanzaba mientras Hornblower luchaba por dominar sus sentimientos y trataba de enterarse de lo que ocurría en la cubierta. No tenía motivo alguno para escoger un costado en vez del otro para abordar la corbeta, y como el de babor estaba más cerca, dirigió el chinchorro al pescante de babor. Tenía puesta tanta atención en lo que hacía que se acordó justo a tiempo de la orden que tenía que dar.

—¡Guardar remos!

Luego giró el timón y el chinchorro viró en redondo haciendo remolinos. El marinero que estaba en la proa enganchó el bichero. Desde la cubierta, justo encima de ellos, llegó un ruido similar al que hace un calderero al martillar una caldera, y Hornblower lo notó cuando se ponía de pie en la bancada de popa. Comprobó que tenía el sable y la pistola en el cinto y se preparó para saltar al pescante. Dio un gran salto para alcanzarlo con las manos y luego se subió a él. Entonces se agarró a los obenques, puso los pies en los flechastes y empezó a subir. Cuando ya tenía la cabeza por encima de la borda, un fogonazo iluminó momentáneamente la cubierta, y la lucha pareció estar detenida un momento, como si estuviera en un cuadro. Cerca de allí pudo ver a un marinero británico y a un oficial francés luchando furiosamente con sables y con asombro se dio cuenta de que el ruido que le había parecido un martilleo lo producían los sables al chocar entre sí, era el ruido del choque de las espadas que habían relatado tantas veces los poetas. Pero ese no era momento de recordar poesías.

En cuanto se dio cuenta de eso, siguió subiendo. Mucho más arriba se pasó a los obenques sujetos a los genoles, aferrándose a ellos mientras se echaba hacia atrás con los flechastes fuertemente agarrados con los dedos de los pies. Eso sólo duró uno o dos desesperados segundos, y luego Hornblower siguió subiendo hasta los obenques del mastelero, momento que aprovechó para empezar el ascenso final, con los pulmones a punto de reventar por el esfuerzo. Allí estaba la verga de la gavia, y Hornblower se soltó y la rodeó con los brazos y empezó a buscar el marchapié con los pies. ¡Dios santo! No había marchapié. Sus pies lo buscaron en la oscuridad, pero sólo encontraron aire. Estaba colgando a cien pies por encima de la cubierta, retorciéndose y dando patadas como un bebé al que su padre sostuviera en el aire con los brazos estirados. No había marchapié, así que no podía ir hasta el penol. Sin embargo, había que soltar los tomadores y soltar la vela, pues todo dependía de eso. Hornblower había visto a muchos marineros temerarios ir hasta los penoles andando por la verga como si caminaran por una cuerda floja. Esa era la única forma de llegar a los penoles ahora.

Hornblower tenía la carne débil y al pensar que tenía que caminar por la verga

sobre el negro abismo, se estremeció y se quedó sin respiración por un momento. Eso era miedo, y el miedo despojaba al hombre de su hombría, hacía a su intestino expulsar agua y transformaba sus miembros en papel. No obstante, las ideas seguían dando vueltas en su cabeza. Había actuado resueltamente cuando había silenciado a Hales. Cuando no era él el afectado, había sido valiente: no vaciló en golpear al pobre epiléptico con todas sus fuerzas. Sólo tenía valor para hacer acciones mezquinas como ésa; carecía por completo de valor para arrostrar el peligro. Eso se llamaba cobardía, lo que provocaba que la gente murmurara de uno. No podía soportar la idea de que le ocurriera a él. Esa idea le asustaba más que la de caer en la cubierta en la oscuridad de la noche, aunque la alternativa fuera horrible. Apoyó la rodilla en la verga y se puso de pie sobre ella jadeando. Sentía bajo sus pies el madero redondo cubierto de lona, y su instinto le decía que no debía perder ni un momento allí.

—¡Vamos! —gritó, y empezó a caminar hacia el penol.

Había veinte pies de distancia de allí al penol, y Hornblower los recorrió rápidamente con unas cuantas zancadas. Entonces, ya sin cautela, bajó las manos para agarrarse a la verga y luego se tendió sobre ella y buscó los tomadores con las manos. Un golpe seco en la verga le indicó que Oldroyd, que tenía orden de subir detrás de él, le había seguido mientras caminaba por la verga hacia el penol; sin embargo, tenía que recorrer seis pies menos que él. No cabía duda de que los demás tripulantes del chinchorro estaban en la verga ni de que Clough había ido al frente de otro grupo hasta el penol de estribor, pues la vela se desplegó con gran rapidez. A su lado se encontraba la braza. Estaba tan excitado ahora que, sin preocuparse por el peligro, la agarró con las dos manos y se bajó bruscamente de la verga. Luego movió las piernas en el aire hasta encontrar la braza y la rodeó con ellas. Entonces bajó deslizándose por la braza.

¡Qué tonto había sido! Nunca aprendería a ser prudente. Nunca aprendería que siempre había que estar alerta y tomar precauciones. Se había deslizado con tanta rapidez por la braza que se quemó las manos, y al apretarlas para bajar más despacio, sintió un dolor tan fuerte que tuvo que aflojarlas un poco, y, al bajar el último tramo, se desolló la piel de la mano como si fuera la de un guante. Por fin puso los pies en cubierta y luego miró a su alrededor, olvidando momentáneamente el dolor.

Ahora había una débil luz grisácea y no se oía ninguno de los ruidos de una batalla. El ataque por sorpresa había tenido éxito. Aquel centenar de hombres que llegaron de repente a la cubierta de la corbeta vencieron a los pocos marineros de guardia y se apoderaron de ella antes de que los que estaban abajo pudieran ofrecer resistencia. En ese momento se oyó la estentórea voz de Chadd en el castillo.

—¡Cortada la cadena del ancla, señor!

Entonces Eccles, desde la cubierta, gritó:

—¡Señor Hornblower!

—¡Señor! —gritó Hornblower.

—¡Tire de las drizas!

Muchos marineros fueron a ayudarlo, no sólo los tripulantes del chinchorro, sino también otros con iniciativa y empuje. Con las drizas, las escotas y las brazas tensaron la vela y la orientaron. La vela se hinchó con el débil viento del sur y la *Papillon* viró en redondo para salir cuando empezaba a bajar la marea. Llegó el alba, acompañada de una fina capa de niebla que cubrió la superficie del mar.

Por la aleta de estribor se oyó un terrible estrépito, y una serie de espantosos gritos muy agudos rasgaron el aire y la niebla. Las primeras balas de cañón que Hornblower oía en su vida estaban pasando por su lado.

—¡Señor Chadd! ¡Largue las velas del estay! ¡Largue el velacho! ¡Eh, ustedes, suban algunos para largar la sobremesana!

Por la amura de babor llegaron las balas de otra andanada. Ahora les disparaban desde la fortaleza de Blaye por un lado y desde la batería de Saint Dye por el otro, porque sus hombres habían deducido lo ocurrido en la *Papillon*. Pero la corbeta navegaba veloz con la ayuda del viento y la marea, y, además, no sería fácil derribar alguno de sus palos con tan poca claridad. Había estado a punto de no poder escapar, y unos segundos de retraso habrían tenido fatales consecuencias. Sólo una de las balas de la siguiente andanada pasó rozando la corbeta, y al pasar, hubo un estrépito en lo alto de la jarcia.

—¡Señor Mallory, ordene ajustar esa vela de estay de proa!

—¡Sí, sí, señor!

Ya había suficiente claridad para mirar alrededor de la cubierta. Vio a Eccles en el saltillo de la toldilla dirigiendo las maniobras y a Soames junto al timón guiando la corbeta para salir del estuario. Dos grupos de infantes de marina, con sus rojas chaquetas, vigilaban las escotillas con las bayonetas caladas. Había cuatro o cinco hombres tendidos sobre la cubierta en extrañas posturas. Todos estaban muertos. Hornblower les miró con la indiferencia propia de la juventud. También había un hombre herido, un hombre con el muslo destrozado que se retorció de dolor; Hornblower no podía mirarle con indiferencia y se alegró, tal vez por egoísmo, de que un marinero pidiera permiso a Mallory para abandonar su tarea y ayudarlo.

—¡Preparados para virar! —gritó Eccles desde la toldilla.

La corbeta había llegado al extremo de la zona de mediana profundidad e iba a virar para salir a alta mar.

Los hombres corrieron a las brazas, y Hornblower les siguió. Pero cuando Hornblower cogió los ásperos cabos, sintió tanto dolor que estuvo a punto de dar un grito. Tenía las manos en carne viva, y le sangraban. Ahora que se daba cuenta, sentía un dolor insoportable.

Las escotas del velacho se desplazaron, y la corbeta viró suavemente.

—¡Ahí está la *Inde*! —gritó alguien.

Ahora podía verse claramente la *Indefatigable*, que estaba en facha justamente fuera del radio de alcance de las baterías costeras, preparada para recibir a la presa. Alguien dio un viva, y todos los demás dieron vivas también, y así siguieron incluso mientras caían los últimos enfurecidos disparos de la batería de Saint Dye en las aguas que rodeaban la corbeta. Hornblower se sacó el pañuelo del bolsillo con mucho cuidado y trató de envolverse una mano con él.

—¿Puedo ayudarle, señor? —preguntó Jackson.

Jackson movió la cabeza a uno y otro lado mientras miraba la mano despellejada.

—Ha sido descuidado, señor, porque debía haber bajado con una mano sobre la otra —dijo cuando Hornblower le explicó lo que le había causado la herida—. Ha sido muy descuidado, señor, perdone que se lo diga. Pero ustedes los guardiamarinas a menudo lo son. No tienen miedo de romperse la crisma ni de perder el pellejo.

Hornblower miró hacia la verga de la gavia, muy por encima de su cabeza, y recordó cómo había caminado por aquel estrecho madero hasta el penol en la oscuridad. El recuerdo le hizo temblar, aunque ahora tenía la firme cubierta bajo sus pies.

—Disculpe, señor —dijo Jackson, haciendo el nudo—. No quería lastimarle. Ya está. Lo he hecho lo mejor que he podido, señor.

—Gracias, Jackson —dijo Hornblower.

—Tenemos que comunicar a nuestros superiores que hemos perdido el chinchorro, señor —prosiguió Jackson.

—¿Perdido?

—No lo llevamos a remolque, señor. No había ningún marinero cuidándolo, ¿sabe? Wells era el que lo iba a cuidar, ¿recuerda?, pero le mandé subir a la jarcia al ver que Hales no podía. Es que no éramos muchos para hacer el trabajo. Así que el chinchorro se fue al garete cuando la corbeta viró.

—Entonces, ¿qué le ocurrió a Hales? —preguntó Hornblower.

—Todavía estaba en el chinchorro, señor.

Hornblower volvió la vista al estuario del Garona. En algún lugar del estuario estaba el chinchorro a la deriva, y tendido en el fondo estaría Hales, probablemente muerto, posiblemente vivo. Hornblower estaba seguro de que, en cualquier caso, los franceses encontrarían a Hales, pero, al recordarle, sintió escalofríos de remordimiento que disiparon el cálido sentimiento de satisfacción que le había producido el triunfo. Si no hubiera sido por Hales, él no se habría atrevido a caminar por la verga de la gavia hasta el penol (al menos eso creía), y en ese momento estaría desprestigiado y sería considerado un cobarde, en vez de estar lleno de satisfacción por haber sido capaz de realizar la tarea que tenía encomendada.

Jackson notó que le invadía una expresión triste y dijo:

—No se lo tome así, señor. No le culparán de la pérdida del chinchorro. Le aseguro que ni el capitán ni el señor Eccles le culparán.

—No estaba pensando en el chinchorro —dijo Hornblower—. Estaba pensando en Hales.

—¡Ah! —dijo Jackson—. No se preocupe por él, señor. Nunca habría sido un buen marinero. Le faltaba destreza.

## CAPÍTULO 5

# EL HOMBRE QUE VIO A DIOS



El invierno había llegado al golfo de Vizcaya. Después del equinoccio, las tormentas eran más violentas y aumentaban las dificultades y los peligros de los barcos de la Armada Real que vigilaban la costa francesa. Los barcos eran zarandeados con frecuencia por las tormentas y tenían que soportar como podían el embate del frío viento del este, que provocaba que el agua entrara por el casco como por una cesta y hacía congelarse las salpicaduras de agua en las velas, y también del viento del oeste, que los obligaba a alejarse de la costa a sotavento hasta un lugar lo bastante lejano para que estuvieran seguros, pero desde el cual pudieran capturar cualquier barco francés que se atreviera a salir del puerto. Los barcos eran zarandeados por las tormentas, pero sus numerosos tripulantes eran zarandeados también, y semana tras semana y mes tras mes tenían que soportar el frío penetrante, la humedad, el enorme esfuerzo físico, el tasajo, las incomodidades y las privaciones de la vida en una escuadra que hacía un bloqueo en un lugar como ese. Incluso en las fragatas, las mejores embarcaciones para hacer un bloqueo, los tripulantes debían soportar muchas incomodidades, como por ejemplo, que las escotillas permanecieran cubiertas por los cuarteles durante largos períodos, que les mojaran las gotas de agua que caían de las juntas de la cubierta cuando estaban abajo, y también debían soportar las largas noches, los cortos días, la falta de sueño y el hecho de no tener muchas cosas que hacer.

Incluso en la *Indefatigable* había una atmósfera de inquietud, e incluso un simple guardiamarina como Hornblower se dio cuenta de ello cuando inspeccionaba su brigada antes de que el capitán pasara revista, como hacía habitualmente una vez por semana.

—¿Qué tiene en la cara, Styles? —preguntó.

—Forúnculos, señor. Muy malos.

Styles tenía en las mejillas y en los labios media docena de pequeñas cataplasmas.

—¿Ha tomado algo para que se le curen?

—El ayudante del cirujano me puso cataplasmas, señor, y dice que dentro de poco se me curarán.

—Muy bien.

Parecía que los hombres que estaban a ambos lados de Styles tenían un gesto irónico. Parecía que se rieran interiormente. A Hornblower no le gustaba ser objeto de burlas. Las burlas no eran buenas para la disciplina, y aún era peor que varios



marineros compartieran un secreto que un oficial desconocía. Volvió a mirar atentamente a todos los marineros de la fila. Styles parecía un tronco, pues en su rostro curtido no se reflejaba ningún sentimiento; su negro pelo formaba perfectos bucles que le cubrían las orejas, y su apariencia no era censurable. No obstante, Hornblower notó que la reciente conversación era fuente de diversión, y eso no le gustaba.

Después de pasar revista fue a hacer algunas preguntas al señor Low, el cirujano, a quien encontró en la sala de oficiales.

—¿Forúnculos? —respondió Low—. Naturalmente que los marineros tienen forúnculos. Llevan nueve semanas comiendo carne de cerdo salada y guisantes secos. ¿Esperaba otra cosa que no fueran forúnculos? Forúnculos... pústulas... sabañones... todas las plagas de Egipto.

—¿En la cara?

—Ese es uno de los lugares en que se forman los forúnculos. Descubrirá otros por el cuerpo de usted mismo.

—¿Su ayudante los cura? —insistió Hornblower.

—Desde luego.

—¿Qué tal es?

—¿Muggridge?

—¿Ése es su nombre?

—Es un buen ayudante de cirujano. Pídale que le prepare la pócima negra y ya verá usted. Creo que voy a recetársela a usted, joven, porque me parece que está de mal humor.

El señor Low terminó de beberse el vaso de ron y golpeó la mesa para que viniera el dispensero. Hornblower se dio cuenta de que había tenido suerte porque había encontrado a Low lo bastante sobrio para darle esa información y salió de allí con la intención de subir a la jarcia para reflexionar sobre la cuestión en la cofa del mesana, porque allí estaría solo. Ése era el nuevo puesto que le correspondía ocupar en las batallas, y cuando los marineros no tenían que hacer ninguna tarea en ese lugar, cualquier tripulante podía encontrar allí la soledad, algo difícil de hallar en la abarrotada *Indefatigable*. Envuelto en su chaquetón de lana gruesa, Hornblower se sentó en la cofa del mesana. Por encima de su cabeza, el mastelero de sobremesana describía erráticos círculos en el cielo plomizo; a su lado los obenques del mastelero vibraban cuando el fuerte viento pasaba silbando entre ellos; por debajo de él, seguía su curso la vida de la *Indefatigable* mientras la fragata, cabeceando y balanceándose, navegaba con rumbo norte con las gavias arrizadas. Cuando se oyeron las ocho campanadas, la fragata viraría y navegaría hacia el sur para proseguir la interminable vigilancia de esas aguas. Hasta entonces Hornblower tendría tiempo de reflexionar sobre los forúnculos que Styles tenía en la cara y sobre las risitas de los otros

marineros de la brigada.

Dos manos aparecieron en el grueso pretil de madera que rodeaba la cofa. Hornblower las miró con rabia porque le habían distraído de sus meditaciones, y en ese momento apareció por encima de ellas la cabeza de Finch, otro de los marineros de su brigada, quien también tenía que estar en la cofa del mesana en la batalla. Era un hombre bajo, de constitución débil, pelo ralo, ojos azules y una sonrisa estúpida, una sonrisa que le iluminó el rostro cuando reconoció a Hornblower, después de que su gesto traicionara la decepción sufrida porque la cofa ya estaba ocupada.

—Perdone, señor, no sabía que estaba usted aquí —dijo Finch, que estaba en una postura incómoda, colgando con la espalda hacia abajo, a medio camino entre los obenques sujetos a los genoles y la cofa, y cada vez que la fragata se balanceaba, corría el peligro de soltarse.

—Venga, si quiere —dijo Hornblower, maldiciéndose por haber sido tan blando, pues pensaba que un oficial severo habría dicho a Finch que se fuera por donde había venido y que no le molestara.

—Gracias, señor, gracias —dijo Finch, pasando la pierna por encima del pretil y aprovechando el balanceo de la fragata, se dejó caer dentro de la cofa.

Se agachó para mirar hacia el tope del palo mayor por debajo del pujamen de la sobremesana y luego se volvió hacia Hornblower con una sonrisa inocente, como la de un niño cogido en falta. Hornblower sabía que Finch estaba mal de la cabeza (las brigadas reclutadoras reclutaban idiotas y campesinos para tripular los barcos de la Armada), a pesar de ser un marinero hábil que sabía aferrar, arrizar y llevar el timón.

—Se está mejor aquí que allí abajo —dijo Finch como si quisiera disculparse.

—Tiene razón —dijo Hornblower en un tono indiferente para cortar la conversación.

Entonces apartó la mirada de Finch y volvió a ponerse en una posición cómoda, con la espalda apoyada, deseando que el vaivén de la cofa le ayudara a abstraerse para encontrar la solución del problema. Pero no era fácil lograrlo, ya que Finch se inclinaba para mirar hacia delante, y cambiaba tanto de posición que se movía como una ardilla en una jaula, interrumpiendo el curso de su pensamiento y haciéndole perder los preciosos minutos de su media hora de libertad.

—¿Qué diablos le pasa, Finch? —preguntó al fin en tono áspero, después de que se le agotara la paciencia.

—¿El diablo, señor? —preguntó Finch—. El diablo no está aquí. No está aquí arriba, señor.

Otra vez asomó a los labios de Finch la misteriosa sonrisa, la sonrisa de niño travieso. Sus profundos ojos azules parecían guardar muchos secretos. Miró por debajo de la sobremesana otra vez, como si estuviera jugando a un juego de niños.

—Ahí le vi aquella vez, señor —dijo Finch—. Dios viene a la cofa del mayor,

señor.

—¿Dios?

—Sí, señor. A veces viene a la cofa del mayor. Muy a menudo, señor. Le vi aquella vez, con la barba flotando al viento. Sólo se puede ver desde aquí.

¿Qué se podía decir a un hombre que tenía una idea como aquélla? Hornblower se devanó los sesos para encontrar una respuesta, pero no encontró ninguna. Finch parecía haber olvidado su presencia y se inclinaba una y otra vez hacia delante para mirar por debajo de la sobremesana.

—Ahí está —dijo Finch como para sí—. Ahí está otra vez. Dios está en la cofa del mayor, y el diablo está en el sollado.

«Muy bien», dijo Hornblower para sí irónicamente, pues no quería burlarse de las creencias de Finch.

—El diablo está en el sollado durante las guardias de cuartillo —dijo Finch otra vez—. Dios siempre se queda en la cofa del mayor.

—Un curioso horario —comentó Hornblower *sotto voce*.

Desde la cubierta llegaron las primeras de las ocho campanadas, y en ese mismo momento los ayudantes del contramaestre empezaron a sonar los silbatos, y luego Waldron, el contramaestre, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Que suban los marineros que están abajo! ¡Todos a virar! ¡Todos a virar! ¡Usted, ayudante, apunte el nombre del último que salga por la escotilla! ¡Todos a virar!

El corto intervalo de paz, que había sido interrumpido por la molesta presencia de Finch, estaba a punto de terminar. Hornblower pasó por encima del pretil y se agarró a los obenques para descender porque no podía hacerlo de la forma más fácil, a través de la boca de lobo, cuando el primer oficial le estaba mirando, ya que podría reprenderle por no comportarse como un verdadero marino. Finch dejó que Hornblower saliera de la cofa primero, pero, a pesar de empezar a descender más tarde, le adelantó, ya que era un hábil marino y podía bajar por los obenques con la agilidad de un mono. Hornblower dejó de pensar temporalmente en las curiosas ideas de Finch para ocuparse de virar la fragata hacia su nuevo rumbo.

Pero más tarde Hornblower volvió a pensar inevitablemente en las extrañas cosas que Finch le había dicho. No había duda de que Finch creía verdaderamente que había visto lo que decía que había visto. Tanto sus palabras como su expresión lo demostraban. Finch había dicho que Dios tenía barba... Era una lástima que no dijera qué aspecto tenía el diablo cuando aparecía en el sollado. ¿Tendría cuernos, patas hendidas y un biello? Hornblower siguió pensando. ¿Por qué el diablo sólo estaba en el sollado durante las guardias de cuartillo? Era extraño que tuviera un horario fijo. Entonces a Hornblower se le ocurrió que posiblemente había una explicación razonable para eso. Posiblemente cuando Finch decía que el diablo estaba en el

sollado durante las guardias de cuartillo hablaba metafóricamente. Allí debía de pasar algo que parecía hecho por el diablo. Hornblower tenía que decidir qué debía hacer y luego cuál era la mejor forma de hacerlo. Podía contarle a Eccles, el primer oficial, lo que sospechaba, pero después de un año de servicio sabía bien lo que le pasaría a un guardiamarina que molestara al primer oficial con sospechas infundadas. Era mejor que viera las cosas por sí mismo. No sabía lo que iba a encontrar allí, ni sabía si iba a encontrar algo, ni sabía cómo iba a resolver el problema. Tampoco sabía si sería capaz de resolverlo como correspondía a un oficial. Era posible que hiciera el ridículo. Podría actuar inapropiadamente en la situación que se encontrara y ser reprendido y ridiculizado por ello, además de que perjudicaría la disciplina de la fragata, es decir, haría aún más fino el hilo de lealtad que servía de unión a los marineros y los oficiales y que mantenía sometidos a las órdenes del capitán a trescientos hombres, soportando grandes dificultades sin quejarse, preparados para afrontar la muerte cuando recibieran la orden de luchar. Cuando las ocho campanadas anunciaron el final de la guardia de tarde y el principio de la de primer cuartillo, Hornblower, muy nervioso, bajó a poner una vela en un farol y luego se dirigió al sollado.

El sollado estaba oscuro y tan mal ventilado que la atmósfera era pestilente. Hornblower tropezó con varios obstáculos que estorbaban en su camino debido al cabeceo y el balanceo de la fragata. Pero de pronto vio una luz un poco más adelante y oyó rumor de voces y tragó saliva al pensar que tal vez los marineros estaban planeando un motín. Puso la mano sobre la portezuela del farol para tapar la luz y siguió avanzando con dificultad. Dos faroles colgaban de los baos de la cubierta, y debajo de ellos se encontraba una veintena de marineros o quizá más, y Hornblower podía oír bien sus voces, aunque no podía distinguir qué decían. En ese momento el rumor llegó a convertirse en un griterío y alguien en el centro del círculo se puso de pie, aunque sólo estiró el cuerpo hasta donde los baos se lo permitían. Se volvía hacia un lado y hacia otro violentamente sin motivo aparente. Hornblower no podía verle la cara, pero sí distinguió que tenía las manos atadas a la espalda. Los marineros volvieron a gritar, como los espectadores de un espectáculo de boxeo, y el hombre con las manos atadas se dio la vuelta y Hornblower pudo verle la cara. Era Styles, el hombre con forúnculos. Hornblower le reconoció enseguida. Pero no fue eso lo que más le impresionó. A la luz mortecina de las velas, pudo ver que de la cara de Styles colgaba una forma gris que se retorció y que parecía algo sobrenatural. Comprendió que el hombre se movía violentamente para desprenderse de ella. Era una rata. Hornblower se horrorizó y sintió náuseas.

Styles sacudió la cabeza con violencia y consiguió que la rata, asida a él con los dientes, se soltara y cayera al suelo, e inmediatamente se puso de rodillas y, aún con las manos atadas, la persiguió tratando de cogerla con los dientes.

—¡Tiempo! —gritó alguien en ese momento.

Era la voz de Partridge, un ayudante del contramaestre. Esa voz había despertado a Hornblower con frecuencia más que suficiente para reconocerla enseguida.

—Cinco muertas —dijo otro hombre—. Paguen las apuestas.

Hornblower se inclinó hacia delante. Parte de la cadena del ancla había sido adujada para hacer con ella una especie de trampa de diez pies de diámetro, en cuyo centro se encontraba Styles de rodillas, rodeado de ratas vivas y muertas. Partridge estaba agachado junto al borde con el reloj de arena que se usaba para las mediciones con la corredera.

—¡Seis muertas! —protestó alguien—. ¡Ésa está muerta!

—No, no lo está.

—Ésa se rompió el lomo, así que está muerta.

—Ésa no está muerta —aseguró Partridge.

En ese momento el hombre que había protestado miró hacia arriba y vio a Hornblower y no llegó a pronunciar las palabras que iba a decir. Al ver que guardaba silencio, los otros miraron hacia donde tenía dirigida la vista y se quedaron paralizados. Hornblower dio un paso adelante, aún preguntándose qué debía hacer y con las náuseas que le habían producido las horribles cosas que había visto. Trató desesperadamente de vencer su horror y buscó ideas con rapidez y recurrió a la disciplina para empezar.

—¿Quién dirige esto? —preguntó.

Miró uno a uno a los componentes del círculo. Entre ellos había muchos suboficiales y algunos ayudantes del contramaestre y del carpintero. También estaba Muggridge, el ayudante del cirujano, cuya presencia explicaba muchas cosas. Pero la posición de Hornblower no era fácil. La autoridad de un guardiamarina de poca experiencia como él dependía en gran medida de la fuerza de su propia personalidad, y, por otra parte, él era simplemente un oficial asimilado. Pensó además que un guardiamarina apenas tenía importancia entre la tripulación, y él sería reemplazado mucho más fácilmente que, por ejemplo, el ayudante del tonelero que estaba allí ahora, Washburn, que sabía muy bien cómo hacer los toneles de agua y cómo estibarlos.

—¿Quién dirige esto? —preguntó otra vez, y otra vez su pregunta quedó sin respuesta.

—No estamos de guardia —dijo alguien al fondo.

Hornblower ya había vencido el horror, y aunque todavía sentía indignación, logró aparentar calma.

—No, no están de guardia, están jugando —dijo secamente.

Muggridge rebatió su afirmación.

—¿Jugando, señor Hornblower? —preguntó—. Esa es una acusación muy seria.

Ésta es una noble competición. Le costará mucho probar que estábamos jugando.

Era obvio que Muggridge había estado bebiendo, tal vez siguiendo el ejemplo de su jefe. Siempre había coñac en el botiquín. Hornblower se estremeció de rabia y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para seguir aparentando calma. Pero el aumento de la tensión le trajo nuevas ideas a la mente.

—Señor Muggridge, le aconsejo que no hable demasiado —dijo secamente—. Puedo presentar cargos contra usted por otras cosas, señor Muggridge. Un miembro de la Armada de Su Majestad puede ser castigado por encontrarse, por su propia negligencia, en condiciones inadecuadas para servirle. Además, también podría acusarle de complicidad, y eso le incluiría a *usted*. Si yo fuera usted, señor Muggridge, consultaría el Código Naval. Creo que el castigo por una falta de esa clase es ser azotado delante de los barcos de la escuadra.

Hornblower había señalado a Styles, a quien le corría la sangre por la cara llena de mordiscos, y con su gesto había dado más fuerza a su argumentación. Había refutado los argumentos de los marineros con otros del mismo jaez, pero más convincentes. Ellos se habían defendido aduciendo razones legales, y él las había rebatido con otras razones legales. Ahora tenía la superioridad moral y podía dar rienda suelta a su rabia.

—Podría presentar cargos contra cada uno de ustedes —gritó—. Y todos y cada uno de ustedes serían juzgados por un consejo de guerra y, sin duda, degradados o azotados. Otra mirada como ésa, señor Partridge, y le juro que lo haré. Oldroyd y Lewis, suelten esas ratas. Styles, vuelva a ponerse cataplasmas en la cara. Partridge, usted y estos hombres vuelvan a adujar la cadena del ancla correctamente antes de que el señor Waldron la vea. En el futuro les vigilaré a todos ustedes, y al primer indicio de mal comportamiento serán azotados en el enrejado. ¡Bien sabe Dios que hablo en serio!

Hornblower estaba sorprendido tanto por su locuacidad como por su aplomo. No sabía que fuera capaz de resolver un asunto tan fácilmente. Buscó en su mente la última frase con que poder retirarse con dignidad y la encontró cuando se había dado la vuelta para irse, así que tuvo que volverse de nuevo para decirla.

—Después de esto, durante las guardias de cuartillo quiero verles paseando por la cubierta, no escorados en el sollado como un puñado de franceses.

Ésa era la clase de frase que podía esperarse de un capitán viejo y pomposo, no de un joven guardiamarina, pero le sirvió para retirarse con dignidad. Apenas Hornblower comenzó a alejarse del grupo, oyó un ruido confuso de voces detrás de él. Subió a cubierta, sobre la cual se extendía el cielo nublado y oscurecido por las prematuras sombras de la noche, y se paseó de arriba abajo y de abajo arriba para mantenerse en calor mientras la *Indefatigable* navegaba contra el fuerte viento del oeste, que hacía que la proa se cubriera de agua y espuma, que desde las juntas

cayeran gotas de agua y que su casco crujiera quejumbroso. Era el final de un día como todos los que lo habían precedido y como los muchos que probablemente lo seguirían.

Los días pasaban monótonos, y con ellos llegó al fin un momento en que se rompió la monotonía. Un rosado amanecer el serviola dio un grito que hizo a todos volver la vista a barlovento, donde se veía una mancha sobre el horizonte, que indicaba la presencia de un barco. Los hombres de guardia corrieron a las brazas y la *Indefatigable* viró hasta que su quilla formó el ángulo más pequeño posible con la dirección del viento. El capitán Pellew subió enseguida a cubierta. Tenía un chaquetón encima de la camisa de dormir y en la cabeza no llevaba peluca, sino un ridículo gorro de dormir rosado. Dirigió su catalejo hacia el barco desconocido (ya una docena de catalejos estaban dirigidos en aquella dirección). Hornblower miró a través del reservado a los guardiamarinas de menos antigüedad y vio un rectángulo gris dividirse en tres, luego vio cómo las tres partes disminuían de tamaño primero y aumentaban después y, al final, volvían a formar un solo rectángulo otra vez.

—Va a cambiar de rumbo —dijo Pellew.

La *Indefatigable* amuró las velas hacia el otro lado. Los marineros de guardia subieron a la jarcia para soltar un rizo de las gavias y desde la cubierta los oficiales miraron hacia ella para determinar si el fuerte viento que silbaba entre los aparejos podría hacer desprenderse las velas o derribar los palos. La *Indefatigable* escoró tanto a sotavento que era difícil mantener el equilibrio en la empapada cubierta, y todos los que no tenían tareas urgentes que realizar se agruparon en el costado de barlovento, desde donde pudieron mirar hacia el barco.

—El palo trinquete y el mayor exactamente iguales —dijo el teniente Bolton a Hornblower, mirando por el catalejo—. Las velas son blancas como los dedos de una dama. No hay duda de que es un barco franchute.

Los barcos británicos, en efecto, tenían las velas de color oscuro por haber estado navegando durante largo tiempo en toda clase de condiciones climáticas; en cambio, los barcos franceses que violaban el bloqueo de los puertos tenían las velas inmaculadas porque no habían estado expuestos a los elementos, y eso permitía saber cuál era su nacionalidad sin necesidad de fijarse en otras características técnicas menos obvias.

—Nos acercamos a él por barlovento —dijo Hornblower.

Le dolía el ojo por tener apoyado el catalejo tanto tiempo contra él y estaba cansado de tener los brazos encogidos para sostenerlo, pero la persecución le producía tanta excitación que no podía relajarse.

—No tan rápidamente como yo quisiera —dijo Bolton.

—¡Marineros a la braza mayor! —gritó Pellew en ese momento.

Era muy importante orientar las velas para que la quilla formara el ángulo más

pequeño posible con la dirección del viento, pues aproximarla cien yardas más equivalía a adelantar una milla en la persecución. Pellew miró hacia las velas de la fragata, luego hacia la amplia estela y después hacia el barco francés mientras calculaba mentalmente la fuerza del viento y la presión que ejercía sobre las jarcias, y haciendo todo lo que la experiencia adquirida a lo largo de su vida podía indicarle para disminuir la distancia entre las dos embarcaciones. Pellew dio otra orden, y todos los marineros corrieron a sacar los cañones de la banda de barlovento. Esto contrarrestaba la escora de la *Indefatigable* y hacía que la fragata tuviera más estabilidad.

—¡Ya estamos muy cerca! —gritó Bolton con optimismo.

—¡Zafarrancho de combate! —gritó Pellew.

Los tripulantes estaban esperando esa orden. Los infantes de marina que tocaban los tambores tocaron un redoble que retumbó en toda la fragata; el contra maestre y sus ayudantes repitieron la orden y dieron fuertes pitidos; y los marineros corrieron ordenadamente a realizar sus tareas. Hornblower corrió hasta los obenques del palo mesana, y en el trayecto vio a media docena de marineros sonrientes, para quienes la lucha y la posibilidad de morir romperían la eterna monotonía del bloqueo. Cuando llegó a la cofa del palo de mesana, miró a su alrededor para ver lo que hacían sus hombres. Ya los marineros estaban destapando las llaves de los mosquetes y poniendo el cebo en su interior; Hornblower, satisfecho por la rapidez con que se preparaban para la batalla, dedicó su atención al cañón giratorio. Quitó la lona alquitranada de la recámara del cañón y el tapabocas de la boca y luego soltó las retrancas que lo sujetaban y comprobó que el pivote y los muñones se movían fácilmente. Dio un tirón a una driza y comprobó que la llave del cañón producía chispas sin dificultad y que, por tanto, no era necesario ponerle otro pedernal. Las bolsas con balas de mosquetes estaban en una chillare sujeta al pretil, y Finch subió a la cofa llevando al hombro una tira de lona que contenía las cargas del cañón. Finch metió una de las cargas por la boca del cañón y la atacó. Hornblower tenía preparada una bolsa con balas para ponerla encima de las cargas. Luego cogió una aguja de fogón y la metió por éste hasta que notó que la punta traspasaba la fina envoltura del cartucho. En la cofa era necesario tener una aguja de fogón y pedernal, pues no se debía tener una mecha de combustión lenta porque podría provocar un incendio que probablemente se extendería a las velas y aparejos, donde sería muy difícil de controlar. Sin embargo, los disparos del cañón giratorio y de los mosquetes desde las cofas era muy importante desde el punto de vista estratégico. Si los barcos luchaban penol a penol, los hombres de Hornblower podían hacer estragos en el alcázar del barco enemigo, donde se encontraban los que dirigían las operaciones en él.

—¡Basta, Finch! —gritó Hornblower, irritado.

Se había vuelto hacia Finch y le había visto mirando hacia la gavia mayor y le



molestó que el marinero siguiera pensando cosas extrañas en un momento de tensión.

—Perdone, señor —dijo Finch, y continuó su trabajo.

Pero un momento después Hornblower oyó a Finch hablando consigo mismo.

—El señor Bracegirdle está allí —susurró Finch—. Y Oldroyd y todos los demás están allí. Pero Él está allí también.

En ese momento llegó desde la cubierta el grito: «¡Todos a virar!».

La *Indefatigable* viró la proa y sus vergas crujieron cuando las brazas las hicieron girar hacia el lado opuesto. El barco francés había hecho el atrevido intento de disparar a la proa de la fragata mientras viraba, pero la rápida maniobra que Pellew ordenó hizo que fracasara. Ahora las dos embarcaciones estaban a tiro de cañón, tenían las baterías frente a frente y navegaban con el viento en popa.

—¡Miren eso! —gritó Douglas, uno de los hombres armados con mosquetes en la cofa—. ¡Veinte cañones en cada banda! Parece poderoso, ¿verdad?

Hornblower, que estaba detrás de Douglas, miró hacia la cubierta del barco francés. Ya los cañones estaban fuera, rodeados por las nutridas brigadas de artilleros, y los oficiales, con calzones blancos y chaquetas azules, iban de un lado para otro, y a medida que el barco avanzaba con viento en popa la proa hacía saltar a gran altura el agua y la espuma.

—Parecerá más poderoso todavía cuando entremos con él en el puerto de Plymouth —dijo el marinero que estaba más alejado de Hornblower.

La *Indefatigable* navegaba un poco más rápidamente que el barco. De vez en cuando el timonel viraba un poco el timón a estribor para aproximarla más al barco francés, para que sus cañones pudieran alcanzar al enemigo sin que este pudiera llegar a su proa. Hornblower estaba asombrado del silencio que había en ambas embarcaciones. Creía que los franceses solían abrir fuego cuando el enemigo estaba justamente al alcance de sus cañones y malgastaban en la primera andanada la carga puesta cuidadosamente en los cañones.

—¿Cuándo va a disparar? —preguntó Douglas, haciéndose eco de los pensamientos de Hornblower.

—Cuando le parezca oportuno —contestó Finch.

La franja de agua revuelta que separaba a las dos embarcaciones era cada vez más estrecha. Hornblower giró el cañón y miró por la mirilla. Podía apuntar al alcázar del barco francés con el cañón con bastante exactitud; sin embargo, el barco estaba demasiado lejos para poder alcanzarlo con una bolsa de balas de mosquete. En cualquier caso, no se atrevería a disparar sin recibir antes la orden de Pellew.

—¡Ahí están nuestros oponentes! —gritó Douglas, señalando la cofa del palo mesana del barco francés.

Por el uniforme azul y la bandolera de los hombres que había allí arriba, parecía que eran soldados. A menudo los franceses suplían con soldados la falta de expertos

marineros en sus tripulaciones, mientras que en la Armada británica nunca se mandaba a las cofas a los infantes de marina. Los soldados franceses, al ver ese gesto, agitaron el puño cerrado en el aire, y un joven oficial que había en el grupo desenfundó el sable y lo agitó en el aire por encima de su cabeza. Como las dos embarcaciones estaban paralelas, la cofa del mesana del barco francés sería el objetivo de Hornblower si decidía hacer cesar el fuego allí en vez de causar estragos en el alcázar. Miró con curiosidad a los hombres a los que debía matar. Estaba tan abstraído que le sorprendió oír un cañonazo, y antes de que mirara hacia abajo, ya habían disparado los restantes cañones de la batería francesa en diferentes momentos. Un instante después la *Indefatigable* disparó todos los cañones de la batería juntos, lo que la hizo dar un bandazo. El viento se llevaba el humo hacia la proa, así que no molestaba a los hombres que estaban en la cofa del palo de mesana. Hornblower pudo ver a algunos hombres caer muertos en la cubierta de la *Indefatigable* y también en la del barco francés. Todavía le parecía que estaba demasiado lejos como para que lo alcanzaran los disparos de los mosquetes.

—Nos están disparando, señor —dijo Herbert.

—Déjeles —contestó Hornblower.

Ningún tiro de mosquete disparado a aquella distancia desde el tope de un palo que se movía podía dar en el blanco. Eso era obvio, tan obvio que incluso Hornblower, que estaba sumamente excitado, se daba cuenta de ello, y su certeza se notaba en su tono de voz. Y era curioso ver que esa palabra dicha con voz tranquila había calmado a los marineros. Abajo los cañones no paraban de rugir, y los dos barcos se acercaban cada vez más.

—¡Abran fuego ahora! —gritó Hornblower—. ¡Finch!

Miró por encima del cañón. En la V que había encima de la boca del cañón pudo ver el timón del barco francés, y detrás a los dos timoneles, y al lado a dos oficiales. Tiró de la driza. Pasó una décima de segundo y entonces el cañón rugió. Antes de que el humo formara un remolino en torno a él, se dio cuenta de que la aguja del fogón había salido disparada y le había pasado cerca de la sien. Finch ya estaba limpiando el cañón. Las balas de mosquete debían de haberse dispersado mal, pues sólo habían derribado a un timonel, y ya alguien se dirigía a ocupar su lugar. En ese momento la cofa dio un bandazo. Hornblower lo sintió, pero se explicaba qué había ocurrido. Estaban pasando demasiadas cosas a la vez. Hornblower sintió vibrar las firmes tablas sobre las que estaba apoyado y pensó que posiblemente una bala había dado en el palo mesana. Finch estaba atacando la carga ahora. Algo golpeó la recámara del cañón y dejó una señal brillante en el metal; había sido una bala de mosquete procedente de la cofa del palo de mesana del barco francés. Hornblower trató de mantener la calma. Cogió otra aguja de fogón y la introdujo en el fogón del cañón. Tenía que introducirla hasta el final, pero debía hacerlo muy despacio, ya que una

aguja rota en el fogón causaría un grave problema. Notó que la punta de la aguja perforaba el cartucho. Entonces Finch colocó el taco encima de la bolsa de balas de mosquete. Cuando Hornblower apuntaba el cañón hacia abajo, una bala dio en el pretil justo a su lado, pero él no se inmutó. Era evidente que la cofa se movía mucho más de lo que lo haría normalmente a causa de la marejada. Pero eso no importaba. Tenía dirigido el cañón al alcázar del enemigo. Tiró de la driza. Vio caer a algunos hombres e incluso dar vueltas a las cabillas del timón cuando éste quedó desatendido. Fue entonces cuando los dos barcos, con gran estruendo, se juntaron y el mundo volvió a convertirse en un caos comparable al que había precedido al momento en que Dios puso su orden en él.

El mástil se estaba cayendo. La cofa osciló, describiendo un gran arco, y, por fortuna, Hornblower logró agarrarse fuertemente al cañón y evitar salir despedido como una piedra lanzada por una honda. Después dio media vuelta. El mástil se bamboleaba y tenía dos balas de cañón incrustadas y los obenques de un lado cortados. Entonces el mástil se inclinó hacia delante, empujado por el viento que hinchaba la gavia y los estayes de mesana dieron un tirón hacia estribor, debido al de los otros obenques, y después se rompieron los estayes de popa. El mástil cayó hacia delante y el mastelero chocó con la verga mayor; todo el conjunto quedó allí colgando antes de que las partes que lo formaban empezaran a separarse. La base del mástil se había partido, pero todavía se apoyaba en la cubierta; el mástil y el mastelero aún quedaban unidos por el tamborete, y la cruceta al mastelero, de manera que entre todos formaban un conjunto compacto, si bien no se sabía por qué el mastelero no se había desprendido del tamborete. Puesto que la base del mástil se sostenía precariamente sobre la cubierta y el mastelero descansaba sobre la verga mayor, Hornblower y Finch todavía tenían la posibilidad de salvarse, pero el movimiento de la fragata, una bala lanzada por el barco francés o la ruptura de cualquier parte del conjunto sometida a una excesiva presión harían imposible su salvación. Cabía la posibilidad de que el mástil se moviera hacia fuera, que el mastelero se partiera, que la base del mástil se deslizara por la cubierta, así que antes de que ocurriera todo eso, que parecía inminente, los dos tenían que hacer algo por salvarse como pudieran. El mastelero mayor y todo lo que había por encima de él también habían sufrido graves daños, de modo que el mastelero también había caído hacia delante y colgaba de él una espantosa maraña de velas, palos y cabos. La sobremesana se había soltado. Hornblower miró a Finch. Los dos estaban agarrados al cañón giratorio, y no había nadie más en la cofa, demasiado inclinada.

Los obenques de estribor del mastelero de sobremesana todavía se encontraban en buenas condiciones y, al igual que el mastelero, descansaban sobre la verga mayor, todos tensos como las cuerdas de un violín, pues la verga los tensaba del mismo modo que el puente de un violín tensa sus cuerdas. Sin embargo, esos obenques eran

el único medio de salvación: si subían por ellos podía dejar atrás la peligrosa cofa y llegar a un lugar bastante más seguro, la verga mayor.

El mástil se balanceaba y se movía en dirección al penol. Suponiendo que la verga mayor resistiera, el mastelero pronto caería al mar. Alrededor de ellos sólo se oían ruidos ensordecedores. Se oía cómo se destrozaban los palos, cómo se rompían los cabos, el rugido de los cañones y tantos gritos en la cubierta como marineros se encontraban allí, chillando todos desesperados.

La cofa dio otro peligroso bandazo. Dos de los obenques se partieron por la excesiva tensión, produciendo un estrépito que pudo oírse claramente entre los otros ruidos, y entonces el mástil dio una sacudida e hizo girar la cofa y con ella giraron el cañón y los dos desafortunados seres que estaban agarrados a él. Los azules ojos de Finch se movían a un lado y a otro mientras la cofa se movía. Más tarde Hornblower supo que la caída del mástil no había durado más que unos pocos segundos, pero en ese momento le pareció que aún tenía largos minutos para pensar. Al igual que Finch, miró a su alrededor y vio el medio de escapar.

—¡La verga mayor! —gritó.

En el rostro de Finch había aparecido su estúpida sonrisa. Aunque se agarraba al cañón giratorio movido por su instinto o por su experiencia, parecía que no tenía miedo ni quería avanzar hasta la verga para ponerse a salvo.

—¡Finch, tonto! —gritó Hornblower.

Con desesperada inquietud pasó la pierna por encima del cañón para sujetarse con ella y soltar una mano con la que hacer un gesto a Finch, pero no logró que el marinero se moviera.

—¡Salte! —gritó Hornblower—. ¡Los obenques! ¡La verga!

Finch sólo sonreía.

—¡Salte y trate de alcanzar la cofa del mayor! ¡Dios mío! —gritó. Tuvo una idea —: ¡La cofa del mayor! ¡Dios está allí, Finch! ¡Rápido, Finch, vaya a reunirse con Dios!

Estas palabras fueron las que penetraron en la confusa mente de Finch. Asintió con la cabeza con una expresión grave como si obedeciera a algo sobrenatural; soltó el cañón y saltó como una rana. Cayó en los obenques del mastelero y empezó a trepar por ellos. El mástil volvió a dar un bandazo, y cuando Hornblower saltó a los obenques tuvo que dar un salto más grande todavía. Sólo tocó con los hombros el último obenque, pero giró y se colgó de él. Casi llegó a quedar descolgado, pero, gracias a que el mástil dio un bandazo hacia el otro lado, volvió a agarrarse bien de nuevo. Entonces empezó a trepar por los obenques, dominado por el pánico. Allí estaba la preciada verga mayor. Hornblower se echó sobre ella y se agarró con el cuerpo, satisfecho de estar sobre algo firme, y empezó a buscar el marchapié. Tenía estabilidad y seguridad en la verga sólo mientras el balanceo de la *Indefatigable* no

diera el empujón final a los palos que se balanceaban y provocara que el mastelero de sobremesana se separara del palo mesana y ambos cayeran al mar con la maraña de aparejos. Se movía despacio por la verga, por donde Finch había pasado antes, y en la cofa del palo mayor fue recibido con gran alegría por el guardiamarina Bracegirdle. Bracegirdle no era Dios, pero cuando Hornblower pasó por encima del pretil de la cofa del palo mayor, pensó que si no hubiera dicho que Dios estaba allí, Finch no habría saltado.

—Creía que te perdíamos —dijo Bracegirdle mientras le ayudaba, y después le dio unas palmaditas en la espalda—. El guardiamarina Hornblower es un ángel alado.

Finch también se encontraba en la cofa, con su sonrisa estúpida, rodeado de los marineros que allí tenían su puesto. Todos estaban eufóricos. Hornblower recordó de pronto que estaban en el ojo del huracán de una infernal batalla, pero ya los disparos habían amainado y casi no se oían gritos desesperados. Se acercó hasta el borde de la cofa tambaleándose (era increíble que tuviera tantas dificultades para caminar) y miró hacia abajo. Bracegirdle le acompañó. Desde esa altura podía distinguir un grupo de figuras en el alcázar del barco francés. Las camisas de cuadros que tenían eran las que usaban los marineros británicos. Entonces vio en el alcázar a Eccles, el primer oficial de la *Indefatigable*, con una bocina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a Bracegirdle, desconcertado.

—¿Qué ha pasado? —repitió Bracegirdle, mirándole extrañado—. Abordamos el barco y lo capturamos. Eccles y un grupo de marineros lo abordaron en el momento en que las dos embarcaciones se tocaron. Pero, ¿no lo viste?

—No, no lo vi —respondió Hornblower, y se obligó a seguir bromeando—. Otros asuntos requerían mi atención en aquel momento.

Recordó cómo había oscilado y dado bandazos la cofa del palo mesana y sintió náuseas, pero no quería que Bracegirdle se diera cuenta de eso.

—Tengo que bajar a cubierta para dar parte —dijo.

El descenso por los obenques del palo mayor fue lento y difícil, ya que parecía que ni sus manos ni sus pies querían ponerse donde trataba de colocarlos. Se sentía inseguro incluso cuando llegó a cubierta. Bolton estaba en el alcázar, supervisando la retirada de los restos del palo mesana y sus aparejos. Miró con sorpresa a Hornblower cuando se le acercaba.

—Pensé que había caído al mar —dijo.

—Sí, señor.

—Estupendo. Creo que ha nacido usted para estar colgado, Hornblower.

Bolton se volvió hacia los marineros y gritó:

—¡Basta de perder el tiempo! ¡Clynes, baje al pescante central con esa estrellera! Tenga cuidado de que no se le caiga.

Siguió mirando unos momentos cómo trabajaban sus hombres y después se

volvió hacia Hornblower y le dijo:

—No tendremos ningún problema con los marineros durante un par de meses. Tendrán que hacer las reparaciones y les haremos trabajar hasta que caigan rendidos. Habrá menos tripulantes porque algunos se verán obligados a tripular la presa y ha habido algunas bajas. No desearán que ocurra un nuevo encuentro hasta dentro de mucho tiempo. Me imagino que usted tampoco, señor Hornblower.

## CAPÍTULO 6

### LAS RANAS<sup>[3]</sup> Y LAS LANGOSTAS<sup>[4]</sup>



—¡Ya vienen! —gritó el guardiamarina Kennedy. El guardiamarina Hornblower, a pesar de no tener un oído demasiado fino para distinguir los sonos musicales, percibió los estridentes acordes de una banda militar, y poco después el jefe de la columna, con uniforme escarlata, dorado y blanco, dobló la esquina. En los instrumentos de viento restallaba cegador el cálido sol del verano, y detrás de ellos la bandera reglamentaria ondeaba en su asta, sostenida con orgullo por un abanderado rodeado por los demás miembros de la guardia de la bandera. Dos oficiales a caballo iban detrás de la bandera, y tras ellos los soldados que componían la mitad de un batallón, formando una larga serpiente multicolor, con las bayo netas caladas brillando al sol. Y mientras tanto, los niños, nunca ahítos de la pompa militar, corrían a su lado.

Desde el muelle, los marineros contemplaban curiosos el desfile de los soldados y sentían por ellos una mezcla de lástima y desprecio. El hecho de llevar rígidos pantalones de dril y pesadas casacas, la férrea disciplina a que estaban sometidos, y su vida rutinaria, contrastaban con las costumbres y la vida de los marineros, mucho más libres y relajadas. Los marineros escucharon el floreo con que la banda finalizó sus marchas militares y después vieron a uno de los oficiales a caballo ponerse al frente de la columna. Entonces se oyó una orden, y todos los soldados se volvieron hacia el muelle, haciendo los movimientos tan bien sincronizados que los talones de quinientos pares de botas se juntaron produciendo un solo ¡tac! Un robusto sargento mayor, con brillante banda sobre el pecho y bastón con resplandeciente empuñadura de plata, alineó a los soldados, que ya formaban filas perfectas. Se oyó la tercera orden, y todos los soldados apoyaron la culata del mosquete en tierra.

—¡Quitar las bayonetas! —gritó el oficial desde su montura, y sus palabras fueron las primeras que Hornblower entendió.

El guardiamarina Hornblower miró con los ojos desmesuradamente abiertos la ejecución de las siguientes órdenes, por las cuales los gastadores dieron tres pasos adelante, todos al unísono, como marionetas movidas por las mismas cuerdas, volvieron la cabeza hacia el final de la fila, quitaron despacio las bayonetas, las envainaron y volvieron a apoyar los mosquetes a su lado. Después los gastadores retrocedieron hasta su puesto, exactamente al mismo tiempo, en opinión de Hornblower, pero, aparentemente, no lo habían hecho a la perfección, pues el sargento mayor mostró su descontento ordenando a los gastadores que se adelantaran

y retrocedieran de nuevo.

—Me gustaría verle en la jarcia una noche tormentosa —susurró Kennedy—. ¿Crees que podría soltar los tomadores de la gavia mayor?

—¡Langostas...! —exclamó el guardiamarina Bracegirdle.

Los soldados con casaca escarlata, integrantes de cinco compañías, formaban filas perfectas, y un sargento con una alabarda marcaba la separación entre las cinco. De un alabardero a otro, la altura de las cabezas de los hombres que formaban cada fila era inferior en el centro que en los extremos, pues los hombres habían sido colocados en la compañía de acuerdo con su altura: los más altos en los flancos y los más bajos en el centro. No movían ni un dedo ni pestañeaban siquiera. Cada uno llevaba colgada tras la espalda una coleta empolvada y rígida.

El oficial de a caballo avanzó hasta donde estaba esperando la brigada de marineros al mando del teniente Bolton, quien dio un paso adelante y se tocó el ala del sombrero con la mano.

—Mis hombres están listos para embarcar, señor —dijo el oficial del ejército—. Su equipaje llegará inmediatamente.

—Sí, mayor —contestó Bolton, en un tono que contrastaba con el título del oficial.

—Será mejor que me llame milord —corrigió el mayor.

—Sí, señor... milord —repitió Bolton, sin poder evitar su azoramiento.

Su Señoría, el duque de Edrington, el mayor al mando de aquella división del XLIII regimiento de Infantería, era un hombre corpulento que lucía sus esplendorosos veintitantos años. Tenía aspecto de soldado aguerrido con su espléndido uniforme, y montaba un magnífico alazán. No obstante, parecía demasiado joven para tener un cargo de responsabilidad como el que desempeñaba. Claro que la compra de cargos por aquel entonces hacía posible que hombres muy jóvenes ocuparan altos cargos, y este sistema parecía satisfacer al Ejército.

—Las tropas auxiliares francesas tienen orden de presentarse aquí —prosiguió lord Edrington—. Supongo que ya habrán hecho los preparativos para transportarlas también a ellas.

—Sí, milord.

—Tengo entendido que ninguno de esos pobres hombres sabe hablar inglés. ¿Tiene algún oficial que sea capaz de hacer de intérprete?

—Sí, señor. ¡Señor Hornblower!

—¡Señor!

—Usted se ocupará del embarque de las tropas francesas.

—Sí, señor.

Volvió a oírse música militar. Hornblower, por tener tan pésimo oído, sólo la diferenció de la que había interpretado la banda del regimiento de Infantería británico



en que sus sonos eran menos potentes. La banda precedía la llegada de las tropas francesas a un extremo del muelle por una calle secundaria. Hornblower corrió hasta allí. Era el Ejército del cristiano y católico monarca francés o, si se quiere, una parte de él, un batallón de las tropas reclutadas por los nobles franceses *émigrés* para luchar contra la Revolución. Al frente de la columna avanzaba un abanderado con bandera blanca y lirios dorados y un grupo de oficiales a caballo a quienes Hornblower saludó tocándose el sombrero. Uno de ellos respondió a su saludo.

—Marqués de Pouzauges, brigadier general del Ejército de Su Majestad el rey cristianísimo Luis XVII —dijo en francés el oficial, que llevaba un immaculado uniforme blanco con una banda azul. De ese modo hizo su presentación.

Hornblower, balbuceando palabras en francés, se presentó como un aspirante a miembro de la Armada de Su Majestad, el rey de Gran Bretaña, encargado del embarque de las tropas francesas.

—Muy bien —dijo Pouzauges—. Estamos preparados.

Hornblower miró a la columna francesa. Los soldados estaban en muy diversas posturas, mirando a su alrededor. Todos iban bien vestidos, con uniformes azules que a Hornblower le pareció que se los habría suministrado el Ejército británico, pero las blancas bandoleras estaban sucias y los adornos de metal y las armas carecían de brillo. Sin embargo, no había duda de que serían capaces de luchar.

—Esos son los transportes que han asignado a sus hombres, señor —dijo Hornblower, señalándolos con el índice—. En el *Sophia* irán trescientos, y en el *Dumbarton*, ése que está ahí, irán doscientos cincuenta. Aquí en el muelle se encuentran las barcasas que les llevarán hasta los barcos.

—Dé las órdenes pertinentes, *monsieur* de Moncoutant dijo Pouzauges a uno de los oficiales que estaba detrás de él.

Los carros, cargados con los baúles de los soldados, llegaron chirriando hasta la cabecera de la columna, y al punto ésta se convirtió en un bullicioso enjambre cuando los soldados corrieron a coger sus pertenencias. Pasó algún tiempo antes de que volvieran a agruparse en orden de formación, cada uno con su baúl, hasta que por fin escogieron entre ellos a un grupo para que cargara el equipaje de todo el batallón. Los que recibieron la orden de encargarse de esta tarea dejaron de mala gana sus baúles a cargo de sus compañeros, perdida, con toda seguridad, la esperanza de volver a ver sus pertenencias. Hornblower todavía estaba dando información.

—Todos los caballos tienen que ir en el *Sophia*, que puede llevar seis a bordo —dijo—. El equipaje del batallón...

Entonces se interrumpió, porque había visto un extraño aparato en uno de los carros.

—Dígame, por favor, ¿qué es eso? —preguntó, muerto de curiosidad.

—Eso, señor, es una guillotina.

—¿Una guillotina?

En las noticias que Hornblower había leído últimamente, había encontrado muchas referencias a esa máquina terrible. Los pérfidos revolucionarios habían colocado una en París y la hacían funcionar constantemente. El propio rey de Francia, Luis XVI, había muerto en ella. Hornblower no esperaba encontrar un arma como ésta entre el bagaje de un ejército contrarrevolucionario.

—Sí —respondió Pouzauges—. Nos la llevamos a Francia. Tengo la intención de darles a esos revolucionarios un poco de su propia medicina.

Afortunadamente, Hornblower no tuvo que responder, pues en ese momento un grito de Bolton interrumpió la conversación.

—¿Por qué demonios tarda tanto, señor Hornblower? ¿Quiere que perdamos la marea?

A Hornblower le parecía algo común de la Armada el ser reprendido por tardar tanto tiempo en disponerlo todo para el embarque de las tropas francesas, y ya estaba habituado a que le dijeran ese tipo de cosas y, además, había aprendido que era mejor escuchar en silencio la reprimenda que dar excusas. Sin más, volvió a dedicarse a la tarea de llevar a los franceses a bordo de los barcos transportadores de tropas. Terminada la misión, fue un guardiamarina agotado el que se presentó ante Bolton con las hojas de la lista de las tropas y la noticia de que ya habían subido a bordo todos los franceses, sus caballos y su equipaje. Inmediatamente recibió la orden de coger sus bártulos y trasladarse al *Sophia*, donde todavía necesitaban que hiciera de intérprete.

El convoy salió rápidamente del puerto de Plymouth, dobló Eddystone y puso proa a la salida del canal. Estaba compuesto por la *Indefatigable*, que tenía izado su distinguido estandarte, los cuatro transportes y los bergantines que habían sido encargados de prestarles ayuda y protegerlos. En opinión de Hornblower, ese conjunto de soldados era demasiado escaso para derrocar a la República Francesa. Sólo lo formaban mil cien soldados de infantería: medio batallón del XLIII regimiento y el débil batallón francés (si es que se les podía llamar así, ya que muchos de ellos eran soldados mercenarios procedentes de diversas naciones). Hornblower tenía suficiente sensatez para no juzgar a los franceses ahora que se encontraban echados en la oscura y maloliente entrecubierta casi agonizando a causa del mareo, le asombraba que alguien pudiera esperar alguna victoria con tan pocos soldados. Por los libros de historia sabía que en muchas guerras se habían enviado infinidad de expediciones con pocos soldados para atacar las costas francesas, y sabía que habían sido tildados por un estadista de un país enemigo de «abrir ventanas con guineas», en principio estuvo de acuerdo con tal apreciación, pues creía que minaba el poder de los franceses, pero ahora que formaba parte de una expedición de esa clase ya no lo estaba.

Así que sintió alivio cuando oyó a Pouzauges decir que la tropa que había visto era una pequeñísima parte de todas las que disponían. Pouzauges, pálido por el mareo, que valientemente trataba de vencer, extendió un mapa sobre la mesa de la cabina y le explicó el plan.

—Las tropas del Ejército Cristiano desembarcarán aquí, en Quiberon. Zarparon de Portsmouth un día antes de que nosotros saliéramos de Plymouth... Estos nombres ingleses son difíciles de pronunciar... Son cinco mil hombres al mando del barón de Charette. Marcharán sobre Vannes y Rennes.

—¿Y qué hará su batallón?

Pouzauges señaló y volvió a señalar un lugar en el mapa.

—Aquí está la ciudad de Muzillac, a veinte leguas de Quiberon —dijo—. Aquí se encuentra el camino real que viene del sur y cruza el río Marais por donde éste disminuye su caudal. El río no es grande, pero las riberas son pantanosas, y hay que atravesarlo por un puente o por un camino empedrado de cierta altura para poder seguir el camino real. Las tropas revolucionarias se hallan principalmente en el sur, y para avanzar hasta el norte deben pasar necesariamente por Muzillac. Para entonces tenemos que estar allí, destruir el puente y defender el cruce para retrasar a los rebeldes lo suficiente como para dar tiempo a que monsieur de Charette logre sublevar toda Bretaña. Suponiendo que reúna veinte mil hombres armados, los rebeldes volverán a rendirnos vasallaje, y entonces marcharemos sobre París para restaurar en el trono a Su Majestad el Rey cristianísimo.

Así que ése era el plan. Hornblower se contagió del entusiasmo de los franceses. El camino estaba a unas diez millas de la costa, y con unos cuantos soldados que desembarcaran en el fondo del estuario del Vilaine podría tomar Muzillac. Al menos durante uno o dos días no sería difícil impedir el paso al enemigo por un camino empedrado como el descrito por Pouzauges, incluso aunque contara con mayor número de soldados. Eso aumentaría las probabilidades de éxito de Charette.

—Mi amigo monsieur de Moncoutant, aquí presente, es el señor de Muzillac. Los habitantes de la ciudad le dispensarán una buena acogida.

—La mayoría de ellos —dijo Moncoutant, entornando sus ojos grises—. Otros no se alegrarán de verme, pero el encuentro será una gran satisfacción para mí.

En las regiones occidentales de Francia, en Vendée y Bretaña principalmente, se registraron disturbios desde hacía tiempo, y sus habitantes, bajo el liderazgo de la nobleza, se habían levantado en armas contra el gobierno de París más de una vez. Pero, ya se sabe, en todas las rebeliones, los grupos armados habían sido derrotados; las tropas monárquicas que ahora se dirigían a Francia custodiadas por los británicos estaban compuestas por los restos de esos grupos armados derrotados, que ahora iban a hacer la última intentona, una intentona a la desesperada. El plan, desde este punto de vista, no parecía excesivamente brillante.

Era una mañana gris, una mañana en que el cielo estaba gris, dejaban atrás grises islotes, cuando el convoy contorneó Belle Île y se dirigió al estuario del río Vilaine. A bastante distancia al norte, en la bahía de Quiberon, se divisaban muchas gavias, y Hornblower, desde el alcázar del *Sophia*, vio que la *Indefatigable* hacía señales para informar de su llegada al oficial que mandaba el grueso del cuerpo expedicionario, que se encontraba allí. Una prueba de la movilidad y la ubicuidad de las fuerzas navales era el hecho de que, aprovechando la configuración del litoral, podían lanzar dos ataques en dos lugares distintos de manera que los barcos se veían unos a otros a pesar de que esos lugares estaban separados por tierra, por un tramo de camino de cuarenta millas. Hornblower miró por el catalejo la costa prohibida de un lado a otro, volvió a leer las órdenes dirigidas al capitán del *Sophia* y miró hacia la costa de nuevo. Divisó la desembocadura del Marais y la franja pantanosa donde desembarcarían las tropas. Estaba el *Sophia* avanzando despacio hasta el lugar donde debía fondear, cuando la sonda cayó al agua desde el pescante de proa, ocasionando un fuerte balanceo del barco, debido a que ese lugar estaba resguardado del viento, pero confluían en él corrientes tan diversas que parecía Bedlam,<sup>[5]</sup> corrientes que podían formar una fuerte marejada incluso cuando el viento estaba en calma. Poco después la cadena del ancla salió por el escobén y el *Sophia* dio un bandazo en medio de una fuerte corriente, y enseguida los tripulantes engancharon las lanchas a los aparejos y las sacaron del barco.

—¡Oh, Francia, querida Francia! —exclamó Pouzauges, que estaba al lado de Hornblower.

En ese momento llegó el grito de una voz procedente de la *Indefatigable*.

—¡Señor Hornblower!

—¡Señor! —gritó Hornblower a través de la bocina del capitán.

—¡Baje a tierra con las tropas francesas y quédese con ellas hasta que reciba nuevas órdenes!

—¡Sí, señor!

Sería de esta forma como Hornblower pisaría suelo extranjero por primera vez en su vida.

Los hombres de Pouzauges estaban saliendo a cubierta. Luego les hicieron bajar por el costado del barco hasta las lanchas que les aguardaban, lo cual fue un proceso lento y desesperante. Hornblower se preguntaba qué estaría ocurriendo en tierra en ese momento. No había duda de que muchos mensajeros cabalgaban a uña de caballo de norte a sur por todo el país para comunicar la noticia de la llegada de la expedición, así que seguramente muy pronto los generales del Ejército Revolucionario reunirían a sus hombres y rápidamente se dirigirían con ellos a este lugar. Era estupendo que el punto estratégicamente escogido y que había que tomar estuviera a menos de diez millas de distancia de la costa. Así que, sin más, volvió a

ocuparse de las tareas que se le habían encomendado. Tan pronto como los hombres terminaran de bajar a tierra se ocuparía del desembarco del bagaje, vituallas y las municiones de reserva, así como de los caballos, que ahora se encontraban en improvisados establos delante del palo mayor.

Las primeras lanchas acababan de alejarse del costado del barco. Poco después, Hornblower vio a los soldados caminar tambaleándose por la costa, entre el cieno y el agua. A la izquierda estaban los soldados franceses, a la derecha, los soldados de infantería británicos, con sus casacas rojas. En la playa se asentaban algunas casas de pescadores, y Hornblower vio que los hombres de las avanzadillas se acercaban para apropiarse de ellas. Al menos habían podido desembarcar sin disparar ni un solo tiro. Hornblower bajó a tierra con las municiones, y al llegar tuvo conocimiento de que el encargado de las operaciones en la playa era Bolton.

—Lleve esas cajas de municiones más allá de la marca de la marea alta —dijo Bolton—. No podremos llevarlas más lejos hasta que las Langostas hayan encontrado carros para transportarlas. También necesitamos caballos para arrastrar esos cañones.

En aquel momento, en la cabeza de puente establecida en un extremo de la playa, los marineros al mando de Bolton montaban dos cañones de seis libras en sus correspondientes cureñas. Los cañones tenían que ser manejados por los marineros, pero eran los soldados quienes los transportaban en carros y caballos requisados, pues, de acuerdo con la tradición, cuando un cuerpo expedicionario británico desembarcaba, debía conseguir en las aldeas todo lo que necesitaba para sus actividades militares. Pouzauges y sus oficiales esperaban impacientes sus caballos, así que montaron en ellos en cuanto lograron hacerlos salir de las lanchas y bajar a la playa.

—¡Por Francia! —gritó Pouzauges, sacando el sable y poniéndose la empuñadura sobre los labios.

Moncoutant y los demás se adelantaron a galope tendido para ponerse al frente de la columna de infantería, que ya estaba avanzando, pero Pouzauges se quedó donde estaba para hablar con lord Edrington. Los soldados británicos formaban una línea escarlata en la dorada playa; en el interior de la campiña se veían ocasionalmente puntos rojos, que indicaban dónde estaban los soldados de los piquetes que formaban la avanzadilla. Hornblower no podía oír la conversación, pero notó que Bolton había empezado a hablar con ellos, y luego Bolton le llamó.

—Debe ir delante con las Ranas, Hornblower —dijo.

—Le daré un caballo —terció Edrington—. Coja este caballo ruano. Necesito que las acompañe alguien de confianza. Vigíelas e infórmeme en cuanto hagan alguna travesura. Sólo Dios sabe de lo que serán capaces de hacer en el futuro.

—Ya traen el resto de sus pertrechos —dijo Bolton—. Se los mandaré en cuanto me haya enviado algunos carros para transportarlos. ¿Qué demonios es eso?

—Es una guillotina portátil, señor —respondió Hornblower—. Forma parte del equipaje de los franceses.

Los tres se volvieron hacia Pouzauges, que aún estaba montado en su caballo, impaciente por terminar esta conversación que él no entendía, aunque bien se imaginaba cuál era el tema.

—Eso es lo primero que hay que mandar a Muzillac —dijo a Hornblower—. ¿Tendría la amabilidad de decírselo a estos caballeros?

Hornblower tradujo sus palabras.

—Mandaré los cañones y un carro de municiones primero —anunció Bolton—. Yo mismo me ocuparé de que los reciba pronto. Ahora pueden irse.

Hornblower se acercó al caballo ruano con paso vacilante. A pesar de haber montado a caballo solamente en algún que otro corral, metió el pie en el estribo y subió a la silla, luego, cuando el caballo echó a andar, se agarró nervioso a las riendas porque le parecía que estaba tan lejos del suelo como si estuviera encaramado en la verga juanete. Pouzauges tiró de las riendas de su caballo y empezó a cruzar la playa, el caballo ruano le siguió. Sobre Hornblower, que seguía fuertemente agarrado, caían porciones de cieno que el caballo del oficial francés hacía saltar por el aire con sus patas traseras.

Un camino embarrado con los bordes cubiertos de hierba corta y espesa iba de la aldea de pescadores al interior de la región. Pouzauges trotaba por el camino y Hornblower iba dando tumbos detrás de él. Después de recorrer tres o cuatro millas alcanzaron la retaguardia del batallón de infantería francés, que marchaba con paso marcial a pesar del barro. En estas circunstancias Pouzauges tiró de las riendas y el brioso alazán empezó a andar más despacio. Cuando la columna subió una suave colina, pudieron ver ante ellos, a gran distancia, la bandera blanca. Más allá, en campo abierto, Hornblower vio algunos terrenos rocosos y, a lo lejos, por el lado izquierdo, una casita de campo de piedra gris y a un soldado con uniforme azul que se alejaba de allí en un carro tirado por un caballo blanco, mientras otros dos o tres sujetaban a una campesina enfurecida. De esa forma el cuerpo expedicionario consiguió algunos de los medios de transporte que necesitaba. En otro campo un soldado pinchaba a una vaca con su bayoneta, pero ignoraba por qué razón lo hacía. En dos ocasiones oyó tiros de mosquete, a los que nadie pareció hacer caso. También se cruzaron con dos soldados que llevaban algunos pencos a la playa; los soldados sonrieron al oír las bromas que les hicieron los soldados de la columna. Más adelante, sin que hubiera pasado mucho tiempo, en medio de un campo, Hornblower vio un arado solitario y un bulto parduzco al lado. El bulto era un hombre muerto.

A la derecha estaba el pantanoso valle que el río atravesaba, y que poco tiempo después Hornblower cruzaría, y también pudo ver el camino empedrado y el puente que debían tomar. El camino que seguían pasaba bordeando la ciudad, entre unas

casuchas grises, y luego confluía con el camino real, a cuyos lados se extendía la ciudad. A un lado se encontraba una iglesia de piedra y una edificación que, a juzgar por su aspecto, era una posada con una posta, y alrededor de ella hormigueaban los soldados. Un poco más adelante, donde el camino real se ensanchaba, aparecía un espacio rodeado de árboles, que Hornblower creyó que probablemente sería la plaza mayor de la ciudad. Todas las casas estaban cerradas, aunque algunos rostros se asomaban a las ventanas superiores, y los únicos habitantes que vieron fueron dos mujeres que cerraban a toda prisa sus tiendas. Pouzauges detuvo el caballo en la plaza y comenzó a dar órdenes. Sin pérdida de tiempo un grupo de soldados sacaba los caballos de la posta y otros iban de acá para allá apresuradamente al parecer, para realizar tareas urgentes. Cumpliendo una orden de Pouzauges, un oficial reunió a sus hombres, después de gritar y gesticular mucho, y se dirigió al puente con ellos. Otro de estos grupos avanzó en dirección contraria por el camino real para evitar un ataque sorpresa por ese lado, pero no pocos de los cansados soldados que se encontraban en la plaza se habían sentado con las piernas cruzadas y comían el pan que habían sacado de una de las tahonas después de forzar la puerta. En dos o tres ocasiones, Hornblower vio cómo los soldados arrastraban a algunos habitantes hasta donde estaba Pouzauges y luego, siguiendo sus órdenes, les llevaban rápidamente a la prisión de la ciudad. Muzillac había sido conquistada.

Aparentemente. O eso era lo que Pouzauges pensaba después de un periodo de tiempo no muy largo, pues, volviendo la vista hacia Hornblower y tirando de las riendas de su caballo, se dirigió al camino empedrado. La ciudad terminaba antes de que el camino real llegara a los pantanos, y en un yermo que había a un lado del camino, los grupos de soldados que se habían enviado para apostarse en aquella parte encendieron una hoguera y se calentaban en torno al fuego y asaban en las brasas pedazos de carne de vaca enganchados en la punta de sus bayonetas. Cerca de la hoguera estaba la vaca muerta a medio desollar. Un poco más adelante, donde el camino daba paso al puente sobre el río Marais, había un centinela sentado al sol con el mosquete detrás de él, apoyado en el parapeto del puente. Todo estaba bastante tranquilo. Pouzauges avanzó hasta coronar el puente, acompañado de Hornblower y miró hacia los campos del otro lado. No había indicios de que el ejército enemigo estuviera cerca. Bajaron. Abajo les esperaba un oficial inglés a caballo. Vestía casaca roja: lord Edrington.

—He venido a ver las cosas por mí mismo —dijo—. Me parece que la posición está bastante segura. Cuando tengan los cañones colocados, podrán retener el puente hasta que sea posible volar el arco. No obstante, media milla más abajo hay un vado, y voy a apostarme allí. Si perdemos el vado, ellos pueden llegar a controlar la posición y aislarnos de la costa. Dígaselo a este caballero... ¿Cómo se llama?... Lo que he dicho, dígaselo.

Hornblower tradujo su mensaje lo mejor que pudo y siguió haciendo de intérprete mientras los dos jefes señalaban a un lado y a otro y determinaban sus respectivos cometidos.

—Todo arreglado. Ya está todo arreglado —dijo Edrington al fin—. No se olvide de informarme de cuanto ocurra.

Les hizo un saludo con la cabeza y se alejó a galope tendido. En cuanto se hubo ido, se acercó a ellos un carro que venía de Muzillac, detrás del cual se oía un ruido metálico que anunciaba la llegada de los cañones de seis libras, cada uno arrastrado por un par de caballos guiados por varios marineros. Sentado en la parte delantera del carro se encontraba el guardiamarina Bracegirdle, que saludó a Hornblower con una amplia sonrisa.

—Del alcázar a un carro para acarrear estiércol no hay más que un paso —dijo, bajando de un salto—. Lo mismo que de guardiamarina a capitán de artillería.

Miró al camino empedrado y luego a su alrededor.

—Coloca los cañones allí, porque así podrán cubrir toda la posición —sugirió Hornblower.

—Exactamente —dijo Bracegirdle.

Después dio algunas órdenes, y los cañones fueron sacados del camino y colocados en el camino empedrado. Finalmente fue descargado el carro. Los marineros, trabajando con ahínco porque les estimulaba el inusual medio que les rodeaba, colocaron los cartuchos de pólvora sobre un pedazo de lona alquitranada extendido sobre la tierra y lo cubrieron con otro y luego apilaron las balas y las bolsas de metralla junto a los cañones.

—La pobreza nos trae extraños amigos, y la guerra, extrañas tareas —dijo Bracegirdle—. ¿Has volado un puente alguna vez, Hornblower?

—Nunca —respondió el guardiamarina.

—Yo tampoco. Ven, vamos a volarlo juntos. ¿Quieres subir a mi carro?

Hornblower subió al carro con Bracegirdle, y dos marineros llevaron el caballo ruano de Hornblower desde el camino empedrado hasta el puente. Al llegar allí se detuvieron y miraron hacia abajo, hacia las turbias aguas que se movían con gran rapidez, y luego se inclinaron sobre el parapeto y estiraron el cuello para ver el sólido puente de piedra.

—Lo que tenemos que volar es la clave del arco —dijo Bracegirdle.

Sin duda, ése era el procedimiento que siempre se empleaba para destruir un puente, pero Hornblower miró a Bracegirdle y luego volvió a mirar al puente pensando que no era fácil hacerlo. La pólvora hace presión hacia arriba cuando explota, y, además, tiene que estar en contacto con la superficie. Hornblower se preguntaba cómo se podría colocar bajo el arco del puente.

—¿Qué te parece si la colocamos en el machón? —sugirió.



—Podemos mirar a ver si se puede —dijo Bracegirdle, y se volvió hacia el marinero que estaba junto al carro—. Hannay, trae un cabo.

Amarraron el cabo al parapeto y se deslizaron por él hasta una resbaladiza cornisa que bordeaba la base del machón, donde apenas había espacio para apoyar los pies y desde la cual se oía el fluir de las aguas.

—Parece que ésta es la solución —aseguró Bracegirdle, agachándose bajo el arco casi hasta reducir su altura a la mitad.

El tiempo pasaba velozmente mientras hacían los preparativos para la voladura. Hubo que traer a un grupo de hombres de la guardia del puente para hacer el trabajo; luego buscaron picos y palancas y otros objetos que pudieran usarse como tales; hubo que quitar algunas de las grandes piedras del machón que estaban cerca del arranque del arco y después bajaron con cuidado dos barriletes de pólvora y los metieron en los huecos que habían dejado las piedras; introdujeron una mecha de combustión lenta en el orificio donde iba el tapón y dejaron el otro extremo colgando en el exterior. A continuación taparon los huecos donde estaban los barriletes con toda la tierra y las piedras que cabían en ellos. Había oscurecido bajo el arco cuando terminaron, y los hombres que habían hecho el trabajo subieron por el cabo hasta el puente con gran esfuerzo. Bracegirdle y Hornblower se miraron al quedarse solos.

—Yo encenderé las mechas —dijo Bracegirdle—. Suba usted ahora, señor.

No había motivo para discutir, pues era Bracegirdle el encargado de destruir el puente. Hornblower empezó a subir por el cabo y mientras tanto Bracegirdle se sacaba el yesquero del bolsillo. Al llegar al puente, Hornblower ordenó que retiraran el carro y él se quedó allí esperando. Apenas habían pasado unos minutos cuando vio a Bracegirdle subir desesperadamente por el cabo y saltar por encima del parapeto.

—¡Corre! —fue lo único que dijo.

Los dos bajaron el puente a toda prisa y se detuvieron jadeando al llegar al terraplén y se agacharon detrás del contrafuerte. Entonces oyeron una explosión de poca intensidad, sintieron la tierra temblar bajo sus pies y sólo alcanzaron a ver una nube de humo.

—Vamos a ver —dijo Bracegirdle.

Volvieron sobre sus pasos cuando el puente todavía estaba envuelto en humo y polvo.

—Sólo parcialmente... —comenzó diciendo Bracegirdle cuando ya estaban cerca del lugar del suceso y el polvo se había dispersado.

En ese mismo momento hubo otra explosión que les hizo tambalearse. Un trozo de la calzada del puente chocó contra el parapeto cerca de donde se encontraban y explotó como una bomba; muchos de sus cascotes cayeron sobre ellos. A partir de ese momento todo fue un ruido como de truenos, y el arco cayó al río con estrépito.

—Lo más probable es que explotara el segundo barrilete —dijo Bracegirdle,

limpiándose la cara—. Deberíamos haber tenido en cuenta que quizá las mechas tenían diferente longitud. Dos prometedoras carreras habrían quedado truncadas si hubiéramos estado más cerca.

—De todos modos, el puente está destruido —dijo Hornblower.

—Bien está lo que está bien —sentenció Bracegirdle.

Setenta libras de pólvora habían realizado su función. El puente estaba cortado, y en el centro había ahora una buena brecha y al otro lado un pedazo de la calzada que sobresalía del machón estaba suspendida en el aire dentro de la brecha, dando testimonio de la dureza de la argamasa. Miraron hacia abajo por el boquete y vieron que las piedras casi habían cortado el río.

—No necesitaremos más que unos cuantos hombres de guardia —aseguró Bracegirdle.

Hornblower miró hacia donde estaba atado el caballo ruano. Tuvo la tentación de regresar a Muzillac andando y tirando de las bridas del caballo, pero la vergüenza prevaleció sobre esta sensata preferencia, así que con no pocos esfuerzos y trabajos subió a la silla y se dirigió hasta el camino. A lo lejos el cielo enrojecía porque se aproximaba el ocaso.

Entró en la calle mayor de la ciudad y dobló en la esquina de la plaza mayor. Allí vio algo que le hizo tensar fuertemente las riendas en contra de su voluntad y detener el caballo. La plaza estaba llena de gente, de habitantes de la ciudad, de soldados y, en el centro, había un gran rectángulo que parecía tocar el cielo, tenía una reluciente cuchilla en la parte superior. La cuchilla cayó con estrépito, y el pequeño grupo de hombres que rodeaban la base del rectángulo arrastró no sé qué a un lado y lo añadió al montón que ya había allí. La guillotina portátil estaba funcionando.

Hornblower se quedó horrorizado. Le entraron náuseas. Eso era peor que ver azotar a los marineros en el enrejado. Estaba a punto de hacer andar a su caballo cuando oyó un extraño sonsonete. Un hombre cantaba con voz potente y clara, y una procesión salió de un edificio que daba a la plaza. Al frente de ella iba un hombre corpulento de pelo rizado y negro con camisa blanca y calzones negros. A ambos lados y detrás de él caminaba un grupo de soldados. Era ese hombre el que cantaba. Hornblower no había oído jamás la melodía, pero sí conocía la letra, que podía escuchar claramente. Eran los versos del himno revolucionario francés, cuyos ecos habían llegado incluso al otro lado del canal de la Mancha.

—*¡Oh, patria querida, patria sagrada...!* —cantaba el hombre de la camisa blanca.

Los habitantes de la ciudad presentes en la plaza, al oír la música, se pusieron de rodillas murmurando no sé qué, bajaron la cabeza y cruzaron los brazos sobre el pecho.

Los verdugos estaban subiendo de nuevo la cuchilla, y el hombre de la camisa

blanca siguió su ascenso con la vista mientras continuaba cantando con voz temblorosa. La cuchilla llegó arriba. Se hizo un silencio sepulcral, callaron los cantos cuando los verdugos cogieron al hombre de la camisa blanca y lo llevaron a la guillotina. Y la cuchilla volvió a caer con estrépito.

Aparentemente, esa era la última ejecución, ya que los soldados empezaron a empujar a los lugareños para que volvieran a sus casas. Hornblower espoleó a su caballo a través de la multitud que se dispersaba. Estuvo a punto de caer de la silla porque el animal, al percibir el olor de los cuerpos amontonados junto a la guillotina, cambió de dirección de repente, resoplando con furia. En uno de los lados de la plaza había una casa con balcón. Hornblower alzó la vista y tuvo tiempo de ver en él a Pouzauges vestido con su uniforme blanco y una banda azul, apoyado en la barandilla rodeado de sus oficiales. Vigilaban la puerta de la casa dos centinelas, a los que Hornblower entregó el caballo antes de entrar. Justamente en ese momento Pouzauges bajaba la escalera.

—Buenas tardes, señor —dijo Pouzauges cortésmente—. Me alegro de que haya conseguido llegar al cuartel general y confío en que no haya tenido problemas en el camino. Ahora vamos a cenar, y nos gustaría disfrutar de su compañía. Ha venido a caballo, ¿verdad? Estoy seguro de que monsieur de Villers, aquí presente, dará órdenes para que lo atiendan.

Todo eso era difícil de creer. Era difícil de creer que tan distinguido caballero hubiera ordenado la matanza que acababa de terminar; era difícil de creer que esos jóvenes elegantes con quienes estaba comiendo arriesgaran su vida para derrocar a una joven república bárbara, pero fuerte. Y esa noche, cuando Hornblower se metió en una cama con dosel, pensó que era difícil de creer que él, el guardiamarina Horatio Hornblower, corriera un grave peligro.

En la calle, las mujeres llenaban el aire de lloros y gemidos al ver que los cuerpos sin cabeza, fruto de las ejecuciones, eran sacados de la plaza. El guardiamarina pensó que no podría dormir, pero la juventud y la fatiga se impusieron, y durmió toda la noche, aunque se despertó con la idea de que acababa de tener una pesadilla. Todo le parecía extraño en la oscuridad, pasaron unos momentos antes de que se percatara de los motivos de su extrañeza. Estaba durmiendo en una cama, no en un coy; la cama era firme como una roca, no se movía por el balanceo de un barco. El aire de la habitación estaba viciado, pero olía a cortinas, a cama; mientras que en el aire viciado de la camareta de guardiamarinas había una mezcla de rancio olor a humanidad y rancio olor a agua de sentina. Estaba en tierra, en una casa, en una cama; a su alrededor reinaba un silencio absoluto, lo que resultaba extraño a un hombre acostumbrado a estar en la mar oyendo los crujidos de un barco de madera.

Indudablemente, se encontraba en una casa en la ciudad de Muzillac, en la región de Bretaña. Estaba durmiendo en el cuartel general del brigadier general de las tropas

francesas que participaban en esta expedición, el marqués de Pouzauges, y esta expedición, a su vez, formaba parte de un gran conjunto de fuerzas que habían invadido la Francia revolucionaria para conseguir el triunfo de la causa monárquica. Notó que su pulso se aceleraba y se sintió inseguro al pensar que estaba en Francia, a diez millas de la costa y de la *Indefatigable*, y que sólo un indisciplinado grupo de soldados franceses (en verdad, la mitad eran mercenarios, así que eran franceses sólo nominalmente) le protegía contra la muerte y el encarcelamiento. En ese momento lamentó hablar francés, pues no estaría allí si no fuera porque lo hablaba, y tal vez la suerte le habría acompañado y ahora estaría con los soldados del XLIII regimiento de Infantería británico vigilando el vado a una milla de distancia.

En parte fue el recuerdo de las tropas británicas lo que le hizo salir de la cama, y en parte porque tenía el deber de cuidar que se mantuviera el enlace con ellas, y la situación podía haber cambiado mientras dormía. La cosa es que recorrió las cortinas de la cama y saltó al suelo. Cuando sus piernas sintieron todo el peso del cuerpo, protestaron enérgicamente, principalmente, por el hecho de haber cabalgado tanto el día anterior. Por eso le dolían todos los músculos del cuerpo y todas las articulaciones, y apenas podía caminar. En la oscuridad se acercó a la ventana cojeando, recorrió el pestillo de los postigos y los abrió. La luna iluminaba la calle vacía; debajo de él pudo ver el tricornio del centinela apostado fuera y su bayoneta, que reflejaba la luz de la luna.

Se apartó de la ventana y buscó su casaca y sus zapatos. Se los puso. Y luego con el sable al cinto bajó la escalera tan silenciosamente como pudo. En la habitación situada junto al vestíbulo, una vela de sebo se derretía sobre la mesa, y junto a ella estaba un sargento francés adormilado con la cabeza apoyada en los brazos, que levantó la cabeza cuando Hornblower se detuvo en la puerta un instante. Apoyados contra la pared descansaban los mosquetes de los miembros del cuerpo de guardia que no estaban de servicio, tumbados en el suelo, apelotonados como cerdos en una pocilga, y dando estentóreos ronquidos.

Hornblower hizo una inclinación de cabeza al sargento, abrió la puerta de entrada y salió a la calle. Enseguida sus pulmones se ensancharon al respirar el aire puro de la noche, de la mañana ya, porque por oriente se veía un tenue resplandor en el cielo. El centinela, al darse cuenta de que era el oficial de marina británico, se puso torpemente en posición de firme. En la plaza todavía dominaba la lúgubre armazón de la guillotina, que casi llegaba al cielo iluminado por la luna, rodeada del negro charco de sangre de sus víctimas. Hornblower se preguntaba quiénes serían y qué habrían hecho para que los monárquicos les hubieran apresado y les hubieran matado con tanta rapidez, y dedujo que serían servidores del Gobierno revolucionario, seguramente el alcalde, el jefe de la aduana y otros, aunque también era posible que fueran simplemente personas a quienes los *émigrés* guardaban rencor desde los días

de la Revolución. Pensó que el mundo que le rodeaba era salvaje y despiadado, y en ese momento se sintió solo y triste.

Dejó de pensar en estas cosas cuando el sargento de guardia salió de la casa con una fila de soldados. El centinela de la puerta fue relevado, y los demás fueron a relevar a otros centinelas que rodeaban la casa. Hornblower vio a un sargento y a cuatro soldados con tambores salir de una casa al otro lado de la calle. Los soldados formaron en fila, sosteniendo los palillos de los tambores en el aire delante de sus caras, y cuando el sargento dio una orden, los ocho palillos bajaron a la vez con estrépito y los soldados avanzaron lentamente por la calle marcando el paso tocando los tambores a un ritmo endiabladamente rápido. Al llegar a la primera esquina se detuvieron, tocaron con amenazadores redobles, y luego siguieron marchando y volvieron a tocar al mismo ritmo de antes. Estaban haciendo una llamada a las armas, ordenaban a los hombres que dejaran sus hogares y fueran a cumplir con su deber. A pesar de que Hornblower no tenía un oído muy fino que digamos para distinguir los sonos musicales, distinguía perfectamente el ritmo, y por eso le pareció que era música, auténtica música. Ya no se sentía triste cuando se volvió para regresar al cuartel general. El sargento de guardia regresó con los soldados que habían sido relevados, y los primeros soldados que se habían despertado salieron soñolientos a la calle. Entonces se oyó un ruido de cascos y vio a un mensajero montado a caballo acercarse al cuartel general. Se estaba haciendo de día.

Un joven oficial francés leyó la nota que había traído el mensajero y se la entregó a Hornblower cortésmente. El guardiamarina se rompía la cabeza para entenderlo, pues no estaba acostumbrado a leer textos en francés y manuscritos, pero finalmente supo cuál era su contenido. No decía nada nuevo, sólo que el grueso del cuerpo expedicionario, desembarcado el día anterior en Quiberon, avanzaría esa misma mañana hasta Vannes y Rennes, mientras que las tropas auxiliares con las que se encontraba Hornblower, debían mantener su posición en Muzillac para cubrir ese flanco. En ese momento apareció el marqués de Pouzauges, con su immaculado uniforme blanco y su banda azul, y leyó la nota sin hacer ningún comentario, luego se volvió hacia Hornblower y le invitó amablemente a desayunar.

Entraron en la gran cocina, en cuyas paredes colgaban relucientes cazuelas de cobre, y una mujer silenciosa les llevó café y pan. La mujer podía ser una patriota y todo lo que se quisiera, hasta una entusiasta contrarrevolucionaria, pero no lo aparentaba. Naturalmente, sus sentimientos podrían haber cambiado porque esa horda de soldados había invadido su casa, se comía su comida y dormía en su casa sin pagar. Tal vez algunos de los caballos y los carros requisados por el ejército fueran suyos; tal vez algunos de los hombres que habían muerto en la guillotina fueran deudos suyos. La mujer llevó café, y los oficiales, que esperaban de pie en la gran cocina entre el tintineo de sus espuelas, empezaron a desayunar. Hornblower cogió

una taza y un pedazo de pan (desde hacía cuatro meses la única clase de pan que comía era galleta), tomó un sorbo de café, que no estaba seguro de que le gustara porque sólo lo había tomado dos o tres veces en su vida. Pero la segunda vez que se llevó la taza a los labios no pudo tomar un sorbo siquiera, no le dio tiempo porque antes de probarlo, un distante cañonazo le hizo bajar la taza y quedarse como paralizado. Se oyó otro cañonazo, y otro más, y luego se oyó un estampido más fuerte y más cercano, un disparo de uno de los cañones de seis libras que tenía a su cargo el guardiamarina Bracegirdle en el camino empedrado.

Inmediatamente hubo un revuelo en la cocina. Un oficial derramó una taza, y un chorro negro se deslizó por la mesa formando remolinos. Otro perdió el equilibrio porque se le engancharon las espuelas y cayó en brazos del más cercano. Parecía que todos hablaban a la vez. Hornblower estaba tan excitado como los demás. Tenía ganas de salir corriendo para averiguar lo que pasaba, pero en ese momento recordó que en la *Indefatigable* todos mantenían la calma y observaban la disciplina cuando iban a entrar en combate. Él no era de la misma raza que los franceses, y para probarlo se llevó la taza a los labios y bebió con calma. La mayoría de los oficiales ya había salido de la cocina y pedía a gritos sus caballos. Sin duda se tardaría mucho tiempo en ensillarlos. La mirada de Hornblower se cruzó con la de Pouzauges, que caminaba de un lado a otro de la cocina, pero el guardiamarina terminó de beberse el café. Estaba demasiado caliente para ser reconfortante, pero le parecía que era bueno. Quedaba pan, y se obligó a masticarlo y tragarlo a pesar de que no tenía apetito. No sabía cuándo iba a volver a comer, probablemente pasaría todo el día en el campo de batalla, así que se metió media barra de pan en el bolsillo como pudo y salió.

Trajeron los caballos al patio para ensillarlos. La excitación general les había afectado también a ellos, se encabritaban, piafaban, se movían inquietos entre las blasfemias de los oficiales. Pouzauges montó de un salto en la silla de su caballo y se alejó cabalgando a todo escapar seguido de sus hombres excepto de uno, el que sujetaba el caballo ruano de Hornblower. Hornblower pensó que eso era lo mejor que podía haber pasado, pues sabía que no se mantendría en la silla ni medio minuto si a su caballo se le ocurría corcovear o retroceder. Se acercó despacio al animal, que estaba más tranquilo ahora que el mozo de cuadra le acariciaba, y subió a la silla con lentitud y cautela infinitas. Con un tirón movió el bocado del freno y moderó el brío del caballo, circunstancia que aprovechó para cabalgar despacio, salir a la calle y avanzar hacia el puente siguiendo la estela de los soldados que se dirigían allí al galope. Pensó que era mejor cabalgar despacio y tener la seguridad de llegar que galopar y caerse. Todavía los cañones estaban disparando, y pudo ver algunas volutas de humo salir de los cañones de seis libras a cargo de Bracegirdle. A su izquierda el sol asomaba en el cielo despejado.

La situación en el puente era clarísima. A cada lado del boquete abierto donde se

había volado el arco se encontraban unos pocos soldados disparando contra los que estaban en el lado opuesto, y en el extremo más lejano del camino empedrado que atravesaba el Marais, una nube de humo se elevaba indicando la presencia de una batería enemiga que disparaba a largos intervalos desde una considerable distancia. Bracegirdle, de pie entre los cañones que manejaban los marineros que estaban bajo su mando, con el sable colgando del cinto, saludó alegremente a Hornblower con la mano en cuanto le vio. Una columna de Infantería apareció en el extremo del camino empedrado. Los cañones a cargo de Bracegirdle repitieron su fatídico, ¡bum!, ¡bum! El caballo de Hornblower corcoveó al oír el ruido, y eso le distrajo, pero cuando volvió a mirar hacia allí, la columna había desaparecido. La parte del parapeto del camino empedrado más cercana a él saltó en pedazos y algo chocó con tremenda fuerza contra el camino cerca de las patas de su caballo, produciendo un terrible estruendo, que braceó levantando sus manos en el aire. Era una bala de cañón, la bala de cañón que había pasado más cerca de él en toda su vida. Había perdido un estribo luchando con su caballo a consecuencia de lo sucedido, y en cuanto logró controlarlo otra vez, pensó que era más sensato desmontar y apartar al animal del camino empedrado y acercarlo más a los cañones. Bracegirdle le recibió con una amplia sonrisa.

—No podrán cruzar por aquí —dijo—. Al menos mientras las Ranas sigan haciendo su trabajo. Parece que tienen muchas ganas de seguir. Se puede alcanzar el otro lado del boquete con metralla, así que esas tropas nunca podrán pasar. No me explico para qué gastan tanta pólvora.

—Supongo que para averiguar la fuerza que tenemos —dijo Hornblower en un tono que parecía el de un militar entendido en estrategia.

Habría temblado de miedo si hubiera dejado que su cuerpo hiciera lo que quisiera. No sabía si se le notaba su falta de naturalidad, pero, en caso de que se le notara, era mejor eso que mostrar su miedo. Estar allí simulando ser un curtido veterano mientras las balas de cañón pasaban silbando por encima de su cabeza le producía una sensación rara, pero agradable, como la provocada a veces por las pesadillas. También Bracegirdle estaba alegre y sonriente y parecía seguro de sí mismo, y Hornblower le observaba preguntándose si estaba fingiendo como él.

—Ahí vienen otra vez —dijo Bracegirdle—. Sólo son unos cuantos soldados.

Unos cuantos soldados corrían por el camino hacia el puente. Cuando llegaron a tiro de mosquete de sus enemigos, se echaron cuerpo a tierra y abrieron fuego. En ese lugar ya había algunos cadáveres, y los soldados se parapetaron tras ellos. Desde el otro lado de la abertura les disparaban los soldados enemigos, mucho mejor protegidos que ellos.

—No podrán pasar por aquí de ninguna manera —dijo Bracegirdle—. ¡Mira!

El grueso del ejército monárquico, reunido y fortificado en la ciudad, avanzaba

por el camino. Estaban ellos mirándolo, cuando una bala de cañón disparada desde el otro lado del río cayó en la vanguardia de la columna y siguió moviéndose entre los soldados. Hornblower vio caer muertos a algunos hombres y cómo la columna huía a la desbandada. Pouzauges se acercó al lugar de los hechos para poner orden, y entonces la columna, dejando atrás los muertos y los heridos, cambió de dirección y fue a refugiarse en el terreno pantanoso que estaba junto al camino empedrado.

Ahora que estaban reunidas casi todas las tropas monárquicas, parecía imposible que los revolucionarios cruzaran por aquel sitio.

—Debería decirle esto a las Langostas —aconsejó Hornblower.

—Al amanecer se oyeron disparos allí abajo —replicó Bracegirdle.

Un sendero que bordeaba los terrenos pantanosos y atravesaba los campos cubiertos de verde hierba, llevaba hasta el vado que vigilaba el XLIII regimiento de Infantería. Hornblower llevó el caballo hasta el sendero antes de montarse en él, porque creía que así podría persuadir más fácilmente al caballo de que lo siguiera. Poco tiempo después vio una mancha escarlata en la ribera del río y se dio cuenta de que allí estaban los piquetes que habían sido separados de las tropas británicas para que les cubrieran ese flanco impidiendo a los enemigos cruzar los terrenos pantanosos. Luego vio la casa de campo que indicaba dónde estaba el vado, y en el campo adyacente, una gran área de color escarlata, pues el grueso de las tropas se encontraba allí en espera de los acontecimientos. En ese punto la zona pantanosa se estrechaba, pues había una pequeña elevación del terreno cerca de la orilla del río. Una compañía británica estaba apostada allí, y junto a ella, montado en su caballo, se encontraba lord Edrington. Hornblower subió a la loma e informó de lo ocurrido estremeciéndose, pues su caballo estaba inquieto y se movía constantemente.

—¿Y dice usted que no ha habido ningún ataque importante? —preguntó Edrington.

—No hubo ninguno hasta que me fui de allí, señor.

—¿De veras? —preguntó Edrington, mirando hacia el otro lado del río—. Aquí pasa lo mismo. No intentan cruzar el vado a la fuerza. ¿Por qué amagan y no atacan?

—Creo que están quemando pólvora inútilmente, señor —dijo Hornblower.

—No son tontos —contestó Edrington y volvió a mirar hacia el otro lado del río—. Bueno, suponer que no lo son no nos hace daño.

Se acercó adonde estaba el grueso de las tropas cabalgando despacio y dio una orden a un capitán, que había desmontado para recibirla. El capitán se la transmitió a los soldados de su compañía, que se pusieron de pie y formaron unas apretadas filas y se quedaron firmes. El capitán dio dos órdenes más, y los soldados giraron a la derecha y se alejaron marchando, todos al mismo paso y con el mosquete con el mismo ángulo de inclinación.

—No nos hace daño tener un flanco cubierto.



El estampido de un cañonazo al otro lado del río les hizo acercarse a él otra vez. Al otro lado de los terrenos pantanosos marchaba una columna paralelamente a la ribera del río.

—Esa es la misma columna otra vez, señor —dijo el capitán de la compañía—. Y si no, es una exactamente igual.

—Marchan de un lado a otro y disparan al azar —dijo Edrington—. Señor Hornblower, ¿hay algunas tropas de los *émigrés* cubriendo el flanco próximo a Quiberon?

—¿A Quiberon, señor? —preguntó Hornblower, sorprendido.

—¡Maldita sea! ¿No puede entender una pregunta tan simple? ¿Las hay o no?

—No lo sé, señor —respondió Hornblower, abatido.

En Quiberon había cinco mil soldados del ejército de los *émigrés*, así que parecía innecesario que hubiera soldados protegiendo ese flanco de la posición.

—Entonces presente mis respetos al general francés y dígame que le sugiero que mande a un gran grupo de hombres a apostarse en el camino, si no lo ha hecho ya.

—Sí, señor.

Hornblower bajó de nuevo al sendero y empezó a cabalgar en dirección al puente. El sol brillaba con intensidad sobre los campos desiertos. Todavía podía oír los esporádicos cañonazos, pero en ese momento oyó cantar a una alondra en el cielo azul. Luego, cuando subía la última loma antes de llegar al puente cercano a Muzillac, oyó varios cañonazos uno detrás de otro, y después le pareció oír gritos y quejidos. En efecto, al llegar a la parte alta de la loma, vio algo que le hizo tirar de las riendas y detener al caballo. Los campos que se extendían ante su vista estaban llenos de soldados de uniforme azul y bandolera blanca que corrían desesperados en dirección contraria a la que él llevaba. Entre los fugitivos había algunos soldados de caballería, blandiendo sables que lanzaban destellos a la luz del sol. Por la izquierda se acercaba trotando una compañía de caballería entera, y a lo lejos el sol hacía brillar las bayonetas de los soldados que corrían en dirección al mar.

No había duda de qué era lo que había ocurrido. Durante los terribles instantes que Hornblower pasó allí mirando a su alrededor, comprendió lo que había pasado: los revolucionarios habían logrado situar algunas tropas entre Muzillac y Quiberon y habían entretenido a los *émigrés* disparándoles desde el otro lado del río mientras esas tropas se les acercaban por el lado por donde no las esperaban, y finalmente les habían atacado por sorpresa. Sólo Dios sabe lo que había pasado en Quiberon, pero Hornblower pensó que ése no era el momento para intentar averiguarlo. Preocupado por la situación volvió grupas y, clavando las espuelas a su montura, avanzó a galope tendido por el sendero en dirección al regimiento británico. Daba saltos en la silla y tenía las riendas fuertemente agarradas por miedo a caerse y ser capturado por los franceses que le seguían.

Cuando ya llegaba adonde estaba el regimiento británico, el ruido de los cascos de su caballo hizo a todos volver la mirada hacia él. Edrington estaba de pie junto a su corcel con las bridas sobre el hombro.

—¡Los franceses! —replicó Hornblower con voz ronca, señalando hacia atrás—. ¡Se acercan!

—No esperaba otra cosa —dijo Edrington.

Dio una orden antes de poner el pie en el estribo para montarse en el caballo, y cuando se sentó en la silla, ya el grueso del XLIII regimiento de Infantería había formado una columna. A su ayudante de campo le faltó tiempo para salir al galope a buscar a la compañía que estaba apostada en la ribera del río.

—Supongo que en las tropas francesas hay soldados de infantería y de caballería y también artilleros con cañones —dijo Edrington.

—Al menos soldados de infantería y de caballería, señor —dijo Hornblower, jadeando—. No he visto cañones.

—Y los *émigrés* huyen como conejos, ¿no es cierto? —Sí, señor.

—Aquí llegan los primeros.

En la loma más cercana aparecieron algunos uniformes azules, y los hombres que los vestían corrían con la lengua fuera a causa de la fatiga.

—Creo que debemos cubrir su retirada, aunque no se lo merecen —dijo Edrington—. ¡Mire!

La compañía a la que había ordenado cubrir un flanco del regimiento estaba en lo alto de una colina, formando un pequeño cuadrado rojo sobre la verde hierba, y en el momento en que ellos miraron hacia allí, un grupo de soldados de caballería que subía por la colina la rodeó.

—Por suerte mandé a esos hombres a apostarse allí —dijo Edrington tranquilamente—. ¡Ah, ahí viene la compañía de Mayne!

Las tropas que habían permanecido junto al vado se acercaban a buen paso. Los oficiales daban órdenes con voz bronca. El sargento mayor hizo dar media vuelta a dos compañías, regulando el compás y la alineación con su sable y su bastón con empuñadura de plata, como si estuviera con los soldados en el patio del cuartel.

—Le recomiendo que se quede junto a mí, señor Hornblower —pidió Edrington.

Entonces se dirigió hacia el espacio que había entre las dos columnas, y Hornblower le siguió en silencio. Se oyó otra orden, y las tropas empezaron a atravesar el valle. Mientras avanzaban, los sargentos marcaban el compás y el sargento mayor vigilaba la separación existente entre las filas. Alrededor de ellos los *émigrés* huían en todas direcciones, la mayoría casi exhaustos. Hornblower vio a varios caer a tierra jadeando porque eran incapaces de seguir moviéndose. Luego, en lo alto de la colina que estaba a su derecha, apareció una línea de plumas y de sables: era un regimiento de Caballería que se acercaba trotando. Hornblower vio a los

hombres levantar los sables y empezar a correr al galope y les oyó gritar preparados para cargar. Los Casacas Rojas que le rodeaban se detuvieron. Se oyó otra orden, y los soldados volvieron a hacer una serie de lentos movimientos y formaron un cuadrado. En el centro se situaron los oficiales a caballo y las banderas, que ondeaban por encima de sus cabezas. Los soldados de caballería se encontraban ahora a menos de cien metros de distancia. Un oficial de voz grave dio una serie de órdenes con voz solemne, como si estuviera participando en una ceremonia. Después de la primera orden, los soldados se quitaron los mosquetes del hombro, y la segunda fue seguida por muchos clics simultáneos producidos por las cazoletas de los mosquetes al abrirse. Después de la tercera orden, los soldados de uno de los lados del cuadrado apuntaron los mosquetes al objetivo.

—¡Demasiado alto! —gritó el sargento mayor—. ¡Más bajo, número siete!

Los soldados de caballería se encontraban sólo a treinta metros de distancia. Hornblower veía claramente a los que venían al frente del grupo, que estaban inclinados sobre la cabeza del caballo, con las capas al viento, y, con el brazo extendido, mantenían el sable frente a ellos apuntado hacia delante.

—¡Fuego! —gritó la voz grave.

En respuesta hubo un solo estallido, pues todos los mosquetes dispararon a la vez. El humo formó remolinos alrededor del cuadrado y al fin desapareció. En el lugar hacia el que Hornblower miraba antes, había un montón de caballos y hombres que yacían en tierra, unos agonizantes, otros muertos. El regimiento de caballería se dividió como el agua de un torrente al chocar con una roca y pasó velozmente por los lados del cuadrado sin causar ningún daño.

—Muy bien —dijo Edrington.

La voz grave hablaba otra vez en tono solemne. Como marionetas movidas por las mismas cuerdas, los soldados que habían disparado volvieron a cargar sus armas, todos cogiendo una bala a la vez, atacando la carga a la vez, metiendo la bala en el cañón del mosquete a la vez con la misma inclinación de cabeza. Edrington observaba al regimiento de caballería, que ahora formaba un desordenado grupo en el valle.

—¡Regimiento, avanzar! —ordenó.

Con la solemnidad con que se celebra un rito, el cuadrado se dividió en dos columnas otra vez y reanudó la marcha. La compañía que estaba separada se reunió con ellas, después de salir de un círculo de hombres y caballos muertos. Alguien dio un viva.

—¡Silencio! —bramó el sargento mayor—. ¡Sargento, anote el nombre de ese hombre!

Hornblower notó que el sargento mayor se fijaba en el espacio que había entre las dos columnas, que debía ser siempre el mismo para que la compañía que diera la

media vuelta pudiera llenarlo y así formar el rectángulo con la otra.

—Ahí vienen otra vez —anunció Edrington.

Los soldados de caballería habían formado para volver a cargar contra ellos. Ahora los caballos resoplaban y los soldados estaban menos animados, y no se acercaban a ellos formando un muro, sino en grupos separados. Primero les atacaron por un flanco y luego por otro, pero unos se detenían y otros se apartaban a un lado cuando llegaban a la fila de bayonetas. Los ataques eran demasiado débiles para responderles con una descarga cerrada, así que sólo algunas secciones de la compañía, obedeciendo órdenes expresas, disparaban contra grupos más determinados. Hornblower vio cómo un hombre, un oficial, a juzgar por sus galones dorados, refrenaba el caballo delante de las bayonetas y sacaba una pistola. Pero antes de que el hombre pudiera hacer fuego, media docena de mosquetes dispararon a la vez, y su cara se convirtió en una máscara sanguinolenta. Entonces el hombre y su caballo cayeron a tierra y de repente la compañía dio media vuelta, como una bandada de estorninos sobre un campo, y se alejó. Ellos reanudaron la marcha.

—Las Ranas no tienen disciplina, ni las de un bando ni las del otro —dijo Edrington.

Se dirigían al mar para buscar refugio en la bendita *Indefatigable*, y a Hornblower le pareció que avanzaban a un ritmo demasiado lento. Los soldados marchaban como si estuvieran en un desfile, con una lentitud exasperante, mientras a su alrededor los *émigrés* corrían en tropel hacia el lugar donde estarían a salvo. Hornblower miró hacia atrás y vio los campos llenos de compañías de infantería del Ejército Revolucionario que avanzaban juntas como un enjambre y con gran rapidez para darles alcance.

—Si uno deja que los hombres corran, luego no puede conseguir que hagan nada —dijo Edrington, volviendo la vista hacia donde miraba Hornblower.

A un lado se oyeron unos gritos y unos disparos que llamaron su atención. Un carro tirado por un penco venía por el camino a gran velocidad dando saltos en los baches. Un hombre vestido con jersey y pantalones de marinero llevaba las riendas. Por encima de los costados, otros marineros disparaban con sus mosquetes a los soldados de caballería que se les acercaban. Era Bracegirdle en el carro del estiércol. Había perdido los cañones, pero había salvado a sus hombres. Los soldados de caballería se retiraron cuando el carro se acercaba a las columnas. Bracegirdle se puso de pie en el carro y vio a Hornblower en su caballo, le saludó alegremente con la mano.

—¡Boadicea en su carro! —gritó.

—¡Le agradeceré que siga adelante y lo prepare todo para que embarquemos, señor!

—¡Sí, señor!

El penco continuó trotando, y el carro, con los sonrientes marineros encima, agarrados a sus varales, lo seguía dando bandazos. Por un flanco del XLIII regimiento de Infantería apareció un enjambre de soldados gritando furiosos y haciendo gestos con las manos y avanzando con rapidez con la intención de cortar la retirada al regimiento.

—¡Regimiento, formar filas! —gritó.

Como una gran máquina bien engrasada, el regimiento se volvió hacia los soldados y la columna se transformó en una fila en que los soldados estaban situados hombro con hombro, tan juntos como los ladrillos de una pared.

—¡Regimiento, avanzar!

La línea escarlata avanzó lenta e inexorable. El enjambre de soldados fue a su encuentro apresuradamente, y al frente de él iban los oficiales blandiendo los sables y gritándoles que les siguieran.

—¡Preparados!

Todos los mosquetes bajaron a la vez. Luego se abrieron las cazoletas haciendo clic.

—¡Apunten!

Los mosquetes subieron. Los soldados enemigos vacilaron ante la terrible amenaza y algunos retrocedieron para volver a meterse en el grupo y protegerse de la descarga cerrada con los cuerpos de sus compañeros.

—¡Fuego!

Una descarga cerrada. Hornblower, por estar sobre el caballo, una posición ventajosa, podía ver por encima de las cabezas de los soldados de infantería británicos, y vio a todos los soldados del frente del grupo caer al mismo tiempo. La línea roja siguió moviéndose hacia delante, y en cada paso que daban los soldados para volver a cargar sus armas, se oyó una orden que fue obedecida maquinalmente y quinientas balas entraron por la boca de quinientos mosquetes a la vez y quinientas manos derechas levantaron los atacadores a la vez. Cuando los soldados británicos apuntaron los mosquetes, estaban junto a la fila de muertos y heridos, pues los demás soldados habían retrocedido ante su avance y aún más ante la amenaza de una descarga cerrada. Los mosquetes volvieron a hacer una descarga cerrada. Y el avance continuó. Otra descarga cerrada. Y el avance siguió. Ahora el enjambre de soldados se dispersaba. Ahora muchos de los soldados se alejaban corriendo. Ahora todos huían de los terribles mosquetes. Ahora había tantos soldados huyendo por la ladera como *émigrés* antes.

—¡Alto!

El avance cesó. La fila se transformó en dos columnas, y los soldados reanudaron la retirada.

—Muy bien —dijo Edrington.

El caballo de Hornblower hacía movimientos bruscos mientras escogía por dónde atravesar una alfombra de muertos y heridos, y el guardiamarina se preocupaba tanto de no caerse de la silla de montar y estaba tan turbado que no se dio cuenta de que habían alcanzado la cima de la última colina, desde donde se veían las cristalinas aguas del estuario, hasta unos momentos después de llegar. La estrecha playa cenagosa estaba llena de *émigrés*. Más allá estaban los barcos anclados, balanceándose suavemente, y por fortuna, también las lanchas que se acercaban a la costa. Llegarían en buen momento, pues las compañías más aguerridas del Ejército Revolucionario ya estaban muy cerca y les disparaban. Algunos hombres habían caído.

—¡Cierren filas! —gritaron los sargentos.

Los soldados, impasibles, siguieron marchando y dejaron atrás a los heridos y a los muertos.

De repente, el caballo del ayudante de campo resopló y corcoveó antes de caer de rodillas y luego de lado, dando coces. El pecoso joven pudo sacar el pie del estribo y bajar de la silla a tiempo para no quedar debajo de él.

—¿Está herido, Stanley? —preguntó Edrington.

—No, milord, estoy sano y salvo —respondió el ayudante de campo, sacudiéndose la casaca escarlata.

—No tendrá que caminar mucho —dijo Edrington—. No es necesario mandar a algunos destacamentos a apartar a esos tipos. Esa será nuestra posición.

Miró a su alrededor, a las casas de pescadores que había junto a la playa, a los aterrados *émigrés* en la orilla y a la masa de soldados de infantería del Ejército Revolucionario que subía por la colina para alcanzarles y que no les daría mucho tiempo para preparar su defensa. Algunos Casacas Rojas entraron en las casas y un momento después se colocaron junto a las ventanas. Por suerte, el espacio por donde había que pasar para ir a la playa tenía a un lado la aldea de pescadores y al otro un promontorio inaccesible, en cuya cima se apostó otro grupo de Casacas Rojas. En ese espacio, las cuatro restantes compañías formaron de un lado a otro una larga fila, protegida solamente por el montículo que estaba a la entrada de la playa.

Los aterrorizados *émigrés* ya estaban subiendo a las lanchas de la escuadra entre los cachones.<sup>[6]</sup> Hornblower oyó el estampido de una pistola y dedujo que uno de los oficiales que estaban allí abajo había hecho cumplir sus órdenes de la única forma que podía con el fin de evitar que subieran demasiados hombres a las lanchas y las hundieran. Luego, aparentemente en respuesta, el rugido de un cañón se propagó desde el otro lado. Un grupo de artilleros con sus cañones se había colocado en un lugar cercano, pero donde no podía ser alcanzado por los mosquetes, y había empezado a disparar contra la posición británica; las compañías de infantería del Ejército Revolucionario se agrupaban en torno a los artilleros. Las balas de cañón

pasaban silbando muy cerca de sus cabezas.

—Dejemos que disparen —dijo Edrington—. Y mientras más, mejor.

Los artilleros no podían hacer mucho daño a los británicos porque estaban protegidos por el montículo, y seguramente el capitán revolucionario se dio cuenta de eso, además de comprender que no había tiempo que perder. A cierta distancia, los tambores tocaron un amenazador redoble, y las compañías empezaron a avanzar. Estaban ya tan cerca que Hornblower pudo ver la expresión de los oficiales que marchaban al frente agitando sus sombreros y sus sables.

—¡Regimiento, preparado! —gritó Edrington, y todas las cazoletas de los mosquetes hicieron clic a la vez—. ¡Siete pasos adelante! ¡Marchen!

Uno, dos, tres... siete pasos, dados cuidadosamente, hicieron desplazarse la fila hasta el montículo.

—¡Apunten! ¡Fuego!

Una descarga cerrada imposible de soportar. Las compañías se detuvieron, se tambalearon, recibieron otra devastadora descarga, y otra, y se retiraron desmoralizadas.

—¡Excelente! —exclamó Edrington.

Los cañones volvieron a disparar. Dos soldados británicos saltaron por el aire como si fueran muñecos y cayeron cerca de las patas del caballo de Hornblower, formando una masa sanguinolenta.

—¡Cierren filas! —gritó un sargento.

Los soldados que antes estaban al lado de ellos se acercaron para llenar el espacio que ocupaban.

—¡Regimiento, siete pasos atrás! ¡Mar... chen!

Los Casacas Rojas retrocedieron al mismo tiempo como marionetas y la fila volvió a colocarse debajo del montículo. Los soldados del Ejército Revolucionario regresaron en dos o tres ocasiones, en las que fueron repelidos por los disciplinados mosqueteros, pero Hornblower no pudo recordar después cuántas fueron. El sol estaba a punto de ocultarse tras el horizonte cuando miró hacia atrás y vio que la playa estaba casi vacía y que Bracegirdle se aproximaba a ellos con un mensaje.

—Puedo prescindir de una compañía ahora —dijo Edrington en respuesta al mensaje sin quitar la vista de la masa de soldados franceses—. Después que estén a bordo del barco, haga que todas las lanchas nos aguarden preparadas para zarpar.

Una compañía se fue. Otro ataque fue repelido, pero el ataque no fue llevado a cabo con el ímpetu de los primeros, debido a los fracasos anteriores. Los cañones fueron dirigidos hacia el promontorio y empezaron a disparar contra los soldados que se encontraban en la cima; un batallón de franceses avanzó hacia allí para atacar por ese lado.

—Eso nos dará tiempo —dijo Edrington—. Capitán Griffin, puede llevarse a los

soldados. Que se quede la guardia de la bandera.

Las compañías centrales bajaron en fila por la playa hasta las lanchas que las aguardaban, pero en el espacio que habían ocupado, aún ondeaba la bandera que los franceses podían ver por encima del montículo. La compañía que estaba en las casas salió de ellas, formó en fila y también bajó. Edrington fue hasta el pie del promontorio. Miró hacia los franceses, que formaban para lanzar el ataque, y luego hacia los soldados de infantería, que ya estaban caminando por el agua para subir a bordo de las lanchas.

—¡Atención, granaderos! —gritó—. ¡Guardia de la bandera! ¡Sálvese quien pueda!

Por la ladera del promontorio que daba al mar, bajó la última compañía corriendo y dando tumbos. Un mosquete que alguien llevaba con descuido se disparó. Cuando el último soldado bajó la ladera, la guardia de la bandera llegó a la orilla del mar y subió a una lancha con su preciosa carga. La masa de soldados franceses corrió hacia la posición evacuada dando furiosos gritos.

—¡Ahora, señor! —dijo Edrington, volviendo el caballo hacia la playa.

Hornblower se cayó de la silla cuando el caballo empezó a caminar por el agua. Entonces soltó las riendas y siguió andando, con el agua a la cintura primero y al cuello después, hasta llegar adonde aguardaba la lancha, en cuya proa estaba Bracegirdle, de pie junto al cañón de cuatro libras, preparado para ayudarle subir a bordo. Alzó la vista justo en el momento en que ocurrió un curioso suceso. Edrington había llegado al esqui de la *Indefatigable* sujetando todavía las riendas de su caballo, pero al ver que los franceses se acercaban corriendo por la playa, se volvió hacia el soldado que tenía al lado, cogió su mosquete y apoyó la boca en la testa del caballo y disparó. El caballo cayó al agua agonizando. La única presa que hicieron los revolucionarios fue el caballo ruano de Hornblower.

—¡Ciar! —ordenó Bracegirdle.

La lancha empezó a alejarse de la playa. Hornblower estaba sentado en la proa y no se encontraba con fuerzas para mover ni un miembro. La playa estaba llena de franceses que gritaban y gesticulaban a la luz rojiza del crepúsculo.

—¡Un momento! —gritó Bracegirdle, y cogió la driza del cañón de cuatro libras y tiró de ella con fuerza.

El cañón dio un rugido justo en el oído de Hornblower, y su carga dejó una estela de destrucción en la playa.

—Era un bote de metralla —dijo Bracegirdle—. Con ochenta y cuatro balas. ¡Adelante, babor! ¡Ciar, estribor!

La lancha viró, apartando la proa de la playa y dirigiéndola hacia los acogedores barcos. Hornblower miró hacia atrás, hacia la oscura costa francesa. Ése era el final de un suceso. La tentativa de su país de derrocar la Revolución había tenido un



sangriento rechazo. Los periódicos de París hablarían de ello con júbilo; la *Gazette* de Londres le dedicaría cinco escuetas líneas. Hornblower fue clarividente cuando se dijo que al cabo de un año casi nadie recordaría el suceso y que al cabo de veinte, todos lo habrían olvidado. Pero pensó que los hombres descabezados en Muzillac, los Casacas Rojas caídos y los franceses muertos en la explosión del bote de metralla lanzado por el cañón de cuatro libras habían muerto creyendo que aquel día cambiaría la historia. Y se sintió agotado. Y notó que todavía tenía en el bolsillo el pan que había metido por la mañana y que había olvidado por completo.

## CAPÍTULO 7

# LAS GALERAS ESPAÑOLAS



La *Indefatigable* estaba anclada en la bahía de Cádiz cuando España hizo la paz con Francia. Casualmente, ese día el guardiamarina Hornblower estaba de guardia, y fue él quien avisó al teniente Chadd de que se acercaba una pinaza de ocho remos con la bandera roja y gualda, la bandera española, ondeando en la popa. Chad vio a través del catalejo una brillante charretera dorada y un tricornio y se limitó a dar la orden a los grumetes y a los infantes de Marina de rendir al visitante los honores correspondientes al rango de capitán de la Armada de un país aliado. El capitán Pellew, a quien acababan de avisar que venía el visitante, ya estaba junto al portalón cuando éste llegó. Allí mismo tuvo lugar el encuentro. El español hizo una profunda reverencia con el sombrero delante del estómago y entregó al inglés un sobre lacrado.

—Señor Hornblower, hable en francés con este hombre —dijo Pellew con el sobre en la mano, todavía sin abrir—. Invítele a que venga a mi cabina para tomar una copa de vino.

Pero el español, con una reverencia aún más profunda, rechazó el vino, y con otra rogó a Pellew que abriera el sobre inmediatamente. Pellew rompió el lacre y, con gran esfuerzo por comprenderlo, leyó el contenido, apenas entendía el francés escrito, aunque no podía hablarlo. Después le dio la carta a Hornblower.

—Dice que los españoles han hecho la paz, ¿no es cierto?

Hornblower leyó con no pocas dificultades las doce líneas de alabanzas dedicadas por Su Excelencia el duque de Belchite, grande de España, con otros dieciocho títulos más para finalizar con el de Capitán General de Andalucía, al «valiente» capitán sir Edward Pellew, caballero de Bath. El segundo párrafo era corto y sólo contenía una breve información sobre el acuerdo de paz; el tercero era más largo que el primero y repetía casi palabra por palabra su contenido para terminar con una despedida recargadísima.

—Eso es todo, señor —dijo Hornblower.

Pero el capitán español tenía que darle un mensaje verbal para complementar el escrito.

—Por favor, dígame a su capitán que ahora España, por ser una potencia neutral, tiene ciertos derechos que debe hacer prevalecer —balbuceó en una mezcla de español y francés—. Hace veinticuatro horas que su barco está anclado aquí. Si dentro de seis horas —dijo, sacando su reloj de oro del bolsillo y mirándolo— aún se

encuentra al alcance de las baterías de Puntales, las baterías recibirán órdenes de dispararle.

Hornblower no podía hacer otra cosa que traducir el brutal mensaje sin tratar de suavizarlo, y cuando Pellew lo oyó, palideció de rabia a pesar de que su rostro estaba bronceado.

—Dígale... —empezó a decir, pero contuvo su rabia—. Que me vaya al infierno si deajo que vea que me ha enfurecido.

Se puso el sombrero delante del estómago e hizo una reverencia imitando lo mejor que pudo los elegantes ademanes del español. Luego se volvió hacia Hornblower.

—Dígale que he recibido el mensaje con agrado, que lamento mucho que las circunstancias nos separen y que espero poder gozar de su amistad siempre, sean cuales sean las relaciones de nuestros respectivos países. Dígale... Bueno, usted ya sabe las cosas que quiero que se le digan, ¿verdad, Hornblower? Y cuando baje por el costado quiero que se le despida con solemnidad. ¡Grumetes! ¡Ayudantes del contra maestre! ¡Tambores!

Hornblower incluía alabanzas, lo mejor que podía, después de cada frase. Los dos capitanes hicieron una inclinación de cabeza, y si el español daba un paso adelante cada vez que inclinaba la cabeza, Pellew, para que no le superara en cortesía, hacía lo mismo. Hubo un redoble de tambores, los infantes de Marina presentaron armas, y los silbatos sonaron hasta que la cabeza del español estuvo por debajo del nivel de la cubierta superior. Entonces Pellew se echó hacia atrás con los músculos tensos, se puso el sombrero y se volvió hacia el primer oficial.

—Señor Eccles, quiero que zarpeamos antes de una hora —dijo y bajó pisando fuerte para recuperar la serenidad en privado.

Algunos marineros estaban en la jarcia largando las velas y cazándolas, mientras otros, a juzgar por el clic-clic del cabrestante, recogían la cadena del ancla. Hornblower se encontraba en el pasamano de babor con el señor Wales, el carpintero, mirando las casas encaladas de una de las ciudades más hermosas de Europa.

—He estado en la ciudad dos veces —dijo Wales—. Verá que tienen buen vino, si le gusta beber esa porquería, pero no tome nunca coñac, señor Hornblower. Es veneno, puro veneno. ¡Hola! Por lo que veo, tenemos compañía.

Dos largas proas emergían del fondeadero interior y se dirigían hacia la *Indefatigable*. Hornblower no pudo reprimir un grito de asombro cuando dirigió la vista hacia donde miraba Wales. Las embarcaciones que se aproximaban eran galeras, y a cada lado los remos subían y bajaban rítmicamente, reflejando la luz del sol a medida que se alzaban. El resultado del movimiento de cien remos a la vez era digno de contemplarse. Hornblower recordaba un verso en latín que había traducido siendo colegial y que le había sorprendido mucho. El poeta romano decía en él que los

remos de una embarcación eran sus «blancas alas». Ahora el símil le parecía claro. Ni siquiera una gaviota volando, que hasta ahora Hornblower había considerado como símbolo de la perfección del movimiento, era más hermosa que aquellas galeras. Tenían la cubierta baja y eran muchísimo más largas que anchas. Ni las vergas ni las velas latinas se hinchaban todavía en sus mástiles cortos e inclinados. Las proas, adornadas con mascarones, despedían destellos, y a su alrededor la bañaban de espuma las aguas de la bahía. Navegaban en contra del viento, y en el tope del palo mesana ondeaba la bandera española. Arriba... delante... abajo. Así se movían los remos siempre con el mismo ritmo. La distancia entre las palas no variaba ni una pulgada desde el principio al fin de las paletadas. Las dos galeras tenían en la proa dos cañones largos, apuntando justamente hacia donde ellas se dirigían.

—Tienen cañones de veinticuatro libras —dijo Wales—. Si se encuentran con un barco como el nuestro cuando el viento está encalmado, lo despedazan. Se acercan por la aleta, por donde uno no puede apuntar los cañones, y hacen varias descargas. Y no queda más que rogar a Dios que se apiade de uno... Una prisión turca es mejor que una española.

Formando una línea que parecía trazada con una regla y que se podría haber medido con una cadena de agrimensor, las galeras pasaron cerca del costado de babor de la *Indefatigable* y la adelantaron. Mientras las galeras pasaban, el redoble de un tambor y los pitidos ordenaron a los tripulantes de la *Indefatigable* que se cuadraran para saludar su bandera y sus estandartes, y los oficiales españoles devolvieron el saludo.

—No me parece correcto saludarlas como si fueran fragatas —murmuró Wales como para sí.

Cuando la galera que iba delante llegó a la altura del bauprés de la *Indefatigable*, movió hacia atrás los remos de estribor y giró como una peonza, a pesar de ser alargada y estrecha, delante de la proa de la fragata. La otra galera la siguió, y la suave brisa, que soplaba desde las galeras hacia la fragata, trajo a la *Indefatigable* un hedor que penetró en la nariz de Hornblower. Obviamente, también en la de otros, pues todos los hombres que se encontraban en la cubierta hicieron varios aspavientos que demostraban el asco que les producía.

—Todas apestan igual —dijo Wales—. Llevan cuatro hombres por remo y cincuenta remos, échale, doscientos esclavos. Cuando los hombres suben a bordo como esclavos, les encadenan a la bancada, y sólo les quitan las cadenas cuando les van a tirar por la borda. A veces, cuando los marineros no están muy ocupados, vacían la sentina, pero no lo hacen a menudo, porque son españoles y porque son pocos.

Hornblower, como siempre, quiso que le dieran una información detallada.

—¿Cuántos, señor Wales?

—Alrededor de treinta. Los suficientes para maniobrar las velas mientras hacen un viaje y para manejar los cañones en un combate. Es que antes de entablar un combate, señor Hornblower, arrían las vergas y las velas, como ahora —dijo Wales en tono doctoral, como siempre, y poniendo énfasis en la palabra «señor», algo inevitable cuando un oficial asimilado de sesenta años sin esperanza de obtener un ascenso hablaba a un oficial asimilado de dieciocho años (alguien nominalmente de igual rango) que algún día podría llegar a ser almirante—. Así que, como usted comprenderá, con treinta tripulantes nada más y doscientos esclavos, nadie se atreve a soltarles.

Las galeras habían vuelto a virar y ahora avanzaban paralelamente al costado de estribor de la *Indefatigable*. El movimiento de los remos era mucho más lento que antes, y Hornblower tuvo mucho tiempo para ver bien las embarcaciones. Observó el bajo castillo, la alta toldilla y el pasamano que estaba a lo largo de la galera y los unía a los dos. En la toldilla divisó a un hombre con un látigo que caminaba por el pasamano, pero los remeros quedaban ocultos por la amurada; los remos salían por unos agujeros que había en los costados y que, por lo que pudo ver, estaban cerrados con trozos de cuero que rodeaban la empuñadura para evitar que entrara el agua. En la toldilla pudo ver también a dos hombres al timón y a un pequeño grupo de oficiales, con uniformes de galones dorados que brillaban al sol. Pensó que esa embarcación, con la única diferencia de los uniformes con galones dorados y los cañones de veinticuatro libras de la proa, era la misma con que los antiguos sostenían batallas navales. Polibio y Tucídides hablaban de batallas con trirremes, naves casi idénticas a éstas, y hacía poco más de doscientos años que había tenido lugar la última gran batalla entre galeras, la batalla contra los turcos en Lepanto. En ella cada bando luchaba con cientos de galeras.

—¿Cuántas están en servicio actualmente? —preguntó Hornblower.

—Alrededor de una docena, aunque no lo sé con seguridad, desde luego. El puerto donde suelen pertrecharse es Cartagena, al otro lado del estrecho.

Según Hornblower tenía entendido, Wales se refería al estrecho de Gibraltar, en el Mediterráneo.

—Son demasiado frágiles para el Atlántico —apuntó Hornblower.

Era fácil deducir las razones por las cuales había sobrevivido ese pequeño grupo de galeras. El innato conservadurismo de los españoles era probablemente la más importante. Otra era que el hecho de condenar a galeras a los delincuentes era un modo de deshacerse de ellos. Además, una galera podría ser muy útil cuando el viento estuviera encalmado, ya que los mercantes que se detenían por falta de viento en las inmediaciones del estrecho de Gibraltar eran atrapados fácilmente por cualquier galera que zarpara de Cádiz o de Cartagena. Y tal vez la razón menos importante sería que las galeras podían usarse para hacer entrar o salir barcos de los

puertos a remolque cuando el viento era desfavorable.

—¡Señor Hornblower! —gritó Eccles—. Presente mis respetos al capitán y dígame que el barco está listo para zarpar.

Hornblower bajó corriendo con el mensaje.

—Presente mis respetos al señor Eccles y dígame que subiré a cubierta inmediatamente —replicó Pellew, alzando la vista de su escritorio.

El viento del sur soplabá con intensidad apenas suficiente para que la *Indefatigable* doblara el cabo sin correr peligro. Después de colocar el ancla en el pescante, sus tripulantes giraron las vergas, y entonces la fragata empezó a avanzar hacia alta mar. En medio de un silencio sepulcral impuesto por la disciplina, no se oía más que el murmullo del agua bajo el tajamar, un ruido con musicalidad que no dejaba entrever los peligros que acechaban en las aguas en que entraba la fragata. La *Indefatigable* navegaba con las gavias desplegadas y a una velocidad de apenas tres nudos. Las galeras volvieron a pasar por su lado, moviendo los remos al ritmo más rápido posible, como si se jactaran de ser independientes de los elementos. Sus adornos brillaban al sol cuando adelantaron a la fragata por barlovento, y otra vez su hedor penetró en las narices de los tripulantes de la *Indefatigable*.

—Les agradecería que se quedaran por sotavento —murmuró Pellew mientras las miraba con el catalejo—. Pero me parece que la cortesía de los españoles no llega hasta ahí. ¡Señor Cutler!

—¡Señor! —gritó el condestable.

—Puede empezar a hacer las salvas.

—Sí, señor.

La carronada de proa del costado de babor hizo el primer disparo de saludo, y la fortaleza de Puntales respondió inmediatamente. Por la hermosa bahía se propagó el zumbido de las salvas. Dos naciones se saludaban con cortesía.

—Creo que la próxima vez que oigamos esos cañones, dispararán una andanada —dijo Pellew, mirando hacia la bandera española que ondeaba en la fortaleza de Puntales.

La marea de la guerra se movía ahora contra Inglaterra. Una nación tras otra se habían retirado de la guerra contra Francia, algunas obligadas por las armas y otras por la diplomacia de la joven y vigorosa república francesa. A cualquier persona sensata le resultaría más que evidente y lógico que después que se daba el paso de la guerra a la neutralidad, era fácil dar el siguiente paso, de la neutralidad a la guerra con el otro bando. Hornblower pensaba que dentro de poco toda Europa tendría una actitud hostil hacia Inglaterra y que su patria, para sobrevivir, tendría que luchar contra la poderosa Francia y la maldad del mundo entero.

—Largar las velas, señor Eccles —dijo Pellew.

Doscientos pares de piernas adiestradas subieron a la jarcia y doscientos pares de

brazos adiestrados largaron las velas. Entonces la *Indefatigable* escoró ligeramente y su velocidad se duplicó. Ahora navegaba entre las olas del Atlántico. Allí estaban las galeras, a las que *Indefatigable* adelantó. Hornblower vio que la que iba delante dirigió la proa hacia una larga ola y que una ráfaga de agua cubrió el castillo. Pensó que hacer eso era pedir demasiado a una embarcación tan frágil como aquélla. Los remos de un costado se movieron hacia delante; los remos del otro, hacia atrás. Las galeras se balancearon peligrosamente durante unos momentos en el seno que se formó en el mar y luego terminaron de virar y se dirigieron hacia las seguras aguas de la bahía de Cádiz. Alguien en la proa de la *Indefatigable* empezó a abuchearlas, e inmediatamente se oyeron abucheos por toda la fragata. Una tormenta de gritos de enfado y silbidos azotó las galeras durante los breves momentos en que muchos tripulantes faltaron a la disciplina, mientras Pellew gritaba furioso en el alcázar y los suboficiales trataban en vano de anotar sus nombres. Ése fue un ominoso adiós a España.

Efectivamente, fue ominoso. Poco tiempo después, el capitán Pellew dio a sus hombres la noticia de que España había terminado de hacer el cambio. Cuando ya sus barcos con valiosos cargamentos estaban en sus puertos, España había declarado la guerra a Inglaterra y, por tanto, la república revolucionaria había conseguido la alianza de la monarquía más endeble de Europa. Los británicos debían utilizar ahora sus recursos para muchas más cosas. Tenían que vigilar cien millas más de litoral, bloquear los puertos donde se encontraba otra flota y protegerse de otra horda más de barcos corsarios y, para colmo, disponían de muchos menos puertos donde refugiarse y donde conseguir el agua y las pocas provisiones que permitirían a los tripulantes permanecer en la mar. Indudablemente, tendrían que cultivar la amistad con los estados de Berbería y soportar la insolencia de sus sultanes si querían obtener de África del norte los bueyes flacos y la cebada con que alimentar a las guarniciones británicas del Mediterráneo, todas ellas cercadas por tierra de enemigos, y a los tripulantes de los barcos que mantenían abierto el mar hacia ellas. Orán, Tetuán y Argel prosperaban ostensiblemente gracias al oro británico.

Era un día de calma chicha en el estrecho de Gibraltar. El mar parecía un escudo de plata; el cielo, una bóveda de zafiros. A un lado se alzaban las montañas de África, y al otro, las de España, con sus oscuros bordes serrados allá en el horizonte. Las condiciones en que se encontraba la *Indefatigable* no eran buenas, aunque no por causa del sol abrasador que hacía derretirse la brea en las juntas de las tablas de cubierta. Casi siempre hay allí una pequeña corriente que se mueve desde el Atlántico hacia el Mediterráneo, y el viento sopla en esa misma dirección, y cuando hay calma chicha, los barcos son arrastrados, frecuentemente, hasta mucho más allá del peñón de Gibraltar y luego tienen que batallar por llegar allí durante días e incluso semanas. Así que no era extraño que Pellew estuviera preocupado por el convoy que

acompañaba, un grupo de barcos cargados de cereales procedentes de Orán. Era necesario avituallar a la guarnición de Gibraltar (España ya había mandado tropas a sitiar la plaza) y Pellew no podía correr el riesgo de ser alejado de su destino. Las órdenes que había dado al convoy tuvo que reforzarlas enviando mensajes por medio de señales con banderas y cañonazos, porque a ningún capitán de un mercante con pocos tripulantes le gustaba mandar a sus hombres a hacer un trabajo como el que Pellew quería que hicieran. La *Indefatigable*, al igual que el convoy, había bajado las lanchas, y ahora todos los barcos iban a remolque. Ese trabajo era agotador. Los marineros se encorvaban y tiraban de los remos incesantemente, haciendo un gran esfuerzo por mover las palas sobre el agua, mientras las espías se mantenían tensas y tiraban con fuerza descomunal de los barcos, que avanzaban dando guiñadas. Esto les permitía avanzar menos de una milla por hora, a costa de que los tripulantes de las lanchas cayeran rendidos de fatiga, pero al menos retrasaba el momento en que la corriente de Gibraltar los arrastraría a sotavento y, además, aumentaba las posibilidades de que tomaran el viento del sur, esperado con ansia por todos (sólo deseaban que soplara dos horas), que les llevaría hasta el puerto de Gibraltar.

En la lancha y en el cúter de la *Indefatigable* los marineros se cuidaban de mover los remos, pero estaban tan cansados por el duro trabajo que no advirtieron el revuelo que se había producido en la fragata. Iban encorvados tirando de los remos bajo un sol implacable, tratando de sobrevivir a dos horas de arduo trabajo. Pero de pronto la voz del propio capitán, que les gritaba desde el castillo, desvió su atención.

—¡Señor Bolton! ¡Señor Chadd! Suelten las espías, por favor, y vengan a armar a sus hombres enseguida. Se acercan nuestras amigas de Cádiz.

Al volver al alcázar, Pellew miró al horizonte a través del catalejo y comprobó la información que le había dado el serviola.

—Avanzan en dirección a nosotros —dijo.

Dos galeras venían de Cádiz. Seguramente un mensajero del puesto de observación de Tarifa había ido hasta allí a caballo para avisarles de que se les ofrecía una oportunidad de oro, pues con calma chicha los barcos de un convoy estaban dispersos y no podían moverse. Ése era el momento en que las galeras podían justificar el hecho de que aún existieran. Podrían capturar a los desafortunados mercantes y quemarlos, ya que era imposible llevarlos a un puerto, aprovechando que la *Indefatigable* permanecía lejos, sin poder alcanzarlas con sus cañones. Pellew miró a su alrededor y clavó sus ojos en los dos pequeños mercantes y los tres bergantines. Uno de ellos se encontraba a menos de media milla de distancia, evidentemente éste se hallaba protegido por los cañones de la fragata, pero los otros se hallaban a milla y media y a dos millas de distancia; éstos, por tanto, carecían de protección.

—¡Pistolas y sables! —gritó a los numerosos marineros que estaban pasando por encima de la borda—. ¡Enganchen esa estrellera! ¡Rápido esas carronadas, señor



Cutler!

Los tripulantes de la *Indefatigable* participaban en tantos combates, que los minutos contaban como para no perder el tiempo en los preparativos. Los tripulantes de las lanchas cogieron sus armas, otros bajaron a colocar las carronadas de seis libras en la proa del cúter y la lancha, de modo que a poco ambas embarcaciones, abarrotadas de marineros armados, y con algunas provisiones para casos de emergencia, navegaban en dirección a las galeras.

—¿Qué demonios piensa usted hacer, señor Hornblower?

Pellew había visto a Hornblower en el momento de bajar el chinchorro, que era la embarcación que tenía a su cargo. No se imaginaba qué podía lograr un guardiamarina atacando a una galera desde una embarcación de doce pies y con sólo seis tripulantes.

—Podemos subir a bordo de uno de los barcos del convoy y reforzar su tripulación —sentenció Hornblower.

—¡Ah, muy bien! Adelante. Confío en su sensatez, aunque a veces me parece que no tiene mucha.

—¡Muy bien, señor! —replicó Jackson profundamente admirado cuando el chinchorro empezó a separarse de la fragata—. ¡Muy bien! A nadie se le hubiera ocurrido eso nunca.

Era obvio que Jackson, el timonel del chinchorro, pensaba que Hornblower no tenía intención de reforzar la tripulación de uno de los mercantes, como había dicho.

—¡Estos apestosos españoles...! —murmuró el primer remero.

Hornblower se dio cuenta de que sus hombres sentían la misma hostilidad que él hacia las galeras españolas. Reflexionó unos momentos al respecto y lo atribuyó a las circunstancias en que habían visto las galeras por primera vez y al hedor que dejaban tras sí. Nunca había sentido odio contra el enemigo. Siempre que había luchado, lo había hecho por servir al Rey, no movido por la animadversión. Pero ahora, furioso por luchar contra el enemigo, tenía agarrado el timón con fuerza y el cuerpo doblado hacia delante bajo un sol abrasador.

La lancha y el cúter estaban mucho más adelantados que el chinchorro, y aunque sus tripulantes habían remado durante el turno que les correspondía hasta hacía unos momentos, se deslizaban con tanta rapidez que el chinchorro, a pesar de tener la ventaja de que el mar estaba liso como un cristal, se acercaba a ellos muy lentamente. Las aguas tenían un intenso color azul, que cambiaba a blanco donde eran agitadas por las palas de los remos. Delante, en el lugar donde la calma había cogido por sorpresa al convoy, estaban los mercantes que lo formaban, separados unos de otros, y un poco más allá Hornblower vio brillar las palas de los remos de las galeras, que se acercaban a su presa.

La lancha y el cúter seguían ahora ritmos divergentes para proteger a tantos

barcos como fuera posible, el esquife aún estaba muy lejos por popa. Hornblower no tenía tiempo de subir a bordo de ningún mercante, aunque quisiera. Viró el timón para seguir al cúter, y en ese momento apareció una galera en el espacio que había entre dos mercantes. Fue entonces cuando divisó que el cúter viraba para apuntar la carronada de seis libras contra su proa.

—¡Remad con fuerza! ¡Remad! —gritó muy excitado.

No sabía qué podía ocurrir, pero quería estar en el lugar del combate. La carronada de seis libras no disparaba con mucha precisión si estaba a una distancia mayor que a tiro de mosquete. Servía para lanzar una masa de metralla contra un grupo de hombres y para de contar, aquí las balas apenas dañarían la proa reforzada de una galera.

—¡Remad! —gritó Hornblower.

Ya estaba dando alcance al cúter por la aleta. La carronada disparó. A Hornblower le pareció ver que saltaban las astillas desde la proa de la galera, pero la bala había sido tan eficaz para detener la galera como las bolitas disparadas con una cerbatana para detener un toro que embistiera contra alguien. La galera viró un poco para ponerse exactamente frente al cúter, y sus remos empezaron a moverse más rápidamente. Se acercaba al cúter con la intención de embestido con el espolón, como las galeras griegas en la batalla de Salamina.

—¡Remad! —gritó Hornblower, e instintivamente viró el timón para desviarse hacia un lado—. ¡Parad!

Los remos del chinchorro se detuvieron cuando la embarcación pasó por detrás del cúter. Hornblower vio a Soames de pie en la bancada de popa: era la muerte que hendía las aguas azules y se aproximaba a él. Si chocaban proa con proa, el cúter resistiría el impacto, pero era mejor tratar de evitar el choque en el último momento. Hornblower vio cómo viraba el cúter. Su costado era ahora vulnerable, pero se encontraba frente a la roda de la galera. Eso fue lo único que alcanzó a ver, porque la propia galera le impedía la visión de lo que ocurría inmediatamente después, el acto final de la tragedia. Cuando la galera ocultó al cúter, sus remos de estribor casi rozaron los del chinchorro. Hornblower oyó un chirrido, al que se unió un estrépito que casi obligó a la galera a detenerse por el impacto. Anhelaba tanto luchar que el afán le había trastornado el juicio, y por su mente cruzaron ideas al frenético ritmo de la locura.

—¡Ciad, babor! —gritó, y el chinchorro viró en redondo de tal modo que quedó detrás de la popa de la galera—. ¡Ciad todos!

El chinchorro se lanzó contra la galera como un foxterrier contra un toro.

—¡Engánchela con el rezón, Jackson! ¡Maldita sea!

Jackson respondió con un juramento y avanzó hasta la proa, pero pasando con cuidado por encima de los remeros para que no cambiara el movimiento de los remos.

Al llegar a la proa, Jackson cogió el rezón del chinchorro junto con el largo cabo al que estaba atado y lo lanzó con todas sus fuerzas a la galera. El rezón se enganchó en algún punto de la dorada borda cercano a la aleta. Jackson tiraba del cabo mientras los remeros movían los remos para hacer llegar el chinchorro a la popa de la galera. En ese momento Hornblower vio algo que volvería a ver durante mucho tiempo en sueños. De abajo de la popa de la galera salió la parte anterior del cúter, y agarrados a ella todavía había varios marineros, que seguían vivos después de haber pasado por debajo de la galera desde proa a popa. Vio que unos tenían la cara púrpura y otros los músculos tensos, aunque no faltaban algunos con los músculos de la cara distendidos por la muerte. Pasaron enseguida, y Hornblower sintió una sacudida, era que la galera se había movido hacia delante bruscamente estirando el cabo que la unía al chinchorro.

—No puedo sujetarla —dijo Jackson.

—¡Déle una vuelta alrededor de la cornamusa, tonto!

Ahora la galera española remolcaba al chinchorro. Lo arrastraba con el cabo de veinticuatro pies que tenía enganchado cerca de la aleta, y se mantenía justo al borde de la pala del timón. El agua borboteaba a su alrededor formando blanca espuma, obligando a la popa a inclinarse hacia arriba por la fuerza de tracción. Tenía una extraña postura, como si tuviera uno de sus arpones clavado en una ballena. Alguien fue corriendo hasta la toldilla y trató de cortar el cabo con un cuchillo.

—¡Mátele, Jackson! —ordenó Hornblower.

La pistola de Jackson dio un estampido, y el español cayó en cubierta. Fue un buen disparo. Aunque estaba trastornado por las ansias de luchar, a pesar del ruido del agua y el resplandor del sol, Hornblower trataba de decidir cuál sería su próximo paso. Tanto su deseo como su sentido común le indicaban que lo mejor sería luchar contra el enemigo, a pesar de que tenían pocas posibilidades de ganar.

—¡Remad para acercarnos! —gritó, en medio de los chillidos de todos los tripulantes.

Los remeros presentes en la proa del chinchorro se volvieron hacia delante y empezaron a tirar del cabo, pero era difícil progresar debido a la velocidad del chinchorro, y una vez que hubo avanzado una yarda más o menos, fue todavía más difícil, pues el rezón se enganchó en la borda de la toldilla, a diez u once pies por encima del agua, y a medida que el chinchorro se acercaba a la popa de la galera, el ángulo que formaba el cabo con ella era más pequeño. La proa del chinchorro se inclinó hacia arriba y se separó en demasía del agua.

—¡Amarrad! —ordenó Hornblower, y luego, alzando la voz otra vez, añadió—: ¡Saquen las pistolas!

Una fila de cuatro o cinco rostros apareció en la popa de la galera con otros tantos mosquetes que apuntaban hacia el chinchorro, de modo que dos grupos se dispararon

por unos instantes, pero con furia. Un hombre cayó en el fondo del chinchorro dando quejidos, pero la fila de rostros desapareció. De pie en la bancada de proa, sosteniéndose precariamente, Hornblower no podía ver en el alcázar de la galera más que dos cabezas, seguramente las de los hombres que llevaban el timón.

—¡Carguen otra vez! —ordenó a sus hombres, recordando milagrosamente dar la orden.

Enseguida los hombres metieron los atacadores en el cañón de las pistolas.

—¡Despacio, si quieren volver a ver Pompey!<sup>[7]</sup> —dijo Hornblower.

Estaba temblando de emoción, trastornado por el deseo de luchar, y era su subconsciente el que daba esas órdenes sensatas. Sus facultades principales estaban anuladas por su ansia de sangre. Veía las cosas a través de una niebla rosa, como supo más tarde cuando volvió a pensar en esto. Hubo un ruido como de cristales rotos en aquel momento. Alguien había sacado el cañón de un mosquete por la ventana de la cabina de popa de la galera. Afortunadamente, después de sacarlo, tenía que apuntar para poder disparar. Varios tiros de pistola coincidieron con el disparo del mosquete. Nadie supo dónde dio la bala que disparó el español, pero él se cayó por la ventana.

—¡Vive Dios, así se hace! —gritó Hornblower y luego, serenándose, ordenó—: ¡Cargad otra vez!

Cuando los tripulantes metían las balas en los cañones de las pistolas, Hornblower se puso en pie. Todavía tenía en el cinto las pistolas, que aún no había usado, y el sable.

—Venga a la popa —dijo al primer remero, pensando que el chinchorro no podría soportar más peso en la proa que el que ya tenía—. Y usted también.

Entonces se subió en la bancada de proa y miró hacia el cabo del rezón y la ventana de la cabina.

—Mande a los hombres uno a uno detrás de mí, Jackson —dijo.

Se agarró con fuerza al cabo del rezón y se colgó de él. Sus pies rozaron el agua cuando el cabo formó una comba, pero usando toda la fuerza que daban de sí los brazos, logró subir por él. Ahora tenía al lado la ventana rota. Quitó con los pies un pedazo de cristal que quedaba en la ventana y pasó por ella los pies y luego el resto del cuerpo. Una vez dentro, se dejó caer en la cabina, un interior oscuro en comparación con la deslumbrante luz que había en el exterior. Cuando trató de ponerse de pie, pisó a alguien que dio un grito de dolor, evidentemente, había pisado al español herido. Echó mano al sable, lo desenvainó y notó que tenía la mano pegajosa manchada de sangre, sangre española. Entonces trató de erguirse y chocó con la cabeza contra los baos que servían de asiento a la cubierta, pues el techo de la pequeña cabina era muy bajo, con poco más de cinco pies de altura. El golpe fue tan fuerte que casi perdió el sentido, pero al ver en ese momento la puerta de la cabina, la atravesó con el sable desnudo. Por encima de su cabeza oía fuertes pasos y algunos

tiros detrás, seguramente porque los tripulantes de la galera y los del chinchorro estaban disparando. La puerta de la cabina daba a una media cubierta baja hacia la cual, Hornblower, con paso vacilante, avanzó, rodeado otra vez por la luz del sol. Estaba en la estrecha cubierta que se encontraba junto al saltillo del alcázar. Ante él tenía el estrecho pasamano que separaba los dos grupos de remeros y miró hacia abajo para contemplarlos. Vio allí un mar de caras barbudas, de greñas hirsutas, de cuerpos delgados y tostados por el sol que se movían rítmicamente hacia delante y hacia atrás al compás de los remos.

Eso fue lo que le parecieron en ese momento. Al final del pasamano, junto al saltillo del castillo, estaba el capataz con un látigo, gritando a los esclavos una serie de palabras a intervalos regulares, seguramente números en español, para marcar el ritmo. Sobre el castillo había tres o cuatro hombres, y las puertas del mamparo del castillo, un poco más abajo, estaban abiertas. A través de ellas Hornblower pudo ver los dos cañones iluminados por la luz que entraba por las portas por donde asomaban, casi al nivel del mar. Los artilleros estaban junto a los cañones, pero eran muchos menos de los que se necesitaban para manejar dos piezas de artillería de veinticuatro libras. Hornblower recordó que Wales había calculado que la galera tenía alrededor de treinta tripulantes y pensó que al menos los artilleros encargados de un cañón habían sido enviados a la popa para defender la toldilla contra el ataque del chinchorro.

Oyó unos pasos detrás y con la angustia en la garganta, se volvió blandiendo el sable. Y vio entonces a Jackson que salía tambaleándose de la media cubierta con el sable en la mano.

—No me corte la cabeza —dijo Jackson.

Hablaba como un borracho, y a sus palabras siguieron más tiros disparados desde la toldilla, a la altura de sus cabezas.

—El siguiente es Oldroyd —dijo Jackson—. Franklin está muerto.

A cada lado había una escala para subir al alcázar. Parecía lógico que cada uno subiera por una escala, pero Hornblower pensó que no era eso lo mejor.

—Venga conmigo —ordenó, encaminándose a la escala de estribor.

Entonces, al ver aparecer a Oldroyd, le dijo que les siguiera.

Los andariveles de la escala los formaban un cabo rojo y un cabo amarillo trenzados. Hornblower se fijó en eso cuando subía apresuradamente la escala con la pistola en una mano y el sable en la otra. Después de subir el primer escalón, sus ojos estaban ya por encima del nivel de la cubierta. Vio que en el pequeño alcázar había más de una docena de hombres. Dos de ellos yacían sobre la cubierta. Estaban muertos, y uno, que estaba apoyado contra el casco, no hacía más que proferir quejidos lastimeros. Otros dos estaban junto al timón y los demás inclinados sobre la borda mirando hacia el chinchorro. Hornblower seguía fuera de sí con desesperadas

ganas de luchar. Subió los otros dos o tres escalones saltando como un gamo y se lanzó contra los españoles gritando como un poseso. La pistola se le disparó antes de apuntarla bien, pero la cara de un hombre que estaba a dos pasos de distancia se convirtió en una masa sanguinolenta. Bajó la pistola y separó inmediatamente el martillo con el pulgar al mismo tiempo que daba un golpe con el sable a la espada que un español alzaba para defenderse. Descargó sablazos y más sablazos con una fuerza descomunal. Jackson estaba junto a él dando igualmente sablazos a diestro y siniestro y gritando:

—¡Máteles! ¡Máteles!

Hornblower vio el sable de Jackson brillar a cada golpe que daba en la cabeza al indefenso timonel y luego, mientras luchaba contra un hombre, miró de reojo y vio a otro tratando de golpearle, pero logró evitar el golpe disparándole inmediatamente. Oyó otro disparo a su lado y supuso que lo había hecho Oldroyd. La lucha en el alcázar no tardó mucho en acabar. Hornblower nunca supo si la causa de que los españoles no se hubieran prevenido contra el ataque había sido su ineptitud u otra cosa. Tal vez no sabían que el hombre que se encontraba en la cabina estaba herido o confiaban en que impedirían la entrada por allí; tal vez no creyeron que tres hombres podían estar tan locos como para atacar a una docena; tal vez no se dieron cuenta de que tres hombres habían hecho el peligroso ascenso por el cabo del rezón; tal vez, o sin tal vez, estaba casi seguro, se hallaban tan excitados en aquel momento que perdieron la cabeza, pues no habían hecho más que transcurrir cinco minutos desde que el chinchorro se enganchara a la galera y ya podía darse por finalizada la lucha en el alcázar. Dos o tres españoles bajaron por la escala hasta la cubierta y corrieron por el pasamano que separaba a los dos grupos de esclavos. Jackson alcanzó a uno cuando estaba junto al costado, y el hombre hizo un gesto que indicaba que se rendía; sin embargo, Jackson, que era un hombre corpulento y muy fuerte, le cogió por el cuello con una mano, le hizo inclinarse hacia atrás, por encima de la borda y luego le cogió la pierna con la otra mano para arrojarle por la borda. El hombre cayó dando gritos antes de que Hornblower pudiera interponerse. La toldilla estaba cubierta de hombres que se retorcían en el fondo de un bote como peces recién pescados. Jackson y Oldroyd cogieron a un hombre que intentaba ponerse de rodillas y lo alzaron para arrojarle por la borda.

—¡Deténganse! —gritó Hornblower.

Jackson y Oldroyd soltaron inmediatamente al hombre, que cayó con estrépito en la ensangrentada cubierta. Parecían borrachos, iban tambaleándose, respiraban con estertores y les brillaban los ojos saltones. A Hornblower se le pasó la locura justo en ese momento. Avanzó hacia el saltillo del alcázar pasándose la mano por los ojos para quitarse el sudor y el rojizo velo que le impedía ver con claridad. En la popa, cerca del castillo, estaban los demás españoles, formando un apiñado grupo. Cuando

Hornblower caminaba hacia la proa, uno de ellos le disparó con un mosquete, pero la bala pasó a bastante distancia de él. Abajo los remeros todavía se inclinaban rítmicamente hacia delante y hacia atrás, hacia delante y hacia atrás, moviendo sus greñudas cabezas y sus desnudos torsos a la vez que los remos, guiados por la voz del capataz, que todavía estaba en el pasamano (los demás españoles estaban agrupados detrás de él) y gritaba: «¡Seis... siete... ocho...!».

—¡Deténganse! —gritó Hornblower.

Se acercó al costado de estribor para ver a todos los remeros de estribor y extendió el brazo con la mano abierta y volvió a gritar. Uno o dos remeros volvieron hacia él sus rostros cubiertos de pelo, pero siguieron moviendo los remos.

—¡Uno... dos... tres...! —continuó el capataz.

Jackson se puso junto a Hornblower y levantó la pistola para disparar al remero que tenía más cerca.

—¡Baje eso! —dijo Hornblower en tono enérgico, porque se dio cuenta de que ya estaba harto de matar Busque mis pistolas y cárguelas de nuevo.

Se quedó en lo alto de la escala y le pareció que estaba en un sueño, en un angustioso sueño. Los esclavos seguían remando; una docena de enemigos se agrupaban en el castillo, a poca distancia; los españoles heridos estaban detrás de él, dando gritos de dolor mientras la vida se les escapaba. Dio otra orden a los remeros, pero ellos, como en las ocasiones anteriores, le desobedecieron. Aparentemente, Oldroyd tenía la mente más clara que todos o había recuperado la sensatez más rápidamente.

—¿Puedo arriar la bandera, señor? —preguntó.

Hornblower despertó del sueño. En un asta próxima al coronamiento ondeaba la bandera roja y gualda.

—Sí, arríela enseguida —respondió.

Ahora tenía la mente despejada, y ahora el horizonte estaba más allá de los límites de la estrecha galera. Miró hacia las azules aguas que la rodeaban. Muy cerca estaban los mercantes, y lejos estaba la *Indefatigable*. Detrás estaba la estela de la galera, todavía blanca de espuma, pero era raro, tenía forma curva. En ese momento se dio cuenta de que era él quien tenía el control del timón y que durante los últimos tres minutos, la galera había navegado sin que nadie la moviera.

—¡Coja el timón, Oldroyd! —ordenó.

Entonces se preguntó si era verdad que veía la otra galera a gran distancia, alejándose. Seguramente era verdad. Luego vio la lancha, muy cerca de su estela, y allí por la amura de babor estaba el esquife con los remos quietos. Hornblower pudo ver tanto en la proa como en la popa algunas figuras de pie, agitando las manos, y pensó que las agitaban como signo de alegría porque había sido arriada la bandera española. Otro mosquete disparó desde la proa, y la bala dio en la barandilla, muy

cerca de su cadera, haciendo saltar por el aire dorados fragmentos de metal que brillaron al sol. Pero ahora estaba en su sano juicio y, pasando por encima de los moribundos, corrió hasta el final del alcázar, donde nadie podía verle desde el pasamano ni las balas podían alcanzarle. Todavía podía ver el esquife por la amura de babor.

—¡Timón a estribor, Oldroyd!

La galera viró lentamente. Era tan estrecha que tenía dificultad para maniobrar sin la ayuda de los remos, pero pronto la proa se aproximó al esquife.

—¡Derecho!

En ese momento vieron algo asombroso. El chinchorro saltaba en las agitadas aguas llenas de blanca espuma de la estela de la galera, con un hombre vivo y dos muertos a bordo.

—¿Dónde están los otros, Bromley? —preguntó Jackson.

Bromley señaló hacia afuera de la borda. Les habían disparado desde el coronamiento cuando Hornblower y los demás hombres se preparaban para atacar el alcázar.

—¿Por qué demonios no has subido a bordo?

Bromley se agarró el brazo izquierdo con la otra mano. Era evidente que no podía mover ese miembro. No podían obtener refuerzos del chinchorro; sin embargo, era necesario controlar toda la galera, pues de lo contrario, lo más seguro es que se la llevaran a Algeciras, porque, a pesar de que ellos controlaran el timón, quien controlaba los remos determinaba el rumbo de la galera si quería. Sólo les quedaba un camino que tomar.

Ahora que Hornblower no estaba trastornado por la sed de sangre y ganas de lucha, estaba abatido. No le preocupaba lo que pudiera ocurrir, había perdido la esperanza y el miedo, se encontraba excitado. Tal vez ahora le guiaba el conformismo. Su mente, todavía analizando la situación, le mostró que por el hecho de que sólo era posible hacer una cosa para conseguir la victoria, debía tratar de hacerla, y debido al desánimo que tenía, trató de hacerla como un autómatas, sin vacilar ni experimentar ningún sentimiento. Avanzó hasta la barandilla del alcázar. Los españoles todavía estaban agrupados en el extremo opuesto del pasamano, y el capataz todavía marcaba el ritmo del movimiento de los remos. Con gran cuidado envainó su sable, que había tenido en la mano hasta ese momento y, al hacerlo, notó que tenía las manos y la casaca manchadas de sangre. Lentamente se puso el sable a un lado del cuerpo.

—Mis pistolas, Jackson —dijo.

Jackson dio las pistolas a Hornblower con indiferencia, y él se las colgó al cinto con la misma indiferencia, mientras los españoles le miraban como hipnotizados. Luego se volvió hacia Oldroyd.



—Quédese en el timón, Oldroyd. Sígame, Jackson, no haga nada sin que se lo ordene.

Bajó la escala y avanzó por el pasamano hacia donde estaban los españoles. El sol le daba de lleno en la cara. A ambos lados, los esclavos seguían moviendo sus greñudas cabezas y sus torsos desnudos a la vez que los remos. Se acercó a los españoles; éstos blandieron sus sables y apuntaron hacia él nerviosamente sus mosquetes y sus pistolas con los ojos fijos en su rostro. Jackson, que estaba detrás de él, tosió en ese momento. Cuando Hornblower estaba a cuatro pasos del grupo, se detuvo y les miró uno a uno. Inmediatamente les indicó con un gesto a todo el grupo, menos al capataz, y luego señaló un punto del barco.

—Vayan todos al castillo —dijo.

Todos le miraron asombrados, aunque probablemente habían entendido el gesto.

—¡Al castillo! —dijo Hornblower haciendo un gesto con la mano y dando un golpe con el pie en el pasamano.

Sólo había un hombre que parecía decidido a negarse. Hornblower estaba preparado para quitarle la pistola y matarle allí mismo, pero luego pensó que el tiro podría despertar a los españoles de su sueño hipnótico y que la pistola podría fallar. Miró al hombre a los ojos.

—¡Al castillo!

Los españoles empezaron a moverse, empezaron a caminar arrastrando los pies. Hornblower les siguió con la mirada mientras se alejaban. Ahora volvió a experimentar sentimientos de compasión. El corazón le brincaba dentro del pecho y le resultaba difícil controlarse. Pero no debía precipitarse. Tenía que esperar a que todos se fueran para enfrentarse al capataz.

—¡Detenga a esos hombres! —dijo.

Miraba al capataz a los ojos mientras le apuntaba con la pistola. El capataz movió los labios, pero no dijo nada.

—¡Deténgales! —repitió Hornblower, y esta vez puso una mano sobre la culata de la pistola.

Eso fue suficiente. El capataz, alzando la voz, dio una orden, y los remos dejaron de moverse inmediatamente. Se hizo un extraño silencio en la galera cuando cesó el ruido de los golpes de los remos contra los escálamos. Ahora podía oírse el murmullo del agua alrededor de la nave mientras ésta seguía avanzando por el impulso que tenía. Hornblower se volvió hacia atrás para gritar algo a Oldroyd.

—¡Oldroyd!, ¿dónde está el esquife?

—¡Cerca de la amura de estribor, señor!

—¿A qué distancia?

—¡A dos cables, señor! ¡Avanza hacia nosotros!

—¡Intente virar la proa hacia él mientras tenga suficiente velocidad para

maniobrar!

—¡Sí, señor!

Hornblower no sabía cuánto tiempo tardaría el esquife en recorrer un cuarto de milla. Temía al anticlímax, temía que los sentimientos de los españoles cambiaran de repente en el último momento. El hecho de esperar sin hacer nada podría provocar eso, así que no debía permanecer inmóvil. Todavía podía oír el ruido de la galera al deslizarse por el agua. Se volvió hacia Jackson.

—Este barco se mueve con suavidad, ¿verdad, Jackson? —dijo, riéndose, como si tuviera la certeza de todas las cosas.

—Sí, creo que sí, señor —respondió Jackson, asombrado, mientras jugueteaba con las pistolas.

—Mire a ese hombre —continuó Hornblower, señalando a un esclavo—. ¿Ha visto alguna vez en su vida una barba como ésta?

—N... no, señor.

—Hábleme, Jackson, tonto. Hábleme con naturalidad.

—N... no sé qué decir, señor.

—No tiene imaginación, Jackson. ¿Ve el verdugón que tiene ese tipo en el hombro? Seguro que se lo hizo el capataz con el látigo hace poco.

—Quizá tenga usted razón, señor.

Hornblower trataba de reprimir su impaciencia, y cuando se disponía a conversar sobre otra cosa, oyó algo que chocaba contra el costado. Unos momentos después los tripulantes del esquife pasaron por encima de la borda, y Hornblower sintió un alivio indescriptible. Estaba a punto de relajarse, pero recordó que había que guardar las apariencias, y entonces se irguió.

—Me alegro de verle a bordo, señor —dijo cuando el teniente Chadd pasó las piernas por encima de la borda y se dejó caer en la cubierta, cerca del castillo.

—Me alegro de verle a usted —dijo Chadd, mirándole con curiosidad.

—Estos hombres que están en la proa son prisioneros, señor —dijo Hornblower—. Sería conveniente atarles. Creo que eso es lo único que falta por hacer.

Ahora no podía relajarse y le parecía que iba a estar tenso toda la vida. Estaba tenso y, a pesar de ello, aturdido, cuando oyó los vivos de los tripulantes de la *Indefatigable* cuando la galera se abordó con la fragata. Todavía estaba aturdido cuando informó torpemente al capitán Pellew de lo ocurrido y se esforzó por no olvidarse de hacer mención de la valentía de Jackson y Oldroyd.

—El almirante se sentirá muy satisfecho —dijo Pellew, mirándole afectuosamente.

Entonces Hornblower se oyó a sí mismo decir:

—Me alegro, señor.

—Ahora que hemos perdido al pobre Soames, necesitamos otro oficial que se

encargue de las guardias —continuó Pellew—. He pensado nombrarle teniente interino.

—Gracias, señor —dijo Hornblower, todavía aturdido.

Soames era un oficial maduro y de gran experiencia, había navegado por los siete mares y había luchado en innumerables batallas; sin embargo, siempre que se encontraba en una situación nueva, cómo ésta, no discurría con la rapidez suficiente y así aquí no pudo evitar que el espolón de la galera chocara con su embarcación. Soames estaba muerto. El teniente interino Hornblower ocuparía su lugar. El trastorno sufrido por el deseo de luchar, una verdadera locura, había hecho que le premiaran con la promesa de un ascenso. Hornblower nunca se había dado cuenta de las terribles locuras que era capaz de hacer. Como Soames, como el resto de la tripulación de la *Indefatigable*, se había dejado llevar por el odio mortal a las galeras, y sólo gracias a su buena suerte seguía vivo. Eso era algo que valía la pena recordar.

## CAPÍTULO 8

### EL EXAMEN DE TENIENTE



La fragata *Indefatigable* se acercaba al puerto de Gibraltar, y el teniente interino Horatio Hornblower, erguido y apuesto, estaba en el alcázar al lado del capitán Pellew. Tenía su catalejo dirigido hacia Algeciras, donde se daba la curiosa situación de que dos importantes bases navales de países hostiles distaban apenas seis millas una de otra. Era conveniente vigilar Algeciras mientras la fragata se acercaba a puerto, de lo contrario siempre cabría la posibilidad de que una escuadra española se abalanzara sobre una embarcación incauta cuando entraba en la bahía.

—Ocho barcos... Nueve barcos con las vergas colocadas, señor —informó Hornblower.

—Gracias —dijo Pellew—. ¡Todos a virar!

La *Indefatigable* viró y puso proa al puerto de Gibraltar. El puerto, como siempre, estaba lleno de barcos, ya que todas las fuerzas navales inglesas en el Mediterráneo iban a pertrecharse allí. Pellew ordenó cargar las gavias y virar el timón; la cadena del ancla salió con estrépito y la *Indefatigable* quedó anclada.

—¡Bajen mi falúa! —ordenó Pellew.

A Pellew le gustaba que la pintura de la falúa y el uniforme de la tripulación fueran de color azul oscuro y blanco. La falúa estaba pintada de azul con una franja blanca, los remos tenían la empuñadura pintada de azul y la pala de blanco, los tripulantes llevaban camisas azules y pantalones blancos y sombreros blancos con cintas azules. El conjunto tenía un aspecto realmente hermoso cuando la falúa se deslizaba por el agua para llevar a Pellew a presentar sus respetos al comandante del puerto. Poco después del regreso de Pellew, un mensajero se acercó a Hornblower.

—El capitán le presenta sus respetos, señor, y dice que quiere verle en su cabina.

—Haz un examen de conciencia —dijo el guardiamarina Bracegirdle, sonriendo—. ¿Qué delito has cometido?

—Me gustaría saberlo —respondió Hornblower con franqueza.

Hornblower siempre se ponía nervioso cuando tenía que acudir a la llamada del capitán. Cuando llegó a la puerta de la cabina tragó saliva y tuvo que darse ánimos antes de llamar para entrar. Pero no tenía por qué preocuparse, pues Pellew le miró sonriente desde su escritorio.

—¡Ah, señor Hornblower! Espero que esta noticia le parezca buena: mañana habrá un examen para pasar a la categoría de teniente en el Santa Bárbara. Espero que

ya esté preparado para hacerlo.

Hornblower iba a decir: «Creo que sí, señor», pero se detuvo, porque a Pellew no le gustaban las respuestas vagas.

—Sí, señor —dijo.

—Muy bien. Entonces preséntese allí a las tres de la tarde con sus certificaciones y sus diarios.

—Sí, señor.

La conversación había sido muy breve para la importancia del tema. Hacía dos meses que Hornblower había sido nombrado teniente interino por Pellew. Mañana iba a examinarse. Si aprobaba, el almirante confirmaría el nombramiento al día siguiente, y sería un teniente con dos meses de antigüedad. Pero si suspendía... Eso significaría que no le consideraban apto para tener el rango de teniente y volvería a ser un guardiamarina, perdería los dos meses de antigüedad y tendría que esperar al menos seis meses más para volver a examinarse. Ocho meses de antigüedad tenían gran importancia y podían afectar al futuro de su carrera.

—Dígale al señor Bolton que tiene mi permiso para salir de la fragata mañana. Y puede usar una de las lanchas.

—Gracias, señor.

—Buena suerte, Hornblower.

Durante las siguientes veinticuatro horas, Hornblower no sólo intentó leer completos el *Epitome of Navigation* de Norie y el *Handbook of Seamanship* de Clarke, sino también conseguir que su mejor uniforme estuviera impecable. Convenció al ayudante del cocinero, a cambio de su ración de *grog*, de que dejara al sirviente de los oficiales calentar una plancha en la cocina para planchar el pañuelo que se pondría al cuello. Bracegirdle le prestó una camisa limpia. A todo esto, Hornblower pasó un mal momento cuando descubrió que el betún que había en la sala de oficiales estaba agrietado de puro seco. Dos guardiamarinas lo suavizaron con manteca y aplicaron la mezcla resultante a sus zapatos de hebilla, pero la mezcla se resistía a coger brillo. Por fin, después de cepillar los zapatos muchas veces y de frotarlos con un paño seco, consiguieron que brillaran lo suficiente para presentarse a un examen de teniente. Y en cuanto al sombrero de tres picos... Su vida, como la de todos los sombreros de tres picos en la camarata de guardiamarinas, había sido dura, y algunas de las abolladuras no se podían eliminar por completo.

—Quítatelo tan pronto como puedas y manténlo debajo del brazo —aconsejó Bracegirdle—. Tal vez no te vean subir por el costado.

Todos subieron a la cubierta para ver bajar a Hornblower, con sus calzones blancos, sus zapatos de hebilla, sus diarios bajo el brazo y las certificaciones de sobriedad y buena conducta en el bolsillo.

Ya era muy avanzada la tarde de invierno cuando fue conducido hasta el *Santa*

*Bárbara*. Al llegar, subió por su costado y se presentó al oficial de guardia.

El *Santa Bárbara* era un barco prisión. Era una de las presas capturadas por Rodney en la batalla de Cádiz en 1780 y desde entonces estaba allí amarrado, desarbolado y pudriéndose. En tiempo de paz servía de almacén, y en tiempo de guerra, de prisión. Soldados con casacas rojas armados con mosquetes con la bayoneta calada vigilaban el portalón; en el castillo y en el alcázar había carronadas apuntadas hacia el interior del barco y hacia abajo para cubrir el combés, el lugar donde los prisioneros, tristes y harapientos, tomaban el aire. Cuando Hornblower subió por el costado, sintió el hedor que se desprendía desde dentro, donde estaban confinados dos mil prisioneros. Al llegar a bordo se presentó al oficial de guardia para informarle de que había llegado y cuál era el motivo de su presencia allí.

—¿Quién podría haberlo imaginado? —preguntó el oficial de guardia, un viejo teniente con el pelo blanco, largo hasta los hombros, observando el impecable uniforme de Hornblower y el portafolio que llevaba bajo el brazo—. Otros quince como usted ya están a bordo y... ¡Dios mío! ¡Mire!

Un grupo de embarcaciones pequeñas se acercaba al *Santa Bárbara*, en cada una había al menos un guardiamarina, con sus calzones blancos y su sombrero de tres picos, y en algunas, incluso cuatro o cinco.

—Todos los guardiamarinas de la escuadra del Mediterráneo ambicionan una charretera —dijo el teniente—. Espere a que el tribunal vea cuántos son ustedes... Si yo fuera usted, no me haría ilusiones de que fuera a conseguir algo. Vaya a popa y espere en la cabina de babor.

La cabina estaba ya bastante llena. Cuando Hornblower entró, quince pares de ojos le miraron de arriba abajo. Había allí oficiales de todas las edades entre los dieciocho y los cuarenta años, todos vestidos con su mejor uniforme, todos nerviosos. Uno o dos tenían sobre las piernas el *Epitome* de Norie y leían ansiosamente algunos fragmentos que no se sabían bien. Otros, que formaban un pequeño grupo, se pasaban unos a otros una botella, probablemente para animarse. Pero en cuanto Hornblower llegó, entraron de golpe muchos otros guardiamarinas. La cabina se llenaba cada vez más, y al poco tiempo estaba abarrotada. La mitad de los cuarenta hombres que la ocupaban se sentaron en el suelo, y los demás tuvieron que quedarse de pie.

—Hace cuarenta años mi abuelo acompañó a Clive a tomar venganza por lo que nos hicieron en el Agujero Negro de Calcuta —dijo alguien en voz alta—. ¡Si pudiera ver lo que el destino ha deparado a su descendiente...!

—Bebe un trago y no te preocupes —dijo otro guardiamarina.

—Somos cuarenta —dijo un oficial alto y delgado con aspecto de oficinista que contaba las cabezas—. ¿Cuántos aprobaremos? ¿Cinco?

—No te preocupes —repitió el guardiamarina de voz aguardentosa desde un rincón y luego, alzando la voz, empezó a cantar—: ¡Alejaos, temores, os ruego que os

*alejéis de mí!*

—¡Cállate, tonto! —gritó otro—. ¡Escucha eso!

El aire se llenó de los fuertes pitidos que daban el contramaestre y sus ayudantes, y alguien en la cubierta dio una orden.

—Un capitán va a subir a bordo —dijo alguien. Un guardiamarina miraba por la rendija de la puerta.

—Es Foster, *El Acorazado* —dijo.

—Es un tipo duro donde los haya —terció un joven gordo que estaba sentado cómodamente con la espalda apoyada en el mamparo.

Otra vez se oyeron pitidos.

—Es Harvey, del astillero —dijo el vigía.

El tercer capitán siguió inmediatamente a los demás.

—Es Charlie *El Negro* —dijo el vigía—. Mira como si hubiera perdido una guinea y hubiera encontrado una moneda de seis peniques.

—¿Charlie *El Negro*? —preguntó un guardiamarina, e inmediatamente se puso en pie y empezó a caminar hacia la puerta—. ¡Déjame ver! ¡Sí, es él! Entonces este guardiamarina no se quedará a esperar una respuesta. Sé muy bien la respuesta que me dará: «Siga navegando seis meses más, señor. Debería ser castigado por haber tenido la impertinencia de presentarse al examen sin saber nada». Charlie *El Negro* no olvidará que se me cayó su perro de lanas de un cúter en Port of Spain cuando él era primer oficial del *Pegasus*. Adiós, caballeros. Saluden de mi parte al tribunal.

Al decir esto, se marchó, luego todos le oyeron dar explicaciones al oficial de guardia y gritar para que una de las lanchas que estaba en el puerto le llevara a su barco.

—Uno menos —dijo el guardiamarina de aspecto de oficinista—. ¿Qué ocurre, señor?

—El tribunal les presenta sus respetos y desea que pase el primer guardiamarina —dijo un mensajero.

Hubo unos momentos de vacilación. Nadie quería ser la primera víctima.

—¡Eh, el que está más cerca de la puerta! —gritó un ayudante de oficial de derrota de cierta edad—. ¿Quiere ser el primero, señor?

—Yo seré el Daniel —dijo el vigía en tono angustiado—. Recordadme en vuestras plegarias.

Se alisó la casaca, se arregló el pañuelo del cuello y salió. Los demás esperaron en silencio, que sólo rompía algunas veces el gluglú que hacía el guardiamarina de voz aguardentosa al beber otro trago. Pasaron diez largos minutos antes de que el aspirante al ascenso regresara, haciendo un gran esfuerzo por sonreír.

—¿Seis meses más navegando? —preguntó alguien.

—No —fue la inesperada respuesta—. Tres... Me han dicho que pase el

siguiente. Deberías pasar tú.

—Pero, ¿qué te han preguntado?

—Han empezado por preguntarme qué es la línea de máxima carga... Pero os aconsejo que no les hagáis esperar.

Inmediatamente, alrededor de treinta guardiamarinas abrieron los libros de texto para leer todo lo que decían sobre la línea de máxima carga.

—Has estado ahí dentro diez minutos —dijo el guardiamarina con aspecto de oficinista, mirando su reloj—. Somos cuarenta, y a diez minutos cada uno... Llegará la medianoche y no dará tiempo a que todos nos examinemos. No podrán terminar.

—Estarán hambrientos —dijo un guardiamarina.

—Hambrientos, no; sedientos de nuestra sangre —dijo otro.

—Tal vez nos examinen en grupos, como los franceses —dijo otro.

Al oírles, Hornblower recordó a los aristócratas franceses bromeando al pie del cadalso. Los examinandos se iban y al poco tiempo regresaban, unos tristes y otros sonrientes. La cabina estaba ya más vacía. Hornblower tenía bastante espacio para sentarse y estirar despacio las piernas dando un suspiro de alivio. En cuanto dio el suspiro de alivio se dio cuenta de que había adoptado una actitud teatral para hacer buen papel, pero la verdad es que estaba muy nervioso. La noche invernal ya había llegado, y algunos buenos samaritanos llevaron algunas velas para alumbrar ligeramente la oscura cabina.

—Aprueban a uno de cada tres —dijo el guardiamarina con aspecto de oficinista, preparándose para irse porque le había llegado el turno—. Ojalá que yo sea el tercero.

Hornblower volvió a ponerse de pie cuando el guardiamarina se fue. El próximo era él. Salió a la entrecubierta y respiró el aire puro y frío de la oscura noche. El viento soplaba del sur y probablemente se enfriaba al pasar por las nevadas cumbres de los montes Atlas, en la parte africana del estrecho. No había luna ni estrellas. El guardiamarina con aspecto de oficinista regresó.

—Date prisa —dijo—. Están impacientes.

Hornblower pasó junto al centinela que vigilaba la cabina de popa y entró en ella. Había mucha luz en la cabina, tanta luz que se deslumbró, parpadeó y tropezó con algo. Recordó que no se había arreglado el pañuelo del cuello ni había comprobado si tenía el sable bien colocado. Siguió parpadeando nerviosamente frente a los tres rostros serios que estaban al otro lado de la mesa.

—Por favor, señor, preséntese —dijo una voz en tono irritado—. No tenemos tiempo que perder.

—Ho... Hornblower, señor. Ho... Horatio Ho... Hornblower. Gu... Guardiamarina. Quiero decir, teniente interino de la *Indefatigable*.

—Sus certificaciones, por favor —dijo el hombre que estaba a la derecha.

Hornblower se las dio, y cuando estaba esperando a que terminara de



examinarlas, el hombre que se encontraba a la izquierda dijo:

—Señor Hornblower, su barco está navegando de bolina con las velas amuradas a babor hacia el interior del Canal y Dover se encuentra a dos millas al norte y el viento sopla del noreste y es muy fuerte. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Ahora el viento rola cuarenta y cinco grados y empieza a hacer presión sobre la parte delantera de las velas. Entonces, ¿qué hace usted, señor? ¿Qué hace?

La mente de Hornblower, si podía pensar en algo, era en la definición de la línea de máxima carga. Esa pregunta cogió a Hornblower desprevenido, como en el caso en que le habían puesto de ejemplo. Abrió la boca y la cerró, pero no dijo nada.

—Ahora ya su barco está desarbolado —dijo el hombre que estaba en el centro.

Ese hombre tenía el rostro moreno, por lo que Hornblower dedujo que sería Charlie *El Negro*, Charlie Hammond. Pensó eso, pero no podía forzar su mente a concentrarse en el examen.

—Desarbolado —repitió el hombre que estaba a la izquierda con una sonrisa como la de Nerón viendo agonizar a los cristianos—. Tiene el acantilado de Dover por sotavento. Se encuentra usted en una situación grave, señor... Hornblower.

¡Y tan grave! Hornblower abrió la boca y la volvió a cerrar. Oyó un cañonazo no muy lejos, pero su mente embotada no le prestó mucha atención. Los miembros del tribunal tampoco comentaron nada sobre el cañonazo. Pero unos momentos después sonaron varios cañonazos seguidos, y los tres capitanes se pusieron en pie. Sin ceremonia alguna, salieron corriendo de la cabina, atropellando al centinela que estaba en la puerta. Hornblower les siguió. Llegaron al combés cuando una bengala desde lo alto del cielo en la noche oscura se transformaba en una cascada de estrellas rojas. Era la señal de alarma general. En el fondeadero podían oírse los tambores de todos los barcos llamando a la marinería a ocupar sus puestos. Junto al portalón se encontraban agrupados los restantes aspirantes, que estaban muy excitados y hablaban a gritos.

—¡Miren! —gritó una voz.

En medio de las negras aguas, a media milla de distancia, vieron en un barco una luz amarilla, que aumentó rápidamente hasta que el barco fue envuelto por las llamas. El barco tenía todas las velas desplegadas y navegaba en dirección al abarrotado fondeadero.

—¡Barcos bomba!

—¡Oficial de guardia! —gritó Foster—. ¡Llame a mi falúa!

Varios barcos bomba navegaban en fila con el viento en popa en dirección al grupo de barcos anclados en el fondeadero. En el *Santa Bárbara* había gran agitación, pues los marineros y los infantes de marina subían a la cubierta y los capitanes y los aspirantes gritaban para que las lanchas que había en el puerto les llevaran a sus

barcos. Entonces una fila de llamas anaranjadas iluminó el agua, y enseguida se oyó el rugido de una batería. Desde algún navío estaban disparando al barco bomba para hundirlo. Si el casco de alguno de esos barcos en llamas entraba en contacto con algún barco unos segundos, aunque fueran muy pocos, el fuego se propagaría rápidamente por la madera seca y pintada, por los cabos embreados y las velas, y nada podría apagarlo. En la mar, el mayor peligro para los marineros es el fuego, ya que los barcos arden con facilidad pues su material es combustible.

—¡Eh, la lancha! —gritó Hammond—. ¡Eh, la lancha! ¡Abórdese con el barco! ¡Abórdese con el barco! ¡Maldita sea!

Tenía la vista aguda y había logrado ver los remos de la lancha cuando pasaba cerca del barco.

—¡Abórdese con el barco o le disparo! —gritó Foster—. ¡Centinela, prepárese para dispararle!

Ante la amenaza, la lancha viró y avanzó hacia el pescante de popa del barco.

—Aquí está, caballeros —dijo Hammond.

Los tres capitanes bajaron rápidamente al pescante de popa y saltaron a la lancha. Hornblower les había seguido hasta allí. Sabía que había nulas posibilidades de que un oficial de poca antigüedad encontrara una lancha para regresar a su barco, adonde era su obligación volver tan pronto como fuera posible, y pensó que después que los capitanes llegaran a su destino, él podría usar esa lancha para ir a la *Indefatigable*. Saltó en el momento en que la lancha zarpaba y cayó en la bancada de popa, golpeando fuertemente al capitán Harvey, y la vaina de su sable chocó contra la borda. Pero los tres capitanes aceptaron su compañía sin protestar, a pesar de no haberle invitado.

—¡Al *Dreadnought*! —ordenó Foster.

—¡Yo soy el capitán de más antigüedad! —gritó Hammond—. ¡Al *Calypso*!

—¡Al *Calypso*! —gritó Harvey, cogiendo el timón y virando la lancha.

—¡Remen! —dijo Foster angustiado.

No hay peor tortura mental que la que produce a un capitán el hecho de no estar a bordo de su barco cuando se encuentra en peligro.

—Ahí hay uno —dijo Harvey.

Un poco más adelante había un pequeño bergantín que navegaba en dirección a ellos con las gavias desplegadas. Pudieron ver en el bergantín el resplandor del fuego y poco después vieron las llamas brotar con furia y envolverlo en un momento, como un conjunto de fuegos artificiales. Las llamas salían por las groeras de los costados y las escotillas. El agua que rodeaba el bergantín tenía un brillo rojizo. Entonces lo vieron detenerse y virar lentamente.

—Se dirige hacia el *Santa Bárbara* —dijo Foster.

—Está muy cerca —dijo Hammond—. Chocarán dentro de un minuto. Que Dios

ayude a los que están a bordo.

Hornblower pensó en los dos mil prisioneros españoles y franceses que estaban bajo la cubierta del barco.

—Si un hombre cogiera el timón, podría desviarla —dijo Foster—. Deberíamos intentarlo.

Entonces pasaron muchas cosas con rapidez. Harvey viró el timón enseguida.

—¡Remad! —gritó con furia a los remeros.

Los remeros, lógicamente, eran reacios a remar para acercarse a aquel barco en llamas.

—¡Remad! —gritó Harvey.

Entonces desenvainó la espada, que reflejó el rojo resplandor del fuego, y rápidamente apoyó la hoja contra la garganta del primer remero. El hombre, sollozando, movió el remo, y la lancha se movió bruscamente hacia delante.

—Lleva la lancha hasta abajo de la bovedilla —dijo Foster—. Saltaré hasta ella.

Hornblower pudo hablar por fin.

—Déjeme ir a mí, señor. Yo puedo gobernarlo.

—Venga conmigo, si quiere —dijo Foster—. Tal vez hagan falta dos personas.

Probablemente a Foster le habían dado el sobrenombre de *El Acorazado* por alusión al nombre de su barco, pero era muy adecuado para él por muchos otros motivos. Harvey acercó la lancha a la popa del barco bomba, que navegaba muy despacio, con el viento en popa, en dirección al *Santa Bárbara*.

Hornblower era el que estaba más cerca del bergantín, y puesto que no había tiempo que perder, se puso de pie en la bancada y saltó. Sus manos agarraron algo, y entonces subió una pierna y luego, con gran esfuerzo, consiguió arrastrar su cuerpo hasta la cubierta. Como el bergantín navegaba con el viento en popa, las llamas avanzaban hacia delante. Al final de la popa simplemente había un terrible calor, pero Hornblower oía rugir las llamas y crepitar la madera ardiendo. Avanzó hasta el timón y cogió las cabillas, pero vio que el timón estaba amarrado con un cabo. Entonces cortó el cabo y cogió de nuevo las cabillas y notó el movimiento de la pala del timón en el agua. Se apoyó en el timón con todo el peso de su cuerpo para darle la vuelta. El bergantín y el *Santa Bárbara* estaban a punto de chocar, los dos por la amura de estribor, y las llamas iluminaron a una multitud de hombres que estaban en el castillo del *Santa Bárbara*, dando gritos de angustia y haciendo gestos.

—¡Todo a estribor! —gritó Foster casi en el oído de Hornblower.

—¡Todo a estribor, señor! —gritó Hornblower.

El bergantín siguió el movimiento del timón, desvió la proa y no chocó.

Grandes llamas salieron por la escotilla que estaba detrás del palo mayor. El palo y sus aparejos ardieron como una tea embreada. Al mismo tiempo, una ráfaga de viento arremolinó hacia atrás una gran llama, y Hornblower, instintivamente, se quitó

el pañuelo y se cubrió la cara con él, manteniendo sujeto siempre el timón con una mano. La llama le rodeó y volvió a alejarse. La distracción había sido peligrosa, pues el bergantín había continuado girando y ahora su popa estaba cerca de la proa del Santa Bárbara. Desesperadamente, Hornblower movió el timón para el lado contrario. A causa de las llamas, Foster había retrocedido hasta el coronamiento, pero ahora volvió a acercarse.

—¡Todo a babor!

El bergantín siguió el movimiento del timón, chocó con el combés del *Santa Bárbara* por la parte de la aleta de estribor y luego se separó de él.

—¡Derecho!

El bergantín pasó por el lado del Santa Bárbara, a sólo dos o tres yardas de distancia, y al tiempo que pasaba, un grupo de hombres angustiados corría por el pasamano. En el alcázar otro grupo sostenía un palo con el fin de empujar el bergantín. Hornblower pudo verles al mirar de reojo hacia allí. Ahora el bergantín había dejado atrás el barco.

—¡Ahí está el *Dauntless*, por la amura de babor! —dijo Foster—. ¡Mantenga el bergantín alejado de él!

—¡Sí, señor!

El ruido del crepitar del fuego era tremendo. Era increíble que en aquella pequeña área de la cubierta se pudiera respirar y vivir. Hornblower sentía un terrible calor en las manos y en la cara. Los dos mástiles eran inmensas masas de fuego.

—¡Timón a estribor! —ordenó Foster—. ¡Lo encallaremos en el bajío de la zona neutral!

—¡Timón a estribor, señor!

Hornblower estaba muy excitado. El crepitar de las llamas le enardecía en vez de asustarle. En ese momento, a menos de cuatro pasos por delante del timón, las llamas salieron con fuerza por las juntas de las tablas de la cubierta, haciéndose el calor insoportable. El fuego se extendía hacia la popa a medida que las juntas quedaban destapadas.

Hornblower buscó el cabo para atar el timón, pero antes de encontrarlo, el timón giró sin que él lo moviera, probablemente porque los cabos que lo unían a la pala se habían quemado. Al mismo tiempo, la parte de la cubierta en la que tenía apoyados los pies se elevó y se abombó por causa del fuego. Retrocedió hasta el coronamiento, donde se encontraba Foster.

—Los cabos del timón se han quemado, señor —le informó Hornblower.

Las llamas se elevaban junto a ellos crepitando. La casaca de Hornblower ardía sin llamas.

—¡Salte! —gritó Foster.

Hornblower sintió el empujón de Foster. Estaba al borde de la locura. Saltó por

encima de la borda, se quedó unos momentos en el aire, jadeando, temblando de miedo, y fue a caer estrepitosamente al agua. Enseguida le cubrió, y, sintiendo un miedo cervical, luchó por salir a la superficie. El agua estaba fría (el Mediterráneo es frío en diciembre). Gracias al aire que tenía en la ropa podía mantenerse a flote, a pesar de que el sable pesaba mucho. No veía nada en la oscuridad, pues todavía le duraba el deslumbramiento que le habían producido las llamas. Notó que alguien chapoteaba junto a él.

—¡Nos estaban siguiendo para recogernos! —dijo Foster—. ¿Sabe nadar?

—Sí, señor, pero no muy bien —respondió.

—Igual que yo —dijo Foster y luego, alzando mucho más la voz, gritó—: ¡Eh! ¡Eh! ¡Hammond! ¡Harvey! ¡Eh!

Trató de subir tanto como su voz y cayó de espaldas en el agua. Golpeo varias veces el agua con las manos y la boca se le llenó de agua cuando iba a decir algo. Hornblower, aunque apenas tenía fuerzas para chapotear, advirtió algo que le pareció interesante (así era su caprichosa mente), que incluso los capitanes de mucha antigüedad eran simples mortales. Intentó en vano quitarse el cinto donde tenía colgado el sable y se hundió en el agua por el esfuerzo. Luchó por subir y pudo salir justamente a la superficie. Aspiró aire por la boca y volvió a intentar desabrochar el cinturón. Esta vez el sable salió a medias de la vaina, y como él siguió intentando quitárselo, terminó por salirse por su propio peso; sin embargo, no sintió alivio.

Entonces oyó el golpeteo de unos remos en el agua y unas voces y vio una lancha muy próxima y dio un grito. Uno o dos segundos después la lancha llegó adonde estaban ellos y él, muerto de miedo, se agarró a la borda.

Los tripulantes de la lancha subieron a Foster, y Hornblower sabía que no debía moverse ni intentar subir a bordo, pero tuvo que hacer un gran esfuerzo para quedarse allí agarrado a la borda hasta que le llegara su turno. No se explicaba por qué sentía tanto miedo, y se despreciaba a sí mismo por sentirlo. Gracias a su fuerza de voluntad, pudo soltar alternativamente las manos mientras se movían hacia la popa de la lancha, desde donde sus tripulantes podrían subirle a bordo. Finalmente, los tripulantes le arrastraron hasta el interior de la lancha, y él, a punto de desmayarse, se dejó caer en el fondo boca abajo. Entonces uno de los tripulantes habló, y Hornblower sintió un escalofrío y notó que sus músculos se tensaban, porque el hombre había hablado en un idioma desconocido que probablemente sería el español.

Otro hombre le respondió en la misma lengua. Hornblower trató de ponerse en pie, y alguien le puso una mano en el hombro para impedirle. Entonces dio una vuelta, y puesto que sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, pudo ver tres rostros morenos con grandes bigotes negros. Esos hombres no eran gibraltareños. Entonces sacó en conclusión que eran los tripulantes de uno de los barcos bomba, que habían llevado su embarcación hasta el puerto de Gibraltar le prendieron fuego y

luego escaparon en la lancha. Foster estaba sentado en el fondo de la lancha inclinado hacia delante y con la cabeza apoyada en las rodillas. En ese momento levantó la cabeza y miró a su alrededor.

—¿Quiénes son estos tipos? —preguntó con voz débil, pues la lucha por mantenerse a flote le había debilitado tanto como a Hornblower.

—Creo que son los tripulantes de un barco bomba español, señor —dijo Hornblower—. Somos prisioneros.

—¿Ah, sí?

La noticia le impulsó a moverse, como le había ocurrido a Hornblower. Intentó ponerse en pie, y el español que llevaba el timón le puso una mano en el hombro y le empujó hacia abajo. Foster trató de apartar su mano, dando un débil grito, pero el hombre estaba decidido a no tolerar ningún disparate y con gran rapidez se sacó un cuchillo de la bandolera. El resplandor del fuego del barco bomba, que se quemaba en el bajío a cierta distancia de allí, hizo brillar el cuchillo, y Foster dejó de forcejear. Foster era merecedor del sobrenombre *El Acorazado* que le habían dado sus hombres, pero sabía cuándo había que actuar con prudencia.

—¿Con qué rumbo navegamos? —preguntó a Hornblower lo bastante bajo como para no irritar a sus captores.

—Norte, señor. Tal vez tengan intención de desembarcar en la zona neutral y luego ir hasta La Línea.

—Eso es lo más conveniente para ellos —dijo Foster.

Volvió la cabeza para ver el puerto.

—Otros dos barcos se están quemando allí —dijo—. Creo que sólo había tres barcos incendiarios.

—Yo vi tres, señor.

—Entonces no han hecho daño. La acción ha sido arriesgada. ¿Quién podría pensar que los españoles fueran capaces de hacer algo así?

—Tal vez hayan aprendido con nosotros a lanzar barcos bomba, señor —sugirió Hornblower.

—¿Cree usted que «hemos movido la piedra de amolar que afila el acero»?

—Es posible, señor.

Foster era lo bastante aplomado como para decir un verso y hablar de la situación en que se encontraban los barcos mientras uno de los españoles que le habían capturado le vigilaba con un cuchillo en la mano. «Aplomado» era el adjetivo más apropiado para calificarle. A diferencia de él, Hornblower temblaba de frío porque su ropa estaba mojada, porque el viento de la noche era helado y porque él estaba débil y extenuado por la excitación que había tenido y los esfuerzos que había hecho durante el día.

—¡Eh, la lancha! —gritó una voz a cierta distancia, donde se veía un bulto negro.

El español que estaba sentado en la bancada de popa movió el timón, y el bote avanzó en dirección contraria. Al mismo tiempo los dos remeros redoblaron sus esfuerzos.

—Una lancha de guardia... —empezó a decir Foster, pero se interrumpió cuando el cuchillo hizo un movimiento amenazador.

Naturalmente, había una lancha de guardia en la parte norte del fondeadero. Debían haberlo tenido en cuenta.

—¡Eh, la lancha! —volvió a gritar la voz—. ¡Dejen de mover los remos o disparo!

El español no respondió. Un segundo después se vio un fogonazo y se oyó un tiro de mosquete. No supieron dónde dio la bala; pero el tiro alertó a la escuadra, hacia la que se dirigía la lancha otra vez. Los españoles estaban decididos a jugar hasta el final y siguieron remando con rapidez.

—¡Eh, la lancha!

Ese grito salió de otra lancha, que estaba a cierta distancia por delante de ellos. Los remeros, desalentados, se quedaron inmóviles, pero al oír el grito del hombre que iba en la bancada de popa, volvieron a remar. Hornblower pudo ver la lancha recién llegada delante de ellos, y oyó a alguien de a bordo dar otro grito y al mismo tiempo sus tripulantes dejaron de mover los remos. El español que llevaba el timón gritó una orden, y el primer remero ció, y la lancha viró. Luego dio otra orden, y ambos remeros volvieron a remar con rapidez, y la lancha arremetió contra la lancha recién llegada. Si los españoles lograban volcar esa lancha, podrían escapar mientras los hombres de la lancha que les perseguía recogían a sus compañeros.

Todo sucedió muy rápidamente, mientras todos los hombres gritaban con todas sus fuerzas. Se oyó el ruido de la colisión. La proa de la lancha española chocó con la lancha británica, pero sin fuerza suficiente para volcarla, y entonces las dos embarcaciones escoraron tremendamente. Alguien disparó una pistola, y enseguida la lancha de guardia que les perseguía se abordó con la lancha española y subieron a bordo inmediatamente. Un marinero se arrojó sobre Hornblower y le apretó el cuello con una mano, impidiéndole respirar, y luego le apretó más y más como si siquiera ahogarle. Hornblower oyó a Foster dar gritos de protesta, y el hombre que le estaba ahogando le soltó. Entonces oyó al guardiamarina de la lancha de guardia disculparse por haber tratado tan mal a un capitán de navío de la Armada real. Alguien abrió las portezuelas del farol de la lancha de guardia, y su luz alumbró a Foster, que estaba magullado y sucio, y a los enfurecidos prisioneros.

—¡Eh, las lanchas! —gritó otra voz, y otra lancha surgió de la oscuridad y empezó a navegar en dirección a ellos.

—¿Es usted, capitán Hammond? —gritó Foster en un tono irritado que era un mal presagio.

—¡Gracias a Dios! —dijo Hammond, y su lancha avanzó hacia el círculo iluminado.

—Pero no gracias a usted —dijo Foster con rabia.

—Después que ustedes separaron el bergantín del *Santa Bárbara*, una ráfaga de viento lo hizo moverse con tanta rapidez que no pudimos seguirlo de cerca —dijo Harvey.

—Lo seguimos navegando a la velocidad que logramos que remarán estos escorpiones —añadió Hammond.

—Sin embargo, fue necesario que vinieran los españoles a salvarnos de perecer ahogados —dijo Foster en tono sarcástico, probablemente amargado por el recuerdo de la lucha por mantenerse a flote—. Pensé que podía confiar en dos capitanes que eran buenos compañeros.

—¿Qué insinúa usted, señor? —preguntó Hammond.

—No insinúo nada, pero algunos pueden considerar una insinuación la simple constatación de un hecho.

—Creo que eso es una ofensa a mí y al capitán Hammond, señor —dijo Harvey.

—Le felicito por su perspicacia, señor —dijo Foster.

—Comprendo —dijo Harvey—. No debemos continuar esta discusión delante de estos hombres. Le enviaré a mi padrino.

—Será bienvenido.

—Le deseo que pase una buena noche, señor.

—Yo también —dijo Hammond—. ¡Ciad!

La lancha se alejó del círculo iluminado, dejando tras de sí a un grupo de espectadores sorprendidos de que un hombre pudiera tener un comportamiento tan extraño, de que un hombre llegara voluntariamente y sin motivo a una situación peligrosa después de haber sido salvado de morir y de ser encerrado en una prisión.

—Tengo que hacer muchas cosas antes de que llegue el día —dijo como para sí y llamó al guardiamarina de la lancha de guardia—. Hágase cargo de los prisioneros, señor, y lléveme a mi barco.

—Sí, señor.

—¿Alguno de ustedes sabe hablar su lengua? Quisiera que les dijera que les mandaré a Cartagena en un barco con bandera blanca y que no serán canjeados por otros prisioneros. Nos salvaron la vida —dijo, volviéndose hacia Hornblower—, y eso es lo menos que podemos hacer para recompensarles por ello.

—Creo que eso es justo, señor.

—Y a usted, mi amigo tragafuegos, le doy las gracias. Obró usted muy bien. Si sigo vivo después de mañana, me encargaré de informar a las autoridades de su comportamiento.

—Gracias, señor.



Hornblower tenía una pregunta en los labios, pero tardó en decidirse a hacerla.

—¿Y mi examen, señor? ¿Mi certificación?

—Creo que ese tribunal nunca volverá a reunirse —dijo Foster negando con la cabeza—. Debe esperar a que se le ofrezca la oportunidad de presentarse ante otro tribunal.

—Sí, señor —dijo Hornblower en tono triste.

—Escúcheme, Hornblower —dijo Foster en tono malhumorado—. Si no recuerdo mal, el viento estaba haciendo presión sobre la parte delantera de las velas de su barco y, además, su barco estaba a punto de perder los palos y tenía el acantilado de Dover por sotavento. Uno o dos minutos después habría suspendido. Le salvó el cañonazo de alarma, ¿no es cierto?

—Creo que sí, señor.

—Entonces agradezca a su suerte las pequeñas cosas buenas que le traiga. Y agradézcale aún más las grandes.

## CAPÍTULO 9

### EL ARCA DE NOÉ



El teniente interino Hornblower, con los pies rodeados de bolsas de oro, iba sentado en la bancada de popa de la lancha junto al señor Tapling, un funcionario del servicio diplomático. A un lado se alzaba el acantilado que bordea el golfo de Orán, y enfrente, sobre una colina, que comienza en la orilla del mar, iluminada por el cálido sol mediterráneo, la blanca ciudad moruna, que parecía una masa de bloques de mármol colocados en desorden. La tripulación remaba rítmicamente, hundiendo los remos una y otra vez en las tranquilas aguas del golfo, ahora de color verde esmeralda. La lancha acababa de dejar atrás las aguas azul intenso del Mediterráneo.

—¡Qué hermosa vista! —exclamó Tapling, dirigiendo la mirada a la ciudad a la que se iban acercando—. Pero cuando uno la ve desde más cerca, se da cuenta de que las apariencias engañan, incluso a su nariz. El hedor de los creyentes de la religión verdadera tiene que ser oído para ser creído. Señor Hornblower, amarre la lancha en esa parte del muelle, al otro lado de esos jabeques.

—Sí, señor —asintió el timonel cuando Hornblower le dio la orden.

—Hay un centinela en la batería del puerto, pero está medio dormido —dijo Tapling, mirando a su alrededor—. Mire esos cañones de los dos castillos. No me cabe la menor duda de que son de treinta y dos libras. Siempre están listos para lanzar los bolaños, y los mil pedazos en que se dividen por el impacto causan más daños que el bolaño entero. La muralla de la ciudad parece bastante gruesa. Me temo que sería difícil tomar Orán en un *coup de main*. Si a Su Alteza el bey se le antoja quedarse con nuestro oro y cortarnos el cuello, me temo que tardarían mucho tiempo en vengar nuestra muerte.

—De todas las maneras, no creo que a uno le produzca satisfacción el saber que vengarán su muerte, señor —replicó Hornblower.

—Quizá tenga usted razón, pero estoy seguro de que Su Alteza no nos quitará la vida por esta vez. No se atreverá a matar la gallina de los huevos de oro. Para un bey pirata, en los tiempos que corren en que los convoyes escasean, la posibilidad de recibir una lancha cargada de oro todos los meses es inestimable.

—¡Remad despacio! —gritó el timonel.

La lancha llegó al muelle y fue amarrada con cuidado. Había allí algunos hombres sentados a la sombra, y unos volvieron la cara, indiferentes, y otros con más atención se quedaron fijos los ojos en los tripulantes de la lancha británica. En la

cubierta de los jabeques aparecieron los rostros morenos de numerosos moros. Éstos miraron a los de la lancha, y uno o dos les gritaron algo.

—Seguro que están nombrando a los antepasados de todos nosotros, los infieles —sentenció Tapling—. Los palos y las piedras pueden romperme los huesos, pero los insultos me hacen muy poco daño, y mucho menos cuando no los entiendo. ¿Dónde está nuestro contacto?

Poniéndose la mano sobre los ojos para protegerlos del sol, miró a ambos lados del muelle.

—No veo a nadie, señor —dijo Hornblower—. Allí veo a un hombre, pero parece un cristiano.

—Nuestro contacto no es cristiano —replicó Tapling—. Es blanco, pero no cristiano. Y es blanco por casualidad, pues es una mezcla de francés y árabe de Levante. Es el cónsul británico en Orán *pro tempore* y musulmán por conveniencia, aunque ser creyente de la religión verdadera tiene sus inconvenientes. ¿A quién le puede gustar tener cuatro esposas al mismo tiempo, si tiene que pagar por ese privilegio absteniéndose de beber vino?

Tapling subió al muelle, y Hornblower le siguió. Las mansas olas del golfo rompían en las grandes piedras que tenían a sus pies, y reflejaban el ardiente sol del mediodía que subía hasta sus rostros. Lejos, en las aguas azules y plateadas de la entrada del golfo, las siluetas de dos barcos anclados: uno mercante y la fragata *Indefatigable*.

—Yo soportaría cualquier cosa antes que eso —añadió Tapling.

Luego se volvió hacia la muralla que protegía la ciudad de los ataques por mar, donde una estrecha puerta flanqueada por bastiones daba al puerto. En lo alto de la muralla vio a los centinelas con caftanes rojos, y notó que algo se movía en la sombra que daba el arco de la puerta de la ciudad, pero no podía ver bien qué era porque el sol le deslumbraba. Pronto surgió de la sombra un grupito encabezado por un hombre grueso con chilaba azul, montado sobre un pollino a mujeriegas y un negro semidesnudo que tiraba del ronzal. El grupo caminaba en dirección a ellos.

—¿Cree que deberíamos ir al encuentro del cónsul británico? —preguntó Tapling—. No. Mejor dejemos que venga él aquí.

El negro detuvo el asno de cansino andar cuando llegó a ellos. El hombre que iba montado descabalgó y avanzó hacia ellos. Era un hombre corpulento con chilaba y turbante en la cabeza; andaba como un pato y con las piernas tan separadas como le permitía la chilaba. Tenía la cara ancha, del color de la arcilla, los labios y la barbilla cubiertos por un bigote y una barba poco poblados.

—Soy su humilde servidor, señor Duras —dijo Tapling—. Permítame presentarle al teniente interino Horatio Hornblower, oficial de la fragata *Indefatigable*.

El señor Duras inclinó su sudorosa cabeza.

—¿Ha traído el dinero? —preguntó en un francés con pronunciación gutural.

Hornblower tardó unos momentos en adaptar su mente a esa lengua y su oído a la pronunciación de Duras.

—Siete mil guineas —respondió Tapling en un francés aceptable.

—Bien —dijo Duras con claras muestras de alivio—. ¿Están en la lancha?

—Están en la lancha y se quedarán en la lancha el tiempo que sea preciso —respondió Tapling—. ¿Recuerda los términos de nuestro acuerdo? Cuatrocientas vacas gordas y lustrosas, y quinientas fanegas de cebada. En cuanto vea las barcazas cargadas con todo eso abordadas a los barcos anclados a la entrada del golfo, el dinero es suyo. ¿Tiene la mercancía preparada?

—Pronto.

—Como esperaba. ¿Dentro de cuánto tiempo?

—Pronto, muy pronto.

Tapling hizo una mueca de resignación.

—Si es así, regresamos a los barcos y mañana o pasado mañana volvemos con el oro. Usted dirá.

En el sudoroso rostro de Duras se reflejó el miedo.

—¡No, no haga eso! —exclamó Duras en tono angustioso—. No conoce usted a Su Alteza el bey. Es un hombre irritable. Si sabe que el oro está aquí, dará orden de que traigan el ganado, pero si usted se lleva el oro, no se moverá. Y... y... montará en cólera conmigo.

—*Ira principis mors est* —concretó Tapling. Y para responder a la mirada con que Duras expresaba su asombro y le suplicaba que le tradujera la frase, dijo—: La ira del príncipe significa la muerte, ¿no es cierto?

—Sí —contestó Duras y hendiendo el aire con los dedos, y haciendo un extraño gesto, dijo algo en una lengua desconocida que luego tradujo y exclamó—: ¡Ojalá que eso no ocurra!

—¡Esperamos que eso no ocurra! —contestó Tapling con voz amable—. No cabe duda de que el escorpión, los varazos en la planta de los pies y el apretón de la garganta con una cuerda hecha de tripa son molestos. Sería conveniente que hablara con el bey y le convenciera de que ordenara traer el ganado y la cebada. De lo contrario, nos vamos tan pronto como anochezca.

Tapling miró al sol para reforzar la idea de que estaría allí un tiempo limitado.

—Iré —replicó Duras, haciendo un gesto de resignación con las manos—. Iré, pero le ruego que no se vaya. Posiblemente Su Alteza esté ocupado en el harén, y allí nadie puede molestarle. No obstante, trataré de verle. La cebada ya está preparada. Está en la parte vieja de la ciudad. Sólo falta traer el ganado. Por favor, tenga paciencia, se lo ruego. Su Alteza no está acostumbrado a comerciar, como usted sabe, y mucho menos a comerciar con los europeos.

Duras se secó el sudor de la cara con una punta de su chilaba.

—Discúlpeme —insistió—. No me encuentro bien. No obstante, iré a ver a Su Alteza. Iré. Espere por mí, por favor.

—Hasta el crepúsculo —advirtió Tapling sin ablandarse.

Duras llamó a su esclavo negro, que había permanecido agachado bajo la barriga del burro aprovechando la sombra que daba. Con no poco esfuerzo subió su pesado cuerpo al pollino y se sentó en la albarda. Luego volvió a secarse la cara y les miró con ansiedad.

—Espere por mí, señor —fueron las últimas palabras que dirigió a Tapling antes de que el asno echara a andar en dirección a la puerta de la ciudad.

—Tiene miedo al bey —masculló Tapling mientras le veía alejarse—. Pero yo preferiría enfrentarme no a un bey, sino a veinte antes que al almirante sir John Jervis enfurecido. ¿Qué dirá cuando se entere de que se demora la entrega precisamente cuando se han reducido las raciones en la escuadra? ¡Me sacará los hígados!

—No se puede esperar puntualidad de esta gente —observó Hornblower con la tranquilidad de quien no tiene la responsabilidad de un asunto.

Sin embargo, pensó que la Armada británica, que padecía el bloqueo de una Europa hostil sin amigos ni aliados, haciendo frente a fuerzas superiores en número, a tormentas y a enfermedades, ahora también tendría que hacer frente al hambre.

—¡Mire eso! —exclamó Tapling de pronto, señalando un punto en concreto.

Una enorme rata gris salía de una de las bocas de las secas alcantarillas del puerto. A pesar del sol abrasador, la rata se quedó allí inmóvil, mirando a su alrededor. Tapling dio un golpe en el suelo con el pie, pero la rata ni se inmutó. Volvió a dar otro golpe, y entonces sí, la rata, muy despacio, fue a esconderse en la alcantarilla, pero dio un tropezón y se retorció unos momentos delante de la misma boca del albañal hasta que logró apoyar otra vez todas las patas en el suelo y, finalmente, se escondió en la oscuridad.

—Parece una rata vieja —arguyó Tapling, pensativo—. Posiblemente decrepita e incluso ciega.

A Hornblower no le importaban las ratas en absoluto, ni decrepitas ni de ninguna otra forma. Retrocedió uno o dos pasos para acercarse a la lancha, y el funcionario le siguió.

—Largue la vela mayor; así podremos sentarnos a su sombra, Maxwell —rogó Hornblower—. Estaremos aquí todo el día.

—Es un descanso que estemos en un puerto pagano —terció Tapling, sentándose en un proís cercano a la lancha—. No hay que preocuparse ni porque los marineros intenten escapar, ni porque se emborrachen, sólo por el ganado y la cebada. Y quizá también por hacer saltar la chispa en este yesquero.

Sopló por la boquilla de la pipa que se había sacado del bolsillo, lo que debía

hacer antes de llenarla otra vez. Ahora la vela mayor daba sombra a la lancha, y algunos tripulantes se habían agrupado en la proa para contarse sus aventuras en voz baja y otros descansaban cómodamente sentados en la bancada de popa. La lancha se balanceaba entre las suaves olas, y los rítmicos crujidos de las defensas cuando eran aplastadas por la borda contra el muelle producían un efecto tranquilizador. La ciudad y el puerto dormitaban bajo la canícula de la tarde. Pero a un hombre joven y activo como Hornblower le resultaba difícil estar tanto tiempo de brazos caídos. Subió al muelle con el fin de estirar las piernas y recorrerlo caminando de punta a punta. Un moro con chilaba blanca y turbante iba por la orilla del puerto tambaleándose y con las piernas muy abiertas para que su cuerpo tuviera mayor estabilidad.

—¿No había dicho usted que los musulmanes detestaban el alcohol? —preguntó Hornblower a Tapling, que ahora estaba en la bancada de popa.

—No tienen que aborrecerlo forzosamente —repuso Tapling con prudencia—. Está anatematizado y es difícil de encontrar, pero lo ilegal es beberlo.

—Pues he ahí un hombre que ha logrado encontrar un poco, señor —señaló Hornblower.

—Déjeme ver —repuso Tapling, subiendo al muelle.

Los marineros, cansados de esperar e interesados más que nunca en el alcohol, también subieron para verle.

—Efectivamente, parece un hombre que ha bebido alcohol —dijo Tapling.

—Mucho diría yo, señor —corrigió Maxwell cuando vio al moro bambolearse.

—Está achispado, no cabe duda —añadió Tapling al ver que el moro daba media vuelta.

Antes de girarse del todo, el moro se cayó de bruces. Estiró las piernas fuera de la chilaba y volvió a encogerlas un par de veces; por fin se quedó tumbado en el muelle con la cabeza apoyada sobre los brazos. Al caérsele el turbante, dejó a la vista su cabeza, rapada por todas partes menos por la coronilla, donde aún tenía un mechón de pelo.

—Está completamente borracho —aseguró Hornblower.

—Como una cuba —corroboró Tapling.

Y el moro seguía allí tumbado sin darse cuenta de nada.

—Ahí viene Duras —observó Hornblower.

Por la puerta de la ciudad salía de nuevo un hombre corpulento montado sobre un pollino, acompañado de otro hombre robusto, que le seguía también en otro burro; y cada burro llevado por el ronzal por un esclavo negro. Detrás venía una docena de hombres de rostro moreno, y por sus mosquetes y por la imitación de su uniforme podía deducirse que eran soldados.

—El tesorero de Su Alteza —señaló Duras para presentar al hombre principal cuando ambos desmontaron—. Ha venido a recoger el oro.

El moro, de notable corpulencia, les miró con arrogancia. Duras todavía sudaba copiosamente bajo los cálidos rayos del sol.

—El oro está ahí junto a la bancada de popa de la lancha —repuso Tapling, señalando un lugar de la lancha—. Podrá verlo de cerca cuando nosotros también veamos de cerca las mercancías que queremos comprar.

Duras tradujo sus palabras al árabe y tuvo una breve conversación con el tesorero en la que, aparentemente, consiguió que se aviniera a razones. El tesorero se volvió hacia las murallas e hizo una señal, evidentemente una señal convenida, gesticulando y haciendo aspavientos con los brazos. Al instante salió por la puerta una desganada procesión formada por una larga fila de hombres blancos, negros y mulatos medio desnudos que andaban tambaleándose bajo el peso de los costales de cebada. Y junto a ellos caminaban el capataz y sus ayudantes, todos ellos portando flexibles varas.

—El dinero —gritó de malos modos Duras, después de que el tesorero le dijera algo.

Tapling dio una orden y los marineros se dedicaron a subir al muelle las bolsas de oro.

—Como ya han traído la cebada al muelle, yo también pongo el dinero en el muelle —dijo Tapling a Hornblower—. Vigílelo mientras inspecciono algunos costales.

Tapling se acercó adonde estaba el grupo de esclavos e inspeccionó unos costales, abriéndolos y mirando lo que tenían dentro e incluso examinando algunos puñados del dorado cereal; al resto bastó simplemente con palparlos por fuera.

—No es posible inspeccionar todos los costales de un cargamento de cien toneladas de cebada —dijo al regresar adonde estaba Hornblower—. Seguro que muchos tienen arena, pero los paganos comercian así. Al convenir el precio, se tuvo en cuenta esto. Muy bien, señor.

Duras hizo una señal, y los esclavos, apremiados por el capataz y sus ayudantes, echaron a andar otra vez y llevaron los costales hasta el borde del muelle y los dejaron caer en una barcaza que estaba allí anclada. Los primeros doce esclavos formaron una brigada de trabajo para distribuir la carga uniformemente en el fondo, y los demás volvieron atrás, con sus cuerpos bañados en sudor, para recoger más costales. En ese momento aparecieron en la puerta dos vaqueros que conducían una manada de novillos.

—¡Qué animales más raquítricos! —exclamó Tapling, apenas les echó la vista encima—. Pero esto también se tuvo en cuenta al convenir el precio.

—El oro —exigió Duras.

Tapling abrió una de las bolsas que tenía a su lado, se llenó las manos de guineas y luego las abrió, para que las monedas pasaran por entre sus dedos y cayeran en la bolsa otra vez como una cascada.

—Quinientas guineas —dijo—. Catorce bolsas, como puede ver. Serán suyas cuando las barcazas estén cargadas y desamarradas.

Duras se secó la cara con gesto cansino. Parecía que se le habían doblado las piernas, y se recostó en el pollino que estaba detrás de él.

El ganado estaba entrando por el portalón de otra barcaza, y ya había llegado otra manada de novillos y esperaba para entrar.

—Las cosas van más rápidas de lo que usted esperaba —dijo Hornblower.

—Fíjese cómo tratan a esos pobres desgraciados —se compadeció Tapling en tono sentencioso—. ¡Mire! Las cosas van más rápidas cuando a uno no le importan los demás seres humanos.

Un esclavo negro se había caído al suelo, bajo la pesada carga que llevaba, y allí seguía echado a pesar de la lluvia de golpes que le propinaban el capataz y sus ayudantes con sus varas. Sólo movió las piernas unos momentos. Al final, alguien le apartó del camino y le arrastró dejando que los demás continuaran llevando los costales a la barcaza. La otra se iba llenando rápidamente con las reses vacunas, que no cesaban de bramar y ya formaban a bordo una masa compacta en la que no era posible hacer ningún movimiento.

—Su Alteza está cumpliendo su palabra —aseguró Tapling, asombrado—. Sin embargo, si me hubiera dicho que sólo me daba la mitad, me habría contentado con ella.

Uno de los vaqueros se había sentado en el muelle con la cara entre las manos y en ese momento se inclinó despacio hacia un lado y cayó al suelo.

—Señor... —balbuceó Hornblower a Tapling, y cuando los dos se miraron, cruzó por sus mentes la misma idea espantosa.

Duras murmuró entre dientes. Hablaba con voz ronca, con una mano apoyada en el pollino y haciendo gestos con la otra, como si sostuviera una conversación, aunque sólo decía frases incoherentes. Su cara, que siempre daba la sensación de estar hinchada debido a su gordura, ahora estaba mucho más abultada; a sus mejillas había afluido tanta sangre que parecían mucho más oscuras que el resto de su rostro moreno; sus facciones parecían muy diferentes. En ese momento dejó de sujetarse al burro y empezó a moverse de modo tan extraño que describía media circunferencia hacia un lado y luego hacia el otro, ante la atenta mirada de los moros y los ingleses; por fin su voz se convirtió en un murmullo, se le doblaron las piernas, cayó de rodillas, apoyó las manos en el suelo y, finalmente, se cayó de bruces.

—¡Es la peste! —gritó Tapling—. ¡La peste negra! La vio en Esmirna en el año 96.

Tapling y otros ingleses se apartaron a un lado, y los soldados y el tesorero a otro; el tembloroso cuerpo del moro permaneció en el espacio que había entre ellos.

—¡La peste! —gritó uno de los jóvenes marineros e hizo ademán de correr en



dirección a la lancha.

—¡Quieto! —gritó Hornblower, que, a pesar de temer a la peste, estaba tan acostumbrado a observar la disciplina que había dominado fácilmente el miedo.

—¡Qué tonto he sido! —exclamó Tapling—. ¿Cómo no pensé en esto antes? La rata moribunda... Ese tipo que nos pareció que estaba borracho... ¡Debí haberme dado cuenta!

El soldado que parecía ser el sargento al mando de la escolta del tesorero hablaba a gritos con el capataz del grupo de esclavos, y ambos se dirigieron miradas de compenetración y señalaron a Duras. El tesorero, con la chilaba arremangada, miraba horrorizado al desgraciado, que yacía en el suelo delante de él.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora, señor?

Hornblower, por su manera de ser, decidía con rapidez cuando se encontraba en una situación difícil.

—¿Qué hacemos? —repitió Tapling con una sonrisa amarga en los labios—. Nos quedaremos aquí y nos pudriremos.

—¿Aquí?

—No nos permitirán volver a la escuadra hasta que pasemos tres semanas en cuarentena en Orán, tres semanas después de que haya aparecido el último caso.

—¡Tonterías! —exclamó Hornblower, olvidando el respeto debido a una persona de más categoría—. Nadie ordenaría tal cosa.

—¿Ah, no? ¿Ha visto alguna vez declararse una epidemia en la Armada?

Hornblower no tenía la menor idea de qué pasaba en esos momentos, aunque sí había oído hablar mucho al respecto. Recordaba que en algunas escuadras nueve de cada diez marineros morían a causa de una epidemia de fiebres palúdicas. Un barco abarrotado, donde cada hombre dispone de un espacio de apenas veintidós pulgadas para colgar su coy, es el lugar ideal para que se propague una epidemia. Sabía que ningún capitán ni ningún almirante correría ese riesgo por los veinte hombres que iban en la lancha.

Los dos jabeques que estaban en el muelle soltaron las amarras, sacaron los remos y ahora ya salían del puerto.

—Seguro que la epidemia se ha declarado hoy —murmuró Hornblower, cuyo hábito de hacer deducciones era más poderoso que el miedo.

Los vaqueros habían terminado su trabajo y se alejaban de allí pasando sin hacer caso del vaquero que yacía sobre el muelle. En la puerta de la ciudad, los guardias trataban de hacer retroceder a la gente. Seguramente había corrido el rumor de que la peste había empezado a extenderse y esto había causado el pánico de los habitantes, y los guardias habían recibido orden de impedirles que fueran a otros lugares del país. Dentro de poco sucederían horribles acontecimientos en la ciudad. El tesorero subió a su asno, y los esclavos que cargaban la cebada se dispersaron porque el capataz y sus

ayudantes habían huido.

—Debo dar parte al capitán —dijo Hornblower.

Puesto que Tapling era un funcionario del servicio diplomático y, por tanto, un civil, no tenía autoridad alguna sobre Hornblower. El guardiamarina era el único responsable de lo que le ocurriera a la lancha y a los marineros que estaban bajo su mando, que el capitán Pellew en persona, cuya autoridad emanaba del rey, le había confiado.

Era asombroso cómo se propagaban las noticias y el pánico. El tesorero se había ido a todo escape; el esclavo negro de Duras había huido en el asno de su amo; los soldados, formando un grupo compacto, se alejaban corriendo. En el puerto solamente quedaban los muertos y los moribundos. En cambio, por el camino que desde cerca de la muralla iba a los campos del interior del país, se apelotonaba la gente huyendo de la ciudad. Los ingleses estaban solos, con las bolsas de oro delante.

—La peste se propaga por el aire —dijo Tapling—. Hasta las ratas mueren. Nosotros hemos estado aquí varias horas y nos hemos acercado tanto a... ése —dijo, señalando con la cabeza a Duras— para hablar con él que hemos aspirado su aliento. ¿Quién de nosotros será el primero?

—Ya veremos cuando llegue el momento —declaró Hornblower, pues siempre trataba de sobreponerse al desánimo mostrándose optimista y, además, no quería que los marineros oyeran lo que decía Tapling.

—¿Y la escuadra? —preguntó Tapling con amargura—. Estas provisiones —dijo, señalando con la cabeza las dos barcas abandonadas, una con el ganado y la otra casi llena de costales de cebada— serían para ella como un don del cielo. Los marineros sólo reciben ahora dos tercios de su ración.

—Pero podemos hacer algo para solucionar este problema —insinuó Hornblower—. Maxwell, vuelva a poner las bolsas de oro en la lancha y arríe esa vela.

El oficial de guardia de la *Indefatigable* vio que la lancha regresaba de la ciudad. Una suave brisa balanceaba a la fragata y al *Caroline*, un bergantín empleado como transporte, pero la lancha, en vez de abordarse con el costado de la fragata, se abordó con la aleta de sotavento.

—¡Señor Christie! —gritó Hornblower, poniéndose de pie en la proa de su embarcación.

El oficial de guardia se acercó al coronamiento.

—¿Qué pasa? —preguntó con asombro.

—Tengo que hablar con el capitán.

—Pues suba a bordo y hable con él. ¿Qué demonios...?

—Por favor, diga al capitán que quisiera hablar con él.

Pellew se asomó a la ventana de cabina de popa, pues estaba oyendo la conversación.

—¿Qué desea, señor Hornblower?

Hornblower le contó lo que ocurría.

—Manténgase a sotavento, señor Hornblower.

—Sí, señor. Pero las provisiones...

—¿Qué pasa con ellas?

Hornblower le contó en qué situación se encontraban y le hizo una petición.

—No es normal —dijo Pellew—. Además...

No quiso decir en voz alta que pensaba que probablemente dentro de poco tiempo todos los tripulantes de la lancha morirían a causa de la peste.

—Estaremos bien, señor. Son las raciones de una semana de toda la escuadra.

Eso era lo importante, lo fundamental. Pellew tenía que comparar la desventaja de la posible pérdida de un bergantín con la ventaja de conseguir provisiones, que era mucho más importante, ya que permitiría a la escuadra mantener la vigilancia de la salida del Mediterráneo. Y teniendo en cuenta esto, la sugerencia de Hornblower parecía conveniente.

—Muy bien, señor Hornblower. Cuando traiga las provisiones, ya la tripulación del bergantín se habrá trasladado. Le entrego el mando del *Caroline*.

—Gracias, señor.

—El señor Tapling seguirá con usted.

Muy bien, señor.

Cuando los tripulantes de la lancha, remando con fuerza y empapados en sudor, llevaron las dos barcasas a la entrada de la bahía, encontraron el *Caroline* vacío y vieron que una docena de catalejos de la *Indefatigable* se dirigían hacia ella para observar lo que iban a hacer. Hornblower subió por el costado del bergantín con media docena de marineros.

—Parece el arca de Noé, señor —dijo Maxwell.

La comparación era acertada. El *Caroline* era un barco de cubierta corrida, dividida en compartimientos donde iban a meter el ganado, y para poder pasar de un lado a otro para maniobrar con facilidad habían puesto tabloncillos encima de los compartimientos de modo que formaran una especie de cubierta superior.

—Y con animales y todo, señor —dijo otro marinero.

—Pero en el arca de Noé los animales entraban de dos en dos —bromeó Hornblower—. Nosotros no somos tan afortunados. Además, primero tenemos que subir a bordo la cebada. Quiten los cuarteles de las escotillas.

En circunstancias normales, doscientos o trescientos hombres de la *Indefatigable* habrían pasado rápidamente los costales de las barcasas al bergantín, pero ahora el trabajo debían hacerlo los dieciocho tripulantes de la lancha. Afortunadamente, Pellew había tenido la previsión y la amabilidad de mandar a sacar el lastre de la bodega, porque de no ser así, ellos habrían tenido que hacer ese pesado trabajo

primero.

—Enganchen esas estrelleras —ordenó Hornblower.

Pellew vio el primer costal de cebada salir de la barcaza elevándose lentamente y luego desplazarse por el aire hasta el *Caroline* y entrar por una de sus escotillas.

—Se las arreglará —profetizó Pellew—. Mande a los hombres al cabrestante y zarpe inmediatamente, señor Bolton, por favor.

Hornblower, que estaba dirigiendo el manejo de las estrelleras, oyó la voz de Pellew a través de la bocina.

—¡Buena suerte, señor Hornblower! ¡Preséntese dentro de tres semanas en Gibraltar!

—¡Muy bien, señor! ¡Gracias, señor!

Hornblower se volvió y vio junto a él a un marinero tocándose la frente con los nudillos.

—Disculpe, señor, pero, ¿no oye cómo están bramando esos novillos? Hace un calor espantoso y necesitan agua, señor.

—¡Diablos! —exclamó Hornblower.

No podrían subir a bordo el ganado hasta el anochecer, así que Hornblower dejó a un pequeño grupo de hombres transfiriendo la carga y con los demás buscó un medio de dar agua a las desafortunadas bestias en la barcaza. La mitad de la bodega del *Caroline* estaba llena de toneles de agua y sacos de forraje, pero fue difícil hacer llegar el agua a la barcaza con las bombas y las mangueras, y los pobres novillos, al verla se apelotonaron a un costado. Hornblower vio la barcaza escorar hasta casi volcar y a uno de sus tripulantes, que, por fortuna, sabía nadar, arrojarle por la borda para no ser aplastado por los novillos.

—¡Diablos! —volvió a exclamar Hornblower, y esa no fue la última vez.

Hornblower estaba aprendiendo cómo llevar ganado en un barco sin el consejo de una persona con experiencia, y a cada momento aprendía una lección. Un oficial de marina activo tenía que realizar muchas veces extrañas tareas. Hornblower ordenó a sus hombres que dejaran el trabajo cuando la noche ya estaba avanzada y les hizo levantarse para que empezaran a trabajar otra vez antes del amanecer. Por la mañana temprano se estibarón los últimos costales, y Hornblower tuvo que ocuparse de sacar el ganado de la barcaza. Como los novillos habían pasado la noche con poca agua y menos comida, no tenían muchas ganas de que los movieran, pero al principio fue más fácil hacerlo, ya que estaban muy juntos. Ponían a los novillos una banda alrededor del vientre, enganchaban la estrellera a la banda y los subían, después los bajaban a la cubierta del bergantín, pasándolos por una abertura que había entre los tablones. Luego los llevaban desde allí a alguno de los compartimientos con facilidad. Los marineros gritaban y agitaban sus camisas delante de ellos y pensaban que ese trabajo era divertido, pero no pensaron lo mismo cuando uno, en cuanto ellos

le quitaron la banda, se enfureció y les persiguió por cubierta, amenazándoles con cornearlos. Por fin, el novillo entró casualmente en un compartimiento, y ellos cerraron la tranquera enseguida. Hornblower echó una mirada al sol, que se elevaba con rapidez en el horizonte y pensó que no era divertido en absoluto.

Mientras más se vaciaba la barcaza, más espacio tenían los novillos para moverse, de modo que cogerlos para ponerles la banda era una peligrosa aventura. Además, a los novillos no les había tranquilizado ver cómo muchos de sus compañeros eran alzados en el aire, pero antes de mediodía ya los marineros estaban tan cansados como si hubieran luchado en una batalla, y no había ni uno solo que no hubiera cambiado gustosamente su nuevo trabajo por cualquiera de las tareas normales de un marinero, como por ejemplo, subir a la jarcia a aferrar las gavias en una noche de tormenta. Cuando a Hornblower se le ocurrió dividir el interior de la barcaza con barricadas hechas con gruesos palos, el trabajo fue más fácil, pero tardó mucho tiempo, y antes de que se terminara, habían muerto dos novillos, dos de los miembros más débiles de la manada, que habían sido pisoteados por los demás cuando corrían por la barcaza.

Por si esto fuera poco tuvieron que distraerse cuando vieron que se les acercaba un bote que había zarpado de la costa en el que venían un buen número de moros remando y el tesorero sentado en la bancada de popa. Aparentemente, el bey no tenía tanto miedo a la peste como para olvidarse de reclamar su dinero. Hornblower dejó negociar a Tapling, pero insistió en que el bote debía permanecer lejos, por sotavento, y en que entregaría el dinero poniéndolo en un tonel vacío que el mar llevaría hasta el bote. Cuando cayó la noche, sólo la mitad del ganado estaba en los compartimientos de cubierta, y a Hornblower le preocupaba cómo darles de comer y beber, y con disimulo trató de sacarles información sobre esto a los miembros de la tripulación que conocían el mundo de la ganadería. Apenas amaneció, Hornblower llamó a sus hombres para que continuaran el trabajo y tuvo la satisfacción de ver a Tapling subirse a un tablón para salvar su vida, tratando de evitar que le embistiera un novillo embravecido que corría por la cubierta y se negaba a entrar en los compartimientos. Cuando encerraron al último animal, Hornblower tuvo que resolver otro problema, el que un marinero, usando términos elegantes, llamara «quitar el estiércol». El forraje, el agua, las boñigas... Daba la sensación de que el trabajo que había en la cubierta ocupada por los novillos sería suficiente para mantener a los dieciocho tripulantes trabajando el día entero y no les dejaría tiempo para ocuparse de las maniobras del bergantín.

Pero Hornblower admitió con pesar que el hecho de que los marineros estuvieran ocupados todo el tiempo tenía una ventaja: desde que empezó el trabajo, nadie mencionó la peste. El fondeadero donde encontraba anclado el *Caroline* estaba expuesto al viento del noreste, por lo tanto era necesario sacarlo de allí antes de que

el viento empezara a soplar. Hornblower reunió a sus hombres y los agrupó en escuadras, y como era el único oficial a bordo, tuvo que ascender al timonel y a su ayudante, Jordan, a oficiales para que las mandaran. No faltó quien se ofreciera a hacer de cocinero, y Hornblower, después de dar un vistazo al grupo, nombró a Tapling ayudante de cocinero. Tapling abrió la boca para protestar, pero vio algo en la expresión de Hornblower que le impidió proferir la protesta que tenía en la punta de la lengua. Sin embargo, entre ellos no había ningún contramaestre, ni ningún carpintero, ni, como Hornblower pensó con tristeza, ningún cirujano. Pero a Hornblower le parecía que, en caso de que necesitaran un médico, sería por muy poco tiempo.

—Guardia de babor, largar los foques y la gavia mayor —ordenó Hornblower—. Guardia de estribor, girar el cabrestante.

Así empezó la navegación del bergantín *Caroline*, convertido en una leyenda en la Armada real (debido a la viva narración de los sucesos ocurridos en él que los tripulantes hicieron durante las guardias de cuartillo en posteriores misiones). El *Caroline* pasó las tres semanas de cuarentena navegando por el Mediterráneo occidental. Era necesario que se mantuviera cerca del estrecho de Gibraltar, de lo contrario, el viento del oeste y las corrientes que se movían hacia el interior del Mediterráneo podrían impedirle llegar a Gibraltar cuando fuera el momento de ir a puerto. Así empezó su navegación el *Caroline*, un viejo bergantín, entre la costa española y la africana, dejando tras de sí el mal olor característico de un establo y no pudiendo impedir que le entrara con tanta facilidad el agua como si pasara por un tamiz, fuera cual fuera el estado de la mar. Los marineros se pasaban el tiempo bombeando: unas veces sacando el agua que se había acumulado dentro, otras sacando agua del mar para echarla en la cubierta para limpiarla, y a cada paso subiendo agua dulce para el ganado.

La extraña superestructura de la nave impedía maniobrar bien cuando el viento soplaba con fuerza. Al moverse el bergantín se filtraba el agua por las juntas de las tablas de la cubierta y constantemente caían abajo goterones de agua sucia. El único consuelo que tenían Hornblower y sus hombres era comer carne fresca, que muchos de los marineros no probaban desde hacía tres meses. Hornblower sacrificaba un novillo diariamente, pues dadas las condiciones climáticas del Mediterráneo, la carne no se conservaba bien. Así pues, los marineros se daban un banquete todos los días, ya que comían lenguas y bistés, algo que algunos de ellos no habían probado en su vida.

El problema era la escasez de agua dulce. Eso preocupaba más a Hornblower de lo que hubiera preocupado a cualquier otro capitán, porque el ganado siempre estaba sediento. En dos ocasiones Hornblower tuvo que desembarcar a una brigada en la costa española al amanecer con el fin de ocupar una aldea de pescadores y llenar los

toneles de agua en los ríos cercanos.

Eso era una peligrosa aventura, y el segundo desembarco hizo patentes los peligros que encerraba, pues cuando el *Caroline* se alejaba del litoral, un guardacostas español que acababa de doblar un cabo próximo se acercó a él navegando a toda vela. Todo fue instantáneo. Maxwell fue el primero que lo vio, pero Hornblower lo vio antes que él le dijera que lo había visto.

—Muy bien, Maxwell —dijo Hornblower, tratando de mantener la serenidad.

Como primera medida, dirigió el catalejo hacia el lugre, que estaba a unas tres millas de distancia por barlovento, y como el *Caroline* estaba en el fondo de una ensenada, no tenía la posibilidad de escapar. El barco español avanzaba tres pies por cada dos que avanzaba el *Caroline*, que se movía lentamente porque su extraña superestructura no permitía a su quilla formar un ángulo de menos de ochenta y ocho grados con la dirección del viento. Estaba mirándolo, cuando afloró a su rostro la rabia contenida en su interior durante los últimos diecisiete días. Sentía rabia porque la suerte le había lanzado a aquella ridícula misión; detestaba al *Caroline* por su torpeza, por su cargamento y su hedor; maldecía su destino porque le había arrastrado a esa situación desesperada.

—¡Diablos! —exclamó Hornblower, golpeando rabiosamente con el pie el tablón sobre el cual se encontraba—. ¡Diablos!

Y con asombro notó que temblaba de rabia. No iba a entregarse mansamente al enemigo porque la cólera le provocara el vehemente deseo de luchar; se puso a pensar, y su mente empezó a elaborar un plan para entablar un combate. No tenía la menor idea de cuántos tripulantes llevaba un guardacostas español. Primero pensó que bien pudieran ser veinte, pero luego reflexionó y le pareció una cifra muy alta, ya que los lugres sólo se usaban para perseguir a las pequeñas embarcaciones que hacían contrabando. Entonces, sorprendido, comprendió que tenían posibilidades de ganar al lugre, a pesar de llevar cuatro cañones de ocho libras.

—¡Pistolas y sables! —gritó—. ¡Jordan, escoja a dos hombres y póngase aquí con ellos! ¡Escóndanse todos los demás bajo los tablonés! ¡Escóndanse! Sí, señor Tapling, puede quedarse aquí con nosotros, pero provéase de armas también.

A nadie se le ocurriría pensar que un barco cargado de ganado ofrecería resistencia. Los españoles esperarían encontrar a bordo una docena de tripulantes como máximo, no un disciplinado grupo de veinte hombres. Lo importante era conseguir que el lugre se acercara lo más posible.

—¡Todo a babor! —gritó al timonel, que estaba metido debajo de un tablón—. ¡Prepárense para saltar, marineros! ¡Maxwell, si alguno sale antes de dar la orden, dispárele! ¿Me ha oído? ¡Es una orden, y será castigado si la desobedece!

—Sí, señor —dijo Maxwell.

El lugre se acercaba a ellos a toda vela, a pesar de que el viento era flojo,

formando una blanca estela con su aguda proa. Hornblower miró hacia arriba para asegurarse de que el *Caroline* no tenía izada ninguna bandera. Eso permitiría que su plan fuera considerado legal según las normas a las que estaba sujeta la guerra. En ese momento el lugre disparó y la bala pasó por delante de la proa del *Caroline*; Hornblower oyó claramente el estampido y vio una voluta de humo.

—¡Ponga el bergantín en facha, Jordan! —dijo Hornblower—. ¡Tiren de las brazas de la gavia mayor! ¡Timón babor!

El *Caroline* viró y se detuvo. Parecía un barco indefenso que se rendía.

—No hagan ruido —aconsejó Hornblower.

Los novillos bramaban lastimeros. Ahora el lugre ya estaba tan cerca que podía verse claramente a sus tripulantes. Hornblower vio a un oficial agarrado a los obenques del palo mayor, preparado para abordar el bergantín, pero le pareció que ningún otro tripulante se preocupaba de eso; es más, que todos miraban la extraña superestructura del bergantín y se reían al oír los extraños ruidos que salían de ella, que más parecían provenir de un corral.

—¡Esperen, marineros! —exclamó Hornblower.

El lugre ya estaba abordándose con el bergantín cuando Hornblower, notando que le hervía la sangre, se dio cuenta de que no se había armado. Había ordenado a sus hombres tomar sables y pistolas, había aconsejado a Tapling que también se armara, y resulta que él se había olvidado por completo de que también él necesitaba armas. Ya era demasiado tarde para remediar esa torpeza. En el lugre, alguien dio un grito en español, y Hornblower abrió los brazos dando a entender con ello que no entendía. Ya estaba el lugre abordado con el bergantín.

—¡Vamos, marineros! —gritó Hornblower.

Corrió por los tablones de la superestructura, tragó saliva y saltó hacia donde estaba el oficial agarrado a los obenques. Volvió a tragar saliva cuando iba por el aire y volvió a tragar saliva cuando cayó sobre el desafortunado hombre y le cogió por los hombros. Fue entonces cuando ambos cayeron sobre la cubierta. Hornblower oía primero gritos detrás de él, pues los tripulantes del *Caroline* estaban abordando el lugre, y luego pasos apresurados, seguidos de un estrépito y un sonido metálico. De repente, se puso de pie, pero con las manos vacías, Maxwell hacía retroceder a un hombre a sablazo limpio. Tapling, blandiendo un sable y gritando como loco, conducía a un grupo hasta proa. Instantes después todo había terminado. Los asombrados españoles no habían tenido tiempo ni de levantar una mano para defenderse.

El *Caroline* llegó a Gibraltar el vigésimo segundo día de la cuarentena con el lugre capturado muy próximo a su costado de sotavento. Pero también llevaba el olor a establo, y cuando Hornblower subió a bordo de la *Indefatigable* para dar parte al capitán, estaba preparado para dar al guardiamarina Bracegirdle una respuesta



adecuada.

—¡Hola, Noé! —dijo Bracegirdle—. ¿Cómo están Sem, Cam y Jafet?

—Sem, Cam y Jafet han hecho una presa —respondió Hornblower—. Lamento que el señor Bracegirdle no pueda decir lo mismo.

Cuando Hornblower fue a dar parte al intendente de la Armada, el oficial le preguntó algo a lo que no pudo responder.

—¿Quiere decir que permitió a sus hombres comer carne fresca, señor Hornblower? —preguntó el intendente—. ¿Sacrificó un novillo diario para dar de comer a dieciocho hombres? ¿Es que no había suficientes provisiones en la bodega del barco? Me sorprende que haya hecho un despilfarro semejante, señor Hornblower.

## CAPÍTULO 10

### LA DUQUESA Y EL DIABLO



El teniente interino Hornblower conducía la corbeta *Le Rêve*, capturada por la fragata *Indefatigable*, por las aguas del puerto de Gibraltar para amarrarla a puerto. Estaba muy nervioso. Si alguien le hubiera preguntado si creía que todos los catalejos del Mediterráneo dirigían sus miras hacia él, habría pensado que se le había ocurrido una idea absurda y se hubiera echado a reír a carcajadas, pero se sentía como si todo esto fuera cierto. Calculó con especial cuidado la intensidad del viento, la distancia entre los dos navíos de línea anclados en el puerto y el espacio que *Le Rêve* debía tener alrededor según su desplazamiento al oscilar cuando estuviera anclada. Jackson, su ayudante, estaba en la proa esperando la orden de arriar el foque.

—¡Timón a babor! —gritó Hornblower, y *Le Rêve* orzó—. ¡Cargar las velas!

*Le Rêve* siguió avanzando, pero cada vez más lentamente, y, por fin, se detuvo.

—¡Echar el ancla!

La cadena dio un chirrido de protesta cuando salió por el escobén, y poco después se oyó el chapoteo producido por el ancla, que anunciaba que el viaje había llegado a su fin. Hornblower observó cómo *Le Rêve* hacía un ligero movimiento y ponía tensa la cadena del ancla y se relajó. Había conducido la presa hasta lugar seguro. Era evidente que el comodoro, sir Edward Pellew, capitán de la *Indefatigable*, no había llegado todavía, así que Hornblower debía presentarse al comandante del puerto.

—Bajen la lancha —ordenó y, pensando que debía hacer un acto humanitario, añadió—: Dejen que los prisioneros salgan a cubierta.

Veinticuatro horas hacía que los prisioneros habían sido encerrados en la bodega y se habían tapado las escotillas con cuarteles; Hornblower, como todos los hombres al mando de una presa, tenía miedo de que fuera recuperada por el enemigo. Pero ya en puerto, por el hecho de estar rodeados de los barcos de la escuadra del Mediterráneo, no había ese peligro. Dos remeros hicieron deslizarse suavemente la lancha por el mar, y diez minutos después Hornblower informó de su llegada al almirante.

—¿Y dice usted que es muy veloz? —preguntó el almirante.

—Sí, señor. Y se puede gobernar fácilmente.

—La compraré para la Armada —añadió el almirante—. Nunca tenemos bastantes barcos para llevar despachos.

Estas palabras eran reveladoras; sin embargo, cuando Hornblower recibió el sobre con sello oficial que contenía nuevas órdenes, se asombró al ver que se le ordenaba

tomar el mando de la corbeta *Le Rêve* y llevarla a Plymouth lo más rápidamente posible en cuanto se le entregaran los despachos que debía llevar a Inglaterra. Esa era la primera misión que dirigía y que le ofrecía la oportunidad de volver a ver Inglaterra (hacia tres años que no pisaba tierra inglesa), y era también, así lo consideraba él, un reconocimiento de su excelente comportamiento en las tareas profesionales encomendadas. Pero en el mismo momento le entregaron otro sobre, que leyó con menos regocijo:

«Sus Excelencias el mayor general sir Hew Dalrymple y su señora se complacen en invitar al teniente interino Horatio Hornblower a comer hoy, a las tres de la tarde, en el Gobierno de la Colonia».

Seguramente a cualquiera le hubiera causado satisfacción ser invitado a comer por el gobernador de Gibraltar y su esposa, pero no así a un teniente interino que sólo tenía un baúl y necesitaba vestirse adecuadamente para un acontecimiento de ese tipo. Sin embargo, era imposible pedir que un joven invitado a comer por el gobernador antes incluso de desembarcar, no estuviera excitado. Hornblower lo estaba, sobre todo porque su amigo Bracegirdle, que procedía de una familia rica y recibía una importante asignación, le había prestado un par de medias blancas de excelente seda china, que, por cierto, había tenido no pocas dificultades para ponérselas, ya que Bracegirdle tenía las pantorrillas gruesas y él, en cambio, muy delgadas. No obstante, entre los dos resolvieron la dificultad airosamente, valiéndose de dos trozos de estopa y unas tiras de esparadrapo que tenía el cirujano en su botiquín. Hornblower tenía ahora unas piernas de las que nadie podía avergonzarse. Podía alargar la pierna hacia delante para hacer una reverencia sin miedo a que se formaran arrugas en la media, con la seguridad de que tenía una pierna que, como decía Bracegirdle, sería el orgullo de cualquier caballero.

En la casa del gobernador, un atildado y lánguido ayudante de campo sirvió de guía a Hornblower. El joven hizo una inclinación de cabeza a sir Hew, un viejo caballero de cara sonrosada y gestos afectados, y a lady Dalrymple, una vieja señora de cara sonrosada y gestos afectados.

—Señor Hornblower, voy a presentarle a alguien —dijo lady Dalrymple—. Excelencia, éste es el señor Hornblower, el nuevo capitán de *Le Rêve*. Su Excelencia la duquesa de Wharfedale.

¡Nada menos que una duquesa! Hornblower adelantó la pierna con los dedos de los pies estirados, se puso la mano en el corazón e inclinó el tronco hasta donde le permitían los calzones que había comprado poco antes de ser destinado a la *Indefatigable*, cuando todavía estaba en período de crecimiento. La duquesa era una mujer de mediana edad, bella en otros tiempos, con ojos azules y expresivos.

—Así que se trata de este tipo —dijo la duquesa—. Matilda, querida, ¿vas a ponerme al cuidado de este niño de pecho?

La vulgaridad de sus palabras dejó perplejo a Hornblower. Estaba preparado para todo excepto para que una duquesa magníficamente vestida le hablara con ese tono. Levantó la cabeza para mirarla, pero se olvidó de erguirse, y permaneció inmóvil, con la barbilla echada hacia delante y la mano en el corazón.

—Parece usted un ganso pastando —dijo la duquesa—. Está usted a punto de graznar de un momento a otro.

Inclinó el tronco, puso las manos en las rodillas, echó hacia delante la barbilla y la movió de un lado a otro, imitando a la perfección a un ganso que estuviera peleándose, y, aparentemente, la postura que adoptó también se parecía tanto a la de Hornblower, que provocó la risa de los otros invitados. Hornblower, ruborizado y turbado, se puso derecho.

—Pero no debemos ser duros con el pobre joven —exclamó la duquesa, saliendo en defensa del marino y dándole palmaditas en el hombro—. Lo que ocurre es que es muy joven, pero no debe avergonzarse de ello. Todo lo contrario, ha de sentirse orgulloso de que le hayan confiado un barco a su edad.

Por fortuna, anunciaron que la comida estaba servida, y eso puso fin a la turbación que le habían producido a Hornblower esas palabras, ¡tan amables! Naturalmente, Hornblower se sentó junto a los invitados de menos categoría y a otros oficiales de poca antigüedad en el centro de uno de los lados de la mesa. Sir Hew estaba sentado junto a la duquesa en una punta de la mesa, y lady Dalrymple, junto a un comodoro en la otra. Había muchas menos mujeres que hombres, pero eso era lógico, ya que Gibraltar era, al menos teóricamente, una fortaleza que, además, estaba sitiada. No había ninguna mujer sentada al lado de Hornblower. Quien estaba sentado a su derecha era el ayudante de campo que le había servido de guía.

—¡A su salud, Excelencia! —dijo el comodoro, levantando la copa y mirando hacia la otra punta de la mesa.

—¡Gracias! —sonrió la duquesa—. Me ha salvado la vida. Me estaba preguntando quién sería el caballero que me rescataría.

Se acercó la copa, que estaba llena a rebosar, a los labios, y cuando la puso otra vez en la mesa, estaba vacía.

—Va a tener usted una acompañante muy divertida —dijo el ayudante de campo a Hornblower.

—¿Cómo es posible que ella sea mi acompañante? —preguntó Hornblower, desconcertado.

El ayudante de campo le miró con lástima.

—Entonces, ¿no le han informado de nada? —inquirió—. Como siempre, los más interesados son los últimos en enterarse de las cosas. Mañana, cuando zarpe con los despachos, Su Excelencia estará a bordo de su barco, y tendrá usted el honor de llevarla a Inglaterra.

—¡Que Dios se apiade de mí! —exclamó Hornblower.

—¡Ojalá! —dijo el ayudante de campo en tono compasivo, olfateando el vino de su copa—. Este Málaga es malísimo. El viejo Hare compró una buena cantidad de botellas de la cosecha del 95, y todos los gobernadores que se han sucedido en el puesto desde entonces han pensado que era su deber consumirlo.

—Pero, ¿quién es ella? —preguntó Hornblower.

—Su Excelencia la duquesa de Wharfedale —contestó el ayudante de campo—. ¿No oyó a lady Dalrymple cuando se la presentó?

—Pero no habla como una duquesa —dijo Hornblower.

—No. El duque era un viejo chocho cuando ella se casó con él. Ella es la viuda de un posadero, según dicen sus amigos. Y ya puede usted imaginarse lo que dicen sus enemigos.

—Pero, ¿qué hace aquí? —inquirió Hornblower.

—Espera un barco que la devuelva a Inglaterra. Según tengo entendido, estaba en Florencia cuando los franceses marcharon sobre la ciudad. Pudo llegar a Livorno, sobornó allí a uno de los barcos que hacen el comercio por la costa para que la trajera aquí, pidió a sir Hew que le proporcionara un medio de transporte, y sir Hew trasladó esa petición al almirante. Sir Hew pediría a quien fuera cualquier cosa para una duquesa, incluso una que, según sus amigos, es la viuda de un posadero.

—Comprendo —dijo Hornblower.

En la punta de la mesa se oían bromas y risas, mientras la duquesa pinchaba al gobernador por la parte de las costillas, mal protegidas por su chaqueta roja, con el mango del cuchillo, como si tratara de asegurarse de que se riera de sus chistes.

—Probablemente no le faltará diversión en el viaje a Inglaterra —dijo el ayudante de campo.

En ese momento alguien puso delante de Hornblower un humeante asado, y todas sus preocupaciones se desvanecieron ante la necesidad de cortarlo con buenos modales. Cogió cuidadosamente el cuchillo y el trinchador, miró a su alrededor y preguntó:

—¿Quiere que le sirva un poco de carne, Excelencia? ¿Señora? ¿Señor? ¿Hecha o poco hecha? ¿Un poco de salsa?

En el comedor hacía mucho calor, y a Hornblower le corría el sudor por la cara mientras luchaba por cortar al asado. Afortunadamente, la mayoría de los comensales estaban más atentos a servirse de los otros platos, y tuvo que trinchar poca carne. Puso en su plato dos lonchas mal trinchadas; ésa era la manera más fácil de disimular el mal resultado de su trabajo.

—Carne de Tetuán —dijo el ayudante de campo, olfateando—. Dura y correosa.

Era comprensible que el ayudante de campo del gobernador pensara así, y seguramente no podía imaginarse que esa carne le parecía deliciosa a un joven oficial

de marina que hasta hacía muy poco tiempo había estado cruzando los mares en una fragata abarrotada. Ni siquiera la idea de que sería el anfitrión de una duquesa le quitaba el apetito a Hornblower. Y puesto que el último postre que había comido había sido un pudín de pasas el domingo anterior, los platos de postre a base de merengues, mostachones, flan y frutas, le produjeron un inefable deleite.

—Los platos dulces afectan el paladar —dijo el ayudante de campo, pero Hornblower no le hizo caso.

Ahora estaban haciendo brindis formales. Hornblower se puso de pie para brindar por el Rey y la familia real y levantó su copa para brindar por la duquesa.

—Y ahora por el enemigo —dijo sir Hew—. ¡Que sus galeones con preciosos cargamentos traten de cruzar el Atlántico!

—Quisiera hacer otro, señor —dijo el comodoro—. ¡Que los españoles se decidan a salir de Cádiz!

Alrededor de la mesa se oyeron gruñidos que parecían rugidos de fieras. La mayoría de los oficiales de Marina allí presentes pertenecían a la escuadra del Mediterráneo, al mando del almirante Jervis, y en concreto a la flota que patrullaba la zona del Atlántico cercana a Gibraltar, desde hacía meses, con la intención de capturar los barcos españoles si salían del puerto. Jervis mandaba sus barcos de dos en dos a repostar a la posesión inglesa, y esos oficiales pertenecían a la tripulación de los dos navíos de línea que en esos momentos estaban anclados en Gibraltar.

Johnny Jervis diría amén a todo —dijo sir Hew—. Entonces otro brindis por los españoles, caballeros. ¡Que salgan de Cádiz!

En ese momento salieron las señoras, guiadas por lady Dalrymple, y cuando a Hornblower le pareció correcto ausentarse, presentó sus excusas y se fue, pues no quería tener la cabeza cargada de vino la noche antes de dar comienzo a una misión que él mismo iba a dirigir.

Quizá la idea de que la duquesa subiría a bordo de su corbeta sirvió de revulsivo a Hornblower, porque le había impedido preocuparse demasiado por la primera misión que iba a dirigir. Se levantó antes del alba, antes de que apareciera el claror que precedía durante breves momentos a la salida del sol en el Mediterráneo, para comprobar que su corbeta estaba en condiciones adecuadas para navegar y luchar contra los enemigos que pululaban en los mares. La corbeta tenía cuatro cañones de cuatro libras para combatir a los enemigos, lo cual significaba que no resistiría el ataque de uno solo, que era la embarcación más débil de cuantas navegaban por alta mar, ya que incluso los mercantes más pequeños tenían un armamento más potente. Y como a todas las criaturas débiles, la rapidez era lo único que le permitiría salvarse. En la penumbra, Hornblower miró hacia la jarcia, hacia donde estarían desplegadas las velas de las que dependería en gran medida su seguridad. Luego pasó lista con los dos oficiales encargados de las guardias, el guardiamarina Hunter y Winyatt, un

ayudante de oficial de derrota, para asegurarse de que los once marineros que formaban la tripulación sabían bien qué tareas tenían asignadas. Ya lo único que le faltaba por hacer era ponerse su mejor uniforme, tratar de tomar el desayuno y esperar a la duquesa.

Afortunadamente, la duquesa llegó temprano. Sus Excelencias habían tenido que levantarse a una hora intempestiva para despedirla. El señor Hunter fue quien informó a Hornblower, con reprimido entusiasmo, de que la lancha del gobernador se acercaba.

—Gracias, señor Hunter —dijo Hornblower secamente.

Ése era el trato que la Armada exigía que le diera, aunque hasta hacía pocas semanas ambos se perseguían jugando por la jarcia de la *Indefatigable*.

La lancha se abordó con la corbeta y dos marineros muy bien vestidos colgaron la escala. *Le Rêve* tenía los costados tan bajos que ni siquiera a las mujeres les resultaba difícil subir a ella. El gobernador subió a bordo mientras sonaban los únicos dos silbatos que había en *Le Rêve*, y lady Dalrymple le siguió. Tras ellos subió la duquesa y luego su dama de compañía, una mujer más joven y tan hermosa como ella debió de haber sido en otro tiempo. Finalmente, subieron dos ayudantes de campo. Ahora la pequeña cubierta de *Le Rêve* estaba abarrotada y ya no había sitio para poner el equipaje de la duquesa.

—Vamos a mostrarle su cabina, Excelencia —dijo el gobernador.

Lady Dalrymple dio un grito de admiración al ver la pequeña cabina, ocupada casi por completo por dos coyotes. Inevitablemente, todos se dieron golpes en la cabeza con los baos que sostenían la cubierta.

—Sobreviviremos —dijo la duquesa con estoicismo—. Y eso es más de lo que pueden decir los hombres que van a Tyburn.<sup>[8]</sup>

En el último momento uno de los ayudantes de campo entregó a Hornblower unos sobres con despachos y le pidió que firmara un justificante. Unos a otros se dieron los últimos adioses, y después sir Hew y lady Dalrymple bajaron por el costado mientras sonaban los silbatos.

—¡Todos al molinete! —gritó Hornblower en el momento en que los remeros de la lancha empezaron a mover los remos.

Tras breves instantes de duro trabajo, los tripulantes de *Le Rêve* levaron anclas.

—¡Ancla levada, señor! —informó Winyatt.

—¡A las drizas del foque! —gritó Hornblower—. ¡A las drizas de la mayor!

Largaron velas y el tablón del timón presionó el agua, la corbeta viró en redondo y se situó con el viento en popa. Todos estaban ocupados, unos subiendo el ancla al pescante y otros haciendo las maniobras para empezar a navegar, razón por la cual el propio Hornblower bajó la bandera para saludar cuando *Le Rêve* salía del puerto con el viento del sureste en popa y empezaba a hundirse la proa en las grandes olas de

Atlántico que entraban por el estrecho de Gibraltar. Por la claraboya que estaba junto a él salió un sonido metálico, como si algo se hubiera caído en la cabina, y luego un grito, pero Hornblower no podía dedicar atención a la mujer que estaba allí abajo. Observó Algeciras con el catalejo y luego Tarifa; cualquier barco de guerra o corsario bien tripulado que saliera de esos puertos podría atrapar fácilmente una presa indefensa como *Le Rêve*. No pudo relajarse durante la guardia de mañana. Cuando la corbeta dobló el cabo Espartel, Hornblower hizo rumbo al cabo San Vicente, y las montañas del sur de España quedaron ocultas allá por el horizonte. Ya se divisaba el cabo de Trafalgar por la amura de estribor cuando Hornblower guardó el catalejo y se puso a pensar en la comida. Le satisfacía ser el capitán del barco y poder ordenar que prepararan la comida cuando quisiera. Las piernas le empezaron a doler, y se dio cuenta de que había estado de pie mucho tiempo, once horas seguidas. Si en el futuro tenía que dirigir muchas más misiones, se mataría si continuaba obrando de la misma manera.

Bajó a la cabina y se sentó cómodamente en la taquilla. Ordenó al cocinero que llamara a la puerta de la cabina de la duquesa y le preguntara si se le ofrecía algo y luego oyó la voz chillona de la duquesa que respondía que ella y su dama no necesitaban nada, ni siquiera comida. Hornblower se encogió de hombros en señal de conformidad y comió con el apetito propio de un joven. Volvió a subir a cubierta cuando anocheecía. El oficial de guardia era Winyatt.

—Hay una espesa niebla, señor.

Era cierto. El sol ya no se veía en el horizonte porque estaba sumergido en la profunda niebla. Hornblower sabía que ése era el precio que había que pagar por un viento favorable. Por esas latitudes siempre había la posibilidad de que se formara niebla cuando el viento frío que soplabla de tierra llegaba al Atlántico.

—Estará más espesa por la mañana —dijo con amargura.

Entonces releyó las órdenes que había dado para navegar durante la noche y decidió hacer rumbo al oeste y no al noroeste, como había pensado anteriormente, pues de ese modo se aseguraba que bordearían el cabo San Vicente manteniéndose a considerable distancia de él en caso de que también allí hubiera niebla.

Ésa era una de las pequeñas cosas que pueden cambiar la vida de un hombre. Después Hornblower tuvo mucho tiempo para pensar en lo que hubiera ocurrido si no hubiera cambiado el rumbo. Durante esa noche pasó muchos ratos en la cubierta escrutando la niebla, que se hacía cada vez más espesa, pero cuando sobrevino la desgracia, estaba durmiendo en su cabina. Se despertó al agarrarle un marinero por los hombros y darle violentas sacudidas.

—¡Por favor, señor! ¡Por favor, señor! ¡El señor Hunter me ordenó que le pidiera por favor que subiera a cubierta!

—Ahora voy —dijo Hornblower y parpadeó unos momentos hasta que terminó



de despertarse y luego se tiró del coy. *Le Rêve* se deslizaba por las agitadas aguas, y el viento era tan flojo que apenas bastaba para que la corbeta tuviera suficiente velocidad para maniobrar. Hunter tenía apoyada la espalda en el timón y parecía angustiado.

—Escuche —dijo cuando vio aparecer a Hornblower.

Había hablado en voz muy baja y estaba tan nervioso que había omitido la palabra «señor» al hablarle a su capitán, como era su deber. Y Hornblower estaba tan nervioso que no se dio cuenta de que la había omitido. Hornblower escuchó. Entonces oyó ruidos como los que había siempre en cualquier barco: el sonido metálico de los aparejos cuando *Le Rêve* se balanceaba y el de las olas chocando contra la proa. Pero después oyó los ruidos de otro barco: el sonido metálico de otros aparejos y de las olas chocando contra otra proa.

—Hay un barco muy cerca del nuestro —dijo Hornblower.

—Sí, señor —replicó Hunter—. Cuando mandé a buscarle, oí que alguien dio una orden, y la dio en español, mejor dicho, en una lengua extranjera.

El miedo se difundió por la corbeta como la niebla.

—Llame a todos los marineros, pero en voz muy baja —susurró Hornblower.

Pero, en cuanto dio la orden, dudó de que sirviera para algo. Podía ordenar a sus hombres que ocuparan sus puestos, podía distribuirlos en brigadas que cargaran y manejaran los cañones de cuatro libras, pero si el barco que estaba oculto por la niebla era más potente que un mercante, él y sus hombres estaban en peligro de muerte. Entonces trató de animarse pensando que el barco era un galeón con un precioso cargamento y que si lo abordaba, lo capturaría y se convertiría en un hombre rico.

—¡Feliz día de San Valentín! —dijo alguien detrás de él y le dio tal susto que casi le mata.

Hornblower había olvidado que la duquesa estaba a bordo.

—¡Silencio! —susurró enfurecido.

La duquesa se quedó perpleja. La oscuridad y la niebla sólo permitían ver la capa con capucha con la que se protegía del aire húmedo.

—¿Puedo hacerle una...? —empezó a decir.

—¡Cállese! —susurró Hornblower.

En ese momento pudieron oír entre la niebla una voz chillona dando órdenes. Luego se oyeron otras voces que las repetían, y después, pitidos y muchos otros ruidos.

—Hablaban en español, ¿no es cierto, señor? —preguntó Hunter.

—En español, sin duda. Mandaban hacer el relevo de la guardia. ¡Escuche!

Oyeron cómo la campana de un barco daba dos campanadas dos veces seguidas. Eran las cuatro campanadas de la guardia de alba. Inmediatamente oyeron tocar una

docena de campanas a su alrededor, que parecían responder a la primera.

—¡Dios mío, estamos en medio de una escuadra! —susurró Hunter.

—Y de barcos grandes —dijo Winyatt, que se había reunido con ellos después de haber llamado a todos los marineros—. Oí el sonido de media docena de silbatos cuando ordenaron el relevo de la guardia.

—Los españoles salieron del puerto —dijo Hunter.

Hornblower, con amargura, dijo para sí: «Y el rumbo que yo marqué nos ha traído al interior de su escuadra». Lamentaba muchísimo esa asombrosa coincidencia, pero pensó que a lo hecho, pecho. Incluso reprimió una frase sarcástica que vino a sus labios cuando recordó el brindis que había hecho sir Hew para que los españoles salieran de Cádiz.

—Están desplegando más velamen —fue lo que dijo—. Por la noche los españoles arrían las velas y preparan los barcos para hacer frente a posibles tempestades, como los mercantes que hacen el comercio con la India. Nunca largan los juanetes antes del amanecer.

Alrededor de ellos, entre la niebla, se oía el rumor de las roldanas de los aparejos, los gritos de los marineros que tiraban de las drizas, el ruido producido por los cabos al caer sobre la cubierta y voces y más voces.

—¡Qué ruido hacen esos condenados! —exclamó Hunter, visiblemente nervioso, mientras trataba de ver a través de la niebla.

—Dios quiera que sigan un rumbo diferente al nuestro —dijo Winyatt, más calmado—. Si es así, pronto les dejaremos atrás.

—No es probable —dijo Hornblower.

*Le Rêve* tenía el viento, el poco viento que había, casi exactamente en popa. Si los españoles estuvieran navegando con el viento en contra o a la cuadra, su ruta se habría cruzado con la de la corbeta formando ángulo abierto y, por tanto, los sonidos procedentes del barco más cercano a ella habrían aumentado o disminuido de volumen en ese tiempo; sin embargo, no había indicios de que fuera así. Era más probable que *Le Rêve* hubiera adelantado a la escuadra española durante la noche, cuando la escuadra tenía poco velamen desplegado, y que ahora estuviera en medio de ella. En ese caso, era difícil decidir lo que convenía hacer a continuación. Podía disminuir velas o poner la corbeta en facha para que los barcos españoles volvieran a ponerse delante de ella o desplegar todas las velas para que la corbeta los dejara atrás. Pero a medida que pasaba el tiempo se hizo patente que la corbeta y la escuadra seguían el mismo rumbo, y que hiciera la corbeta lo que hiciera, sería casi imposible que no pasara muy cerca de alguno de los barcos de la escuadra. Mientras hubiera niebla, la corbeta estaría más segura navegando así.

Pero era difícil que la niebla no se disipara con la llegada del día.

—¿No podemos cambiar de rumbo, señor? —preguntó Winyatt.

—Espere —dijo Hornblower.

A la tenue luz había visto jirones de niebla poco espesa pasar cerca de ellos, lo que indicaba a las claras que no podían confiar en que la niebla perdurara. En ese momento la corbeta salió de un banco de niebla y entró en una zona donde había mucha visibilidad.

—¡Allí está! —murmuró Hunter.

Los oficiales y los marineros, llenos de pánico, hicieron ademán de echar a correr.

—¡Quietos! —ordenó Hornblower, y el énfasis con que pronunció la palabra reveló su nerviosismo.

A menos de un cable de distancia, por estribor, había un navío de línea de tres cubiertas paralelo a la corbeta, y delante de ella, por babor, se adivinaban las borrosas siluetas de otros navíos de línea. Nada les salvaría si llamaban su atención. Lo único que tenían que hacer era seguir navegando como si la corbeta tuviera el mismo derecho a estar allí que los navíos de línea. Como en la Armada española solían andar despreocupados, era posible que el oficial de guardia del navío más cercano ignorara que la corbeta *Le Rêve* pertenecía a la Armada real inglesa e incluso que existía. Además, *Le Rêve* era una embarcación construida en Francia y con jarcia al estilo francés. *Le Rêve* y el navío de línea siguieron navegando juntos por el mar encrespado. La corbeta podía ser blanco de cincuenta potentes cañones, y un solo cañonazo bien dirigido hubiera bastado para hundirla. Hunter blasfemaba en voz baja, pero él y todos los demás observaban la disciplina, y si alguien miraba la corbeta con un catalejo desde el alcázar del navío español, no vería movimientos sospechosos en ella. Otro jirón de boira pasó cerca de ellos, y luego la corbeta penetró en un gran banco de niebla.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Hunter, sin notar el contraste entre el sentimiento religioso que mostraba ahora y las blasfemias de antes.

—¡Todos a virar! —ordenó Hornblower—. ¡Amuren las velas a babor!

No hubo necesidad de decir a los marineros que maniobraran sin hacer ruido, pues sabían tan bien como los demás que corrían peligro. *Le Rêve* viró silenciosamente mientras los marineros tiraban de las escotas y adujaban los cabos. Entonces, situada de modo que su quilla formara el menor ángulo posible con la dirección del viento, escoró y avanzó mientras las grandes olas chocaban contra la amura de babor.

—Cruzaremos su ruta ahora —dijo Hornblower.

—Quiera Dios que pasemos por detrás de las popas de los navíos y no por delante de las proas —dijo Winyatt.

Todavía la duquesa, envuelta en su capa y con la capucha puesta, estaba en la cubierta, pero se había ido al final de la popa para no estorbar.

—¿No cree Su Excelencia que estaría mejor abajo? —preguntó Hornblower,

haciendo un gran esfuerzo por darle el tratamiento que le correspondía.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —exclamó la duquesa—. No podría soportarlo.

Hornblower se encogió de hombros y se despreocupó de que la duquesa estuviera allí al recordar algo que le angustió aún más. Bajó corriendo para regresar luego con los dos grandes sobres lacrados que contenían los despachos. Cogió una cabilla del cabillero y empezó a atarlos a ella con un cabo.

—Por favor, señor Hornblower, dígame qué está haciendo —dijo la duquesa.

—Quiero asegurarme de que estos sobres se hundirán cuando los tire por la borda, en caso de que nos capturen —dijo Hornblower con irritación.

—Pero entonces se perderán.

—Eso es preferible a que los españoles los lean —dijo Hornblower, haciendo acopio de paciencia.

—Yo los podría cuidar en su lugar —dijo la duquesa—. Naturalmente que podría. Hornblower la miró con curiosidad.

—No, porque podrían registrar su equipaje —replicó—. Probablemente lo hagan.

—¿Equipaje? —preguntó extrañada la duquesa—. ¡No tengo intención de guardarlos en un baúl! Me los pondré pegados a la piel. A mí no me registrarán. Nunca podrán encontrarlos si me los pongo debajo del refajo.

El crudo realismo de esas palabras impresionó a Hornblower, y se convenció de que la duquesa tenía razón.

—Si nos capturan... —dijo la duquesa—. Ruego a Dios que no... Si nos capturan, no me encerrarán en una prisión, y usted lo sabe. Me mandarán a Lisboa o me embarcarán en un barco del Rey tan pronto como puedan. Y al final los despachos serán entregados, aunque tarde. Pero más vale tarde que nunca.

—Tiene razón —confesó Hornblower.

—Los cuidaré como a mi propia vida —añadió la duquesa—. Juro que nunca me separaré de ellos y que no diré a nadie que los tengo hasta que los entregue a un servidor del Rey.

Miró a Hornblower con un gesto que traslucía su sinceridad.

—La niebla se está disipando —cortó enérgicamente Winyatt.

—¡Rápido! —terció la duquesa.

No había tiempo para seguir discutiendo. Hornblower desató los sobres y se los entregó a la duquesa; luego volvió a colocar la cabilla en el cabillero.

—¡Maldita moda francesa! —protestó la duquesa—. Tenía razón al decir que me pondría estos sobres bajo el refajo. No me caben en los senos.

Indudablemente, su vestido no tenía la parte superior amplia, ya que la cintura estaba casi debajo de sus axilas y la otra parte caía desde ella en línea recta, en claro desafío a la anatomía.

—¡Rápido, déme un poco de esa cuerda! —dijo la duquesa.

Winyatt cortó un pedazo de cabo con su cuchillo y se lo dio. La duquesa se subió el refajo enseguida, pero antes de que el asombrado Hornblower apartara la vista de ella, vio un pedazo de su blanco muslo por encima de la media.

—Ya puede mirarme —dijo la duquesa, aunque el refajo bajó justo en el momento en que Hornblower volvía la vista hacia ella—. Los tengo debajo del refajo, pegados a la piel, como le prometí. Según la nueva moda que ha llegado con el Directorio, ya no se usa el corsé, así que me he puesto esa cuerda alrededor de la cintura, por encima del refajo. Tengo uno bajo los pechos y otro en la espalda. ¿Se nota que los llevo encima?

Dio una vuelta para que Hornblower la examinara.

—No, no se nota —respondió Hornblower—. Le estoy muy agradecido, Excelencia.

—Me hacen más gruesa —dijo la duquesa—. Pero con tal de que los españoles no sospechen la verdad, no importa lo que piensen.

Hornblower estaba molesto por haber dejado de ocuparse momentáneamente de las tareas que era necesario realizar y por haberse dedicado a algo tan extraño como hablar con una mujer de su refajo y del uso del corsé.

El sol estaba cubierto por un velo neblinoso y todavía se encontraba a ras del horizonte, sus rayos traspasaban la niebla e iluminaban los ojos de Hornblower y hacían a la vela mayor proyectar su sombra sobre la cubierta. A medida que pasaban los segundos brillaba con más intensidad.

—Ahí viene —dijo Hunter.

El horizonte se alejaba por momentos. Primero estaba a varias yardas de la corbeta, luego a cien, y, finalmente, se separó de ella media milla. El mar estaba lleno de barcos. Seis de ellos podían verse claramente. Eran cuatro navíos de línea y dos fragatas, y tenían la bandera española, la bandera roja y gualda, izada en el tope de un palo, y cruces de madera en la proa, que permitían identificarlos como españoles con menos posibilidades de error que la bandera.

—¡Otra vez a virar! —ordenó Hornblower—. ¡Regresemos al banco de niebla!

La única posibilidad de salvarse que tenían era ésa. Era probable que los oficiales de los navíos que navegaban en dirección contraria a la corbeta quisieran hacerles preguntas, y ellos no podrían escapar a todos los navíos. *Le Rêve* viró, pero en el banco de niebla de donde había salido, la niebla se disipaba, como si fuera absorbida por el sol. Todavía podían ver el banco de niebla, que se alejaba de ellos a la vez que disminuía de tamaño. Entonces oyeron un cañonazo y vieron que una bala hizo brotar un surtidor por la aleta de estribor y luego hundirse en una ola un poco más adelante. Cuando Hornblower miró a su alrededor, aún podían verse volutas de humo saliendo de la proa de la fragata que les perseguía.

—¡Treinta grados a estribor! —ordenó al timonel, intentando al mismo tiempo

calcular la dirección del viento y del núcleo del banco de niebla y averiguar el rumbo de la fragata y la posición de los otros navíos.

—¡Treinta grados a estribor! —dijo el timonel.

—¡A las escotas de la trinquete y la mayor!

Otro cañonazo. La bala cayó lejos de la popa, pero su trayectoria estaba en línea con la corbeta. De repente, Hornblower se acordó de la duquesa.

—Debería irse abajo, Excelencia —dijo secamente.

—¡Oh, no, no, no! —dijo la duquesa malhumorada—. Por favor, permítame quedarme aquí. No podría permanecer en esa estrecha y apestosa cabina con mi sirvienta mareada y sin esperanzas de vivir.

Hornblower se dio cuenta de que ella no estaría segura en la cabina, pues las tablas de la cubierta de *Le Rêve* tenían tan poco grosor que no impedirían el paso de las balas. El único sitio en que las dos mujeres podrían estar seguras era en la bodega, muy por debajo de la línea de flotación, pero tendrían que permanecer echadas sobre los barriles de carne.

—¡Barco por proa! —gritó el serviola.

Delante de ellos había un claro en la niebla, y a través de él se veía un navío de línea. Estaba a menos de una milla de distancia y seguía casi el mismo rumbo que *Le Rêve*. La fragata que les perseguía disparó otro cañonazo, y otro más. Seguramente ya toda la escuadra española se había enterado, por los cañonazos, de que ocurría algo extraño. El navío de línea que tenían delante ya sabía que la corbeta era perseguida. Una bala pasó muy cerca de la corbeta con su característico ruido aterrador. El navío que tenían delante estaba esperando por la corbeta. Hornblower vio sus gavias cambiar de orientación despacio.

—¡A las escotas! —gritó Hornblower—. ¡Señor Hunter, vire a babor!

La corbeta dirigió la proa hacia un espacio libre que había por el costado de babor. La fragata viró para interceptarla, y volvieron a salir volutas de humo de su proa. Una bala pasó cerca de Hornblower con estrépito, haciendo vibrar el aire de tal modo que el joven se tambaleó, y abrió un hueco en la vela mayor.

—Excelencia, estos no son cañonazos de aviso —dijo Hornblower.

Fue el navío de línea el que disparó a la corbeta con los cañones de la cubierta superior, después de acercarse considerablemente. A todos les pareció que había llegado el fin del mundo. Una bala dio en el casco de *Le Rêve*, y tuvieron la impresión de que la cubierta se hundía bajo sus pies, de que la corbeta se estaba desintegrando. En el mismo momento otra bala dio en el trinquete, y se rompieron los estayes y los obenques y saltaron astillas por todos lados. El mástil, las velas, la botavara, el cangrejo y todo lo que tenía, se inclinó hacia el costado de barlovento y cayó por la borda. La corbeta se detuvo. Las pocas personas que estaban en la popa se quedaron perplejas unos momentos.

—¿Alguien está herido? —preguntó Hornblower, recobrándose.

—Sólo tengo un rasguño, señor —dijo una voz.

Era un milagro que nadie hubiera muerto.

—¡Ayudante de carpintero, sondee la sentina! —ordenó Hornblower, pero después cambió de opinión—. ¡No! Retiro la orden. Si los españoles quieren que se salve la corbeta, que la salven ellos.

El navío de línea que había causado graves daños a la corbeta volvió a cambiar de orientación las gavias y se alejó. La fragata que la había perseguido se acercaba con rapidez. Una figura salió por la escotilla de popa trabajosamente y dando gritos. Era la dama de la duquesa, que tenía tanto miedo que había olvidado su mareo. La duquesa le puso el brazo por los hombros, como si quisiera protegerla, y trató de consolarla.

—Excelencia, sería conveniente que preparara el equipaje, ya que dentro de poco abandonará la cabina y será llevada por los españoles a otro alojamiento —dijo Hornblower—. Espero que esté más cómoda allí.

Trataba desesperadamente de hablar con serenidad, como si nada extraordinario ocurriera, como si no fuera a convertirse muy pronto en prisionero de los españoles; sin embargo, la duquesa notó que sus labios, generalmente tensos, estaban ahora temblorosos, y los puños apretados.

—No tengo palabras para expresar cuánto lamento lo ocurrido —dijo la duquesa con voz suave y en tono de lástima.

—Eso lo hace más difícil de soportar —dijo Hornblower y se obligó a sonreír.

La fragata española se encontraba ahora a un cable de distancia por barlovento y estaba virando. —Por favor, señor... —dijo Hunter.

—¿Qué desea?

—Podemos luchar, señor. Sólo tiene que dar la orden. Podemos disparar a sus botes cuando traten de subir a bordo. Tal vez podríamos vencerles enseguida.

Hornblower, arrastrado por la profunda pena que sentía, estuvo a punto de decir: «No sea tonto», pero se contuvo. Se limitó a señalar la fragata. Veinte cañones situados a poca distancia apuntaban hacia ellos. Y en la lancha de la fragata, que ahora los marineros estaban bajando al mar, habría por lo menos el doble de tripulantes que en *Le Rêve*. La corbeta no era mayor que muchos barcos de recreo. Sus posibilidades de ganar no estaban en razón de uno a diez ni de uno a cien, sino de uno a mil.

—Comprendo, señor —dijo Hunter.

Ahora la lancha de la fragata española se encontraba en el mar y estaba a punto de zarpar.

—Quisiera hablar con usted en privado, señor Hornblower.

Hunter y Winyatt la oyeron y se alejaron de allí para no escuchar lo que hablaban.

—Dígame, Excelencia —dijo Hornblower.

La duquesa todavía tenía el brazo sobre los hombros de su sirvienta y miraba a Hornblower a los ojos.

—No soy una duquesa —dijo.

—¡Dios mío! —exclamó Hornblower—. Entonces, ¿quién... quién es usted?

—Kitty Cobham.

A Hornblower le sonaba ese nombre, pero no sabía dónde lo había oído.

—Es usted demasiado joven para que ese nombre le recuerde algo, señor Hornblower. Hace cinco años que pisé un escenario por última vez.

Entonces Hornblower recordó que era Kitty Cobham, la actriz.

—No puedo contárselo todo ahora... —dijo la duquesa, mirando a la lancha española, que se acercaba saltando sobre las olas—. Pero le diré que el hecho de encontrarme en Florencia cuando los franceses marcharon sobre ella, sólo fue una de las muchas desgracias que me han ocurrido. Estaba sin un penique cuando escapé de ellos. ¿Quién iba a mover un dedo por una antigua actriz, una actriz abandonada y traicionada por todos? ¿Qué podía hacer? Pero a una duquesa la tratarían de modo diferente. Al gobernador de Gibraltar, el viejo Dalrymple, le parecía poco todo lo que hacía por la duquesa de Wharfedale.

—¿Por qué escogió ese título? —preguntó Hornblower, sin poder reprimir su curiosidad.

—La conocía —dijo la duquesa, encogiéndose de hombros—. La conocía bien porque la representé. Por eso la escogí. Siempre he representado mejor los personajes de las tragedias que los de las comedias y me parecen menos aburridos si es largo el papel que tienen en la obra.

—¡Oh, mis despachos! —exclamó Hornblower, temblando de miedo—. ¡Devuélvamelos enseguida!

—Si lo desea... —dijo la duquesa—. Pero puedo seguir siendo la duquesa cuando vengan los españoles, y estoy segura de que me pondrán en libertad tan pronto como puedan. Cuidaré estos despachos más que mi propia vida, se lo juro. Si confía en mí, los entregaré en menos de un mes.

Hornblower notó que tenía una mirada suplicante. Era posible que fuera una espía y que tratara ingeniosamente de evitar que los despachos fueran arrojados por la borda antes que los españoles llegaran. Pero ningún espía hubiera sabido de antemano que *Le Rêve* se metería en la boca del lobo de la escuadra española.

—He abusado de la bebida, lo sé —dijo la duquesa—. Bebía demasiado. Sí, demasiado. Pero me mantuve sobria durante los días que pasé en Gibraltar, ¿no es cierto? No volveré a beber ni una gota hasta que llegue a Inglaterra. Lo juro. Le ruego, señor, que me permita hacer algo por mi país.

A cualquier joven de diecinueve años, sobre todo al que nunca hubiera hablado



con una actriz, le habría resultado difícil tomar una decisión al respecto en un asunto como aquél. Hornblower oyó una voz chillona fuera de la corbeta y comprendió que la lancha española estaba a punto de enganchar el bichero a la fragata.

—Quédese con ellos y entréguelos en cuanto pueda —dijo Hornblower.

No apartaba la vista de su cara. La observaba para ver si aparecía en ella una expresión de triunfo. Si hubiera aparecido, le habría quitado los despachos por la fuerza. Pero lo único que se reflejó en su cara fue la satisfacción, y en ese momento, no antes, se convenció de que podía confiar en ella.

—Gracias, señor —dijo la duquesa.

La lancha española ya había enganchado el bichero a la fragata, y un teniente español subía trabajosamente por el costado de la nave, y cayó en la cubierta sobre las manos y las rodillas. Hornblower avanzó hacia él para recibirle mientras se ponía de pie. Captor y cautivo se saludaron con una inclinación de cabeza. Hornblower no podía entender lo que el español decía, pero era evidente que hablaba muy solemnemente. Entonces el español vio a las dos mujeres y se quedó petrificado. Hornblower hizo las presentaciones en lo que esperaba que fuera correcto español.

—El teniente español —dijo—. La duquesa de Wharfedale.

Obviamente, el título había producido el efecto esperado, pues el teniente hizo una profunda reverencia, a la que la duquesa respondió con profundo desprecio. Hornblower estaba seguro de que los despachos estaban a salvo. Esto mitigó la pena que sentía al verse allí en el alcázar de su corbeta medio hundida capturado por los españoles. Mientras esperaba, oyó un ruido semejante al de varios truenos seguidos que el viento trajo desde un lugar lejano, por sotavento. Pero no era posible que los truenos duraran tanto. Seguramente lo que oía eran las descargas de las baterías de varios barcos, de los barcos de dos escuadras, en el fragor de la batalla; seguramente en algún lugar de las proximidades del cabo San Vicente la escuadra británica se había enfrentado a la escuadra española. Las descargas eran cada vez más potentes. Los españoles que subieron a *Le Rêve* mientras Hornblower, con la cabeza descubierta, esperaba ser llevado a prisión, estaban muy nerviosos.

Estar prisionero le parecía horrible. Cuando recuperó la sensibilidad, se dio cuenta de lo horrible que era. Ni siquiera la noticia de que la Armada española había sufrido un descalabro frente al cabo San Vicente mitigó la pena que sentía por estar prisionero. No le parecía horrible por las condiciones de vida (estaba encerrado en un antiguo almacén de velas en El Ferrol, donde cada prisionero sólo disponía de un espacio de diez pies cuadrados), pues no eran peores que las de un oficial de poca antigüedad en un barco. Le parecía horrible por lo que implicaban el encierro y la privación de libertad.

Pasaron cuatro meses antes de que Hornblower recibiera la primera carta. España tenía un mal gobierno y un peor servicio postal. Pero ahora, lo que más le interesaba

es que tenía en sus manos la carta, que al parecer había sido devuelta de otro lugar y reenviada de nuevo a él. Prácticamente se la había arrebatado de las manos a un suboficial español que no entendía bien su extraño nombre. La letra no le era familiar, y cuando abrió la carta y vio el encabezamiento, pensó que había abierto la carta de otra persona. La carta empezaba así: «Querido joven...» ¿Quién diablos le habría llamado así? Leyó la carta como si estuviera soñando.

Querido joven:

Espero que le cause una gran alegría saber que lo que me entregó ha llegado a su destino. Cuando lo entregué, me dijeron que estaba usted en prisión, y eso me partió el corazón. Además, me dijeron que estaban muy satisfechos de lo que usted había hecho. Uno de los almirantes tenía acciones en Drury Lane. ¿Quién podía imaginarse una cosa así? El almirante me sonrió y yo le sonreí. Pero le sonreí para mostrarme amable, antes de saber que tenía esas acciones. Le conté cómo había logrado salvar mi preciosa carga, describiendo los innumerables peligros que había tenido que arrostrar, pero el relato fue simplemente un ejercicio histriónico. Sin embargo, lo creyó. Le causaron tan buena impresión mi sonrisa y mis aventuras que me consiguió un papel en *Sherry*. Represento un papel secundario en la obra, el papel de madre, y el público me aclama. He descubierto que envejecer también tiene sus compensaciones. No he vuelto a beber desde que le vi a usted por última vez y no volveré a hacerlo. Como otra recompensa, el almirante me prometió que mandaría esta carta en el próximo barco con bandera blanca que zarpara, y este gesto, sin duda, es una recompensa mayor para usted que para mí. Espero que esta carta llegue pronto a sus manos y logre mitigar su pena.

Rezo por usted todas las noches.  
Su fiel amiga,

Katharine Cobham

¿Mitigar su pena? Tal vez un poco. Las noticias de que los despachos habían llegado a su destino, de que Sus Señorías estaban contentos con él y de que la duquesa estaba actuando de nuevo en el teatro mitigaron su pena, pero la alegría que le produjeron era insignificante en comparación con su tristeza.

Un guardia le llevó ante el comandante, junto al que se encontraba un irlandés renegado que hacía de intérprete. Sobre el escritorio del comandante había muchos

papeles. Parecía que en el mismo barco con bandera blanca que llevó la carta de Kitty Cobham habían llegado cartas para el comandante.

—Buenas tardes, señor —dijo el comandante cortésmente, como siempre, y le ofreció asiento.

—Buenas tardes, señor —correspondió Hornblower, que iba aprendiendo español trabajosa y lentamente—. Gracias.

—Ha sido usted ascendido —dijo el irlandés en inglés.

—¿Qué? —preguntó Hornblower.

—Que ha sido ascendido —respondió el irlandés—. Lo dice esta carta: «Por la presente informamos a las autoridades de que el guardiamarina y teniente interino Horatio Hornblower ha sido ascendido al rango de teniente por los méritos que le adornan. El Almirantazgo confía en que el señor Hornblower gozará inmediatamente de los privilegios de que disfrutaban los oficiales de su rango». Ya lo ha oído, joven.

—Le felicito, señor —se adelantó el comandante.

—Gracias, señor —contestó Hornblower.

El comandante, un amable caballero de cierta edad, sonrió al asombrado joven. Luego siguió hablando, pero Hornblower no conocía tantas palabras en español como para entender lo que decía y miró al intérprete con desesperación.

—Puesto que ha sido ascendido a teniente, será trasladado adonde se encuentran prisioneros los oficiales de alto rango —tradujo el irlandés.

—Gracias —replicó Hornblower.

—Y recibirá usted la mitad de la paga que corresponde a un oficial de su categoría.

—Gracias.

—Y se le concederá libertad bajo palabra. Tendrá libertad para pasear por la ciudad y sus alrededores durante dos horas al día si da su palabra de no escapar.

—Gracias.

Durante los largos meses siguientes, el hecho de tener libertad bajo palabra de honor dos horas al día alivió su pena. Tenía libertad para caminar por las calles de la pequeña ciudad, para tomar una taza de chocolate o un vaso de vino (si tenía dinero) y para hablar con marinos y soldados españoles. No obstante, prefería pasar esas dos horas rodeado de sol y viento cerca del mar, en el cabo, adonde se llegaba por estrechas veredas, donde la tristeza que le producía estar prisionero era más soportable. Por otra parte, el nuevo alojamiento era un poco mejor; también la comida. Y ahora que era teniente, ahora que el rey había confirmado su nombramiento, cuando la guerra terminara y fuera puesto en libertad, malviviría con la media paga que le correspondía. Seguro que un teniente de poca antigüedad no encontraría trabajo una vez que acabara la guerra. Al menos había conseguido el ascenso, había conseguido que le dieran autoridad, y eso era algo en lo que podía

pensar en sus solitarios paseos.

Un día llegó hasta allí el viento del suroeste desde el otro lado del Atlántico. Había atravesado una extensión de mar de tres mil millas, ganando fuerza a medida que avanzaba, y levantaba frente a la costa española olas como montañas que chocaban contra los acantilados con un ruido atronador, lanzando al aire chorros de agua y espuma. Hornblower estaba en el cabo, en un lugar elevado desde donde se dominaba el puerto de El Ferrol, de cara al viento, por lo que tenía que sujetar con fuerza su viejo abrigo e inclinarse hacia delante para no perder el equilibrio. Le era difícil respirar, el viento soplaba intensamente, pero si se volvía hacia el otro lado para respirar mejor, al empuje del viento sus largos cabellos le taparían los ojos y el abrigo se le subiría hasta la cabeza, y hasta podría tambalearse y caerse o dar algunos pasos en dirección al pueblo, adonde no deseaba volver por el momento. Dos horas estuvo libre y solo, y esas dos horas eran muy valiosas para él. Durante ese tiempo respiró el aire del Atlántico, caminó, contempló el mar, hizo lo que quiso. Desde el cabo veía a menudo algún barco de guerra británico que pasaba despacio a poca distancia de la costa para vigilar los puertos españoles y capturar cualquier embarcación que navegara cerca de ella. Cuando Hornblower veía pasar un barco de esos durante sus dos horas de libertad, lo miraba como un hombre medio muerto de sed miraría un cubo de agua que estuviera fuera de su alcance, y se fijaba incluso en sus más pequeños detalles, como la forma de las gavias y la pintura, puesto que ya hacía casi dos años que era prisionero de guerra. Durante veintidós meses, durante veintidós horas diarias, había estado encerrado con otros cinco tenientes de poca antigüedad en una habitación de la fortaleza de El Ferrol. Ese día el viento pasaba junto a él rugiendo, como si quisiera pregonar su total libertad. Él estaba de cara al viento y tenía delante la ciudad de La Coruña, con sus casas blancas como terrones de azúcar esparcidas por las laderas. Entre el lugar donde se encontraba y la ciudad estaba la bahía, jaspeada de blanco a causa del viento, y a la izquierda, la estrecha entrada de la ría de El Ferrol, y a la derecha, el vasto Atlántico. Debajo de él, al pie del acantilado, se encuentra el arrecife llamado Dientes del Diablo, que corre de norte a sur y está situado perpendicularmente a la dirección en que avanzaban las enormes olas empujadas por el viento. Las olas chocaban contra el arrecife a intervalos de medio minuto, y cada una se dividía en ráfagas de agua que inmediatamente el viento arrastraba, dejando de nuevo a la vista las largas y negras puntas de las rocas. Cada impacto hacía estremecerse incluso el sólido cabo sobre el que se encontraba Hornblower.

Pero Hornblower no estaba solo en el cabo, a poca distancia de él se encontraba de centinela un soldado de artillería que no hacía más que mirar por un catalejo a un lado y a otro del horizonte con ojos llorosos. Cuando los españoles estaban en guerra con Inglaterra, estaban siempre ojo avizor, pues era posible que apareciera de repente

en el horizonte una escuadra y dejara en tierra un grupo de soldados para intentar tomar El Ferrol y quemar los barcos anclados y el astillero. Pero Hornblower pensó que hoy eso no era posible, que los soldados no podrían desembarcar en la costa porque estaba a sotavento.

No obstante, el centinela no quitaba ojo hacia barlovento con el catalejo. De repente, se limpió los ojos con la manga de la chaqueta y volvió a mirar. Hornblower permaneció atento a aquella dirección pero no pudo ver qué era lo que atraía la atención del centinela. Entonces el centinela murmuró algo y fue corriendo torpemente hasta la barraca de piedra donde se encontraban los demás soldados encargados de manejar los cañones de la batería del cabo. Volvió con el sargento, que miró por el catalejo hacia barlovento, hacia donde le indicaba el centinela. Después ambos hablaron en gallego. En dos años, Hornblower había aprendido el castellano y el gallego, pero el aullido del viento le impidió entender lo que decían. Finalmente, cuando el sargento asentía con la cabeza, Hornblower pudo ver lo que era el objeto de su conversación. En el horizonte había un cuadrado gris pálido sobre el mar gris oscuro: era la gavia de un barco que navegaba con el viento en popa y probablemente se dirigía a La Coruña o a El Ferrol.

Era extraño que un barco hiciera eso, porque le sería difícil virar para poder entrar en la bahía de La Coruña si quería anclar allí y todavía más difícil entrar en la estrecha ría de El Ferrol. Un capitán prudente se quedaría en facha en alta mar hasta que el viento amainara. Hornblower, encogiéndose de hombros, pensó que era comprensible que los capitanes españoles quisieran llegar a puerto lo antes posible cuando la Armada inglesa patrullaba los mares. Pero el nerviosismo del sargento y el centinela era tal que seguramente estaba provocado por algo más que por la aparición de un solo barco. Hornblower, sin poder contenerse más, se acercó a los dos hombres mientras formaba mentalmente algunas frases en castellano.

—Por favor, caballeros... —dijo, y luego volvió a repetir dando un grito—: Por favor, caballeros, ¿qué ven ustedes?

El sargento le lanzó una mirada y, después de pensar unos momentos, le ofreció el catalejo. Hornblower apenas pudo evitar arrebatárselo de las manos. Con el catalejo pudo ver mucho mejor. Un barco con aparejo de navío con las gavias arrizadas (todavía con más velamen desplegado del que era prudente llevar) se acercaba raudo hacia donde se encontraban ellos. Un momento después vio otro cuadrado gris, la gavia de otro barco. El mastelero de velacho de ese barco era mucho más corto que su mastelero mayor, y, además, su aspecto le era familiar. Era un barco de guerra británico, una fragata, y perseguía a la otra embarcación, que parecía un barco pirata español. La fragata lo perseguía muy de cerca, y era dudoso que llegara a estar bajo la protección de las baterías antes de que la fragata lo alcanzara. Hornblower bajó el catalejo para descansar la vista, y el sargento se lo arrebató de las manos. El español,

que no había quitado ojo al inglés, por su expresión averiguó lo que quería saber. El modo en que esos dos barcos navegaban justificaba que el soldado llamara a su superior y diera la alarma. El sargento y el centinela regresaron corriendo a la barraca, y poco después salieron de ella los artilleros para disparar los cañones de la batería que estaba al borde del acantilado. Al poco tiempo subió por el sendero un oficial a caballo, y le bastó una ojeada por el catalejo para enterarse de lo que ocurría. Se acercó a la batería dando gritos, y enseguida uno de sus cañones disparó, alertando al resto de los soldados que defendían la costa. La bandera española subió a la punta del asta que se encontraba detrás de la batería, y Hornblower vio izarse enseguida otra bandera en San Antón, donde estaba la batería que protegía la entrada de la bahía de La Coruña. Ahora todos los artilleros que manejaban los cañones de las baterías estaban en sus puestos, y no tendrían piedad con ningún barco inglés que estuviera al alcance de los cañones.

El perseguidor y el perseguido habían recorrido ya la mitad de la distancia que los separaba de La Coruña. Ahora podían verse desde el cabo sus cascos en el horizonte, y Hornblower creyó percibir que se deslizaban con gran rapidez por el grisáceo mar y esperaba ver de un momento a otro caerse los masteleros o soltarse las velas de las relingas. La fragata todavía se encontraba a media milla de distancia del barco español y tendría que acercarse mucho más para poder alcanzarlo con sus disparos en aquellas aguas agitadas. Llegaron el comandante y un grupo de oficiales a caballo a presenciar el momento álgido del drama. El comandante, al ver a Hornblower, se quitó el sombrero y le saludó con la característica cortesía española. Hornblower trató de responder a su saludo con igual cortesía, pero se limitó a hacer una inclinación de cabeza porque no tenía sombrero. Después se acercó a él para pedirle algo y tuvo que sujetar el arzón de la silla del español y gritarle mirándole a la cara para que le entendiera.

—Dentro de diez minutos se acaba el período de libertad —gritó—. ¿Puede concederme más tiempo? Quisiera quedarme aquí un rato más.

—Sí, puede quedarse, señor —respondió el generoso comandante.

Hornblower observó la persecución al mismo tiempo que los preparativos para la defensa. Había dado su palabra de no escapar, pero no había nada en el código por el que se regían los caballeros que prohibiera que mirara con atención todo lo que ocurría. Algún día sería libre, y tal vez entonces le sería útil conocer todos los detalles sobre las tropas y las armas que defendían El Ferrol. Todos los demás componentes del gran grupo de hombres que se encontraban en el cabo miraban la persecución, y su excitación aumentaba a medida que los dos barcos se acercaban. El capitán inglés había logrado acercar la fragata a unas cien yardas del barco español por el costado más próximo a alta mar, pero no podría alcanzarlo. Hornblower tenía la impresión de que ahora el barco español estaba aumentando de velocidad. Pero, puesto que la

fragata inglesa se mantenía cerca del costado más próximo a alta mar, el barco español no podría escapar por allí. Y si el barco se apartaba de la costa, se reduciría considerablemente la ventaja que llevaba a la fragata. Si el barco no entraba en La Coruña o El Ferrol, estaba perdido.

Ahora el barco estaba cerca de la bahía de La Coruña. En ese momento su capitán tenía que virar todo el timón para entrar en ella y confiar en que las anclas agarraran a sotavento del cabo. Pero con un viento que soplaba con tanta intensidad hacia la costa podrían ocurrir cosas muy extrañas. Cuando el barco trató de virar, una ráfaga de viento que venía del interior de la ría hizo presión sobre la parte anterior de las velas, y Hornblower lo vio balancearse violentamente y retroceder un poco escorado. Luego vio como otra ráfaga de viento lo embestía. El barco se inclinó casi hasta volcar, y cuando se enderezó, Hornblower vio que había un agujero en la gavia mayor. Divisó el agujero sólo un momento, porque después de que apareció, enseguida la vela se hizo jirones. Ahora que el barco no tenía la presión de la vela, que lo ayudaba a mantener el equilibrio, no era posible gobernarlo. Una ráfaga de viento hizo presión sobre el velacho y viró el barco como una veleta, y quedó situado con el viento en popa. Si sus hombres hubieran tenido tiempo para desplegar alguna vela en la popa, el barco se habría salvado, pero en una reducida extensión de mar no había tiempo para ello. El barco había estado a punto de doblar la península en que se encuentra La Coruña para entrar en la bahía pero había perdido la oportunidad de hacerlo.

Todavía tenía la posibilidad de entrar en la ría de El Ferrol, y el viento le era favorable. Hornblower, en lo alto del cabo donde se encuentra El Ferrol, pensaba qué haría si fuera el capitán español, que estaba de pie sobre el oscilante alcázar. Vio que el capitán trataba de estabilizar el barco y hacer rumbo a la estrecha entrada de la ría, conocida entre todos los marinos por lo difícil que es entrar en ella. Vio el barco seguir el nuevo rumbo y atravesar la entrada de la ensenada. Aparentemente, el capitán español iba a conseguir entrar directamente en la bahía, a pesar de las escasas probabilidades que tenía de lograrlo. Pero el barco retrocedió de nuevo. Si hubiera respondido con rapidez al movimiento del timón, se podría haber salvado, pero, como la presión de las velas era desproporcionada, respondía con lentitud a los cambios de dirección del timón. El furioso viento lo hizo virar en redondo, y era evidente que estaba perdido, pero el capitán español decidió seguir jugando hasta el final. No dejaría que su barco chocara contra los escollos. Viró el timón lo más posible y, con ayuda del viento que rebotaba en el acantilado, hizo el valiente intento de doblar el cabo donde se encuentra El Ferrol para tener la posibilidad de salir a alta mar.

Fue un valiente intento, pero desde el principio era evidente que no podría conseguir su objetivo. El barco sobrepasó el cabo, pero el viento lo hizo virar en redondo otra vez. Momento en que el barco, con la proa hundida, avanzó directamente hasta las puntiagudas rocas del Dientes del Diablo. Hornblower, el

comandante y todos los demás se acercaron a todo correr al otro lado del cabo para ver el acto final de la tragedia. El barco avanzaba hacia el arrecife a gran velocidad, navegando con el viento en popa, y cuando ya estaba cerca, una enorme ola lo alcanzó y, aparentemente, lo hizo aumentar de velocidad. Volvió a chocar, y la ola lo embistió dividiéndose en multitud de chorros de agua que cayeron sobre él y lo ocultaron durante unos segundos. Cuando el agua se escurrió de la cubierta, pudo verse de nuevo el barco. Estaba encallado y se había transformado, había perdido los tres mástiles en el impacto y ahora no era más que un casco, un negro casco medio oculto por la blanca espuma. Por la velocidad con que navegaba y por el impulso de la ola, el barco había llegado casi al fondo del arrecife y seguramente tenía el fondo destrozado. Tenía la popa totalmente fuera del agua y la punta de la proa sumergida en las aguas bastante tranquilas de la parte de sotavento del arrecife.

Algunos de sus tripulantes estaban vivos. Hornblower pudo verles agachados bajo el saltillo del alcázar para protegerse de las olas. Otra enorme ola se acercó en ese momento al Dientes del Diablo, chocó contra él y cubrió de espuma el barco destrozado. El negro casco volvió a aparecer, rodeado de blanca espuma. Como el barco había llegado al fondo del arrecife, la mayor parte de la superficie del casco estaba apoyada sobre las rocas que lo habían destrozado. Hornblower observaba a los supervivientes agachados en la cubierta. Les quedaba poco tiempo de vida: tal vez cinco minutos, si tenían suerte, y tal vez cinco horas, si no la tenían.

Alrededor de él los españoles gritaban, blasfemaban, las mujeres lloraban. Algunos agitaban el puño con rabia amenazando a la fragata británica, que, satisfecha por la destrucción de su víctima, había virado en redondo en el momento adecuado y ahora se alejaba hacia alta mar con gran cantidad de velamen desplegado. Sería horrible ver morir a esos infelices. El casco terminaría hundiéndose si una ola más grande de lo habitual levantaba la popa, o se partiría, lo que tendría como consecuencia que los supervivientes se hundirían conjuntamente con los pedazos. Y si tardaba en partirse, los pobres hombres todavía refugiados en él no podrían soportar el impacto de las salpicaduras que caían constantemente sobre ellos. Había que hacer algo para salvarles, pero ninguna lancha sería capaz de doblar el cabo y bordear el arrecife para llegar adonde estaba el barco encallado. Eso era evidente, y no merecía la pena pensar más en ello. Pero... Mientras Hornblower les observaba, su mente buscaba con rapidez posibles alternativas. El comandante, aún a caballo, hablaba con un oficial de marina sobre el mismo asunto, y el oficial de marina, con los brazos extendidos, decía que cualquier intento de salvamento fracasaría. Si embargo... Hacía dos años que Hornblower estaba prisionero, y la actividad reprimida durante ese tiempo buscaba una vía de escape. Además, después de soportar durante dos años la tristeza producida por el confinamiento, le daba igual vivir que morir. Se acercó al comandante y le habló del asunto.



—Señor, déjeme intentar salvarles —dijo—. Tal vez desde esa pequeña ensenada... Tal vez algunos pescadores vengan conmigo.

El comandante miró al oficial de marina, que se encogió de hombros.

—¿Qué sugiere usted, señor? —preguntó el comandante a Hornblower.

—Podríamos llevar una lancha por tierra hasta el otro lado del cabo —dijo Hornblower, esforzándose por expresar sus ideas en español—. Pero tenemos que darnos prisa.

Entonces señaló el barco encallado, y en ese momento una enorme ola chocó contra el arrecife, lo que sirvió para apoyar sus palabras.

—¿Cómo va a transportar la lancha? —inquirió el comandante.

Explicar su plan en inglés de cara al viento le hubiera sido difícil, y explicarlo en español era superior a sus fuerzas.

—Se lo diré en el astillero, señor —gritó—. No puedo explicarlo ahora. ¡Pero tenemos que darnos prisa!

—Entonces, ¿quiere ir al astillero?

—¡Sí! ¡Sí!

—Monte detrás de mí, señor —dijo el comandante.

Hornblower subió torpemente a la grupa del caballo y se sujetó del cinturón del comandante. El caballo dio la vuelta y bajó la ladera mientras Hornblower daba peligrosos saltos en su grupa. Todos los hombres de la ciudad y la guarnición que estaban inactivos corrieron tras ellos.

El astillero de El Ferrol tenía un aspecto fantasmal. Debido al bloqueo británico, podía compararse a un árbol seco al que le hubieran cortado las raíces. Por estar situado en una punta de España y comunicarse con el interior del país solamente a través de caminos escabrosos, dependía de las provisiones que recibía por mar, y era casi imposible que las recibiera, debido a la presencia de barcos británicos frente a la costa. En la última visita que los barcos de guerra habían hecho al astillero, los británicos lo habían dejado casi sin pertrechos y, al mismo tiempo, habían reclutado a la fuerza a muchos de los hombres que trabajaban allí. Pero todo lo que Hornblower necesitaba estaba allí, y lo sabía muy bien gracias a su capacidad de observación. Bajó de la grupa del caballo, evitando milagrosamente recibir una cox del animal, que, muy irritado, dio una en ese momento. Entonces ordenó sus ideas y señaló una narria, una especie de plataforma con ruedas, que se usaba para transportar barriles de carne y barriletes de coñac al muelle.

—Caballos —dijo.

Una docena de hombres dispuestos empezaron a poner los arcos a un tronco de caballos.

En el muelle del astillero había media docena de lanchas. También había poleas y cabrias y todo lo necesario para levantar grandes pesos. Sólo tardarían uno o dos

minutos en pasar varias hondas por debajo de una lancha y subirla. Los españoles, por lo general, son lentos y perezosos, pero si se les hace comprender la necesidad de actuar inmediatamente, si se logra despertar su entusiasmo presentándoles un plan novedoso, trabajan como locos, y muchos son trabajadores realmente hábiles. Cogieron los remos, un mástil, una vela (aunque seguramente no la necesitarían), el timón y el tablón que debía ir unido a él. Un grupo de hombres llegó corriendo desde un almacén con cuñas para la lancha, y en el momento en que las colocaron en la narria, hicieron retroceder ésta con la polea y bajaron la lancha hasta ella.

—¡Toneles vacíos! —gritó Hornblower—. ¡Pequeños! ¡Así...!

Un pescador gallego de piel morena comprendió enseguida cuál era su propósito y amplió las cortas frases de Hornblower con muchas explicaciones. Los hombres trajeron una docena de toneles de agua con los tapones bien ajustados, y el pescador se subió a la narria y empezó a colocarlos bajo las bancadas y a amarrarlos a ellas. Los toneles así amarrados mantendrían a flote la lancha aunque se llenara de agua.

—Quiero que me acompañen seis hombres —dijo Hornblower, de pie en la narria, mirando a la muchedumbre que le rodeaba—. Seis pescadores que sepan maniobrar lanchas pequeñas.

El pescador de piel morena que estaba amarrando los toneles en la lancha levantó la vista.

—Sé cuáles son los hombres que necesitamos, señor —dijo.

Gritó una serie de nombres, y enseguida media docena de pescadores se adelantaron. Todos eran corpulentos y curtidos por el sol, y por su expresión serena se deducía que estaban acostumbrados a afrontar dificultades. Era obvio que el gallego moreno era su capitán.

—Entonces, vamos —dijo Hornblower, pero el gallego dijo algo en ese momento.

Hornblower no oyó lo que dijo, pero algunos hombres de la muchedumbre asintieron con la cabeza, se fueron y regresaron rápidamente con un tonel de agua, cuyo peso les hacía tambalearse, y una caja que probablemente contenía galletas. Hornblower estaba molesto consigo mismo por haber olvidado la posibilidad de que fueran arrastrados a alta mar. El comandante, que, todavía montado en su caballo, miraba con interés los preparativos, tomó nota de esas provisiones también.

—Recuerde que me ha dado su palabra de no escapar, señor —dijo.

—Sí, señor, y la cumpliré —dijo Hornblower, que había olvidado durante unos benditos momentos que era un prisionero.

Colocaron las provisiones en la popa de la lancha y el capitán del grupo de pescadores miró a Hornblower. Éste asintió con la cabeza.

—¡Vamos! —gritó a la muchedumbre.

Los cascos de los caballos golpeaban con estrépito los adoquines y la narria empezó a avanzar. Varios hombres guiaban los caballos, y otros muchos avanzaban

junto a ellos como un enjambre; Hornblower y el capitán estaban de pie sobre la narria, como dos generales triunfadores en un desfile. Salieron por la puerta del astillero, que estaba al nivel de la calle mayor de la pequeña ciudad, y doblaron por una calle empinada que llevaba hasta la colina que constituía la altura máxima del cabo. Todavía la muchedumbre sentía entusiasmo. Los caballos aminoraron el paso cuando empezaron a subir la ladera, y un centenar de hombres empujaron la narria por detrás y por los lados y tiraron de los tirantes de la guarnición para ayudarla a subir. En la cima, el camino se convertía en un estrecho sendero, y la narria rodaba por él con estrépito dando bandazos. Del sendero partía otro aún peor, que bajaba serpenteando entre tojos y mirtos hasta la playa adonde Hornblower pensaba llegar, una playa en la que había visto a algunos pescadores tejiendo jábegas cuando hacía buen tiempo y que le había parecido un lugar apropiado para el desembarco de una pequeña brigada y que podría ser utilizado para eso por la Armada inglesa si alguna vez planeaba tomar El Ferrol.

El viento soplaba con más intensidad que nunca y Hornblower lo sentía aullar a su alrededor. Cuando tuvieron el mar ante su vista, vieron que se formaban olas de grandes crestas en todas direcciones, y cuando llegaron a un rellano de la pendiente, pudieron ver el Dientes del Diablo, que se extendía a lo largo de la costa por barlovento, y todavía se encontraba sobre él, sosteniéndose precariamente sobre las afiladas puntas de las rocas, el barco destrozado, cuyo negro casco contrastaba con la masa de espuma que lo rodeaba. Alguien gritó al verlo, y todos empujaron la narria con tanta fuerza que los caballos empezaron a trotar. La narria comenzó a avanzar con rapidez y a saltar por encima de los obstáculos del camino.

—¡Despacio! —gritó Hornblower—. ¡Despacio!

Si se rompía un eje o una rueda en esos momentos, el intento de salvamento terminaría siendo un horrible fracaso. El comandante, montado en su caballo, apoyó las palabras de Hornblower con sus órdenes y logró que la muchedumbre reprimiera su entusiasmo. La narria descendió despacio por el sendero y, por fin, llegó a la playa. El viento levantaba la arena húmeda y la lanzaba contra la cara de los hombres, pero a la playa sólo llegaban olas pequeñas, pues se encontraba en un entrante de la costa protegido del viento del suroeste que tenía por barlovento el Dientes del Diablo, donde disminuía la fuerza de las grandes olas que se movían casi paralelas a la costa. Las ruedas de la narria se hundieron en la arena, y los caballos se detuvieron al mismo borde del agua. Una veintena de hombres dispuestos quitaron los arreos a los caballos y cien ágiles brazos empujaron la narria al agua. Todas estas cosas resultaban fáciles porque muchos hombres ayudaban a hacerlas. Cuando la primera ola pasó por encima de la narria, subieron a ella los tripulantes de la lancha. En el fondo había rocas, pero los fuertes empujones de los soldados y los trabajadores del astillero, que estaban metidos en el agua hasta la cintura, hicieron pasar la narria por

encima de aquéllas. El agua separó la lancha de las cuñas casi por completo, y los tripulantes terminaron de ponerla a flote y se subieron a ella; el viento empezó a balancearla inmediatamente. Los tripulantes cogieron los remos y dieron media docena de rápidas paletadas para controlarla. El capitán gallego había colocado un remo en la popa para dirigir la lancha en vez del timón y el tablón, y cuando empezó a moverlo, miró hacia Hornblower, que, tácitamente, le dejó ese trabajo.

Hornblower, de pie en la popa, trataba de determinar la ruta a seguir entre las rocas para llegar al barco encallado. Ahora la costa y la resguardada playa quedaban muy lejos, y los tripulantes luchaban por hacer pasar la lancha por una masa de agua que se movía caóticamente mientras el viento aullaba a su alrededor. Entre esas olas que se movían en todas direcciones, la lancha daba constantes bandazos. Afortunadamente, los remeros estaban acostumbrados a remar en aguas turbulentas y podían lograr que la lancha continuara moviéndose, al menos lo suficiente para que el capitán la orientara con el remo de popa que servía de timón, aunque con gran esfuerzo, y guiarla a través del monumental caos. Hornblower, que indicaba por dónde debían seguir, guiaba al capitán con gestos para que se ocupara de evitar que la lancha volcara por el impacto de una ola que la alcanzara inesperadamente. El viento aullaba, la lancha cabeceaba, se balanceaba violentamente al chocar con las olas, avanzaba trabajosamente yarda a yarda hacia el barco encallado. Aunque, en general, las olas no parecían seguir un orden, muchas se movían hacia el exterior del Dientes del Diablo; por eso el capitán tenía que maniobrarla con cuidado, virándola primero de modo que cortara las olas con la proa y luego de modo que pudiera avanzar un tanto con el viento en contra. Hornblower no tenía necesidad de mirar a los remeros, pues remaban constantemente con todas sus fuerzas. No podían tener ni un momento de respiro, tenían que empujar y halar, empujar y halar continuamente. Hornblower se preguntaba cómo era posible que sus corazones y sus tendones resistieran ese esfuerzo.

Se acercaban al barco encallado. Hornblower, cuando el viento y las salpicaduras de agua lo permitían, podía ver toda la cubierta, ahora inclinada, y algunas figuras humanas refugiadas bajo el saltillo del alcázar. Notó que alguien le saludaba con la mano. Pero, de repente, algo enorme y puntiagudo que emergió del mar, a veinte yardas de distancia, llamó su atención. Al principio no supo qué era, pero luego, cuando el mar lo dejó de nuevo a la vista, lo reconoció: era la base de un mástil partido. La parte superior del mástil todavía estaba unida al barco por el único obenque que no se había roto, y el mástil se movía hacia sotavento saltando sobre las olas, como si un dios de los mares quisiera utilizarlo para descargar su ira contra ellos. Hornblower indicó al timonel el peligro, y el timonel asintió con la cabeza y gritó: «¡Válgame Dios!»; el viento se llevó sus palabras. Esquivaron el mástil y siguieron avanzando. Ahora Hornblower podía apreciar mejor a qué velocidad

avanzaban porque podía guiarse por un objeto fijo. Notó que sólo adelantaban unas cuantas pulgadas cada vez que los remeros movían los remos y cuándo la lancha se detenía o retrocedía al ser embestida por alguna ráfaga de viento y el movimiento de las palas de los remos en el agua no era efectivo. Adelantar una pulgada les costaba un trabajo infinito.

Ahora estaban lejos del mástil y muy cerca de la proa del barco, sumergida, pero a tan corta distancia del Dientes del Diablo que caían salpicaduras sobre ellos cada vez que las olas chocaban contra la parte exterior del arrecife. En el fondo de la lancha había ya varias pulgadas de agua, pero no tenían tiempo para achicarla ahora. Estaban en el momento más delicado de la operación, pues tenían que abordarse con el barco encallado para sacar de él a los supervivientes evitando que la lancha se desfundara. La popa del barco estaba rodeada de las puntiagudas rocas, pero la proa y la parte anterior del combés estaban sumergidas, aunque a veces el castillo estaba por encima de la superficie. El barco estaba inclinado a babor, hacia el lado por donde ellos se acercaban, por lo que les sería más fácil llegar a él. Cuando el agua había llegado al nivel más bajo, justo antes que la siguiente ola chocara contra el arrecife, Hornblower estiró el cuello y pudo ver que no había rocas junto a la parte intermedia del combés, donde la cubierta llegaba a la superficie del mar. Pudo indicar fácilmente al timonel que llevara la lancha hacia ese lugar, y cuando la lancha viró, agitó los brazos y atrajo fácilmente la atención del pequeño grupo de hombres que estaban bajo el saltillo del alcázar y luego les indicó el lugar al que se dirigía la lancha. Una ola chocó contra el arrecife, y el agua saltó por encima de la popa del barco encallado y casi llenó la lancha. Entonces la lancha cabeceó violentamente entre los remolinos, pero los toneles la hicieron mantenerse a flote, y los giros del remo que servía de timón y el fuerte movimiento de los remos impidieron que se estrellara contra el barco encallado y contra las rocas.

—¡Ahora! —gritó Hornblower.

No tenía importancia que hablara en inglés en ese momento, era el momento decisivo. La lancha siguió avanzando, y los supervivientes soltaron los cabos con que se habían amarrado para mantenerse en su refugio y se deslizaron por la cubierta hasta el lugar al que ella se aproximaba. A todos les sorprendió un poco ver que sólo eran cuatro. Seguramente veinte o treinta hombres habían caído por la borda cuando el barco chocó contra el arrecife. La lancha viró la proa hacia el barco encallado y se aproximó a él. El timonel gritó una orden y los remeros dejaron de mover los remos. Un superviviente se tiró a la proa de la lancha. Los remos volvieron a moverse, el remo que servía de timón volvió a girar y la lancha siguió avanzando, y otro superviviente más se tiró a ella. En ese momento, Hornblower, que estaba vigilando el mar, vio una ola pasar por encima del arrecife y dio un grito para advertir de ello al capitán con el fin de que retrocediera a un lugar más seguro, y los supervivientes

volvieron a refugiarse en el saltillo del alcázar. La ola chocó con estrépito, la espuma susurró, las salpicaduras produjeron chasquidos, y la lancha se acercó de nuevo al barco encallado. El tercer superviviente se preparó para saltar, pero calculó mal el momento en que debía hacerlo y cayó al mar. Se fue al fondo enseguida, como una piedra, pues estaba exhausto y tenía los miembros entumecidos a causa del frío, pero no podían perder tiempo lamentándolo. El cuarto superviviente saltó en el momento oportuno para hacerlo y cayó en la proa de la lancha.

—¿Hay más? —gritó Hornblower.

La respuesta que obtuvo fue una negación con la cabeza. Así pues, ocho hombres habían arriesgado su vida para salvar la de tres.

—¡Vamos! —dijo Hornblower, aunque no hacía falta que dijera nada al timonel.

El timonel dejó que el viento alejara la lancha del barco encallado y de las rocas, y también de la costa. El movimiento ocasional de los remos bastaba para mantener la proa dirigida contra el viento y las olas. Hornblower observó a los débiles supervivientes, que estaban en el fondo de la lancha medio cubiertos por el agua. Se inclinó hacia ellos y les sacudió para reanimarles y les puso en las manos los achicadores. Tenían que mantenerse activos o morirían. A todos les sorprendió ver que empezaba a anochecer. Era urgente decidir qué iban a hacer a continuación, pues los remeros no estaban en condiciones de remar por mucho más tiempo. Si regresaban a la playa de la que habían salido, era posible que los remeros tuvieran que detenerse por cansancio o porque llegara la noche entre los escollos que había cerca de la costa. Hornblower se sentó junto al capitán gallego, que expresó su opinión lacónicamente mientras observaba las olas que se movían hacia la lancha.

—Está anocheciendo —dijo el capitán, mirando hacia el cielo—. Rocas. Los hombres están cansados.

—No es conveniente regresar —dijo Hornblower.

—No.

—Entonces tenemos que salir a alta mar.

Durante los largos años que había pasado haciendo el bloqueo a diversos puertos y patrullando aguas próximas a costas a sotavento, Hornblower había aprendido que era necesario que una embarcación se situara donde tuviera mucho espacio para maniobrar.

—Sí —dijo el capitán, y añadió algo que Hornblower no pudo entender debido al ruido del viento y a que no estaba familiarizado con su lengua.

El capitán volvió a gritar lo mismo y para acompañar sus palabras quitó una mano del remo que servía de timón y expresó algo con gestos.

«Un ancla de capa», se dijo Hornblower, y la idea le pareció excelente.

Miró hacia la lejana costa y trató de calcular la dirección del viento. Parecía que estaba rolando al sur. En ese lugar estaban bastante separados de la costa y podrían

pasar la noche allí con un ancla de capa sin correr el riesgo de ser empujados hacia ella mientras hubiera esas condiciones climáticas.

—¡Bien! —dijo Hornblower en voz alta.

Entonces imitó los gestos del capitán, y éste mostró su aprobación con la mirada y luego dio una orden. Al oírla, los dos remeros de proa metieron los remos en la lancha y empezaron a construir un ancla de capa, que consistía simplemente en dos remos unidos a un largo cabo que pendía de la proa. La presión que el viento ejercía ahora sobre la lancha daría al ancla suficiente fuerza de arrastre como para mantener su proa dirigida a alta mar. Hornblower observó cómo el ancla empezaba a agarrarse al mar.

—¡Bien! —repitió.

—¡Bien! —observó el capitán, metiendo en la lancha el remo que servía de timón.

Hasta ese momento Hornblower no se dio cuenta de que llevaba mucho tiempo expuesto al viento invernal y estaba calado hasta los huesos. Tenía los miembros entumecidos por el frío y temblaba. Uno de los supervivientes estaba postrado a sus pies, y los otros dos, que habían achicado ya casi toda el agua, estaban espabilados y animados. Los remeros estaban sentados en las bancadas con la espalda doblada por el cansancio. El capitán gallego se inclinó hacia el fondo de la lancha para levantar al hombre que estaba postrado. Todos tuvieron el impulso de echarse en el fondo de la lancha, debajo de las bancadas, para protegerse del furioso viento.

Llegó la noche. A Hornblower le pareció agradable estar en contacto con otros seres humanos. Sintió que alguien le ponía el brazo sobre los hombros y él puso el suyo alrededor de los hombros de otro hombre. Todavía entraba un poco de agua por entre las tablas del fondo de la lancha y todavía el viento aullaba. La lancha bajaba primero la proa y luego la popa cuando las olas pasaban por debajo y cuando subía en la cresta de alguna ola, daba una sacudida porque el ancla de capa tiraba de ella. A intervalos de varios segundos caían salpicaduras sobre la lancha y sobre sus cuerpos encogidos, y poco tiempo después había tanta agua acumulada en el fondo de la lancha que tuvieron que levantarse y ponerse a achicar el agua a tientas. Después volvieron a agruparse bajo las bancadas.

Cuando volvieron a agruparse después de achicar el agua por tercera vez, Hornblower estaba muerto de frío y exhausto. Y entonces se dio cuenta de que el hombre sobre cuyos hombros había apoyado el brazo tenía el cuerpo rígido. Ese era el hombre que el capitán había tratado de reanimar. Había muerto sentado allí entre el capitán y Hornblower. El capitán arrastró el cadáver hasta la popa en la oscuridad. Durante toda la noche sopló un viento gélido y el agua helada siguió salpicándoles, y no cesaron las sacudidas, ni el cabeceo ni el balanceo de la lancha; ellos se sentaban y achicaban el agua y volvían a agruparse temblando bajo las bancadas. Todo eso fue

un terrible tormento. Cuando Hornblower vio los primeros signos de que la noche llegaba a su fin, no podía dar crédito a lo que veía. La luz del amanecer se extendió poco a poco sobre el grisáceo mar, y llegó el momento de decidir lo que iban a hacer. Pero cuando la luz aumentó, las circunstancias resolvieron el problema. Uno de los pescadores se puso de pie e inmediatamente dio un grito y señaló hacia el norte, hacia un punto del lejano horizonte, y allí divisó un barco al que se le veía casi todo el casco y que estaba en facha y tenía gran cantidad de velamen desplegado. El capitán lo observó y enseguida lo identificó, demostrando que tenía una vista excelente.

—Es la fragata inglesa —dijo.

Probablemente la distancia que la fragata se había separado de la costa mientras estaba en facha era la misma que se había separado el bote al ser arrastrado por el ancla de capa.

—Háganle señales —dijo Hornblower, y nadie planteó ninguna objeción.

El único objeto blanco que tenían a mano era la camisa de Hornblower, así que el joven, a pesar de que temblaba de frío, se la quitó, y los demás la ataron a un remo, que colocaron en la carlinga para el mástil. El capitán, al ver que Hornblower se ponía la chaqueta empapada sobre los hombros desnudos, se quitó bruscamente su grueso jersey azul y se lo ofreció.

—No, gracias —protestó Hornblower.

Pero el capitán insistió y, sonriendo, señaló el cadáver que yacía en la popa y dijo que reemplazaría el jersey con su ropa.

Su argumentación fue interrumpida por el grito de otro pescador. La fragata dirigió la proa hacia la parte de donde venía el viento, que ahora era flojo, y con el velacho y la gavia mayor con tres rizos, puso rumbo a la lancha. Hornblower vio la fragata acercarse a ellos y luego miró en dirección contraria, hacia las montañas gallegas que se recortaban sobre el horizonte y pensó que a un lado estaban el calor, la libertad y la amistad, y al otro, la soledad y la cautividad. Cuando la fragata llegó adonde estaba la lancha, ésta empezó a cabecear y a balancearse con extraordinaria violencia. Desde la fragata, muchas caras asombradas miraron hacia ellos. Todos tenían frío y calambres. Los tripulantes de la fragata bajaron al agua una lancha, a la que descendieron dos de los más ágiles, y luego tiraron dentro un cabo y una anilla con retrancas. Entonces los marineros ingleses ayudaron a los españoles a pasar las piernas por entre las retrancas y les mantuvieron derechos mientras les subían a bordo de la fragata.

—Yo seré el último —dijo Hornblower cuando los marineros se volvieron hacia él—. Soy un oficial del rey.

—¡Dios santo! —exclamaron los marineros.

—Suban también el cadáver —dijo Hornblower—. Así podrá tener un entierro digno.



El cadáver, balanceándose en el aire, tenía un aspecto grotesco. El capitán gallego disputó a Hornblower el honor de ser el último en subir, pero Hornblower no se dejó persuadir. Al fin, los marineros le ayudaron a meter las piernas entre las retrancas y luego le aseguraron amarrándole un cabo alrededor de la cintura. Entonces le subieron, mientras él se bamboleaba con el balanceo de la fragata, y luego le pasaron por encima de la borda y le bajaron poco a poco hasta que media docena de fuertes brazos le cogieron y le colocaron con delicadeza sobre la cubierta.

—Bueno, compañero, has llegado sano y salvo —dijo un marinero barbudo.

—Soy un oficial del Rey —dijo Hornblower—. ¿Dónde está el oficial de guardia?

Poco tiempo después, Hornblower, con la agradable sensación de vestir ropa seca, estaba tomando ron mezclado con agua caliente en la cabina del capitán George Crome, al mando de la *Syrtis*, fragata de la Armada real inglesa. Crome era un hombre delgado y pálido y tenía una expresión triste, pero Hornblower sabía que era uno de los mejores oficiales de la Armada.

—Los gallegos son buenos marineros —dijo Crome—. No puedo reclutarles a la fuerza, pero tal vez algunos se ofrezcan como marineros voluntarios para no ser encerrados en un barco prisión.

—Señor... —dijo Hornblower, pero vaciló, porque pensó que era incorrecto que un teniente de poca antigüedad discutiera con un capitán de navío.

—¿Sí?

—Esos hombres se hicieron a la mar para salvar vidas. No pueden ser apresados.

Crome entrecerró sus grises ojos y miró a Hornblower con recelo. El joven tenía razón al pensar que era incorrecto que un oficial de poca antigüedad discutiera con un capitán de navío.

—¿Pretende usted enseñarme cuál es mi deber? —preguntó.

—¡Oh, no, señor! —exclamó Hornblower—. Hace mucho que leí las normas establecidas por el Almirantazgo y probablemente me falla la memoria.

—¿Las normas establecidas por el Almirantazgo...? —dijo Crome en un tono un poco diferente.

—Tal vez me equivoque, señor, pero me parece recordar que la misma norma puede aplicarse a los otros dos hombres, a los supervivientes.

Incluso un capitán de navío podía ser castigado por contravenir las normas establecidas por el Almirantazgo.

—Reflexionaré sobre eso —dijo Crome.

—Dije que subieran a bordo el cadáver porque pensé que usted haría todo lo necesario para que tuviera un entierro digno. Esos gallegos arriesgaron su vida para salvarle, señor, y espero que se sientan satisfechos por ello.

—¿Un entierro como manda el Papa? Daré orden de que les dejen actuar libremente.

—Gracias, señor —dijo Hornblower.

—Y ahora hablemos de usted. Me ha dicho que le han nombrado teniente. Puede estar de servicio en esta fragata hasta que nos reunamos con el almirante, y él decida lo que debe hacerse. No he oído decir que la *Indefatigable* haya regresado a puerto, y es posible que todavía usted esté en el rol de la fragata.

Cuando Hornblower bebió otro sorbo de ron con agua caliente, el diablo le tentó. La alegría que sentía por volver a estar en un barco de la Armada real inglesa era tan profunda que casi le causaba dolor. Aquí podía comer tasajo y galletas en vez de alubias y garbanzos; volvía a tener una cubierta bajo los pies y a hablar en inglés; era libre, libre como el viento. Y había pocas posibilidades de que le capturaran de nuevo los españoles. Recordó perfectamente la profunda pena que le producía estar prisionero. Todo lo que tenía que hacer era quedarse callado. Permanecer en silencio uno o dos días. Pero el diablo no tuvo que seguirle tentando mucho tiempo, sólo hasta que tomó el siguiente trago de ron, con agua caliente. En ese momento empujó al diablo, lo apartó de sí y volvió a mirar a Crome a los ojos.

—Lo siento, señor —dijo.

—¿Qué?

—Estoy en libertad bajo palabra de honor. Antes de abandonar la playa di mi palabra de no escapar.

—¿Ah, sí? Eso cambia las cosas. Desde luego, estaba en su derecho de hacerlo.

Era tan corriente que los oficiales británicos prisioneros dieran su palabra de no escapar que el hecho no suscitaba comentarios.

—Supongo que la dio en la forma habitual, diciendo que no haría ningún intento de escapar —dijo Crome.

—Sí, señor.

—Entonces, ¿qué ha decidido?

Naturalmente, Crome no podía tratar de influir en la decisión de un caballero en un asunto privado en el que había empeñado su palabra.

—Tengo que regresar en cuanto sea posible, señor —dijo Hornblower.

Notó el balanceo de la fragata y pasó la vista por la confortable cabina, y se le partió el corazón.

—Al menos puede comer y dormir esta noche a bordo —dijo Crome—. No me atrevo a acercarme a la costa otra vez hasta que el viento amaine. Cuando sea posible, le mandaré a La Coruña en una lancha con bandera blanca. Y voy a ver cuáles son las normas que rigen a esos prisioneros.

Una soleada mañana, el centinela de la fortaleza San Antón, en el puerto de La Coruña, comunicó a su superior que la fragata británica que patrullaba las aguas próximas al cabo se había puesto en facha casi al alcance de los cañones y que sus tripulantes estaban bajando una lancha al agua. Ése era el límite de la responsabilidad

del centinela, que entonces observó tranquilamente cómo su superior miraba con atención el cúter con bandera blanca que se acercaba navegando a considerable velocidad. El cúter se detuvo a corta distancia, a tiro de mosquete, y el centinela se sorprendió al oír que desde él alguien respondió al grito de su superior en la inconfundible lengua gallega. El cúter se acercó a la grada y, después que diez hombres salieran de él, volvió a dirigirse hacia la fragata. Nueve de esos hombres reían y gritaban, mientras que el décimo, el más joven, tenía una expresión grave que no denotaba ningún sentimiento; no cambió ni siquiera cuando los demás, con evidente afecto, le abrazaron. Nadie se molestó en explicar al centinela quién era el hombre imperturbable ni él estaba muy interesado en saberlo. Después que el centinela vio que el grupo cruzaba en una lancha la bahía de La Coruña en dirección a El Ferrol, olvidó lo ocurrido.

Era casi primavera cuando un oficial del Ejército español llegó a las barracas que servían de prisión para los oficiales en El Ferrol.

—¿El señor Hornblower? —preguntó.

Hornblower, aunque estaba en un rincón, se dio cuenta de que el oficial había tratado de decir su nombre. Ya estaba acostumbrado a la forma en que los españoles mutilaban su nombre.

—¿Sí? —preguntó, poniéndose de pie.

—Tenga la amabilidad de venir conmigo. El comandante me mandó a buscarle, señor.

El comandante estaba sonriente y tenía un despacho en las manos.

—Ésta es una orden personal —dijo, agitando el documento en el aire—. Está refrendada por el duque de Fuentesauco, ministro de Marina, y firmada por el duque de Alcudia, primer ministro y príncipe de la Paz.

—Sí, señor.

Hornblower debería haber concebido esperanzas entonces, pero en la vida de un prisionero llega un momento en que deja de tenerlas. Lo que le había llamado la atención era el extraño título de príncipe de la Paz, que había aparecido en España hacía poco.

—Dice: «Yo, Carlos Leonardo Luis Manuel Godoy Álvarez de Faria, primer ministro del reino de Su Majestad el Rey Católico, príncipe de la Paz, duque de Alcudia, grande de España de primera clase, caballero de la orden del Toisón de Oro, caballero de la orden de Santiago, caballero de la orden de Calatrava, capitán general de los Ejércitos, general de Caballería, Infantería y Artillería, gran almirante de España e Indias, coronel general de la Guardia de Corps...». En resumen, señor, en este documento se me ordena que dé los pasos necesarios para ponerle a usted en libertad. Tengo que entregarle a sus compatriotas en una lancha con bandera blanca en reconocimiento a «su valor y su sacrificio por salvar vidas arriesgando la suya».

—Gracias, señor —dijo emocionado Hornblower.



Escritor inglés cuyo nombre completo era **Cecil Scott Forester** (Gran Bretaña, 1899-1966). Nació en El Cairo donde su padre estaba destinado como funcionario del gobierno británico y cursó estudios de Medicina que dejó inacabados. Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C.S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957). Las más importantes fueron, *Aventuras de Horacio Hornblower* (1937), *Teniente de navío Hornblower* (1939), *El comodoro Hornblower* (1945), *Lord Hornblower* (1946) y *Hornblower y la Atropos* (1953). C.S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O`Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.

# Notas

[1] Lazareto: pequeña bodega de popa. (N de la T) <<

[2] Cable: Medida de longitud equivalente a la décima parte de una milla. (120 brazas o 185,19 m.) (N. de la T) <<



[3] Las Ranas: Los ingleses llaman a los franceses despectivamente las Ranas. (N. de la T) <<

[4] Las Langostas: Antiguamente los ingleses llamaban a los miembros del Ejército británico las Langostas o los Casacas Rojas debido a que la casaca de su uniforme era escarlata. (N de la T) <<

[5] Bedlam: Se llamaba así al Bethlehem Royal Hospital, el primer manicomio de Inglaterra y también de Europa. Su nombre suele usarse para hacer referencia a lugares donde hay confusión y alboroto. (N. de la T) <<

[6] Cachones: Olas que rompen formando espuma. (N. de la T) <<

[7] Pompey: Nombre que los marineros daban antiguamente a Portsmouth. <<

[8] Tyburn: Lugar de Londres donde antiguamente los reos eran ejecutados en público. (N. de la T) <<